Alain Rouquié

EXTREMO OCCIDENTE

Introducción a América Latina

emecé

América Latina no es Europa. Es Occidente pero al mismo tiempo es otra cosa. Hay una continuidad cultural y también una profunda diferencia. Podría decirse que es el Extremo Occidente. ¿Quién hubiera creído diez años atrás que los países sudamericanos volverían formalmente a la democracia y se embarcarían en grandes reformas económicas? Como diría Toynbee, en América Latina "la historia está nuevamente en marcha".

Alain Rouquié ha escrito esta interesante síntesis de la evolución histórico-política de las naciones latinoamericanas, herencia común de las conquistas española y portuguesa. Es un libro esencial para comprender a un continente en plena mutación.

ISBN 950-04-0944-5





Alain Rouquié, destacado politólogo, especialista en temas latinoamericanos, es autor de *Poder militar y sociedad política en la Argentina* (en dos volúmenes), *El estado militar en América Latina*, *Introducción a la Argentina* y compilador de *¿Cómo renacen las democracias?*, todos publicados por Emecé. Fue embajador de Francia en El Salvador y luego ante México.

DEL MISMO AUTOR
por nuestro sello editorial

PODER MILITAR Y SOCIEDAD POLÍTICA EN LA ARGENTINA (I-hasta 1943)

PODER MILITAR Y SOCIEDAD POLÍTICA EN LA ARGENTINA (II-1943-1973)

EL ESTADO MILITAR EN AMÉRICA LATINA

¿CÓMO RENACEN LAS DEMOCRACIAS?
(En colaboración con Jorge Schvarzer

INTRODUCCIÓN A LA ARGENTINA

ALAIN ROUQUIÉ

EXTREMO OCCIDENTE

INTRODUCCIÓN A AMÉRICA LATINA

EMECÉ EDITORES

Diseño de tapa: *Eduardo Ruiz*
Título original: *América Latine.*
Introduction à l'Extrême-Occident

Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina.
Ediciones anteriores: 5.000 ejemplares.
3ª impresión: 2.000 ejemplares.
Impreso en Industria Gráfica del Libro,
Warnes 2383, Buenos Aires, abril de 1994.



IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.
I.S.B.N.: 950-04-0944-5
23.389

Agradecimiento

Esta obra fue realizada en gran parte en la Fondation Nationale des Sciences Politiques, mi *alma mater*, si las hay, y debe mucho a mis cátedras en el Institut d'études politiques de París. Por consiguiente, ha recibido gran cantidad de aportes de los estudiantes de esa institución.

Jamás habría visto la luz sin la estimulante confianza de Olivier Bétourné.

Por último, Stéphanie, además de soportar mis vagabundeos latinoamericanos, compartió mi vida nómade y disciplinó mi estilo, lo cual significa mucho.

A. R.

Prefacio

Desde Colón en adelante, América siempre ha sido el continente de los malentendidos. Buscando la ruta a las Indias, el almirante descubrió a los indios, es decir, el Nuevo Mundo. Un mundo que sigue siendo muy nuevo. Así lo demuestra la catarata incesante de lugares comunes y de mitos a que da lugar, tanto tercermundistas como liberales. Así como el buen revolucionario sucedió al buen salvaje, el capitán de la industria, héroe del desarrollo sin trabas, reemplaza hoy al desbrozador del monte y al pionero. Ya en el siglo XVII los portugueses decían que "al sur del ecuador no existe el pecado". Tal vez sea esa una de las razones para sentir interés por la "otra América". Pero no es la única: ya no se puede desconocer el peso de esa clase media de las naciones. Más de cuatrocientos mil millones de dólares de deuda la distinguen de otros continentes en desarrollo que jamás merecieron semejante confianza. Cuatrocientos noventa millones de habitantes que en el año 2000 serán probablemente seiscientos diez millones. Esto es algo más que un dato exótico. Para fin de siglo, México y San Pablo serán las dos ciudades más grandes del planeta: triste honor para estas megalópolis congestionadas, monstruosas. Pero el gigante brasileño con sus ciento treinta millones de habitantes; México, potencia petrolera con ochenta millones de almas a las puertas de los Estados Unidos; la Argentina, con su territorio equivalente al de la India, dan la razón al título profético escrito en 1954 por Tibor Mende: *L'Amérique latine entre en scène* —América Latina entra en escena—. Cuba y Nicaragua parecen indicar que no va a salir de ella.

Esta América es mucho más que eso. Tiene un sentido, aunque a nosotros, los occidentales, a veces se nos escapa. Es verdad que la afinidad cultural no goza de estima entre los estudiosos. El Extremo Occidente no puede ser extraño a nosotros, pero esa familiaridad es sospechosa. Las "civilizaciones" demasiado afines a la nuestra no suelen merecer ser objeto de curiosidad científica. Religiones, sistemas de parentesco, idiomas, culturas: nada de esto nos aleja de la vieja Europa. Por eso, el sinólogo y el islamista gozan de prestigio en nuestras Universidades, mientras que el

"americanista", para conservar el suyo, tiene que dedicarse a los misterios precolombinos o a los aborígenes presuntamente ahistóricos. Cuando las voces académicas hablan de los "pueblos americanos", no se refieren a los uruguayos ni a los costarricenses, sino a los apaches, onas o jíbaros.

En el principio era el indio: por eso, la sensación de afinidad que despierta esta América más mestiza de lo que parece es a la vez significativa e insignificante. Es demasiado fácil confundirse con el decorado engañoso de estas civilizaciones herederas miméticas. La ausencia de exotismos extremos y de particularismos incomunicables no debe ocultar a los ojos del estudioso ese desfase sutil, esa disonancia esclarecedora, propia de lo que Lucien Febvre llamaba correctamente el "laboratorio latinoamericano". Más aún, esta América que sólo se revela a quien reflexiona sobre sí mismo propone una diferencia inteligible. "El Brasil me dio inteligencia": esta frase feliz de Fernand Braudel, dicha al final de su vida, no es en modo alguno una humorada. La similitud de categorías y valores, lejos de restar interés a los procesos sociales o a las realidades político-culturales "ajenas", obligan al estudioso a mantener una actitud de comparación permanente en aras del rigor y el realismo. Levantar una misma institución sobre suelos diferentes es lo propio del método experimental.

Es por eso que, en opinión del autor, este libro se presta a una doble lectura. Una de ellas es informativa, inmediata, utilitaria. La otra es más exigente, algunos la llamarán heurística, porque si no aporta su granito de arena al saber acumulativo que constituye la ciencia de las sociedades, al menos puede dar lugar a una reflexión.

Esta América vale el viaje, y el autor decidió hace mucho tiempo tomarla en serio y respetarla, de ahí que el lector no tiene ante sí un libro "catástrofe" complaciente ni una hagiografía catártica de la miseria. Tampoco encontrará la defensa de una tesis perturbadora y unívoca. Esta obra pretende ser ante todo una suerte de manual. Pero la modestia intelectual obliga a reconocer que no es un tratado de "sociología de América Latina" ni menos aún un intento de "explicar" el subcontinente. Simplemente, después de haber recorrido casi todos los países de América Latina, de haber vivido durante varios años en dos o tres y haber estudiado muchos de ellos, el autor sintió la necesidad de recapitular los resultados de sus investigaciones, muchos de ellos expuestos en publicaciones especializadas, de lo que se sabe y de lo que se ignora, es decir, de las discusiones sobre la América Latina contemporánea. Es de esperar que el lector no considere prematura esta síntesis provisional y precaria, fruto de un cuarto de siglo dedicado a descifrar la "América infortunada". Tal vez parezca presuntuoso querer abarcar tantos temas, de la geografía a la sociedad, de la economía a las ideologías, de la historia a la diplomacia. Con todo, el autor no

sintió en ningún momento que se hallaba fuera de su terreno habitual, el de la politología. Esta introducción a la América Latina que se aventura a cruzar las fronteras de diversas disciplinas es esencialmente política, en el sentido de que se habla de geografía y economía políticas.

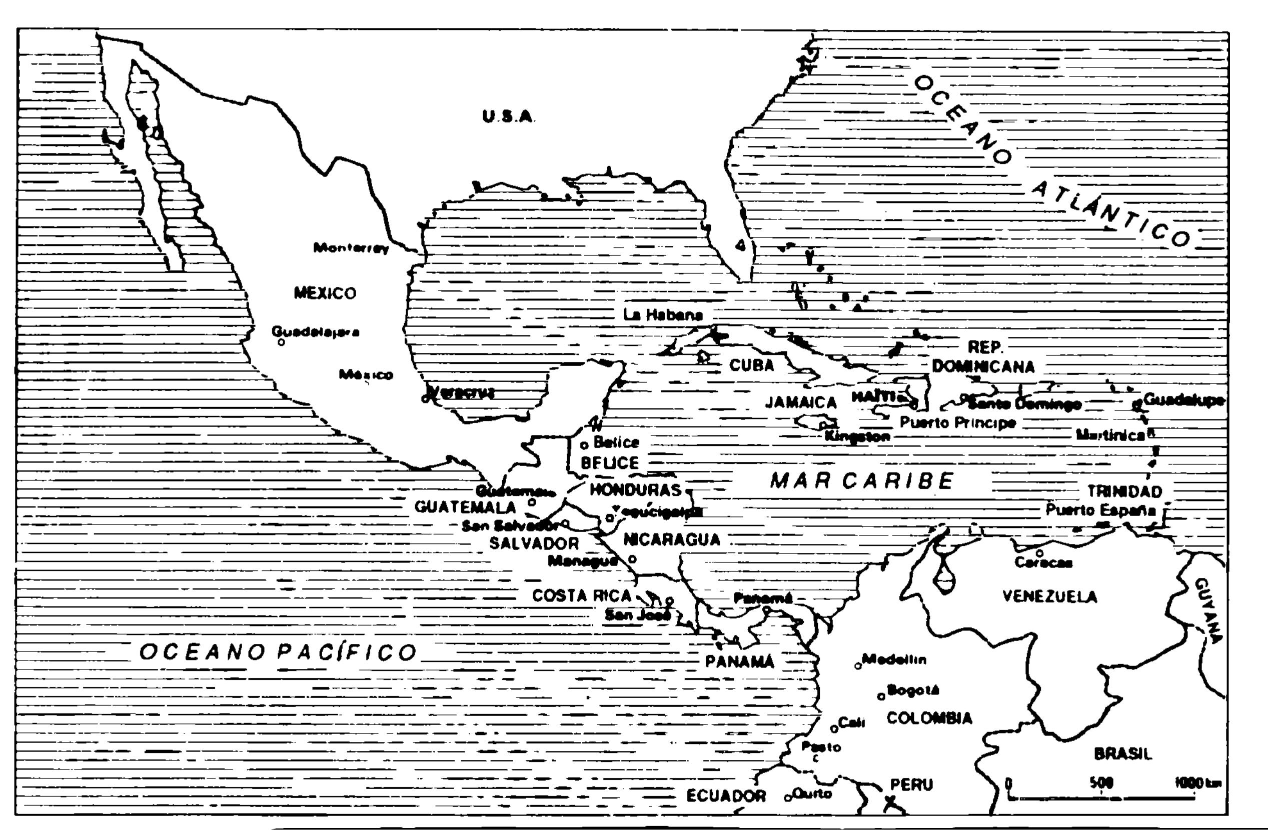
Este libro, como la mayoría de los que lo precedieron, está escrito desde una perspectiva comparativa, la única que se adecua a las realidades latinoamericanas. Pero el autor se ha negado a efectuar una recopilación de monografías nacionales. Ese método de presentación repetitivo y cómodo no convenía a sus fines. Además, lo que gana en información, lo pierde en comprensión. André Siegfried decía con razón: "Estimo que se deben explicar los países particulares en función del continente al que pertenecen; así se descubren [...] puntos de vista generales que aclaran los puntos de vista particulares. Por eso, cuando se estudia un país, es conveniente saber elevarse al plano continental [...]."[1] Por eso se ha elegido un enfoque transversal, que descarta las generalizaciones superficiales y las extrapolaciones aproximativas para buscar las diferencias significativas[2] o las concomitancias explicativas en el espacio y en el tiempo. El autor se ha preguntado a veces si no era la última vez que el enfoque global y comparado del subcontinente resultaba eficaz. Es decir, si la unidad de los destinos latinoamericanos no era cosa del pasado. Si la fragmentación del subcontinente, las divergencias de los procesos nacionales, no indicaban el fin de los innegables paralelismos históricos y las fuertes tendencias continentales. No ha encontrado las respuestas a estos interrogantes, pero tampoco los ha soslayado. Al contrario, conforman el meollo de esta obra, juntamente con otros que el lector juzgará menos abstractos y más importantes: la independencia, el desarrollo, la democracia. Con respecto a estos últimos, a nadie se le ocurriría dar una respuesta única y global.

Lo que la América llamada Latina pierde en unidad, lo gana indudablemente en universalidad. Mal que les pese a los aficionados al exotismo, allí Europa contempla sus propios problemas, pero agrandados, hipertrofiados y agravados. Por eso, hoy, como hace cinco siglos, hay mucho que aprender en ese nuevo mundo. Esperamos que este libro sirva como modesto aporte a ese intercambio.

A fin de facilitar la lectura y la consulta del libro, el autor ha reducido las referencias críticas al mínimo. Al final de cada capítulo el lector encontrará una breve orientación bibliográfica con obras que complementan o sirven de contrapunto a esta obra. Los títulos son, en su mayoría, los más

[1] Siegfried, A.: prefacio a Lauwe, J.: *L' Amérique ibérique*. París, Gallimard, 1938, pág. 2.

[2] Véase Dore, R. P.: "Latin America and Japan Compared", en Johnson, J. J.: *Continuity and Change in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1962, págs. 227-249.



ISTMO CENTROAMERICANO

[illegible]ables y de autores franceses. El autor reconoce así su deuda para con [illegible]colegas y maestros y rinde un merecido homenaje —sin el menor *chauvinisme*— a una escuela "latinoamericanista" cuyos trabajos gozan de respeto en la otra margen del Atlántico.

Introducción

¿Qué es América Latina?

Parece tal vez paradójico iniciar el estudio de una "región cultural" evocando la precariedad de su definición. Por singular que parezca, el concepto mismo de América Latina es problemático. Por consiguiente, conviene tratar de precisarlo, recordar su historia e incluso criticar su empleo. Aunque es de uso corriente en la mayoría de los países del mundo y en la nomenclatura internacional, no es un término riguroso. Al igual que el más reciente y muy ambiguo "Tercer Mundo", parece una fuente de confusión más que un instrumento de delimitación preciso.

¿Qué significa América Latina desde el punto de vista geográfico? ¿Es el conjunto de los países de Sud y Centroamérica? Sin duda, pero según los geógrafos, México pertenece a la América del Norte. ¿Es más sencillo englobar bajo esta denominación a todas las naciones al sur del río Bravo? Pero en ese caso habría que reconocer que Guyana y Belice, angloparlantes, así como Surinam, donde se habla el holandés, forman parte de la América "Latina". A primera vista, se trata de un concepto cultural, lo que conduce a la conclusión de que abarca a las naciones americanas de cultura latina. Ahora bien, Canadá, con Quebec, es tan latino como Puerto Rico, Estado Libre Asociado de los Estados Unidos, e infinitamente más que Belice; sin embargo, a nadie se le ha ocurrido incluirlo, o siquiera a su provincia francófona, en el conjunto latinoamericano.

Más allá de estas imprecisiones, se podría pensar en una fuerte identidad subcontinental, una trama de solidaridades diversas basada en una cultura común o en vínculos de otro tipo. Pero esta justificación carece de valor ante la diversidad misma de las naciones latinoamericanas. La escasa densidad de las relaciones económicas, e incluso culturales, entre naciones que durante más de un siglo de vida independiente se han vuelto la espalda entre ellas para mirar a Europa o Norteamérica, las enormes diferencias entre países —en cuanto a su potencial económico y el papel que

desempeñen en la región— no coadyuvan a una verdadera conciencia unitaria, a pesar de los ríos de tinta retórica que no dejan de correr sobre el tema.

Es por eso que muchos autores ponen en tela de juicio la existencia misma de América Latina. Desde Luis Alberto Sánchez en el Perú hasta el mexicano Leopoldo Zea, los intelectuales han abordado el problema sin hallar respuestas definitivas. No se trata solamente de la dimensión unitaria de la denominación y de la identidad que ella expresa frente a la pluralidad de las sociedades de la América llamada Latina. Porque si se quisiera destacar la diversidad y evitar cualquier tentación generalizadora, bastaría invertir la cuestión y hablar de "las Américas latinas", como lo han hecho varios autores.[1] Esta fórmula tiene la ventaja de que reconoce una de las dificultades, pero a costa de acentuar la dimensión cultural, aspecto que también resulta problemático.

¿Por qué latina?

¿Qué abarca este rótulo, de uso tan difundido hoy? ¿De dónde viene? Las respuestas dictadas por el sentido común se desvanecen rápidamente a la vista de los hechos sociales y culturales. ¿Son latinas las Américas negras descritas por Roger Bastide? ¿Son latinas la sociedad guatemalteca, donde el cincuenta por ciento de la población desciende de los mayas y habla las lenguas indígenas, y la de las sierras ecuatorianas, donde predomina el quechua? ¿Son latinos el Paraguay guaraní, los agricultores galeses de la Patagonia, el estado brasileño de Santa Catarina y el Sur chileno, ambos poblados por alemanes? En realidad, esto significa utilizar la cultura de los conquistadores y colonizadores españoles y portugueses para designar formaciones sociales de componentes múltiples. Es comprensible que los autores españoles y de otros países prefieran el término Hispanoamérica o incluso Iberoamérica para incluir el componente lusófono que predomina en el inmenso Brasil. Porque el epíteto latino tiene su historia, aunque Haití, cuya elite es francófona, le sirve de pretexto: apareció en Francia ba-

[1] Desde el famoso número de *Annales* de 1949 (4) subtitulado "A travers les Amériques latines" [A través de las Américas latinas], esta fórmula ha sido utilizada por los autores que han hecho hincapié en las particularidades nacionales y descartado las generalidades huecas. Es el caso de *Cahiers des Amériques latines*, publicado por el Institut des Hauts États de l'Amérique latine de París y el clásico libro de Marcel Niedergang, *Les Vingt Amériques latines* (París, Seuil, 1962).

por Napoleón III, como parte del gran plan de "ayudar" a las naciones "latinas" de América a contener la expansión de los Estados Unidos. Esta idea grandiosa se materializó en la malhadada expedición a México. Pasando por alto los vínculos particulares de España con una parte del Nuevo Mundo, la "latinidad" tenía la ventaja de imponerle a Francia legítimos deberes para con sus "hermanas" americanas católicas romanas. Esta latinidad fue rechazada en nombre de la hispanidad y los derechos de la madre patria por Madrid, donde aún hoy el término América Latina está mal visto. Por su parte los Estados Unidos opuso a la máquina de guerra europea el concepto vertical de panamericanismo, pero luego adoptó esta denominación vertical conforme a sus intereses y ayudó a difundirla.

Esta América conquistada por españoles y portugueses es muy latina por la formación de sus elites, entre las cuales predomina la cultura francesa por lo menos hasta 1930. ¿Significa que esta América es latina en sus capas dominantes y oligárquicas, y que solamente los aborígenes y "los de abajo", que apenas recogen migajas de latinidad y rechazan la cultura del conquistador, representan la autenticidad del subcontinente? Así lo creyeron los intelectuales de la década de 1930, sobre todo los de los países andinos, que descubrieron al indígena olvidado, desconocido. Haya de la Torre, político peruano de vigorosa personalidad, acuñó una novedosa denominación regional: "Indoamérica". Esa designación tuvo menos éxito que el indigenismo literario que la inspiró o el partido político de vocación continental creado por Haya. El indio no goza de gran aceptación entre las clases dirigentes americanas. Marginado y excluido de la sociedad, ha quedado relegado culturalmente en todos los grandes estados, incluso en los de antiguas civilizaciones precolombinas con fuerte presencia aborigen. Así, según el censo de 1980, sólo dos de los sesenta y seis millones de mexicanos no eran hispanoparlantes, y apenas siete millones conocían una o más lenguas indígenas. Se puede imaginar, con Jacques Soustelle, un México que, "semejante al Japón moderno, hubiera conservado lo esencial de su personalidad autóctona al insertarse en el mundo contemporáneo", pero eso no sucedió. El continente ha seguido el camino del mestizaje y la síntesis cultural.

Sin embargo, la trama indígena no está del todo ausente, ni siquiera en los países más "blancos", y participa claramente de la conformación de la fisonomía nacional. Esta América es, según la expresión de Sandino, claramente "indolatina".

Por consiguiente, aunque la definición de latina no abarca integral ni adecuadamente las realidades multiformes y en evolución del subcontinente, tampoco se puede descartar un rótulo descriptivo utilizado hoy por todos, en especial por los interesados ("nosotros los latinos"). Estas obser-

vaciones sólo tienen el fin de subrayar que el concepto de América Latina no es plenamente cultural ni tan sólo geográfico. Utilizaremos el término por comodidad, pero con conocimiento de causa, es decir, sin desconocer sus límites y ambigüedades. La América Latina existe, pero solamente por oposición y desde afuera. Lo cual significa que la categoría de "latinoamericano" no representa ninguna realidad tangible, más allá de extrapolaciones vagas y generalizaciones carentes de rigor. Y significa también que el término posee una dimensión oculta que completa su acepción.

Una América periférica...

A primera vista, el estudioso se encuentra frente a una América marcada por las colonizaciones española y portuguesa (francesa en el caso de Haití) que se define por contraste con la América anglosajona. Por consiguiente, predominan las lenguas española y portuguesa, a pesar de las florecientes culturas precolombinas y de las recientes oleadas inmigratorias, más o menos asimiladas. Pero la exclusión de Canadá (a pesar de Québec) de ese conjunto y el hecho de que los organismos internacionales como el SELA y el BID incluyan entre los Estados latinoamericanos a Trinidad-Tobago, las Bahamas y Guyana [2] otorgan al perfil de la "otra América" una innegable coloración socioeconómica e incluso geopolítica.

Todas estas naciones, cualesquiera que fueren sus riquezas y su prosperidad, ocupan el mismo lugar en la división Norte-Sur. Son países en vías de desarrollo o de industrialización, ninguno forma parte del "centro" desarrollado. Dicho de otra manera, se cuentan entre los Estados de la "periferia" del mundo industrializado. Pero esa no es su única característica común.

Históricamente, dependen del mercado mundial como productores de materias primas y bienes alimenticios (en ese sentido, el estaño de Bolivia es igual a la nuez moscada de Grenada), pero también del "centro", que determina la fluctuación de los precios, les proporciona tecnología civil y militar, así como capitales y modelos culturales. Una particularidad notable y un factor innegable de unidad de esos países del "hemisferio occidental" es que todos se encuentran, en distintos grados, dentro de la esfera de in-

[2] Véase por ejemplo: Banco Interamericano de Desarrollo, *Progreso económico y social en América Latina*, Washington (informe anual).

[illegible] inmediata de la primera potencia industrial del mundo, que a la vez es la primera nación capitalista. Es un privilegio peligroso que no comparte con ninguna otra región del Tercer Mundo. En este sentido, la frontera común de tres mil kilómetros entre México y los Estados Unidos constituye un fenómeno único. La célebre "cortina de tortillas" que fascina a millones de mexicanos, aspirantes a penetrar clandestinamente en el país más rico del planeta, es una línea de división cultural y a la vez socioeconómica cargada de un fuerte valor simbólico.

Tal vez se podría clasificar entre las naciones latinoamericanas a todos los países del continente en vías de desarrollo, independientemente de su lengua y su cultura, puesto que a nadie se le ocurriría alinear a las Antillas independientes o a Guyana con la opulenta América anglosajona. Es igualmente cierto que en esta región la política predomina sobre la geografía: el presidente Reagan incluyó entre los eventuales beneficiarios de su "iniciativa de la cuenca del Caribe" (*Caribbean Basin Initiative*) a El Salvador a pesar de que sólo tiene costa sobre el Océano Pacífico. En última instancia, tal vez se podría adoptar el criterio de aquellos que, despreciando la geografía, proponen llamar "Sudamérica" a la parte "pobre", no desarrollada del continente.

[illegible] que pertenece culturalmente a Occidente

El subcontinente "latino" también posee particularidades notables dentro del mundo en vías de desarrollo. Forma parte, según la expresión de Va-[illegible] de un mundo "deducido": una "invención" de Europa, llevada por la conquista a la esfera de la cultura occidental. Las civilizaciones precolombinas, que según algunos autores ya estaban en crisis antes del arribo de los españoles, no resistieron a los invasores, que impusieron sus idiomas, sus valores y su religión. Tanto los indígenas como los africanos llevados como esclavos al "Nuevo Mundo" adoptaron con diversos sincretismos la religión cristiana. Brasil es hoy la primera nación católica del mundo. Por todo esto, la región ocupa un lugar propio en el mundo subdesarrollado. América Latina sería en este sentido el Tercer Mundo de Occidente o el Occidente del Tercer Mundo. Lugar ambiguo si los hay, donde el colonizado se identifica con el colonizador.

Así, no es para asombrarse que en 1982 el conjunto de los países latinoamericanos haya propuesto, contra los sentimientos de los países afroasiáticos recientemente descolonizados, que la ONU rindiera homenaje a

Cristóbal Colón y el "descubrimiento" de América. Este continente, a d ferencia de África y Asia, sigue siendo una provincia, un poco alejada, pe ro siempre reconocible, de nuestra civilización, que ha ahogado, tapado absorbido los elementos culturales y étnicos preexistentes.

Este carácter "europeo" de las sociedades latinoamericanas tiene con secuencias evidentes para el desarrollo socioeconómico de los países. L continuidad con Occidente facilita los intercambios culturales y técnicos no estorbados por ningún obstáculo lingüístico o ideológico. La fluidez d las corrientes migratorias del Viejo Mundo al Nuevo multiplicó la trans ferencia de conocimientos y capitales. De manera que las naciones latino americanas aparecen en la estratificación internacional como una suerte d "clase media", es decir, en una situación intermedia. Sólo una de esas na ciones en transición, Haití, pertenece al grupo de Países Menos Adelanta dos (PMA), en compañía de numerosos compañeros de infortunio asiáti cos y africanos (pero con un ingreso per cápita que duplica el de Chad Etiopía). Las economías de la mayoría de los grandes países de Améric Latina son semiindustriales (la industria contribuye en un veinte a trein por ciento a la composición del PBI) y los tres grandes, el Brasil, Méxic y la Argentina, se encuentran entre los Nuevos Países Industrializados (lo NIC, según la nomenclatura de la ONU). Los indicadores de moderniza ción sitúan al Brasil, México, Chile, Colombia, Cuba y Venezuela po encima de los países africanos y la mayoría de los asiáticos (salvo las ciu dades estados). La Argentina y el Uruguay se encuentran en este sentid entre los países adelantados.

Al buscar factores de homogeneidad, más allá de estos grandes rasgos de un conjunto que no es Occidente ni el Tercer Mundo sino que aparec con frecuencia como una síntesis o yuxtaposición de los dos, se advierte que casi todos provienen del exterior del subcontinente, sobre todo si se ca en una acepción restrictiva —es decir, esencialmente cultural y clásica— del término América Latina: las ex colonias portuguesas y españolas del Nuevo Mundo.

Paralelismo de las evoluciones históricas

Si la existencia de *una* América Latina es problemática, si se impone la diversidad de sociedades y economías, si el aislamiento de las distintas na- ciones es un hecho fundamental que hace a su manera de funcionar, no es menos cierto que una relativa unidad de sus destinos, más sufrida que de-

[illegible] a las "repúblicas hermanas" entre sí. El fenómeno se advierte en las grandes etapas de su historia, en la identidad de los problemas y de las situaciones que enfrentan hoy esas naciones. Las ex colonias de España y Portugal, políticamente independientes desde el primer cuarto del siglo XIX (salvo Cuba, que logró su emancipación en 1898), en ese sentido se parecen más a los Estados Unidos que a los países recientemente descolonizados de África o Asia. Pero un siglo y medio de vida independiente no basta para sacudirse la influencia profunda de tres siglos de dominación (de 1530 a 1820 aproximadamente) que marcaron irreversiblemente sus configuraciones sociales y moldearon el destino singular de las futuras naciones.

A partir de la independencia, los estados del subcontinente recorren a su modo —con desvíos y retrasos en algunos países— trayectorias paralelas en las que se advierten claramente los sucesivos períodos.

En primer término se abre para los estados recientemente emancipados lo que el historiador Tulio Halperín Donghi llamó la "larga espera", durante la cual la destrucción del estado colonial no permite todavía instaurar un nuevo orden. Mientras las flamantes naciones se esfuerzan por hallar una fórmula a su medida, las repúblicas hispánicas atraviesan largos períodos de perturbaciones anárquicas en los que campea el desorden depredador de los señores de la guerra (los caudillos), y el Brasil independiente prolonga aparentemente sin sobresaltos el *statu quo* colonial, bajo la égida de la monarquía unitaria de los Braganza y el emperador Pedro I.

Entre 1850 y 1880, con unas pocas excepciones entre las pequeñas repúblicas de Centroamérica y el Caribe, las naciones del subcontinente entran en la "era económica" que algunos autores llaman "orden neocolonial" [illegible] las economías latinoamericanas y por ende las sociedades se integran al mercado internacional. Producen y exportan materias primas e importan bienes manufacturados. En este engranaje esencial de la nueva división internacional del trabajo que se realiza bajo la égida británica, cada país se especializa en unos pocos productos, algunos en uno solo.

Este nuevo orden alcanza su apogeo en el período comprendido entre 1880 y 1930. Los países del subcontinente conocen un crecimiento extravertido que trae consigo la ilusión de un progreso ilimitado en el marco de una dependencia consentida por sus beneficiarios locales y racionalizada en nombre de la teoría de las ventajas comparativas. La crisis de 1929 desorganizará los circuitos comerciales y pondrá fin a la euforia embriagadora de esta *belle époque*, de cuyos beneficios estaban excluidas, desde luego, las capas trabajadoras en su mayoría. El fin del mundo liberal lo es también el de la hegemonía británica. Los Estados Unidos, que ya dominan su patio trasero caribeño, sustituirán la preponderancia del Reino Uni-

do por la suya y se convertirán en la metrópoli exclusiva del conjunto regional. Comienza entonces el período caracterizado por las relaciones entre Norteamérica y los países de la región o, más precisamente, marcado por las sucesivas políticas latinoamericanas ejecutadas por Washington. Pero paralelamente con esta periodización internacional, se suceden etapas económicas claramente diferenciadas, sin que se advierta un claro vínculo causal.

Esta periodización posee un valor puramente referencial y sirve para destacar que, más allá de las particularidades nacionales, ciertos fenómenos comunes trascienden las fronteras. Las similitudes no son solamente históricas, sino que se advierten estructuras análogas y problemas idénticos.

	Relaciones con los Estados Unidos	*Modelo de desarrollo*
1933-1960	Política del buen vecino, escasamente intervencionista.	Industrialización autónoma, sustitutiva de importaciones. Producción industrial para el mercado interno, empleando sobre todo capitales nacionales.
1960	Crisis de las relaciones interamericanas en respuesta al desafío castrista; política de contención del comunismo; la táctica de Estados Unidos adquiere distintas formas, desde la ayuda económica hasta la intervención militar directa o indirecta.	Crisis de la sustitución de importaciones. Encuentra sus límites en la capacidad tecnológica y financiera de los países de la región para producir bienes duraderos o maquinarias. Se produce la "internacionalización de los mercados nacionales" mediante la instalación de sucursales de las grandes empresas multinacionales industriales.

Coacciones y estructuras similares

No se debe sobrestimar las similitudes. No obstante, las historias paralelas han dado lugar a realidades que, sin ser similares, poseen muchos rasgos comunes que las distinguen, por otra parte, de otras regiones del mun-

do desarrollado o subdesarrollado. Aquí sólo mencionaremos tres:

1. *La concentración de la propiedad de la tierra.* La distribución desigual de la propiedad agraria es una característica común a los países de la región. Es independiente de la conciencia que los actores puedan tener de ella y no siempre da origen a tensiones sociales o al disenso político. Con todo, el predominio de la gran propiedad agraria tiene consecuencias negativas para la modernización de la agricultura e incluso para la creación de un sector industrial eficiente. Afecta de manera directa la influencia social y, por consiguiente, el sistema político. El fenómeno de la gran propiedad va de la mano con la proliferación de minifundios exiguos y antieconómicos. Esta tendencia, que se remonta a la época colonial, prosigue aún hoy: la continuidad de la herencia de la tierra aparece como un hecho permanente a escala continental, salvo en los lugares donde se produjeron reformas agrarias profundas (Cuba). Algunos indicadores numéricos permitirán comprender mejor estas ideas, a pesar de las limitaciones propias de las estadísticas que abarcan el subcontinente como una totalidad indiferenciada: hacia 1960, el 1,4 por ciento de las propiedades de más de mil hectáreas concentraban el 65 por ciento de la superficie total, mientras que el 72,6 por ciento de las unidades más pequeñas —menos de veinte hectáreas— abarcaban apenas el 3,7 por ciento de la superficie.[3] Desde la publicación de estos datos, se han producido muy pocos cambios como para modificar su significación global.

2. Lo temprano de la independencia como de los modelos de desarrollo determinaron la *singularidad de los procesos de modernización*. Dicho en pocas palabras, a una industrialización tardía y de escasa autonomía correspondió una urbanización fuerte, anterior al nacimiento de la industria. La "terciarización" excesiva de las economías es la consecuencia más evidente de una urbanización precaria, vinculada a su vez con la emigración de las poblaciones rurales provocada por la concentración de la propiedad terrateniente.

No es casual que, si persiste esta evolución, México y San Pablo serán en el año 2000 las dos ciudades más grandes del mundo, con 31 y 26 millones de habitantes, respectivamente.

3. *La magnitud de los contrastes regionales* es también resultado de la urbanización concentrada, de las particularidades de las estructuras agra-

3 Según Chonchol, J.: "Land Tenure and Development in Latin America", en Veliz, C. y cols.: *Obstacles to Change in Latin America*. Londres, Oxford University Press, 1965.

rias y de la industrialización. Así se reproduce en el interior de cada país el esquema planetario que opone un centro opulento a las periferias miserables. Los contrastes internos son más flagrantes aquí que en la mayoría de los países en vías de desarrollo. A tal punto que, después de haber descrito fríamente las disparidades con el rótulo de "dualismo social", algunos autores hablan de "colonialismo interno". Los sociólogos, por su parte, evocan la "simultaneidad de lo no contemporáneo", que no se limita al hecho pintoresco de que indígenas de la edad de piedra vivan a un tiro de arco de laboratorios científicos ultramodernos. En el Brasil, el estado de Ceará ocupa el tercer lugar del mundo, después de dos PMA, entre los de mayor mortalidad infantil, mientras que San Pablo es el líder continental en industria farmacéutica y posee algunos de los hospitales más modernos del mundo, ¡y Río goza de prestigio internacional por sus clínicas de cirugía plástica! Un economista ha dicho con razón que el Brasil, "tierra de contrastes" si las hay, sería parecido al imperio británico en la época de la reina Victoria si se juntaran África, la India y Gran Bretaña en un mismo territorio.

Se podría tratar de multiplicar las similitudes y concomitancias. Los rasgos comunes abundan y no se limitan, como se verá en los capítulos siguientes, a estas características estructurales. Si se le da un amplio contenido extracultural, el término América Latina designa una realidad diferenciada y específica. Pero esta especificidad clara, innegable, supera las contingencias socioeconómicas. Se inscribe en el espacio y el tiempo regionales. Antes de formar parte del Tercer Mundo, esta América es el Nuevo Mundo, "descubierto" en el siglo XV y conquistado en el XVI. Según Pierre Chaunu, posee su tiempo propio, un "tiempo americano (...) más denso, más cargado de modificaciones y por consiguiente más veloz que el nuestro", producto de una "historia acelerada" provocada por un colmar la brecha que se abre con la prehistoria del continente, poblado tardíamente a través de migraciones. Tal vez se podría pensar también en la pluralidad, en la variedad de este "tiempo americano" y su prolongación, es decir, en sus virtudes conservadoras. Es verdad que los indios neolíticos se codean aquí y allá con tecnologías de punta del último cuarto del siglo XX, pero no es menos cierto que las sociedades latinoamericanas conservan formas sociales superadas en el resto del mundo occidental; son verdaderos "museos políticos" donde la sustitución de clases dominantes se efectúa por yuxtaposición antes que por eliminación. Porque, como decía Alfred Métraux, "especies de animales hoy extinguidas sobrevivieron en América hasta una fecha mucho más reciente que en el Viejo Mundo".

Se ha hablado también de una "naturaleza americana", no sólo para des-

… a la magnitud desmesurada de los elementos y el gigantismo del espacio, que nada le deben al hombre, sino para indicar la impronta de éste sobre el paisaje. La naturaleza ha sido violada, agredida por la depredación y el derroche de una "agricultura minera" (René Dumont) que la llevó a un estado "no salvaje, sino degradado" (Claude Lévi-Strauss), deshumanizado la imagen de un continente conquistado. Lo cual demuestra lo erróneo que sería desconocer los fenómenos transnacionales en el estudio de este conjunto regional.

DIVERSIDAD DE LAS SOCIEDADES, SINGULARIDAD DE LAS NACIONES

Un destino colectivo forjado por evoluciones paralelas, una misma pertenencia cultural a Occidente y una dependencia multiforme en relación con un centro único situado en el mismo continente: los factores de unidad operan y a la vez confirman la perturbadora continuidad lingüística de la América portuguesa y, *a fortiori*, de la América española; el que llega desde la Europa exigua y fraccionada se sorprende al hallar la misma lengua y, en ocasiones, la misma atmósfera en dos capitales, separadas por ocho mil kilómetros de distancia y nueve horas de vuelo. Pero frente a esta homogeneidad se alza una no menos gran heterogeneidad de naciones contiguas. Las diferencias entre los países saltan a la vista. Ante todo, las dimensiones. El Brasil, quinto estado del mundo por su superficie, gigante de ocho millones y medio de kilómetros cuadrados, es decir, quince veces más grande que Francia y 97 más que Portugal, su madre patria, no tiene comparación con El Salvador, ese "pulgarcito" del istmo centroamericano, más pequeño que Bélgica con sus 21.000 kilómetros cuadrados. Dejando de lado la variable lingüística que diferencia al Brasil de sus vecinos, se pueden aplicar algunos criterios sencillos para explicar la diversidad de estados y sociedades. Para los primeros predomina la geopolítica, sobre todo su situación en relación con el centro hegemónico norteamericano; para las segundas conviene tener en cuenta los componentes etnoculturales de la población y los niveles de evolución social a fin de poner un poco de orden en el mosaico continental.

..."Tan cerca de los Estados Unidos": potencias emergentes y "repúblicas bananeras"

Es conocida la cínica reflexión del presidente Porfirio Díaz (1876 1911) sobre México:[4] "...tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Uni dos". Sin duda, hablaba con conocimiento de causa, ya que en 1848, des pués de la guerra en la cual los Estados Unidos se anexaron Texas, l república imperial despojó a México de la mitad de su territorio. Los ac tuales estados de California, Arizona, Nuevo México y, aparte de Texas partes de Utah, Colorado, Oklahoma y Kansas (casi 2,2 millones de kiló metros cuadrados) pertenecían a México antes del tratado de Guadalup Hidalgo.

La dominación norteamericana es particularmente evidente en est "Mediterráneo americano" formado por el istmo centroamericano, el ar chipiélago de las Antillas, el golfo de México y el mar Caribe. Washing ton considera a ese *mare nostrum* la frontera estratégica austral de lo Estados Unidos: todo lo que sucede en la zona afecta directamente la se guridad de la nación "líder del mundo libre". El control de los estrechos y del canal interoceánico, así como el trazado de nuevos pasos del Atlán tico al Pacífico es de importancia vital para los Estados Unidos: la comu nicación marítima entre las costas del este y el oeste hacen del canal de Pa namá una arteria navegable interior, mientras que una presencia hostil e las Antillas Mayores pondría en peligro las líneas de comunicación con lo aliados europeos. Sea como fuere, los estados costeños, sean insulares continentales, están sometidos a libertad vigilada. La soberanía de las na ciones bañadas por el "lago americano" se ve limitada por los intereses na cionales de la metrópoli septentrional. A partir de Theodore Roosevel quien no se limitó a "tomar Panamá", donde los Estados Unidos impusiero en 1903 un enclave colonial en la zona del canal, éstos se arrogaron el po der de policía internacional en toda la región, sea para controlar directa mente las finanzas de los estados en quiebra, sea para enviar los *marine* a poner fin al "relajamiento general de los lazos de la sociedad civilizada entre sus vecinos meridionales. Así, ocuparon militarmente Nicaragua d 1912 a 1925 y de 1926 a 1933, Haití de 1915 a 1934, la República Domi nicana de 1916 a 1924. Cuba sacudió el yugo español en 1898 sólo par convertirse en un semiprotectorado: la enmienda Platt, impuesta en 190 por los vencedores de la guerra entre España y los Estados Unidos, oto

[4] Los estrechos que separan a Cuba de México, Haití de Cuba y República Dominicana d Puerto Rico son, de oeste a este, el canal de Yucatán, el Paso de los Vientos, y el canal d la Mona. Esta preocupación sería el motivo de que Puerto Rico sea una posesión norteame ricana y que Estados Unidos siga ocupando la base de Guantánamo en Cuba.

dando a éstos el derecho de intervenir en la isla cada vez que el gobierno se mostrase incapaz de "asegurar el respeto por la vida, los bienes y la libertad. Esta cláusula, incorporada a la constitución cubana, rigió las relaciones entre los dos países hasta 1959.

Esta hegemonía puntillosa no modificó sus métodos ni sus objetivos en la era de los misiles intercontinentales. Las tropas norteamericanas invadieron la República Dominicana en 1965 para evitar una "nueva Cuba" y el islote de Grenada en octubre de 1983 para derrocar un gobierno de tipo marxista. La ayuda escasamente discreta de Washington a la guerrilla contrarrevolucionaria nicaragüense, hostil al poder sandinista, obedece a las mismas preocupaciones, si no a los mismos reflejos. En general, los reflejos neocoloniales llevan a los Estados Unidos a apoyar cualquier régimen de la zona, siempre que sea claramente pronorteamericano, y a derrocar o al menos desestabilizar al gobierno que intente librarse de la tutela del hermano mayor, afecte sus intereses privados y, en general, el modo de producción capitalista.

Aparte de su situación geoestratégica, los estados del *glacis* norteamericano son, con excepción de México, pequeños y escasamente poblados (la peligrosa Nicaragua tiene tres millones de habitantes, ¡algo menos que la población hispana de Los Angeles!) o directamente minúsculos, como las motas de polvo de las Antillas Menores: ¡qué resistencia militar podían oponer los 120.000 habitantes de Grenada "la roja" al cuerpo expedicionario de la primera potencia mundial! El potencial económico de esos estados, entre los que se cuentan los más pobres y atrasados del subcontinente, no compensa su exigüidad ni su desgracia geopolítica. El peso histórico de la monoexportación les ha granjeado a estas repúblicas tropicales el mote despectivo y cada vez menos exacto de *Banana Republics*: las grandes empresas fruteras norteamericanas como la United Fruit, sus sucursales y sus competidoras ejercieron allí un poder casi absoluto durante mucho tiempo. No sucede lo mismo con los estados más lejanos de América del Sur.

Los estados de la América meridional —con excepción de los que tienen costa sobre el Caribe y, siendo producto de la descolonización reciente (Guyana, Surinam), se asemejan a las naciones del "Mediterráneo americano"— se encuentran más lejos de los Estados Unidos y son más grandes y más ricos que los caribeños. Los dos gigantes regionales, la Argentina y el Brasil, son también los más industrializados del subcontinente. Su voz es escuchada y su autonomía política es de larga data. Por otra parte, las naciones sudamericanas no conocen la intervención militar directa de los Estados Unidos, que prefiere utilizar estrategias más sutiles o siquiera más indirectas. Además, la fascinación del *American Way of Life* encuentra me-

nos partidarios allí donde las vigorosas culturas nacionales y el peso d
Europa se oponen a una "coca-colonización" que impera en casi todos lo
países septentrionales de esa América intermedia donde Washington dict
su ley.

En esa "clase media" a la que también pertenece México —que a pesar de Porfirio Díaz y la fatalidad geográfica aún cuenta con sus dos millones de kilómetros cuadrados, sus ochenta millones de habitantes y s
personalidad cultural y política— se encuentran estados capaces de distinguirse en la escena internacional y cuyo perfil se destaca claramente contra el trasfondo de un conjunto latinoamericano condenado hasta hace mu
poco a la imitación y aun hoy en gran medida al anonimato bajo una tutela paternal y condescendiente. Así se advierte el surgimiento de potencia
medianas que aspiran a un papel regional e incluso extracontinental. Pero este fortalecimiento no obedece de manera directa a determinismo alguno. La existencia de un recurso valorizado en el mercado mundial o un
coyuntura favorable pueden elevar un país modesto a la categoría de lo
"grandes" del subcontinente: así sucedió con Venezuela gracias al *boom*
petrolero. La ruptura con la metrópoli, la revocación de una alianza o d
una relación de sumisión pueden colocar a un país pequeño en una situación sin relación con su peso específico: tal fue el caso de Cuba a partir d
1960, y la Nicaragua sandinista, en un plano menor, parece seguir el peligroso camino abierto por su hermana mayor.

Si la clasificación de los estados está sujeta a los vaivenes de la historia, la de las sociedades es más estable y quizá más adecuada a los propósitos de esta obra.

Clima, población y sociedades

La historia suele pasar por alto la geografía: así, no es fácil separar sub
conjuntos regionales con alguna coherencia dentro del continente. Po
ejemplo, ni Panamá, antes una provincia colombiana, ni México pertene
cen a Centroamérica, formada por los cinco estados federados que antes d
la independencia constituían la Capitanía General de Guatemala. No es po
ello menos cierto que entre la América del Sur y los Estados Unidos exist
una "América media", zona de transición, de antiguas poblaciones humanas, sede de extraordinarias civilizaciones precolombinas asentada sobr
tierras donde los volcanes distan de estar extinguidos y que en todo sentid
posee una personalidad propia. En Sudamérica se distingue habitualmen

... *América templada* que ocupa el "cono sur" del continente y com... a la Argentina, Chile y el Uruguay y por su clima, culturas y pobla... la más cercana al Viejo Mundo, de una *América tropical* que abar... países andinos, el Paraguay y el Brasil. Este último es difícil de cla... País-continente que linda con todas las naciones sudamericanas ...cuador y Chile, el Brasil comprende un sur templado, poblado por ...os que trajeron consigo sus culturas mediterráneas. Chile, país an... por excelencia, es más templado que tropical; Bolivia, indudablemente ..., comprende una parte tropical, pero la historia la ha vinculado a la ...a templada, mientras que Colombia y Venezuela son andinas y ca... a la vez. Se comprende así la insuficiencia de tales clasificaciones.

... podría pensar que la población es un indicador más exacto y flexi... los fines de una tipología rigurosa. Es verdad que existe cierta corres...ncia entre los climas y las poblaciones, vinculada sobre todo con las ... históricamente privilegiadas. La distribución regional de los tres ...ponentes de la población americana —el substrato amerindio, los des...ientes de la mano de obra esclava africana y la inmigración europea ... siglo XIX— permite identificar las zonas según el sector dominante. De... bien sector dominante, porque las naciones mestizas son las más nu...rosas, y con frecuencia, en sociedades de población mixta, se yuxtapo... espacios étnicamente homogéneos. Así, en Colombia los resguardos ...ígenas de "tierra fría" o alta suelen mantener contacto con los valles ...gros" de "tierra caliente". Con todo, se puede hacer una distinción gro... una zona de población indígena densa que abarca la América media ... noroeste de Sudamérica, donde florecieron las grandes civilizaciones; la... Américas negras del nordeste en el contorno caribeño, las Antillas y el ...asil, vinculadas principalmente a la especulación azucarera de la época ...olonial; finalmente, un Sur, pero sobre todo un sudeste "blanco", tierra ...mplada que acogió la mano de obra libre europea a partir del último cuar... del siglo XIX.

A partir de las mismas variables, el antropólogo brasileño Darcy ...ibeiro propuso una tipología que no carece de atractivos, aunque se pue... reconocer en ella cierta inclinación ideológica: los pueblos testigos, ...ansplantados y nuevos. Los *pueblos testigos* en sus variedades mesoame...icanas y andinas son descendientes de las grandes civilizaciones azteca, maya e inca. Habitan países donde la proporción de indígenas es relativa...mente elevada, lo que significa entre otras cosas que un sector significa...tivo de la población habla una lengua vernácula y que las comunidades ...utóctonas fueron escasamente asimiladas por la civilización europea. Así ...ucede en la América media, donde Guatemala tiene casi un cincuenta por ...iento de indígenas, Nicaragua y El Salvador tienen apenas un veinte por

ciento muy aculturados y Honduras menos del diez por ciento (cifras que se deben manejar con toda la reserva que merece la definición de indígena en este continente). México tiene apenas un quince por ciento de habitantes que hablen una lengua indígena, pero están muy concentrados en los Estados del Sur (Oaxaca, Chiapas, Yucatán). Además, su ideología nacional reivindica a los "vencidos" del pasado. En la zona incaica, los indígenas de lenguas quechua y aimará constituyen hasta el cincuenta por ciento de la población en el Perú, Ecuador y Bolivia, con fuertes concentraciones en las zonas serranas rurales.

Los *pueblos transplantados* conforman la América blanca: son los rioplatenses de la Argentina y el Uruguay, contraparte de los angloamericanos del Norte. En esas tierras recientemente pobladas, donde los indios nómades, de bajo nivel cultural, fueron eliminados implacablemente ante la marea inmigratoria, nació una suerte de Europa austral. Pero estos espacios aparentemente abiertos, como los de Nueva Zelanda, Australia o los Estados Unidos, presentaban características sociales diferentes, lo que explica su evolución posterior. Su singularidad es evidente. A principios de siglo, los argentinos se enorgullecían de ser el "único país blanco al sur de Canadá". Y estos transplantados del Viejo Mundo que durante mucho tiempo dieron la espalda a su continente, no se sintieron "sudamericanos" hasta fechas muy recientes.

Por último, los *pueblos nuevos*, entre los cuales Darcy Ribeiro sitúa al Brasil, Colombia y Venezuela, así como a Chile y las Antillas, son producto del mestizaje biológico y cultural. Esta es, según él, la verdadera América, en cuyo crisol de razas de dimensión planetaria se forja la "raza cósmica" del futuro que cantó José Vasconcelos. Esta clasificación, así jerarquizada, posee cierta lógica y permite comprender más claramente la rosa de los vientos latinoamericana.

Aunque no conviene multiplicar las clasificaciones, tampoco está de más agregar una basada en la homogeneidad cultural y la importancia del sector tradicional de la sociedad. Estas tipologías son tan arbitrarias como los medios empleados para elaborarlas, pero sin duda son indispensables para introducir los matices necesarios en un estudio transversal de los fenómenos sociales continentales.

Si se toma como indicador la mayor o menor homogeneidad cultural, calculada en función del grado de integración social y de la existencia de una o varias culturas en el seno de la sociedad nacional, se distinguen tres grupos:[5]

[5] Según Germani, G.: "América Latina y el Tercer Mundo", *Aportes* (París), nro. 10, octubre 1968.

Homogéneos: la Argentina, Chile, el Uruguay; en menor grado, Haití, El Salvador y Venezuela.

Heterogéneos: Guatemala, el Ecuador, Bolivia, el Perú.

En vías de homogeneización: el Brasil, México, Colombia.

Se puede decir que los criterios de esta clasificación son eminentemente objetivos. El grado de tradicionalismo se mide con mayor facilidad por cuanto coincide, en general, con la magnitud del sector agrario y el analfabetismo. Según esta perspectiva, serían *tradicionales* los países como Haití, Honduras, el Paraguay, El Salvador, Guatemala y Bolivia; *modernas* son las sociedades argentina, chilena, uruguaya, colombiana y venezolana, aparte de la cubana.

La multiplicación de las tipologías permite rodear algunos países con los extremos de la cadena; da una idea aproximada, grosera pero útil, de las diferencias y la gama de realidades sociales dispares que se ocultan tras el rótulo global de América Latina, sin ceder a los espejismos de la particularidad nacional y la singularidad histórica. Estas dos dimensiones fundamentales, que de todas maneras no permiten descubrir las claves buscadas, sólo pueden provenir de un vaivén incesante entre los múltiples niveles de una aprehensión global de las similitudes y las diferencias, de lo continental a lo local, pasando por lo nacional y regional.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Bastide (Roger), *Les Amériques noires. La civilisation africaine dans le Nouveau Monde*, Paris, Payot, 1967.

Beyhaut (Gustavo), *Raíces contemporáneas de América Latina*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

Chaunu (Pierre), *L'Amérique et les Amériques*, Paris, Colin, 1964.

Chevalier (François), *L'Amérique latine de l'indépendance à nos jours*, Paris, PUF (« Nouvelle Clio »), 1977.

Germani (Gino), « América Latina y el Tercer Mundo », in *Aportes* (Paris), nº 10, octobre 1968.

Halperin Donghi (Tulio), *Histoire contemporaine d'Amérique latine*, Paris, Payot, 1972.

Lévi-Strauss (Claude), *Tristes Tropiques*, Paris, Plon, 1955.

Manigat (Leslie), *Évolutions et Révolutions : l'Amérique latine au XXᵉ siècle (1889-1939)*, Paris, Richelieu, 1973.

Martinière (Guy), *Les Amériques latines. Une histoire économique*, Grenoble, Presses universitaires de Grenoble, 1978.

Métraux (Alfred), *Les Indiens de l'Amérique du Sud*, Paris, A.-M. Métailié, 1982.

Ribeiro (Darcy), *Las Américas y la Civilización*, Buenos Aires, Centro Editor de America Latina, 1969, 3 vol.

Romano (Ruggiero), *Les Mécanismes de la conquête coloniale : les conquistadores*, Paris, Flammarion, 1972.

Soustelle (Jacques), *Les Quatre Soleils. Souvenirs et réflexions d'un ethnologue au Mexique*, Paris, Plon, 1967.

Tapié (V.-L.), *Histoire de l'Amérique latine au XIXe siècle*, Paris, Aubier, 1945.

PRIMERA PARTE

Características generales de los Estados latinoamericanos

1. Los marcos geográficos y el asentamiento humano

Es imposible comprender América Latina si no se empieza por los ambientes naturales a los que el hombre debió adaptarse antes de transformarlos y ponerles su impronta. El conocimiento de las bases físicas de las economías es igualmente indispensable para la comprensión de sus configuraciones sociales. Si la política de los estados, según la frase napoleónica, está "inscrita en su geografía", ello es más cierto aún en el caso de las "naciones dependientes", extravertidas y a la vez sometidas a la vecindad nórtica de una "superpotencia" vecina. Por eso es indispensable volcar algunas reflexiones sobre los rasgos fundamentales que caracterizan el conjunto continental a fin de aprehender la lógica de las diferenciaciones regionales, mientras que la descripción de las grandes unidades estructurales permitirá ubicar mejor los medios geográficos que condicionaron la ocupación del espacio. Este enfoque geográfico es puramente utilitario y está subordinado a la problemática sociopolítica, que es lo que interesa a los fines de esta obra.

Algunos rasgos dominantes

Si fuera necesario caracterizar este conjunto subcontinental que se extendiese desde los 32 grados de latitud norte hasta los 55 grados de latitud sur, mediante la sola lectura del mapa, habría que decir que esta América más austral que boreal está situada bajo el signo del ecuador y los trópicos y estructurada a lo largo de un acentuado eje Norte-Sur.

La meridianidad del Nuevo Mundo

El conjunto del continente sigue el eje de los meridianos. Las líneas de fuerza tienen una evidente disposición Norte-Sur en ese territorio que llamamos América Latina, incluso en razón del aspecto triangular e ístmico de su trazado, que contrasta con el carácter macizo y continental de Norteamérica más allá del río Bravo. Los grandes accidentes y las cadenas montañosas están orientados en esa dirección. Del Sur al Norte, la espina dorsal del continente es una gran muralla que bordea y domina el Pacífico, desde el estrecho de Magallanes hasta México, donde se prolonga en la Sierra Madre para unirse a las Rocallosas en América del Norte. André Siegfried se complacía en destacar la "unidad territorial del continente americano, en el Norte y el Sur, desde el punto de vista geográfico", que los avatares de la historia y las divisiones políticas tienden a ocultar: la correspondencia de los Andes y las Rocallosas era para él la mejor prueba de esa semejanza.[1]

El eje Norte-Sur no es igualmente perceptible en todos los estados: la masa horizontal brasileña lo desconoce, pero aparece con notable claridad en la "loca geografía"[2] de Chile, estrecha franja de tierra de más de cuatro mil kilómetros de longitud encerrada entre la barrera andina y el océano, cuyo ancho en algunos puntos es inferior a los cien kilómetros. Pero esta estructuración meridiana afecta la distribución de las regiones naturales, y sin duda tuvo un gran peso incluso en la evolución política del continente.

Debido a esta disposición axial, las diferencias de ambiente, clima, paisaje y población son menos acentuadas de Norte a Sur que de Este a Oeste. Los contrastes más notables provienen de las influencias contrarias de las vertientes atlántica y pacífica. Con frecuencia las regiones naturales son muy similares a lo largo de miles de kilómetros de norte a sur, en tanto basta un pequeño paso al costado de este a oeste para cambiar de decorado, ya que la altura y el escalonamiento vertical favorecen especialmente la continuidad y la diversidad. Los países andinos ofrecen ejemplos espectaculares de esta particularidad. Bogotá, capital de Colombia, se encuentra a

[1] Siegfried, A.: *Le Canada, puissance internationale*. París, Colin, 1956, pág. 8.
[2] Según el título del libro *Chile, una loca geografía*, de Benjamín Subercasseaux (Santiago de Chile, Ercilla, 1940).

unos cien kilómetros al este del valle del Magdalena. El cambio es tan rápido como impresionante: de las altas mesetas húmedas y brumosas y los verdes prados casi normandos de la Sabana se pasa a la luminosidad tropical de una tierra de caña de azúcar, alegre y florida. En las tierras altas de Cundinamarca, alrededor de Bogotá (unos dos mil metros de altura), vive una población taciturna y abrigada, de fuerte composición indígena; en el valle (230 metros) se descubre la exuberancia y el hábitat africanos de una población mayoritariamente negra. Lo mismo sucede en Ecuador. Desde la alta cuenca de Ibarra, en el norte, hasta la hoya de Loja, en el sur, se sucede una serie de elevadas depresiones coronadas por imponentes volcanes nevados de más de cinco mil metros donde se cultiva el trigo y el maíz. Pero menos de cien kilómetros al oeste se extiende la costa con sus plantaciones de cacao y banano, bajo un clima tropical.

Ciertos historiadores sostienen que la "extensión meridiana" es una de las causas del aislamiento, del encierro de las naciones americanas y del hecho de que hayan acentuado sus vínculos con Europa. Durante muchos años los países latinoamericanos se comunicaron entre sí a través del Viejo Mundo. Según Pierre Chaunu, esta característica física dio lugar a la "vocación atlántica" de las naciones del continente y a su "dificultad para realizarse como una totalidad".

Américas tropicales y ecuatoriales: el "desafío geográfico"

Observe el lector un mapa. El ecuador pasa algunos kilómetros al norte de Quito, capital del país que lleva su nombre, y sobre la desembocadura del Amazonas no lejos de Belem, en el estado brasileño de Pará. El trópico de Capricornio atraviesa los suburbios del norte del gran San Pablo, la concentración industrial más importante del subcontinente y sobrevuela luego Antofagasta, en el norte de Chile, quinta ciudad del país y centro de la gran industria minera. El trópico de Cáncer sobrevuela el golfo de México a la altura de La Habana y luego México mismo, a mitad de camino entre la gran metrópoli industrial de Monterrey y Tampico, uno de los principales puertos sobre el Atlántico. La mayor parte del territorio latinoamericano está, pues, encerrado entre los trópicos. Estre predominio de las latitudes intertropicales tiene importantes consecuencias climáticas y afecta los asentamientos humanos.

Llevado un poco por el espíritu de la paradoja, el geógrafo Pierre Mon-

berg escribió que el Brasil era un "continente tropical de población blanca". Bajo esta semi *boutade* se oculta una verdad profunda: la dificultad de adaptar la civilización europea a un medio poco propicio o, al menos, muy diferente. En efecto, los climas tropicales se caracterizan por sus temperaturas medias relativamente elevadas (20 a 28° según la latitud y sobre todo la altitud) y escasa amplitud térmica anual (5 a 6° en el centro y sur del Brasil o en la meseta mexicana). Otra característica de estos climas es la falta o atenuación de las estaciones. Las diferencias estacionales son principalmente pluviométricas: en casi todo el subcontinente una estación lluviosa más o menos delimitada sucede a una estación seca. Sólo en el extremo Sur, Argentina y Chile conocen inviernos rigurosos que se hacen sentir en Buenos Aires y Santiago y cuyo efecto a veces llega hasta Río de Janeiro. Los climas ecuatoriales son aun más hostiles al asentamiento humano. La franja cálida y húmeda que va del Pacífico a Belem, pasando por Manaus, capital de la Amazonia brasileña, presenta temperaturas anuales elevadas (28°), amplitud térmica irrisoria (1 a 2°) y lluvias abundantes durante todo el año.

Tanto los primeros habitantes como los colonizadores europeos buscaron tierras templadas, de clima más acogedor para el hombre. Los asentamientos evitaron las tierras bajas y malsanas de las llanuras y las costas en favor de las montañas tropicales y las mesetas altas, habitables debido a la ausencia de nieves perpetuas por debajo de los cinco mil metros. La existencia de grandes concentraciones humanas a esas alturas que resultarían inconcebibles en las latitudes europeas es uno de los rasgos característicos de esta América. Los dos grandes imperios, el inca y el azteca, tuvieron su centro en el altiplano andino y en la alta meseta central mexicana, respectivamente. La capital del Tahuantinsuyo, el imperio incaico que se extendía a lo largo del Pacífico desde el río Maule, en el Chile actual, hasta la frontera colombiana, era Cuzco, ciudad peruana situada a 3650 metros de altura. Aun hoy es la ciudad más importante de los Andes peruanos. La puna alrededor del lago Titicaca, en la frontera entre Bolivia y el Perú, está densamente poblada a pesar de encontrarse a 3800 metros de altura y sufrir un clima riguroso. Siempre en el Perú, alrededor de las minas de Cerro de Pasco, a 4300 metros sobre el nivel del mar, nació una ciudad de unos treinta mil habitantes, y en 1961 más del cincuenta por ciento de la población peruana vivía en los valles andinos. Pero lo que realmente asombra al europeo es la existencia de grandes ciudades modernas, de cientos de miles o millones de habitantes, donde se realiza actividad industrial, a alturas superiores a la de la aldea más elevada de Europa, una encantadora curiosidad de trescientos habitantes a dos mil metros en los Alpes franceses del sur. Así sucede con varias capitales. México se encuentra en un va-

... 2240 metros, superada por Bogotá, a 2640, y Quito a 2900, al pie del ... Pichincha. La Paz, capital de Bolivia, a 3400 metros, es quizá la más ... alta del mundo; encerrada en una hoya, parece aplastada por el altipla... que la domina. Esta singularidad afecta las comunicaciones comercia... y políticas, por no hablar de los problemas de adaptación de la altura ... organismo humano y de la civilización industrial.

... grandes unidades estructurales

... Éstas condicionan la fisonomía de los distintos medios naturales y el ... geográfico y territorial de los estados. Debido a su complejidad y sus ... particularidades, la América media será tema de un capítulo aparte, des... de estudiar las grandes articulaciones de la América meridional, de ... Panamá a Tierra del Fuego.

...mérica del Sur

... Tres grandes series de elementos morfológicos se distinguen claramen... te al estudiar el mapa:

1. Al este, una estructura primaria, un zócalo de tierras antiguas y, so... bre todo, de rocas cristalinas, que comprende la gran meseta brasileña, que ... algunos geógrafos llaman el "escudo" debido a su forma, y al norte, sepa... rada de aquélla por el Amazonas, se encuentra el "escudo" de las Guaya... nas, meseta ovalada de tierras erosionadas por el Amazonas y el Orinoco. ... Se encuentra una formación similar a ésta al sur del río Colorado, confor... mando la meseta patagónica.

2. La cordillera de los Andes bordea el Pacífico a lo largo de siete mil ... kilómetros; entre los dos sólo existen estrechas llanuras costeras. La cor... dillera se compone de numerosas cadenas entre las cuales se encuentran ... mesetas y valles de altura. Muchos de sus picos superan los seis mil me... tros.

3. Entre las dos formaciones se extienden las grandes llanuras, tierras ... bajas aluviales regadas por los tres grandes sistemas fluviales: el Amazo... nas, el Orinoco y la cuenca del Paraná en el sur.

Son, como se advierte, tres conjuntos grandes y relativamente sencillos. A los efectos de esta obra, sólo interesan en función de los medios natu... rales y el hábitat que proporcionan al hombre.



LOS RELIEVES DE AMÉRICA LATINA
LA OROGRAFIA DE AMÉRICA LATINA

a) *El zócalo de rocas antiguas*

La meseta brasileña es la más grande de estas formaciones. Este gran territorio llano de rocas antiguas, de cuatro mil kilómetros de nordeste a sudoeste, está levemente alzado en el este y se inclina suavemente al oeste, hacia las llanuras centrales del continente. La escasa variedad de paisajes, la uniformidad y la monotonía son sus rasgos característicos. No obstante, en este conjunto de baja altura (el cuarenta por ciento de los terrenos están por debajo de los doscientos metros y menos del cinco por ciento se elevan por encima de los novecientos), el extremo sudeste de la meseta termina en pendientes muy marcadas, rematadas en el pico de Bandeira, de [illegible] metros, situado en Espirito Santo, en el norte del estado de Río. Estas cadenas de tierras altas, llamadas *serras*, pero que no tienen el perfil [illegible] de las que en los países hispanos se llaman *sierras*, siguen la dirección de la costa y cambian de orientación a la altura del paralelo 20, van de norte a sur hasta llegar al punto de inflexión, a partir del cual siguen el eje nordeste-sudoeste. Las *serras* del norte bordean el río São Francisco, que en la época colonial fue la gran vía de comunicación entre el nordeste azucarero y la zona minera de Minas Gerais, En el sur, enmarcan otra vía fluvial que tuvo una importancia enorme para la evolución del Brasil: el río Paraíba, entre Río y San Pablo. La serra do Mar termina bruscamente en el Atlántico, mientras que la serra da Mantiqueira se extiende al norte del Paraíba.

El macizo de las Guayanas cubre mil kilómetros de este a oeste. Se extiende al norte del Amazonas sobre los territorios de Venezuela, el Brasil y las tres Guayanas. La depresión del río Branco la divide en dos y la surcan las poderosas corrientes del Essequibo, el Courantyne, el Maroni y el Oyapoc. Al sur y al sudeste su límite es una cadena montañosa cuyas crestas alcanzan los 2800 metros en el pico Roraima, de la serra Pacaraima, en el extremo septentrional del Brasil.

La Patagonia, que se extiende desde el estrecho de Magallanes hasta aproximadamente los cuarenta grados de latitud Sur (a la altura del río Colorado), es una gran meseta de erosión, inclinada de oeste a este, que lleva las marcas de eras glaciales recientes. Su costa atlántica está conformada por acantilados altos e inhóspitos. La región, de baja altura (de cuatrocientos a mil metros), es barrida por un viento del oeste, frío y muy violento, que tuerce los árboles y crea una atmósfera de *finis terrae* poco atractiva para los asentamientos humanos.

b) *Las grandes llanuras.*

Comprenden tres grandes conjuntos vinculados con el sistema hidrográfico.

1. En el norte, los *llanos* del Orinoco, inundados en parte, regados por los numerosos afluentes de este río que descienden de los Andes, se extienden sobre Colombia y Venezuela. Son sabanas salpicadas de arboledas y de galerías boscosas a lo largo de las orillas de los ríos.

2. La *Amazonia* es una planicie enorme en forma de abanico o de embudo abierto hacia los Andes, drenada por el río más caudaloso del mundo, de 6420 kilómetros de largo, que recibe decenas de afluentes provenientes del arca de agua andina y que nacen en los estados andinos limítrofes con el Brasil, desde Venezuela hasta Bolivia. Con su gran fuerza aluvial, el Amazonas forjó en su enorme delta la gran isla de Marajó. La Amazonia está constituida por una llanura aluvial inundable (*várzea*) que alcanza hasta ochenta kilómetros de ancho y por terrazas de arena y guijarros. Estos dos tipos de terreno, cuyas particularidades parecen estar ocultas bajo el manto boscoso del "infierno verde", dan lugar a dos variedades de selva ecuatorial: una, exuberante, de difícil acceso, y otra menos densa, de árboles pequeños, con algunas especies útiles (palmeras, caucho), accesible mediante la red de riachos (*igapos*) que prolonga el río.

3. El *sistema Paraná-Paraguay*. Comprende dos formaciones muy diferentes, tanto por su paisaje como por su riqueza potencial. En el norte, el *Chaco* se extiende desde el Pilcomayo sobre Bolivia, el Paraguay y la Argentina septentrional formando una gran llanura arenosa, mal regada, cortada por salinas y cubierta por una foresta rala en el oeste y rica en maderas duras como el quebracho y el algarrobo en el este.

En el sur, la *pampa*, vasta pradera cenagosa, más grande que Francia, increíblemente llana, carece de ríos y elevaciones, pero gracias a su clima fresco y lluvioso goza de una asombrosa fertilidad que permitió el enriquecimiento de la Argentina a principios de siglo.

c) *Las cordilleras*

Los Andes bordean el Pacífico desde el estrecho de Magallanes hasta Venezuela. Están separados del océano por llanuras costeras en parte estrechas, como en el Perú, en otras relativamente anchas, como la costa ecuatoriana que concentra en sus cien a doscientos kilómetros la actividad económica del país. La línea divisoria de estas montañas elevadas se encuentra casi siempre por encima de los tres mil metros. Abundan los picos de más de cinco mil metros, siendo el Aconcagua el más elevado, con 6959 metros. Un volcanismo reciente, la presencia de volcanes en actividad, así como una fuerte actividad sísmica, indican que se trata de un relieve joven, todavía en proceso de formación.

Los Andes están constituidos por cadenas paralelas separadas por altas mesetas interiores y extensos valles longitudinales. De sur a norte se dis-

...binaciones muy diferenciadas de estos elementos. En Chile, ... oriental forma el límite con la Argentina, mientras que la de ... el Pacífico. Entre las dos, de Santiago a Puerto Montt, se ... valle central, de clima mediterráneo, que conforma el corazón ...

... de Chile, los Andes atraviesan el Perú y Bolivia donde inclu... altas (el altiplano boliviano, en el límite con el Perú y la Ar... tiene entre 3500 y 5000 metros de altura) o valles, como la gran ... longitudinal abierta por el río Marañón, que separa las dos cor... el Perú. Las dos cadenas se reúnen en el Ecuador; están cons... por una serie de hoyas medianas, dominadas por volcanes impo... como el Chimborazo (6267 metros), el Cotopaxi (5897) y el ... (5840). Las hoyas se extienden de Loja a Ibarra, con alturas de ...00 metros. Quito está situada en una de ellas. En Colombia, a par... ...do de Pasto en el sur, los Andes se dividen en tres cordilleras, se... por el valle del Cauca en el oeste y el de Magdalena en el este. La ... central, entre el Cauca y el Magdalena, es la más elevada; com... una serie de volcanes nevados de más de cinco mil metros como el ... Huila y el Tolima. La cordillera oriental, cuyo pico es el Nevado ...uy (5780 metros) está formado por una serie de mesetas elevadas ... mil metros) y llanuras como la sabana de Bogotá. La occidental, ... no supera los tres mil metros. En Venezuela, la cordillera cam... dirección y pierde altura. Los Andes se tuercen hacia el nordeste en ...dillera de Mérida, al sur del lago de Maracaibo, forman un conjun... ...setas altas coronado por el pico Bolívar de cinco mil metros, luego ... la dirección este-oeste, paralela a la costa del Caribe, y se dividen ... cadenas hacia el golfo de Paria, a la vez que pierden altura: la ca... ...ostera no supera jamás los mil metros de altura.

...mérica media

...spués del estrechamiento del golfo de Darién y el istmo de Panamá, ... lieves de la América meridional se vuelven perpendiculares a una lí... ...artagena-Quito, y el triángulo continental toma la forma de un cuer... la abundancia, apenas deformado por la excrecencia calcárea de Yu...tán.

América Central comprende dos cadenas de tierras altas caracterizadas ... la fuerte actividad volcánica. En el norte, sobre los llanos costeros de ...atemala y El Salvador se alza un eje montañoso de unos dos mil metros ... altura y relieves variados, donde no faltan volcanes de casi cuatro mil

metros. El conjunto pierde altura hacia el nordeste y se prolonga en Nicaragua con un amontonamiento de colinas que no superan los mil quinientos metros y que están dominadas por una serie de conos volcánicos a lo largo del Pacífico, entre ellos el Momotombo, caro a Victor Hugo, que alcanza los 1850 metros. Hacia el sur, una serie de cordilleras recorre Costa Rica del nordeste al sudeste. La cordillera central, coronada por el volcán Irazú, de 3400 metros, domina las tierras altas del valle donde se encuentra San José, la capital. En el sur, la cordillera de Talamanca, sin picos volcánicos, presenta relieves elevados, entre ellos el monte Chirripo, que con sus 3800 metros es el más alto del país. En Panamá, la sierra centroamericana no es más que una serie de colinas.

El relieve mexicano prolonga el de los Estados Unidos y presenta una distribución marcadamente similar al de la América meridional, aunque con otros componentes. Dos cadenas de montañas, prolongaciones de las Rocallosas, enmarcan una alta meseta y dominan las llanuras del litoral. En el oeste, la Sierra Madre Occidental, de Chihuahua a Jalisco, constituye una muralla de dos mil a tres mil metros de altura por trescientos kilómetros de ancho sobre el golfo de California. Su origen es volcánico, como el de la cordillera de la Baja California que recorre la península. La Sierra Madre Oriental, menos compacta que la anterior, de Coahuila y Nuevo León hasta el estado sureño de Oaxaca, domina las llanuras costeras, más extensas que las del Pacífico, y detiene los vientos húmedos del golfo de México. Cerca del centro del país, entre los 19 y los 21 grados de latitud, al sur de Ciudad de México, un elevado eje volcánico transversal corta de este a oeste. Aquí se encuentran los picos más altos del país: Popocatépetl, Iztaccihuatl y el más elevado de todos, Orizaba, de 5760 metros. El conjunto es producto de una actividad volcánica reciente, a juzgar por la brutal erupción del Paricutín, en 1943, en el estado de Michoacán. Cadenas secundarias surcan los valles formados por corrientes de lava y salpicados de lagunas. La más célebre de éstas es la Anáhuac, donde los aztecas edificaron su capital, Tenochtitlán —México—, sobre una laguna cerca del volcán Ajusco, entre los lagos Texcoco y Xochimilco. Más allá, la Sierra Madre del Sur atraviesa los accidentados estados de Guerrero y Oaxaca. Es un laberinto de crestas y valles, regiones de difícil acceso en cuyos rincones más escarpados se refugiaban las etnias indígenas que huían de la dominación azteca primero y la española después. La Sierra Madre de Chiapas, que se prolonga en Guatemala, es el accidente montañoso más austral del país.

Las llanuras costeras son anchas del lado del golfo. Alcanzan los doscientos cincuenta kilómetros en Tamaulipas. La cordillera se acerca al mar a la altura de Veracruz, se aleja nuevamente en Tabasco, donde la llanu-

... la se continúa en las tierras bajas y calcáreas de la meseta de Yucatán. Sobre la costa del Pacífico, las llanuras son anchas en el estado septentrional de Sonora y prácticamente inexistentes de Michoacán a Guerrero.

La alta meseta central entre las dos sierras es una superficie irregular de ... a 2500 metros de altura erizada de pequeñas elevaciones que alternan con hondonadas. Esta parte central, densamente poblada, completa la ... nada topografía mexicana, caracterizada por la difilcultad de las comunicaciones y el aislamiento de muchos grupos humanos, sobre todo en el sur. Cabe destacar la ausencia de grandes ríos que sirvan de vías naturales de penetración, como en Colombia y el Brasil.

I ipos de ambientes naturales y climas: algunas observaciones

I os paisajes naturales (y la agricultura) dependen evidentemente del régimen pluviométrico, es decir, del clima. Éste es muy variado en una misma latitud debido al relieve y las vertientes. Sin describir las distintas categorías climáticas, conviene hacer tres observaciones que afectan a los ... ntamientos humanos de manera muy directa.

La primera concierne al escalonamiento de los climas y los paisajes en las zonas tropicales montañosas de México, Centroamérica y los países andinos que corresponden a esta definición climática. Los nombres varían de un país a otro. Hasta mil metros de altura se habla generalmente de *tierras calientes*; se trata de las llanuras costeras, los valles al pie de las sierras y las mesetas, donde el clima tropical reina sin atenuantes.

Más arriba, hasta los dos mil metros, las *tierras templadas* muestran una vegetación tropical y un clima de "primavera eterna", sin heladas y con inviernos secos.

Las *tierras frías*, de dos mil a tres mil metros, suelen conocer heladas en invierno; no obstante, son buenas para el cultivo de cereales.

Más arriba se encuentran las *tierras heladas*. En México están cubiertas de pinos y robles; en el altiplano andino se cultivan papas hasta los cuatro mil metros de altura. En las alturas mayores, por encima de las nieves y los hielos eternos de los 4800-5000 metros, se extiende el páramo (en Bolivia, la puna), donde ayer pastaba la llama y hoy la oveja.

La segunda consideración se refiere a la importancia del *bosque* en sus diferentes variedades. La densa selva amazónica cubre, como se sabe, parte de la América meridional y la tercera parte del Brasil. Durante mucho

tiempo fue explotada solamente por los "cosechadores" de piedras preciosas (*garimpeiros*) y caucho (*seringueiros*), pero hoy, gracias a las vías transamazónicas y la política desarrollista oficial, es sometida a una tala extensiva que hace peligrar el frágil equilibrio ecológico, sobre todo la delgada capa de humus. Históricamente, la conquista agrícola de las tierras atlánticas y de las cordilleras bien regadas también se realizó mediante la tala de los bosques tropicales. Parecería que la agricultura en América está estrechamente ligada a la desaparición del bosque. Esta práctica ha dejado su marca en el vocabulario. Así como Brasil debe su nombre a un árbol empleado en tintorería, la zona azucarera del litoral de Pernambuco lleva el nombre de *zona da mata* que recuerda su origen boscoso: *mata* significa "bosque grande". Se reconoce en ello la marca de un continente joven, aprovechado después de su conquista por el europeo. La agricultura devastadora del bosque corresponde al modo de explotación de un continente donde sólo cuenta la rentabilidad inmediata, en tanto el futuro es de importancia menor: la ganancia rápida mediante la exportación da lugar a la "agricultura de rapiña".

La tercera observación se refiere a las *zonas áridas* y *semiáridas*. Si bien en América no hay grandes desiertos en sentido estricto, como el Sahara o el Gobi, de todos modos no hay escasez de zonas áridas. Una gran franja semidesértica atraviesa Sudamérica desde el Perú hasta la costa oriental de la Patagonia. Una estrecha banda árida bordea el Pacífico de los 5 a los 27 grados de latitud, es decir, de Tumbes en Perú hasta la ciudad chilena de Coquimbo y el valle de Copiapó. Los 2200 kilómetros de desierto peruano están sembrados de oasis densamente poblados alrededor de las aguas que descienden de los Andes. En Chile, la región de las pampas y el desierto de Atacama poseen un subsuelo rico en nitratos y cobre, única justificación de un asentamiento humano arduo y artificial. En el interior del continente, la transversal árida, que allí no se debe al anticiclón tropical del Pacífico sino a la barrera de los Andes y la lejanía del Atlántico, vuelve estériles las regiones subandinas, caracterizadas por formaciones erosionadas y frecuentes salinas.

En el Nordeste brasileño hay una zona de aridez cíclica. La irregularidad de la pluviometría, causada por el choque de masas de aire ecuatoriales y atlánticas, tiene consecuencias dramáticas para el "polígono de sequía" que abarca el interior de todos los estados desde Piauí hasta Minas Gerais. En una zona donde el promedio es inferior a los quinientos milímetros anuales, los años sin lluvias provocan verdaderas catástrofes, con sus cortejos de *flagelados* y hambrunas. El paisaje del Nordeste semiárido se compone de una vegetación salpicada de árboles espinosos y cactus, el "bosque blanco" o *caatinga*; entre ésta y la *mata* húmeda y exuberan-

[illegible] se extiende el *agreste*, donde los ríos no se secan, pero la ve-getación se reduce a bosques de plantas espinosas.

La mitad del territorio mexicano recibe menos de quinientos milímetros anuales. El Norte sufre de aridez, no sólo en las tierras bajas de los bolsones (Bolsón de Mapimi, Desierto del Altar), con menos de [illegible] milímetros anuales, sino también en las mesetas altas de Coahuila y Chihuahua. En el Norte central, hasta San Luis Potosí, predominan las es-tepas de cactus y árboles espinosos.

La breve reseña de algunos aspectos del medio natural muestra los obstáculos que debió superar el asentamiento humano para desarrollar una civilización colectiva e industrial. Estas dificultades de adaptación y los métodos precolombinos o modernos que derivaron de ellas forman parte de las particularidades del subcontinente. Sería erróneo subestimarlos.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Aubert de La Rüe (Edgar), *Brésil aride. La vie dans la Caatinga*, Paris, Gallimard, 1957.

Bassols Batalla (Angel), *Geografía económica de México*, México, Trillas, 1980.

Castro (Josué de), *Une zone explosive : le nord-est du Brésil*, Paris, Éd. du Seuil, 1965.

Cunill (P.), *L'Amérique andine*, Paris, PUF, 1963.

Daus (F. A.), *Geografía de la Argentina*, Buenos Aires, Estrada, 1981.

Monbeig (Pierre), *Le Brésil*, Paris, PUF, 1976.

Lasserre (Guy), *Les Amériques du Centre : Mexique, Amérique centrale, Antilles, Guyanes*, Paris, PUF, 1977.

L'Amérique latine : approche géographique générale et régionale (sous la dir. de Claude Collin Delavaud), Paris, Bordas, 1973, 2 vol.

Latin America ; *Geographical Perspectives* (éd. by Harold Blakemore and Clifford Smith), London, Methuen, 1971.

Rochefort (Michel), *Géographie de l'Amérique du Sud*, Paris, PUF, 1974.

Siegfried (André), *L'Amérique latine*, Paris, Colin, 1934.

2. La ocupación del espacio y el poblamiento

Los medios naturales y los climas delimitan espacios que el hombre puebla de manera selectiva. La dimensión histórica del poblamiento es fundamental para comprender los asentamientos actuales. La solución de continuidad que significó la conquista dejó su marca en los paisajes y en la distribución de los hombres, por no hablar de su conciencia y conducta. Las etapas, los componentes y la localización de los asentamientos constituyen el telón de fondo de dos grandes fenómenos contemporáneos: la revolución demográfica y la hipertrofia urbana, incluso metropolitana. Quien habla de espacio se refiere a los medios para dominarlo: en este capítulo también se estudiará el problema de las comunicaciones y los transportes.

Las etapas del poblamiento

Daría la impresión de que el espacio americano fuera el blanco privilegiado de sucesivas migraciones. El poblamiento del continente fue tardío. Se inició probablemente unos treinta a cuarenta mil años antes de Cristo y su origen fue alógeno. El indio americano llegó de otras tierras, seguramente de Asia. Paul Rivet y otros antropólogos han destacado las innegables características asiáticas, tanto físicas como lingüísticas, de los primeros habitantes. Según algunas hipótesis, éstos habrían llegado al continente americano a través del estrecho de Bering, transformado por una era glacial en un gran puente. Otras migraciones menores se habrían efectuado a través del Pacífico Sur. Por eso, paradójicamente, Colón no erraba del todo cuando, al "descubrir" esa prolongación de Asia, creía haber arribado a las Indias. Llamar "nuevo mundo" al continente americano no dejaba de tener cierto sentido antropológico.

Antes del arribo de los españoles y los portugueses, la densidad de población era muy desigual a través del continente. Las estimaciones retrospectivas de las distintas escuelas muestran diferencias importantes, pero los autores coinciden en suponer que los grandes imperios centralizados conocían densidades de población relativamente elevadas, gracias al desarrollo técnico de la agricultura y un alto nivel de organización social. El dominio del riego, la metalurgia del bronce, el hierro y el oro, un sistema de contabilidad y de inscripción glíptica muy próximo a la escritura dieron lugar a una fuerte estructura política entre los aztecas, los incas, los mayas, tal vez incluso entre los chibchas de Colombia. Según una hipótesis, la meseta de Anáhuac, en México, tenía una densidad de cincuenta habitantes por kilómetro cuadrado. Junto con estas concentraciones existía una gran dispersión de pueblos cazadores o recolectores y también agricultores de técnicas rudimentarias, que practicaban el cultivo de monte quemado sin riego y llevaban una existencia seminómade.

Las cifras globales de la población precolombina son harto elocuentes, ya que permiten medir el impacto demográfico de la conquista. Su dimensión política ha dado lugar a polémicas hipótesis contradictorias. Tradicionalmente se calculaba que la población de la meseta central mexicana llegaba a diez millones de habitantes. La escuela demográfica de Berkeley (Cook y Borah) la estimó en veinticinco millones, después de efectuar una investigación minuciosa. El Perú habría tenido, en 1530, unos diez millones de habitantes. Se ha estimado la población del continente antes de la conquista en cuarenta a sesenta millones. Europa tenía entonces cien millones de habitantes. En 1650, según algunos cálculos, la suma de todas las razas del subcontinente llegaba apenas a doce millones de habitantes, que un siglo más tarde se habían reducido a once millones. En 1810, según Humboldt, no había más de ocho millones de indios. Esto demuestra la perturbación demográfica que significó la conquista. La irrupción brutal de los conquistadores españoles trastornó la ocupación del espacio al provocar la desaparición de una parte de los ocupantes primitivos (reemplazados por esclavos negros del África), al desplazar las poblaciones hacia nuevos centros de producción y al crear una serie de asentamientos portuarios para establecer comunicaciones entre las metrópolis y el Nuevo Mundo y facilitar así la explotación de éste.

La catástrofe demográfica de la conquista

La caída colosal de la población se revela claramente en las cifras presentadas por los historiadores, ratificadas por los documentos y las cróni-

[illegible] época. La "destrucción de las Indias" denunciada por el padre Las [illegible] lugar, sin duda. Los arawakos y los caribes insulares fueron ex[illegible]dos por completo. Según los cálculos de Juan Friede, los quimbayas [illegible] hoy es Colombia quedaron reducidos de 15.000 a 69 entre 1539 [illegible] En México, según Cook y Borah, de los veinticinco millones de [illegible] que había en 1519 quedó apenas un millón en 1605. La pobla[illegible] se reduce a tres millones en cincuenta años. En algunas [illegible] andinas, la población masculina se redujo en un ochenta por cien[illegible] años. Esta sangría demográfica obedece a diversas causas. Es [illegible] que no faltaron matanzas en el curso de la propia invasión, sobre [illegible] los primeros decenios, a causa de la superioridad de los con[illegible] en materia de armamento: ejemplo de ello es la venganza que [illegible] Cortés de los aztecas después de su derrota en la *noche triste* de [illegible] Pero semejante fenómeno obedece a causas muy profundas, prolon[illegible] irreversibles, relacionadas con el llamado "trauma de la conquis[illegible]

[illegible] hoy es posible comprender su magnitud, gracias a la visión que [illegible] los vencidos de ese proceso. Para las sociedades autóctonas, sobre [illegible] centralizadas y organizadas, el arribo de los europeos y el de[illegible] de los imperios, con el sentido religioso que los indígenas atribu[illegible] tales acontecimientos, significaron una verdadera desintegración [illegible] Estallaron todos los sistemas de valores que hacen a la vida [illegible] políticos, morales o religiosos. La desaparición de los marcos [illegible] de una sociedad vigilante y protectora trajo consigo ciertas [illegible]" fatales: entre ellas, el consumo de alcohol. Las epidemias de [illegible] viruela y sarampión hicieron estragos entre estos seres humanos que [illegible] del correspondiente factor inmunitario. Los traslados de pobla[illegible] el ritmo de trabajo que la avidez de los nuevos amos impuso en los [illegible] y en las minas provocaron el exterminio de tribus o al menos una [illegible] elevada. Ante estas nuevas condiciones de existencia y la [illegible] provocada por ellas, la única respuesta de los vencidos fue, en [illegible] casos, la desesperación, que llegaba a veces a manifestarse en el [illegible] a la vida: las automutilaciones y los suicidios colectivos fueron los [illegible] medios de resistencia al trabajo forzado y la temible mita, el [illegible] en las minas de plata, para la cual se trasladaba a los indígenas pe[illegible] a centenares de kilómetros de su hábitat natural.

[illegible] evocación histórica no es en absoluto gratuita. Es imposible exa[illegible] la magnitud y la permanencia de este cataclismo fundacional que sig[illegible] la irrupción de la conquista en un mundo cerrado. El folklore indí[illegible] contemporáneo, con sus "danzas de la conquista", es la prueba de su [illegible] vivencia en la memoria colectiva de los vencidos. Más aún, el suce-

so plasmó los mecanismos étnicos de estratificación y distribución del poder social, así como el llamado a otros componentes migratorios. ¿Cómo comprender que el indio peruano o guatemalteco, hoy pauperizado, desposeído, reducido a veces a la mendicidad, es empero el descendiente de los constructores de Machu Picchu o de los astrónomos de Tikal y Copán, sin tener en cuenta el asesinato de esas civilizaciones prodigiosas que él sostenía con su trabajo y su fervor?

Un mundo conquistado

"Al contacto con los conquistadores, la población indígena se derritió como la cera sobre las brasas", afirma Marcel Bataillon; pero la catástrofe demográfica no fue la única consecuencia que tuvo la conquista para el asentamiento y las modalidades de ocupación del espacio. También sus móviles contribuyeron a moldear los territorios y las sociedades.

En efecto, no importa lo que digan los admiradores de la gesta ibérica, uno de los móviles más poderosos de la conquista, y no sólo la española, fue el enriquecimiento rápido mediante el hallazgo de metales preciosos, primero a través del robo y después a través de la explotación intensiva de las minas. La propagación del cristianismo y la conversión de los indígenas paganos figuraban entre las primeras preocupaciones oficiales, pero en la práctica, a pesar de los esfuerzos de la Iglesia, el oro se adelantaba a los evangelios.

Así, a diferencia de la colonización sistemática de la "frontera" por los pioneros norteamericanos, al sur del río Bravo prevaleció la aventura arriesgada en busca de metales preciosos o de indígenas a los cuales reducir a la esclavitud. A las *cabalgadas* hispánicas corresponden las *bandeiras paulistas* del Brasil. El "espejismo *bandeirante* de la fortuna fácil" evocado por Vianna Moog no es exclusivo de la América portuguesa; más adelante, condicionará una apropiación de tierras muy anterior a su explotación en todo el subcontinente. La hacienda colonial era más valiosa por su población vasalla que por sus riquezas potenciales. Se advierte así que la conquista no interesa solamente al historiador.

Por otra parte, a partir del siglo XVI la organización de la vida colectiva del Nuevo Mundo ya no se orienta hacia las necesidades de las poblaciones locales sino en función de los intereses de las elites europeas. Se instala una extraversión económica y social de la que el continente todavía no se ha librado. Las perspectivas de la producción eran regidas desde Euro-

[illegible] clases dominantes ibéricas, y luego las criollas, sacrifican todo a la [illegible]ulación y al producto bien cotizado en el mercado mundial. La ga-[illegible]ia inmediata, incluso sin mañana, goza de todos los favores. Se anu-[illegible] vegetación, se agotan los suelos y las vetas minerales y luego se emi-[illegible]n busca de otras tierras. Semejante lógica productiva no favorece los [illegible]amientos estables que humanizan el paisaje. Los ciclos de productos [illegible] favorecidos en el Brasil, del azúcar al café pasando por el oro, obli-[illegible]n a desplazar el centro de gravedad del país e incluso su capital. La [illegible]ica hispana lleva también los estigmas de la sucesión de *booms* y de [illegible] hacia nuevos productos dictados por la demanda externa. La po-[illegible]ión sigue esos cambios y se adapta a ellos.

[illegible] migraciones: [illegible] negros y trabajadores europeos libres

[illegible] de paliar la desaparición de los trabajadores indígenas, los colo-[illegible] buscan nuevas fuentes de mano de obra: primero la inmigración [illegible] de esclavos africanos y después, abolidas la trata y la esclavitud, [illegible]lutamiento de trabajadores libres en Europa, así como en el Extremo [illegible] Tanto que, hasta principios del siglo xx, la dinámica demográfi-[illegible] subcontinente se basa esencialmente en la inmigración.

[illegible] los esclavos africanos negros es la más antigua, hasta el punto que [illegible] autores olvidan que fue un fenómeno inmigratorio, aunque el via-[illegible] retorno y se producía en circunstancias atroces. La deportación [illegible] poco después de la conquista. En 1650 había en América del Sur [illegible].000 negros, es decir, casi tantos como los habitantes blancos. En [illegible]ún los cálculos de Humboldt, había 6.433.000 negros en las dos [illegible] unos 4.483.000 en lo que hoy se llama América Latina, de los [illegible] 1.960.000 correspondían al Brasil (sin contar los mulatos). Debido [illegible]ibución desigual de sexos y la consiguiente, reducida, tasa de re-[illegible]ión en una población mayoritariamente masculina, se deduce que [illegible]orresponde al arribo al subcontinente de unos seis millones y me-[illegible]canos, entre ellos tres millones y medio al Brasil. Conocidas las [illegible] condiciones en que el "ébano" era transportado en los barcos [illegible] y la elevada tasa de mortalidad en la travesía (casi un veinte por [illegible] pérdidas), se calcula que el "tráfico infame" sacó entre nueve y [illegible] millones de negros de África.

[illegible] fueron conducidos en su mayoría a las zonas donde no había in-

dígenas o donde éstos hubieran desaparecido a causa de las condiciones d
trabajo. Se los encuentra en las tierras bajas, las costas o los valles trop
cales, las plantaciones de azúcar y las minas de tierra caliente. A juzgar p
las cifras de principios del siglo XIX, hay una cierta coincidencia entre
mapa de las zonas azucareras y el de las concentraciones de la població
negra. En el Brasil, al finalizar el ciclo del "oro blanco", los negros sup
raban a los blancos por dos a uno. Según un dicho de la época, "Sin negr
no hay ni azúcar, ni hay Brasil". En 1817 y 1804 respectivamente, el cu
renta por ciento de la población cubana y el noventa por ciento de la d
Haití eran negras.

Las nuevas naciones independientes abolieron la trata entre 1810
1815, aunque en el Brasil prosiguió hasta 1850 y la esclavitud sólo fue ab
lida en 1888. Pero el tráfico clandestino de esclavos prosiguió después d
la abolición, y las consecuencias sociales de la esclavitud de ningu
manera han desaparecido. El impacto de la inmigración africana ha dej
do una marca indeleble en la cultura nacional de las Américas "negras

La inmigración masiva de origen europeo es un fenómeno de fines d
siglo XIX. Hasta entonces, el flujo de españoles y portugueses hacia l
Américas había sido constante pero relativamente escaso. En 1810, d
acuerdo con las estimaciones de Humboldt, había apenas 3.276.000 bla
cos en toda la América española. La incorporación de los nuevos territ
rios al mercado mundial, así como la expansión de nuevas culturas cre
ron una gran demanda de mano de obra que coincidió con la facilida
creciente de los viajes transatlánticos y el exceso de población en Europ
Esta inmigración se dirigió hacia las zonas templadas del sur del Bras
donde el cultivo del café avanzaba a medida que desaparecía la esclavitu
y hacia la Argentina y el Uruguay, tierras despobladas donde la producci
agraria requería nuevos asentamientos. Los poderes públicos aplicaban
pie de la letra la sentencia del autor argentino Alberdi de que "gobernar
poblar".

Así, entre 1857 y 1930, la Argentina recibió 6.330.000 inmigrantes, d
los cuales 3.385.000 resolvieron quedarse en el país. De acuerdo con el pr
mer censo, realizado en 1869, el "desierto argentino" contaba con 1.700.00
habitantes. Esto refleja el peso de estos extranjeros en la formación de u
país, cuya población sufrió los cambios más intensos de todo el Nue
Mundo (incluidos los Estados Unidos). Gracias al ingreso masivo de inm
grantes, la población argentina se duplicó cada veinte años hasta 191
cuando los extranjeros constituían el treinta por ciento de la población.
predominio de los italianos (el 47,4 por ciento del total) y los españoles f
cilitó su asimilación, no sin crear algunos problemas políticos. El flujo
detuvo en 1930 y sólo se reinició, con menor intensidad, en 1945.

El Brasil, por su parte, recibió entre 1884 y 1939 a 4.158.000 inmigrantes, de los cuales el treinta y cuatro por ciento eran italianos —San Pablo es una gran ciudad italiana—, el veintinueve por ciento, portugueses y el catorce por ciento, españoles. Pero arribaron también unos 170.000 alemanes (el 4,1 por ciento). Éstos se establecieron tempranamente en Río Grande do Sul y Santa Catarina (la fundación de São Leopoldo en aquel estado data de 1824) y sobre todo a partir de la derrota de las revoluciones de 1848: en 1850 Blumenau fundó la ciudad que lleva su nombre. Esta población compacta y solidaria, aferrada a su idioma y sus tradiciones, se dedica principalmente a la agricultura y la pequeña industria; cuenta además con dirigentes que le permiten llevar una vida comunitaria cerrada y de difícil asimilación hasta fines de la Segunda Guerra Mundial.

Las cifras son menores en el caso del Uruguay, que en 1908 contaba con 181.000 extranjeros, es decir, el dieciocho por ciento de una población de un millón de habitantes; pero el ochenta por ciento de ellos se radicó en Montevideo y llegó a constituir el cincuenta por ciento de su población. La nacionalidad mayoritaria era la italiana, seguida de la española. Un polo de inmigración que muchos autores pasan por alto es Cuba, que en el siglo XX recibió un flujo intenso de españoles y también, en menor cantidad, de antillanos; se desconoce cuántos de éstos se afincaron en la isla. Entre 1902 y 1929 ingresaron casi un millón de inmigrantes.

Para completar esta reseña de las migraciones de ultramar, cabe agregar algunas observaciones sobre los flujos de posguerra y el aporte del Extremo Oriente.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, entre 1945 y 1954, la Argentina, el Brasil y también Venezuela, que conoce un nuevo período de prosperidad gracias al petróleo, reciben casi un millón de inmigrantes entre italianos (537.000), españoles (295.000) y de otras nacionalidades. Argentina es nuevamente la que recibe el flujo mayor, con 567.000 inmigrantes. La reconstrucción y la estabilización del Viejo Mundo cortan rápidamente esta corriente, generada por los trastornos de la guerra.

La inmigración de asiáticos, chinos y japoneses jamás adquirió el carácter masivo del aporte europeo, principalmente mediterráneo. No obstante, en los países que la recibieron tuvo una influencia social, económica y cultural significativa. La inmigración china fue relativamente densa en la costa del Pacífico, sobre todo en el Perú, con un flujo importante en Cuba, mientras que los japoneses se dirigieron hacia el Brasil. En el Perú y Cuba, la escasez de mano de obra creada por la abolición de la trata de negros condujo al reclutamiento masivo de culíes chinos en los barrios pobres de Cantón y Shanghai. En el Perú, con el auge súbito del guano y la supresión del tributo indígena, había tal necesidad de mano de obra que los

propietarios armaban expediciones para efectuar verdaderas "levas" de "trabajadores" en la isla de Pascua. Se comprende que los hacendados vieran con buenos ojos el arribo al Callao de esos semiesclavos amarillos, poco exigentes y "vendidos" a ellos con un contrato virtual de ocho años durante los cuales debían reembolsar el costo de su pasaje. Entre 1860 y 1874, 75.000 culíes chinos desembarcaron oficialmente en el Perú; la cifra real fue mucho mayor, hasta que Gran Bretaña prohibió el tráfico de esos nuevos negreros asiáticos. La cultura nacional peruana lleva la marca de esa inmigración, tanto en el lenguaje como en la tradición culinaria de las *chifas* populares. En Cuba, en 1862, sesenta mil chinos —el 4,4 por ciento de la población— trabajaban en las plantaciones de caña de azúcar. La construcción del canal de Panamá también atrae un flujo de mano de obra asiática, cuyos descendientes se encuentran hoy arraigados en las ciudades de la costa del Pacífico.

Los japoneses arriban al Brasil después de la guerra entre su país y Rusia; unos doscientos mil ingresan al país entre 1884 y 1939, sobre todo en el decenio de 1930, cuando conforman el cuarto grupo en importancia numérica. En algunos años antes de 1940 llega a ser la corriente más numerosa. Contratados como asalariados rurales para las *fazendas* de café, la mayoría de ellos se vuelca rápidamente a actividades más tradicionales y remunerativas: el cultivo del arroz, el de las hortalizas en las cercanías de las ciudades y el comercio minorista. Durante la Segunda Guerra Mundial, esta activa colonia cae bajo sospecha de constituir un peligro para la unidad nacional e incluso una quinta columna del eje Tokio-Berlín; es asimilada entonces según sus propias modalidades, conservando la tradición cultural de la tierra de sus antepasados, como lo demuestra de manera pintoresca el gran barrio japonés de San Pablo. Su ascenso social por medio de la educación universitaria le permite contar en sus filas con numerosos ministros y altos funcionarios, así como intelectuales que honran al Brasil.

Los centros de población y sus características

La población latinoamericana está mal distribuida. El estudio de las modalidades migratorias y voluntaristas del asentamiento humano permiten concluir que el medio natural es sólo una de las causas. Ciertamente es fácil imaginar por qué la densidad del "infierno verde" amazónico es inferior a cero por kilómetro cuadrado (en realidad, hay un habitante cada

de kilómetros cuadrados): el bosque ecuatorial, los climas semiáridos donde se realizan actividades como la ganadería extensiva, no permiten concentrar la población. Pero al echar una mirada a todo el continente, se advierte que la distribución de la población es principalmente consecuencia de la historia y de la función que las sociedades latinoamericanas debieron cumplir en la economía mundial. Si se deja de lado la movilidad característica de poblaciones siempre dispuestas a ceder a la atracción de especulaciones nuevas y siempre precarias, para estudiar solamente las zonas de estabilidad, dos grandes características saltan a la vista: concentraciones de origen precolombino en las zonas mediterráneas y un cinturón de islotes poblados en el perímetro del continente, creados por la colonización europea.

En la meseta central mexicana y el altiplano andino, dos grandes núcleos de población anteriores al arribo de los españoles resistieron la conquista y se consolidaron de acuerdo con modalidades diferentes: arcaicos y predominantemente rurales (a pesar de Quito y La Paz) en el territorio del antiguo imperio incaico, modernas y netamente urbanas en México. No faltan núcleos de alta densidad de población en las zonas rurales tradicionales de los Andes a pesar de los rigores del clima; es el caso del lago Titicaca, así como de los altos valles en los departamentos de Cuzco, Apurímac y Ayacucho en el Perú. En México, la mitad de la población está concentrada en la meseta central (más de treinta millones de habitantes, de los cuales quince a diecisiete millones residen en el distrito federal).

Aparte de esos dos grandes centros, se puede decir que el interior del subcontinente, sobre todo de Sudamérica, está escasamente poblado, incluso en el Brasil, casi despoblado si uno se aleja más de doscientos kilómetros de la estrecha franja costera. La zona que los brasileños llaman *sertão*, el "desierto" en el sentido de falta de población, es la zona del "interior", extensa, desconocida y aparentemente lejana, pero no desértica. La costa brasileña y el Río de la Plata constituyen una de las zonas más pobladas de América del Sur.

En el Brasil, las fiebres y los ciclos económicos en que los hombres acudieron a los centros sucesivos de especulación —azúcar, café, caucho, los productos dominantes—, aunque situados en el interior, no alcanzaron a vencer la atracción de la costa atlántica. A pesar del traslado de la capital a Brasilia, no hay una ciudad de más de un millón de habitantes (salvo Belo Horizonte, en Minas Gerais) a más de cien kilómetros de la costa. De Belém en el norte a Porto Alegre en el sur, todas las capitales están sobre la costa o tienen buena comunicación con ella. San Pablo, situada a unos cincuenta kilómetros de Santos, sobre el Atlántico, está unida a su puerto por medio de la urbanización satélite de la Baixada Santista. Por lo demás, és-

ta no es una particularidad brasileña, ya que México y Bogotá, junto a Belo Horizonte, son las únicas metrópolis situadas en el *hinterland*.

La franja del litoral no está poblada en toda su extensión. El viejo Brasil colonial de Recife y Salvador (Bahía) tiene una alta densidad de población. La franja marítima de nueve estados reúne el veintidós por ciento de la población del país (el veinticuatro por ciento en 1950), concentrada en gran medida alrededor de Belem (un millón de habitantes), Salvador (1,9 millones) y Recife (2,6 millones). De Bahía hacia el sur, la densidad es baja hasta llegar a Vitoria, desde donde se proyecta hacia el interior y se prolonga en dirección austral hacia Santos y Porto Alegre. En la región más densa y rica de Sudamérica —el triángulo Río-Belo Horizonte-San Pablo, al que se agrega el estado de Paraná— viven unos setenta millones de brasileños. El estado de San Pablo, con veintiocho millones, concentra casi el veinte por ciento de la población en menos del tres por ciento de la superficie del país. San Pablo es una de las ciudaes más grandes del mundo, con más de doce millones de habitantes.

Veinte millones de argentinos y uruguayos viven en las márgenes del Río de la Plata, formado por la confluencia del Paraná y el Uruguay. A su alrededor se extiende la Pampa despoblada. Este centro de población austral y templado es esencialmente urbano. Las tasas de urbanización de los dos países son impresionantes. Casi la mitad de la población uruguaya vive en Montevideo, un tercio de la argentina en el Gran Buenos Aires, una de las mayores metrópolis del continente, capital de un país enorme y subpoblado. Para terminar, a estas dos franjas pobladas habría que agregar el Caribe y algunas zonas superpobladas del istmo centroamericano, como El Salvador (doscientos cincuenta habitantes por kilómetro cuadrado), superado ampliamente por Jamaica y Barbados, con el doble de densidad.

Por consiguiente, la característica del asentamiento humano en América Latina es la discontinuidad. Junto con las zonas de antigua población amerindia estable, el carácter periférico de los núcleos de colonización densa está directamente ligado a la extraversión atlántica, a la función de los puertos en la explotación de las colonias y a la proximidad de Europa y África, proveedoras de mano de obra.

La urbanización precoz

América Latina en su conjunto tiene una tasa de urbanización del 68 por ciento, es decir, muy cercana a la de la Europa desarrollada; es dos veces mayor que la de Asia y tres veces mayor que la africana, con un nivel de "metropolización" superior al del Viejo Mundo. La Argentina, Chile y el Uruguay se cuentan entre los quince países más urbanizados del mundo, cualquiera que sea el criterio empleado (aglomeraciones de más de veinte mil habitantes o de más de cien mil). El veintidós por ciento de la población latinoamericana vive actualmente en ciudades de más de cuatro millones de habitantes.

Tasa de población urbana: 1980 (%)

Argentina	85,7
Brasil	67,6
Chile	81,5
Colombia	76,3
México	69
Perú	70,5
Uruguay	81,3
Venezuela	77,7

Fuente: BID, *Progreso económico y social en América Latina*. Según las estadísticas oficiales de los respectivos países. El umbral de urbanización aplicado es generalmente de dos mil habitantes.

Salta a la vista la paradoja de que en países de economía agraria como los rioplatenses, exportadores de productos rurales, más del ochenta por ciento de la población vive en las ciudades, incluso en ciudades muy grandes. Esta urbanización tiene su historia. La colonización española fue esencialmente urbana. La administración de la corona había creado una red jerárquica de ciudades administrativas que abarcaban todo el territorio. Las capitales de los virreinatos, las capitanías generales, las audiencias y las provincias, donde residían las autoridades, estaban edificadas de acuerdo con un plano único y sistemático (distribución en damero alrededor de la Plaza Mayor, sede de las instituciones estatales). Los poderes coloniales tenían su sede en las ciudades, donde convivían funcionarios reales, encomenderos, propietarios terratenientes y dueños de minas. El

prestigio y la riqueza se concentraban en torno de la autoridad real. Los in dios estaban prácticamente excluidos de ellas. En el Brasil, la red urban tuvo su centro en los puertos y, a partir del siglo XVIII, en las zonas mine ras. La conquista del territorio fue menos sistemática allí que en la Amé rica española, pero las ciudades tenían la misma importancia.

Durante la independencia, la separación de los nuevos estados se rea liza en función de las ciudades y sus cabildos de la burguesía criolla, má que a partir de una idea territorial y más bien vaga de la nacionalidad.

La función de las ciudades se refuerza al quedar integrados estos paí ses en el mercado mundial como productores de materias primas. Allí s instalan los servicios financieros y comerciales. La extraversión económi ca las convierte en cabezas de puente culturales y sociales de Europa o lo Estados Unidos. Las ciudades, sobre todo las más grandes, concentran e su seno los engranajes de la economía y los atractivos de la vida "moder na", al margen de un mundo dominado por la tradición y el arcaísmo ru ral. Al recoger a las clases privilegiadas, conocen desde fines del siglo XI un crecimiento importante del sector terciario. Así como el despoblamien to del campo contribuyó al dinamismo y el lujo de las ciudades, la gran pro piedad terrateniente y el acaparamiento de las tierras impulsó la hiperur banización actual. En las regiones templadas del Sur, los inmigrante europeos, privados del acceso a la tierra, se replegaron hacia las zonas ur banas. El éxodo rural, provocado por el latifundio y otros factores de des poblamiento de los campos, hizo el resto con la ayuda de las luces de l ciudad. En la actualidad, la característica de las grandes ciudades del con tinente es el crecimiento de un sector terciario parasitario de pequeños ofi cios y la proliferación de asentamientos espontáneos donde se hacinan lo sectores migratorios y desempleados.

A diferencia de la Europa del siglo XIX, la magnitud de la urbanizació latinoamericana es casi independiente de la tasa de industrialización. A ta punto, que se habla de un desfase creciente entre el desarrollo de las fuer zas productivas y la aceleración de la concentración espacial de la pobla ción. Pero esta urbanización tampoco guarda relación con la densidad d la población. Así, a una alta densidad de población como la de Haití pue de corresponder una baja tasa de urbanización (el veinticinco por ciento) mientras que un país subpoblado como Argentina padece macrocefalia posee una escasa población rural.

Metropolización y red urbana

Este fenómeno de sobreurbanización ha conducido en muchos países a la preponderancia desproporcionada de las grandes aglomeraciones, incluso de la megalópolis. Esto se advierte claramente al comparar la población metropolitana con el total del país. La Argentina y el Uruguay sufren, como se ha dicho, de macrocefalia. Lima concentra la tercera parte de la población peruana; Santiago de Chile, un escalón más abajo, reúne un cuarto de la chilena; San Juan de Puerto Rico supera ese porcentaje. La metropolización es menos visible en los países donde la capital no es una gran ciudad. La diferencia entre la capital y la segunda aglomeración puede ser enorme. Montevideo tiene veinte veces más habitantes que Paysandú; Asunción, capital del Paraguay, tiene doce o trece veces más población que Villarica y Encarnación, y San José de Costa Rica equivale a diez veces Puerto Limón o Puntarenas.

Los contrastes son aun más violentos al pasar del número de habitantes al peso económico de las metrópolis. Buenos Aires concentra un tercio de la población argentina, pero el conurbano porteño comprende el 45 por ciento de los establecimientos industriales, el 55 por ciento de los obreros y consume el 45 por ciento de la producción eléctrica nacional. El gran San Pablo aporta el 59 por ciento de la producción industrial brasileña.

Con todo, la metropolización suele revestir formas diversas y estar acompañada de una trama relativamente compleja. Puede estar distribuida, como en Ecuador, donde Quito, capital política y administrativa de la Sierra, rivaliza con Guayaquil, gran puerto del Pacífico y centro de la actividad comercial e industrial. Río de Janeiro, la antigua capital del Brasil, que aporta el quince por ciento de la producción industrial y conserva intacto su prestigio como centro cultural, es una aglomeración de casi diez millones de habitantes (diecinueve millones para el año 2000). La supera el gran San Pablo (doce millones en 1983, veintiséis millones en el 2000). Pero el país tiene varios centros urbanos en las distintas regiones, como Belo Horizonte, Recife y Porto Alegre, con no menos de dos millones de habitantes cada uno.

La geografía y la dificultad para establecer medios de comunicación han llevado en algunos casos a la creación de metrópolis regionales como en Colombia. Bogotá, aislada en la cordillera occidental, es la capital política y cuenta con cuatro millones de habitantes; Medellín, capital del dinámico departamento de Antioquia, es el principal centro industrial del país y roza los dos millones; Cali, la capital del Sur, y el puerto caribeño de Barranquilla tienen un millón y medio cada una.

Las metrópolis secundarias dan lugar a una red urbana más equilibra da. En México, la metrópolis norteña de Monterrey, orgullosa de sus gru pos industriales y bancarios autónomos, sustrajo dos millones de habitante a la influencia económica de la capital. Guadalajara, que la supera en nú mero de habitantes, es una ciudad industrial próspera, pero sus centros d decisión están vinculados con el distrito federal.

Causas y consecuencias de la explosión demográfica

La revolución demográfica que irrumpió en todos los países en vías d desarrollo fue más temprana en América Latina. De 1950 a 1965, el con tinente tuvo la tasa media de crecimiento más alta del mundo (2,8 por cien to, contra el 2,1 de África, el 2,2 de Asia y el 1,2 de los países desarrolla dos). Por cierto que la distribución de esta explosión demográfica es mu desigual. Afecta principalmente a la América del Sur tropical y a la Amé rica media continental, donde la tasa de crecimiento anual es superior a tres por ciento. En el Caribe la tasa es más baja, similar a la africana, mien tras que en la Sudamérica templada es inferior al 1,9 por ciento anual y de crece rápidamente en ciertos países hasta alcanzar niveles europeos. N obstante, se puede hablar de una revolución demográfica en la región si s comparan las tasas de crecimiento de posguerra con las del período 192 1940, inferiores al 1,5 por ciento.

Las causas del fenómeno son conocidas: los progresos en materia de sa lud pública y la erradicación de las enfermedades endémicas más difund das redujeron rápidamente la tasa de mortalidad que hasta entonces er muy elevada, mientras que por otra parte no se pone en tela de juicio la tra dición cultural de la natalidad descontrolada a pesar de la baja esperanz de vida. La permanencia de una tasa de natalidad alta obedece a distinto factores socioculturales comunes a todo el Tercer Mundo. Aparte del ba jo nivel educativo y de la promiscuidad, cabe destacar sobre todo la pre cariedad de las condiciones de vida y del seguro social, ante lo cual la pro le numerosa, más que una carga, aparece como una fuente de ingresos, un garantía para épocas de desempleo o la vejez. También la influencia cató lica ayuda a homogeneizar las conductas: así, las clases medias y cultas n tienen menos hijos que las capas populares.

Mientras las tasas de natalidad rondan el cuarenta por mil y en ocasio nes se acercan al cincuenta por mil, la verdadera revolución reside en la ba ja espectacular de la mortalidad. En el Brasil baja del 17,9 por mil en 193

al 9,5 por mil en 1980 (inferior a la de Francia en 1957). En la Argentina, entre 1914 y 1970, la tasa se redujo a la mitad (del 17 al 8,4 por mil en 1975) y después volvió a aumentar. Las tasas igualmente bajas en Chile y el Uruguay (menos del nueve por mil en 1970) hacen pensar que la ausencia de enfermedades endémicas y la elevada urbanización de esos países templados son factores favorables. Pero los países tropicales no escapan a esta evolución, que adquiere allí un ritmo y una magnitud particularmente acentuados. En México, mientras la tasa de natalidad supera siempre el 40 por mil, la tasa de mortalidad se redujo, entre 1950 y 1975, del 16,2 al 9,15 por mil y desde fines del decenio de 1970 continúa por debajo del ocho por mil. Desde luego que la tendencia no ha sido igualmente clara en todos los países. La calidad de los servicios médicos, el control de las causas de epidemias, los niveles de alimentación y de urbanización son otras tantas variables que explican las diferencias con los países menos desarrollados, donde la tasa de mortalidad aún supera la barrera del dieciséis por mil (Haití, Bolivia, Guatemala, Honduras). A partir de las condiciones objetivas, sobre todo las sanitarias, la disminución de la mortalidad adquiere dinámica propia. El porcentaje elevado de jóvenes en la población da lugar a una suerte de proceso circular: cuanto más joven la población, menor es la mortalidad.

Estos procesos evidentemente dan lugar a situaciones explosivas en poca. En efecto, los países latinoamericanos recorrieron en veinte años el camino que a los europeos les llevó de medio a un siglo. Así se llega a casos extremos como el de Venezuela, con una tasa de natalidad del 40,9 por mil y de mortalidad del 7,7 por mil, ejemplo elocuente de las situaciones demográficas así creadas con todos los problemas socioeconómicos que ellas entrañan.

Disparidades cuantitativas y cualitativas

Dos tendencias se advierten claramente en el panorama demográfico latinoamericano: el crecimiento acelerado, durante los últimos dos decenios, de la América media y tropical y la estabilidad de la Sudamérica templada y el Caribe. La América blanca meridional parece haber iniciado una etapa de descenso demográfico que contrasta con el dinamismo de sus vecinos y con la gran expansión de fin de siglo causada por la inmigración europea. Las tasas de crecimiento de la Argentina y el Uruguay se aproximan al modelo europeo (el 1,6 y 1,2 por ciento respectivamente). La cau-

sa esencial de ello es la disminución de la tasa de natalidad. En efecto, al comparar las demografías más dinámicas con las de esos países del Cono Sur, se advierte que las tasas de mortalidad tienden a coincidir —en 1980, la de México era inferior a la argentina (el 7,95 y 9,1 por mil respectivamente)—, pero existe una fuerte divergencia en las de natalidad: el 21,4 por mil para la Argentina, el 38 por mil para México, ambas cifras correspondientes a 1980.

A pesar de los esfuerzos de los gobiernos por desacelerar la explosión demográfica mediante la educación y los estímulos a la planificación de la natalidad, las tasas de crecimiento superan siempre el 2,5 por ciento y, con su efecto acumulativo, amplían la brecha entre los dos grandes —el Brasil y México— y el resto del continente: en 1984, según cálculos cuidadosos, el Brasil tenía ciento treinta millones de habitantes, México setenta y cinco y Argentina ocupaba el tercer lugar con treinta millones.

En los países comparados es necesario mencionar las variaciones regionales de la natalidad, relacionada esencialmente con la urbanización: la única variable realmente significativa es la oposición entre ciudad y campo. (Ni el clima ni la composición étnica constituyen factores explicativos). Ceará, uno de los estados más pobres del norte del Brasil, posee una tasa de natalidad del 47 por mil, mientras que la del estado de San Pablo es inferior al cuarenta por mil (37) y la de la ciudad de Río llega apenas al veinticinco por mil. En el medio urbano, la enseñanza y el acceso a los servicios médicos ayudan a disminuir la tasa de natalidad. En el México rural, el número de hijos por familia es dos veces y media más elevado que en la capital federal, donde el 69 por ciento de las parejas emplean medios anticonceptivos. Por otra parte, la elevada tasa de masculinidad de las ciudades, provocada por las migraciones internas, también acentúa este fenómeno.

Los países de elevadas tasas de natalidad son los mismos donde la mortalidad infantil sigue siendo muy alta y viceversa. Las palmas de la mortalidad infantil controlada las llevan los países de escaso dinamismo demográfico: la Argentina (el 59 por mil), Chile (56), el Uruguay (47) y Cuba (27). Cifras relativamente altas si se las compara con las de Francia y Suecia en 1980, respectivamente del 12,6 por mil (pero 84 por mil en 1946) y del 8 por mil. Entre los países de tasas más elevadas se encuentran Colombia (el 90 por mil), Bolivia (157), el Brasil (109), Haití (115) y Honduras (103). Pero, nuevamente, es necesario destacar los matices regionales dentro de cada país. En la Argentina, las cifras son inferiores al cuarenta por mil en la Capital Federal, pero llegan al 120 por mil en la provincia subtropical de Jujuy, fronteriza con Bolivia. En el Brasil, Brasilia, con el 28,9, por mil, se acerca a los Estados Unidos (el veinte por mil), pero For-

... capital de Ceará, llega al 160 por mil, Recife a 114, mientras que Río ... apenas el cuarenta por mil.

... disparidades entre las naciones y el interior de éstas son igualmen... ...antes en cuanto a la esperanza de vida. Se distinguen tres grupos. ... que tienen una esperanza de vida occidental, superior a los sesenta y ... incluso los setenta años, son Puerto Rico, Cuba (más de setenta) y ...uguay (sesenta y nueve), seguidos por la Argentina, Costa Rica ...nta y ocho ambos) y Panamá (sesenta y seis). Un grupo medio, entre ...nta y sesenta y cinco años, incluye a México, Venezuela, Chile, ...lombia y el Brasil. En el tercer grupo, la esperanza de vida es de tipo tra...cional: Bolivia (cuarenta y ocho), Haití (cincuenta), Guatemala (cin...nta y tres) y Honduras (cincuenta y cinco). Las diferencias constatadas ... inmenso Brasil lo colocan a caballo de varios grupos: la esperanza de ...ida en el Nordeste es inferior a los cuarenta y siete años, pero llega a los ...nta y cuatro en el estado de San Pablo y pertenece al primer grupo en ... Brasilia.

... peligro juvenil: desarrollo y geopolítica

... as implicancias estrictamente cuantitativas de esta revolución demo...ica importada son enormes, aun si se dejan de lado las consecuencias ...ales inmediatas sobre las necesidades de infraestructura y servicios. ...rica Latina es un continente joven. Los menores de quince años eran ... del cuarenta por ciento de la población en 1960 (contra el 22 por cien... en Gran Bretaña en la misma fecha). En el Brasil, según el censo de 1980, ...mitad de la población era menor de diecinueve años. En México, para ... misma fecha, el 54,3 por ciento era menor de veinte años. Puesto que la ...dad de ingreso al mercado laboral es menor que en Europa, calcule el lec... las tensiones que éste sufre todos los años, pero sobre todo la carga que ... edades pasivas significan para la población activa, ya que al cincuen... por ciento de jóvenes se suma un cuatro a cinco por ciento de mayores ... sesenta y cinco.

El crecimiento del potencial demográfico latinoamericano ha modifi...do el equilibrio geopolítico del continente. En 1940, América Latina te...ía 126 millones de habitantes, mientras que los Estados Unidos tenían 140 millones. En 1980, los 360 millones de latinoamericanos superaron demo...ficamente a la superpotencia septentrional. En el año 2000 habrá dos ...tinoamericanos por cada norteamericano. El peso específico del subcon-

tinente cambiará por más que los estados desunidos de América Latina no hablen con una sola voz. Por otra parte, los Estados Unidos temen con razón la atracción creciente que ejerce el espejismo de su prosperidad sobre las legiones de jóvenes desocupados del Sur. Dieciséis millones de hispanos, de los cuales ocho millones son mexicanos, viven hoy en los Estados Unidos, principalmente en los estados del Sudoeste, adonde muchos de ellos llegaron de manera clandestina. De proseguir esta reconquista silenciosa, los "hispanos" se convertirían en la primera minoría, superando a los negros, y en el 2020 serían 47 millones, es decir, la sexta parte de la población. No cabe duda de que la potencia norteamericana cuenta con los medios para resistir el "peligro hispano", pero sería erróneo subestimar esta dimensión del problema demográfico.

Comunicaciones y transportes

El argentino Sarmiento escribió en 1848: "El mal que aflige a la República Argentina es la inmensidad". Un geógrafo francés habló recientemente de la "maldición del espacio", refiriéndose al Brasil. Es verdad que de Belem a Porto Alegre hay la misma distancia que de París a Dakar, unos 4500 kilómetros. Pero el progreso de los transportes, sobre todo la aviación, transformaron el dominio del hombre sobre el espacio. Además, no todas las naciones latinoamericanas son desmesuradas. Dejando de lado las minúsculas naciones centroamericanas (Nicaragua, la más grande, tiene menos de 150.000 kilómetros cuadrados), en Sudamérica, el Ecuador, con sus 281.341 kilómetros cuadrados (contando los territorios amazónicos que le fueron sustraídos por el Perú en 1942), y el Uruguay, con 187.000, poseen dimensiones que se podrían llamar europeas.

La inmensidad dista de ser el único obstáculo a las comunicaciones. El relieve escabroso de la cordillera de los Andes y la existencia de concentraciones humanas en las grandes alturas constituyen otros tantos escollos para el desplazamiento de hombres y mercancías. Humboldt relata que el viaje de Honda, a orillas del Magdalena, a Bogotá, que duraba varios días (y en la actualidad, tres o cuatro horas por una ruta asfaltada), se realizaba en 1801 a lomo de mula o a pie, por un camino fatigoso hecho de "pequeños escalones tallados" en la roca. En la misma época, se atravesaba el paso del Quindío, en la cadena central de los Andes de la Nueva Granada (la Colombia actual), a lomo de *carguero*, es decir, de hombre: ¡la mula era incapaz de subir las cuestas! Aun hoy, en los caminos accidentados de Co-

[illegible] trayectos no se miden en kilómetros sino en horas, y las vías [illegible] siguen siendo escasas. En el Ecuador, antes de 1908, cuan[illegible]truyó el acrobático ferrocarril de Quito a Guayaquil, el viaje de [illegible] al gran puerto del Pacífico demoraba días, a veces semanas.

[illegible] naturales para la colonización y el comercio eran, desde lue[illegible] El Amazonas es navegable desde Belem, en la desembocadu[illegible] Manaus, la antigua capital del caucho. Desde 1866 los vapores re[illegible] gran vía y las embarcaciones pequeñas remontan sus afluentes [illegible] Más al sur, el Paraná es navegable para la flota de mar hasta San[illegible] barcas llegan hasta Corrientes. Sin el Cauca y el Magdalena, na[illegible] casi del sur al norte del país, la explotación de Colombia habría [illegible]ble. Finalmente, el cabotaje por la costa atlántica fue durante [illegible] años el único medio de transporte del Brasil "útil". Pero fueron los [illegible] los que permitieron el desarrollo *hacia afuera* de los países la[illegible]canos a fines del siglo XIX. Hoy, cuando la ruta y el camión han [illegible] al tren y el predominio de los Estados Unidos desplazó el de Gran [illegible] se tiende a considerar los ferrocarriles del subcontinente como un [illegible] de otra época, cuya pintoresca obsolescencia es la alegría de los [illegible] En realidad, el riel cumplió un papel decisivo en la explotación de [illegible] de los grandes países latinoamericanos. Las primeras líneas ar[illegible] se remontan a 1857; en el Brasil, la vía férrea tuvo sus modestos [illegible]zos en la misma época. Iniciados con frecuencia por las autoridades [illegible]les, la mayoría de los ferrocarriles fueron construidos por empre[illegible]njeras, sobre todo británicas y francesas, interesadas en la renta[illegible] inmediata que significaba comunicar un centro de producción con [illegible] Las redes no fueron, como en los Estados Unidos, herramien[illegible] colonización y asentamiento de poblaciones. Las vías férreas carac[illegible] de las economías dependientes, cuyo objetivo es la ganancia [illegible] siguen un trazado irracional (atravesando los desiertos en lugar de [illegible]lar el espacio) y su infraestructura es de mala calidad.

[illegible] ferroviaria brasileña sólo es densa en el estado de San Pablo, que [illegible] el veintiuno por ciento de los 35.000 kilómetros de vías (menos que [illegible]). Las vías siguen el camino de los cultivadores y exportadores de [illegible] Aparte de algunos empalmes interiores (Minas-Bahía), el resto del [illegible] sólo posee algunos tramos aislados. La Argentina tuvo la red más den[illegible] subcontinente (43.000 kilómetros en 1943, contra 25.000 en Méxi[illegible] Pero el sistema de transporte ferroviario diseñado en forma de [illegible], evidentemente tuvo por objeto llevar la producción exportable al [illegible] de Buenos Aires y hacer llegar a las provincias los bienes manufac[illegible] europeos. La cuasi ausencia de conexiones transversales, así como [illegible]olescencia del material y del uso hacen hoy de él un freno para el de-

sarrollo armonioso del país.

A pesar de los anhelos de retorno al ferrocarril, como consecuen la crisis petrolera mundial en los países que presentan un fuerte energético, el transporte terrestre, debido a su ductilidad de explota uso, parece haber triunfado definitivamente, incluso sobre el barco: construido rutas que a veces siguen las vías navegables importantes, las grandes rutas amazónicas en el Brasil a partir de 1970. La Tran zónica, que corre paralela a la orilla sur del río, une João Pessoa, en tado atlántico de Paraíba, con Río Branco (Acre) en la frontera con via. No está demostrado que este empalme entre el Nordeste y el amazónico haya permitido una mejor explotación y población de lo tos espacios del hinterland continental. En cambio, los ejes norte-s servido para sacar de su aislamiento a los centros urbanos, hasta ent islotes sólo accesibles por barco o avión. La ruta Belem-Brasilia, y todo la nacional que une Cuiabá (Mato Grosso) con Santarém (a oril Amazonas), ayudan a dominar un espacio hasta entonces fragmen

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Castells (Manuel), « L'urbanisation dépendante en Amérique la *Espaces et Sociétés*, juillet 1971, p. 5-23.

Hauser (Philippe) *et al.*, *La Urbanización en América Latina* (Docum del seminario sobre problemas de urbanización en América Latin de Julio de 1959), Buenos Aires, Solar-Hachette, 1962.

Humboldt (Alexandre de), *Voyages dans l'Amérique équinoxiale*, t. *néraire* ; t. II, *Tableau de la nature et des hommes* (choix de te notes de Charles Minguet), Paris, La Découverte, 1980.

Las Casas et la Défense des Indiens (présenté par Marcel Bataillon et Saint-Lu), Paris, Julliard (« Archives »), 1971.

Le Lannou (Michel), *Le Brésil*, Paris, Colin, 1971.

Leon Portillo (Miguel), *Vision de los vencidos, relaciones indígena conquista*, Mexico, UNAM, 1959.

McNamara (Roberts), « Time Bomb or Myth, the Population Prob *Foreign Affairs*, Summer 1984, p. 1107-1131.

Mauro (Frédéric), *Le Brésil du XVe à la fin du XVIIe siècle*, Paris, S 1977.

Moog (Vianna), *Défricheurs et Pionniers : parallèle entre deux cu* Paris, Gallimard, 1963.

Organisation des États américains, *América en cifras*, Washington.

Sanchez Albornoz (Nicolas), Moreno (José Luis), *La Población de A Latina (bosquejo histórico)*, Buenos Aires, Paidos, 1968.

Wachtel (Nathan), *La Vision des vaincus. Les Indiens du Pérou de conquête espagnole*, Paris, Gallimard, 1978.

3. La herencia de la historia

ESTRUCTURAS AGRARIAS Y SOCIEDADES

Aunque la concentración urbana es hoy uno de los rasgos predominantes a las naciones latinoamericanas, su historia reciente muestra en gran medida las consecuencias sociales del pasado agrario. En efecto, por razones diferentes, las estructuras agrarias fueron la matriz en la que nacieron las relaciones sociales en la mayoría de los países del continente. Para convencerse de ello, basta saber que pocos países de la región no poseen una o más de las tres características siguientes:

- una importante población rural;
- un porcentaje elevado de producción agrícola en la composición de las exportaciones;
- un predominio absoluto de la gran propiedad terrateniente.

1. La *tasa de urbanización* no es uniformemente elevada en todos los países del continente, ni menos aún en todas las regiones de un mismo país. En Centroamérica y los países andinos predominan las sociedades esencialmente rurales. Así, la proporción de población no urbanizada supera el sesenta por ciento en Guatemala, Honduras, Bolivia y el Paraguay, y el cincuenta por ciento en El Salvador, el Ecuador y Costa Rica. Pero incluso en países como el Brasil y México, que conocen un ritmo de urbanización galopante, existen zonas con un fuerte predominio de la población rural. En el Nordeste brasileño, a pesar de las grandes aglomeraciones de Salvador y Recife, sólo el estado de Pernambuco es mayoritariamente urbano; en Río Grande do Norte y Sergipe hay un equilibrio de población entre la ciudad y el campo, mientras que en los demás estados, incluido Bahía, la población rural supera el 55 por ciento (70,4 por ciento en Maranhão). En México, donde en la década de 1960 el sesenta por ciento de la población se dedicaba a trabajos agrícolas, los estados de Hidalgo, Querétaro, Zacate-

cas, Tabasco, Oaxaca y Chiapas tienen menos del treinta por ciento de población urbana. En los estados de Veracruz y Michoacán, la población rural es levemente superior a la de las ciudades. Se trata indudablemente de zonas arcaicas o de países de menor desarrollo y, por consiguiente, poco representativos de la América Latina de hoy. Pero precisamente porque estos datos reflejan la América Latina de ayer, el estudio cuidadoso del mundo rural y del pasado reciente ayudará a comprender las sociedades actuales. Tanto más por cuanto la agricultura todavía constituye una parte preponderante de las economías, salvo en algunos países que la sacrificaron en aras del desarrollo de la minería.

2. *Agricultura y composición de las exportaciones.* En los países más modernizados, la agricultura tiene escaso peso en la composición del producto nacional, pero no sucede lo mismo con las exportaciones. En estas economías relativamente complejas, la agricultura ocupa menos del veinticinco por ciento del PBI (el seis por ciento en Venezuela) y generalmente algo más del veinte, incluso en los países que son grandes exportadores de bienes agrícolas. En la Argentina y el Uruguay, el valor agregado del sector industrial es el doble del que genera el sector agrícola. En el primero de los dos países, los cereales y la carne constituyen más del cincuenta por ciento (1980) de las exportaciones, y el conjunto de los productos derivados de la agricultura conforma el ochenta por ciento del total de las mercaderías exportadas, mientras que en el país vecino, la lana, el cuero y la carne componen por sí solos más del ochenta por ciento del comercio exterior. Venezuela es un país petrolero; Chile produce cobre; Bolivia exporta estaño, plata e hidrocarburos; el Perú, a partir de 1968, deja de ser un importante exportador de algodón y azúcar, pero sigue siendo proveedor de cobre. El comercio exterior de todos los demás países del continente depende de la producción agrícola. En Colombia, hasta una fecha reciente, el café generaba más del setenta por ciento de los ingresos del país; en 1971, el banano, el cacao y el café constituían casi el ochenta por ciento de las exportaciones ecuatorianas. Antes del auge de los hidrocarburos que "petrolizó" su comercio exterior, los productos agrícolas (algodón, azúcar, café) representaban hasta el cincuenta por ciento de las exportaciones de México. Hoy constituyen más del cuarenta por ciento de las exportaciones brasileñas, contra el sesenta por ciento que representaba por sí solo el café en 1955.

Esta preponderancia de la agricultura en el "salario" nacional de países tan diversos indica que la riqueza agrícola es un factor político de primer orden, y los productores de esos bienes, o quienes los dominan, detentan aún hoy una influencia decisiva sobre las grandes orientaciones de la vi-

[illegible] [illegible]al, así como ayer fijaron su impronta en las sociedades en proce[illegible] [illegible]mación.

[illegible] *[illegible] concentración de la propiedad terrateniente.* Es imposible [illegible] la dimensión económica, los alcances sociales y las conse[illegible] [illegible] políticas del predominio de la gran propiedad, cuya aparición [illegible]ular estuvo siempre presente en la constitución de las sociedades [illegible] nacional.

[illegible] propiedad y su historia

[illegible] reseña histórica nunca está de más. En efecto, a los propósitos de es[illegible] interesan menos el estado actual de la distribución de la tierra que [illegible] eso que condujo a este resultado y los rastros que ha dejado.

[illegible]apropiación de la tierra tal como se la conoce hoy se remonta a la épo[illegible] [illegible]lonial, aunque las grandes propiedades son mucho más recientes. No [illegible]noce bien la época precolombina. En los grandes imperios, sobre los [illegible] se posee mayor información, lo característico fue la propiedad [illegible] de las tierras combinada con la organización comunitaria de una [illegible] de ellas. El *ayllu* de los incas así como el *calpulli* mexicano son sis[illegible] campesinos comunitarios con usufructo familiar de parcelas que [illegible] sin duda desde antes de la instauración de las grandes civilizacio[illegible] y en parte las sobrevivieron. En el imperio inca, las tierras estaban di[illegible]didas en tres partes: las "tierras del sol", cultivadas para satisfacer las ne[illegible]dades del culto y sus dignatarios, las "tierras del Inca" y finalmente las [illegible] los *ayllus*. El Inca aparentemente se quedaba con la parte del león en la [illegible]tribución y se arrogaba el derecho de propiedad eminente sobre las tie[illegible] comunitarias, concedidas a sus súbditos a cambio del trabajo de éstos [illegible] sus tierras y las de la casta dirigente. Lo que Louis Baudin ha llamado [illegible]ocialismo inca" y otros autores han identificado con el "modo de produc[illegible]ión asiático" no era sino una forma muy centralizada de poder absoluto, [illegible]ro con un sistema de reciprocidad que dio lugar a una "sociedad de pre[illegible]sión". Así se desprende, al menos, de los *Cometarios reales* de Garcila[illegible] de la Vega, cronista del siglo xvi que no le escatimó elogios. El Inca con[illegible]laba los excedentes, que le servían de reservas de alimentos y pertrechos [illegible] los soldados y los campesinos que trabajaban sus tierras; las aldeas te[illegible]nían la obligación de socorrer a las viudas y proveer a las necesidades de [illegible] enfermos y los ancianos.

Con el arribo de los conquistadores, se crean las grandes propiedades coloniales. Los recién venidos no han enfrentado los peligros de lo desconocido y de la conquista para trabajar la tierra; muchos incluso abandonaron España para no verse obligados a hacerlo. No tenían nada que ver con los pioneros que desembarcaban hacha en mano, listos para talar el monte. Estos hidalgos de Extremadura y Andalucía llegan con la ambición de enriquecerse y vivir como nobles. Han atravesado el océano para "valer más". Además, no son suficientes para colonizar. Ni España ni Portugal consideran a sus nuevas posesiones colonias a las que deben poblar. Fieles al espíritu feudal del que son tributarios, los conquistadores se apropian de las tierras donde hay hombres para explotar su trabajo, pero sobre todo por el prestigio y el poder que da su posesión. Las tierras son tanto más extensas cuanto menos pobladas o por cuanto, siendo de propiedad comunitaria, no están divididas.

Algunas tierras son entregadas "legalmente" por la corona a los soldados de la conquista para transformarlos en colonos. Pero en las posesiones españolas, los amos de la tierra lo son por usurpación, sobre todo mediante la corrupción de la institución denominada encomienda. Esta no es un feudo sino una responsabilidad administrativa y religiosa no hereditaria, pero los españoles de Indias la interpretan en el espíritu feudal. El encomendero es el encargado de cobrar el tributo que los indígenas deben a su soberano, el rey. Es su deber administrar y, sobre todo, evangelizarlos. La conquista fue en gran medida una empresa privada cuyas rentas finales sólo eran controladas parcialmente por los soberanos españoles. La corona consideraba a los indios súbditos libres, pero los repartía entre los españoles en función de las necesidades económicas y el peso político de cada uno. Así, algunos conquistadores tuvieron a su cargo a millares de indios. Para éstos, tanto la encomienda como las prestaciones en las minas (mita) significaron, en la mayoría de los casos, verse sometidos a trabajos forzados. Las grandes propiedades surgieron de estas relaciones de vasallaje. No obstante, la corona trata de conservar las propiedades comunitarias en las zonas de menor densidad de población, relegando con frecuencia a los indígenas a las tierras menos fértiles. Las comunidades indias forman reducciones que ocupan un territorio delimitado, pagan tributo y proporcionan mano de obra para las diversas obras públicas. Este instrumento legal no impide a los grandes propietarios invadir las tierras comunitarias, sobre todo para reclutar mano de obra indígena.

De estos orígenes coloniales del sector agrario proceden varias características casi permanentes de las relaciones sociales en los campos latinoamericanos. El pasado servil del trabajo de la tierra ha dejado su marca en la condición campesina incluso después de la abolición del trabajo forza-

[illegible]o de la esclavitud en el caso del Brasil. De la colonia proviene sobre todo esa confusión que se podría calificar de "feudal" entre las tareas administrativas o misioneras y los intereses privados. En un país conquistado donde el conquistador difiere étnicamente de los grupos sociales sometidos, el encomendero a quien le confían hombres y que se apropia de tierras se vuelve una suerte de señor enfeudado. Así se estructura fácilmente un sistema de tipo señoril, con sus pirámides de vasallos y sus obligaciones de prestación recíproca, en el cual el encomendero debe poseer "armas y caballo" para defender la corona y hacer la guerra. Todos estos elementos forjaron las mentalidades e influyeron para dar lugar a configuraciones caracterizadas por el predominio de las relaciones personales y por la magnitud de las brechas sociales. Éstas aparecen incluso en el lenguaje popular del campo. Por ejemplo, en los países andinos el "patrón", es decir, el hombre blanco, que encarna culturalmente la autoridad, recibe aún el trato de don (*dominus*) o de Su Merced.

Con la independencia, las grandes propiedades se consolidaron o incluso se agrandaron, a la vez que se agravó la situación de los indígenas, hasta entonces protegidos, bien que mal, por las leyes de la corona. La emancipación de las colonias españolas fue, como se sabe, un proceso puramente político; no trajo consigo la descolonización cultural ni el progreso social. Al expulsar al español, la aristocracia de los grandes propietarios criollos se apoderó del poder político, afrontando en ocasiones las reivindicaciones igualitarias de las masas indígenas o mestizadas. Así, en México, los precursores de la independencia, Hidalgo y Morelos, reclutaron ejércitos de indígenas para restaurar las tierras comunes usurpadas por los españoles y fueron fusilados por haber tratado de iniciar una revolución popular.

Más aún, en nombre de la igualdad de los ciudadanos y el liberalismo se suprimió la posición especial y las garantías otorgadas por la corona a los indígenas. Se fomentó el fraccionamiento individual de las tierras comunitarias y su comercialización. Las solidaridades primordiales tendieron a desaparecer en tanto las disparidades socioculturales entre indígenas y burgueses criollos acrecentaron las posibilidades de expoliación.

Las grandes leyes liberales sobre la secularización de los bienes inalienables, promulgadas en México a mediados del siglo XIX y más tarde en otros países, permitieron a un pequeño grupo de poderosos acaparar las vastas posesiones de la Iglesia. En México, el proceso de "desamortización" que abarca la mitad de las tierras fértiles del país originó las grandes haciendas. La división de las tierras baldías aldeanas en nombre del progreso prolongó, también en México, esta tendencia a la concentración terrateniente. Bajo Porfirio Díaz, empresas de agrimensura nacionales o

extranjeras realizaron el catastro de las tierras comunales, muchas de ellas carentes de título de propiedad, y se apropiaron legalmente de parte de ellas. En 1910 cuarenta millones de hectáreas cayeron de esa manera en manos de esos nuevos acaparadores. Ese proceso de expropiación, impulsado por el espíritu de modernización de la época, debía facilitar, se decía la comercialización de tierras desaprovechadas y la aparición de una mano de obra barata de campesinos despojados de sus medios de subsistencia. Fue una de las causas principales de la explosión agraria de la revolución, simbolizada en el nombre de Emiliano Zapata, líder de los campesinos desposeídos del estado de Morelos, en el centro de México.

En otros países, como la Argentina, fue el Estado el que distribuyó enormes extensiones de tierras inaccesibles de la "frontera", pobladas de indios insumisos, para pagar favores o hacer frente a las necesidades de la tesorería. Esas tierras, que sólo existían en los papeles en el lejano sur de la provincia de Buenos Aires, adquirirán valor a partir de 1880, con la "pacificación del desierto" y gracias a los ferrocarriles. Nuevamente, la gran propiedad está ligada a la conquista.

La conquista de tierras continúa

El proceso de acaparamiento de tierras prosigue aún hoy, aunque una serie de reformas agrarias más o menos profundas y la división de las grandes propiedades por los herederos parece contrariar esta tendencia ininterrumpida. La lucha de las comunidades y de los pequeños agricultores contra la dominación o las invasiones de los grandes propietarios dista de haber quedado en el pasado. Por el contrario, impone su ritmo a la historia agraria contemporánea: la expropiación brutal de aparceros y "precaristas" tiene su respuesta en las invasiones de tierras desocupadas o baldías. El Perú indígena fue, hasta las reformas de 1968, el lugar clásico de esos enfrentamientos seculares, reflejados por una rica literatura indigenista, de Ciro Alegría a Manuel Scorza. En Colombia, en las zonas del Cauca, los indígenas relegados a los resguardos en tierras altas y pobres no están a salvo de las presiones de los grandes propietarios. La *violencia*, guerra civil desenfrenada que desgarró el país durante diez años a partir de 1948, habría tenido entre otras consecuencias la de acelerar la modernización capitalista del sector agrario, a costa de expulsar a los agricultores y pequeños propietarios de las tierras que cultivaban. Una investigación realizada en la región "violenta" de Caicedonia, en el departamento austral del

...ellos, señala que el ochenta por ciento de los campesinos sin tierra en 1970 eran propietarios antes de 1940.[1]

En el Brasil, a pesar de la inmensidad y de la población relativamente escasa, el acaparamiento de las tierras se agravó en el período reciente. Entre 1920 y 1975, las superficies ocupadas por propiedades de más de mil hectáreas no dejaron de aumentar. La creación de una agricultura de exportación eficiente para responder a la demanda creciente del mercado mundial expulsó a los aparceros y los obreros estables de las *fazendas* para transformarlos en jornaleros itinerantes (*boias frias*) o desplazarlos hacia las ciudades. En el Nordeste, el *boom* del azúcar llevó a acrecentar las superficies cultivadas a costa de las *rocas*, parcelas asignadas a los trabajadores de la plantación para sus cultivos de subsistencia. En el Sur, las necesidades de la agricultura mecanizada, sobre todo de la soja, provocaron la expulsión de los *posseiros*, que emigraron en gran número hacia las tierras vírgenes del norte del país, abiertas por las rutas transamazónicas. Pero cuando la crisis y la falta de petróleo de principios del decenio de 1980 obligaron al Brasil a recuperar su vocación agraria, se ofrecieron grandes propiedades (cien a doscientas mil hectáreas), en principio desocupadas, a empresas europeas, norteamericanas y japonesas en la Amazonia. Las empresas, algunas de las cuales no tenían experiencia en materia agrícola, emplearon matones —*grileiros* y *jagunços*— para desalojar a los ocupantes sin título, venidos de lejos, que habían desmontado parcelas irrisorias arrancadas a la selva. Esas luchas por la tierra, provocadas por proyectos gubernamentales contradictorios sobre la administración de la Amazonia, tomaron un cariz muy grave en regiones como Tocantins-Araguaia, donde los "precaristas" resolvieron defender sus parcelas, en muchos casos con ayuda de la Iglesia.

Sin duda, el caso más espectacular de acaparamiento de tierras, aunque concluyó en un fracaso financiero, fue el imperio privado que levantó un empresario norteamericano sobre el río Jari, no lejos de Belem y la Guayana francesa. Jamás se supo su verdadera extensión, pero oscilaba entre uno y seis millones de hectáreas. En todo caso, la concentración de la propiedad es más elevada en las zonas de colonización reciente, y las explotaciones de más de diez mil hectáreas proliferaron a partir de 1967. Tampoco es rara la reaparición de grandes propiedades en tierras divididas previamente por la reforma agraria. En México, donde el despojo de tierras dio lugar a la revolución de 1910 y a una reforma agraria permanente que es orgullo del régimen, la situación actual no difiere gran cosa de la existente antes de la revolución, a pesar de las prohibiciones legales que pesan

[1] Castro Caycedo, G.: *Colombia amarga*. Bogotá, Carlos Valencia, 1976, págs. 4-8.

sobre la gran propiedad. En el Chile de Pinochet, una contrarrevolución agraria devolvió las propiedades y el poder a los grandes terratenientes.

Como se ve, la apropiación del espacio no es socialmente neutra; va de la mano con el despojo de los dominados. Los móviles relacionados con la rentabilidad capitalista han reemplazado, y en muchos casos agravado, los objetivos y mecanismos de tipo precapitalista anterior. Los resultados son idénticos, los medios son similares.

Latifundios y coerción extraeconómica

La concentración de las tierras dio lugar en todo el continente a la pareja antagónica y complementaria *latifundio-minifundio*. Si la microparcela o unidad "subfamiliar", según algunas monenclaturas interamericanas,[2] es fácil de definir, no sucede lo mismo con el latifundio, que se refiere a dos tipos distintos de grandes propiedades. En algunos casos evoca solamente las dimensiones de la *hacienda* y la *fazenda*, y la etimología recupera sus fueros. Pero la mayoría de las veces el latifundio, a diferencia de la gran propiedad agraria capitalista, es un tipo de explotación tradicional de carácter extensivo, insuficientemente explotado, en el que sólo se cultiva una parte de la superficie útil y donde el trabajo se realiza de manera indirecta por aparceros.

Desde luego que no se puede pasar por alto la existencia de establecimientos medianos de alta productividad en la mayoría de los países del continente. En la Argentina, el Brasil y Colombia, estas unidades proporcionan más del sesenta por ciento de la producción agrícola. Pero el binomio latifundio-minifundio no deja por ello de ser una realidad, sobre todo en los países de alta población indígena, donde predominan las microparcelas y la diferencia entre éstas y los latifundios adquiere dimensiones colosales. En la Argentina, la superficie media de las grandes propiedades es 270 veces mayor que las de las unidades subfamiliares, pero en Guatemala la proporción es 2000 a 1. En este último país, 8800 propietarios —menos del tres por ciento— poseen el 62 por ciento de las tierras cultivables, mientras que el 87 por ciento de los campesinos se reparten el diecisiete por ciento de la tierra. En la vecina Honduras, donde la situación agraria es menos tensa, 667 propiedades ocupan el veintiocho por ciento de las tierras,

[2] Véanse sobre todo las publicaciones y los estudios del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA), dependiente de la OEA, así como los de la CEPAL y la FAO.

[illegible] que otras 120.000 (sobre un total de 180.000) se concentran en el [illegible] por ciento de las tierras cultivables. En el Brasil, el cincuenta por ciento [illegible] propiedades poseen el 31,5 por ciento de las tierras y el uno por [illegible] los establecimientos ocupan el 49 por ciento de las tierras, según [illegible] agrícola de 1975. En Chile, antes de las reformas de 1964, menos [illegible] por ciento de los establecimientos rurales ocupaban más del 81 por ciento de las tierras.

El aspecto más notable del latifundio en sus formas más tradicionales [illegible], es que se trata no tanto de una empresa productora como de una institución social e incluso política, poco sensible a la coyuntura económica. El "sistema de la hacienda" tal como se conoce en las zonas andinas [illegible] Centroamérica obtiene mayor riqueza de los hombres que de las tierras. El espíritu de dominación responde más a la lógica de la reproducción [illegible] la preocupación por el rendimiento de la tierra. Por otra parte, la producción (sobre todo de cultivos comestibles) es escasa y sólo los excedentes [illegible] venden en el mercado. Y la subexplotación suele ir de la mano con una suerte de alejamiento de la sociedad global.

El modo de aprovechamiento que prevalece en este sistema poco modernizado es una suerte de aparcería precaria junto a la prestación de servicios laborales. Por convención tácita e irrevocable, el patrón de la hacienda asigna una parcela al campesino a cambio del trabajo de éste y su familia en las tierras del propietario y una serie de servicios personales. Los pequeños arrendatarios sujetos a prestaciones personales, llamados inquilinos en Chile, colonos en el Perú, huasipungueros en el Ecuador, trabajan gratuitamente o por un salario simbólico. Por cierto que las leyes prohíben esas prestaciones gratuitas, pero el trabajo asalariado es mucho menos común en el campo de lo que prevé el legislador. En este sistema semiservil, no es raro que el campesino trabaje para el "señor" tres días a la semana, sin otra remuneración que el usufructo de una parcela diminuta y la protección patronal. Con frecuencia, el patrón decide qué cultivará el aparcero en su parcela e incluso controla las idas y venidas de este siervo atado a la gleba y en muchos casos feliz de su situación.

A este trabajo agrícola no remunerado se agregan varias formas de servidumbre personal. Se conocen las reivindicaciones de los campesinos de una hacienda arcaica en la región de Cuzco, en el Perú, en el decenio de 1960, cuando aparecieron los primeros sindicatos campesinos en la zona.[3] Son las siguientes:

1. abolición del *pongaje* o servicio semanal, vale decir, el servicio do-

[3] Según Cotler, J.: "Traditional Haciendas and Communities in a Context of Political Mobilization in Peru", en Stavenhagen, R. (ed.): *Agrarian Problem and Peasant Movements in Latin America*. Nueva York, Anchor Books, 1970, pág. 545.

méstico que presta la familia del aparcero en la casa del amo, sea en la ha cienda o en la ciudad;

2. abolición del transporte gratuito de los productos de la hacienda a la ciudad;

3. eliminación del servicio no remunerado en otras haciendas, cuando el patrón presta o alquila su gente a sus vecinos;

4. limitación del trabajo no remunerado en las tierras del patrón a doce/quince días por mes;

5. abolición de la venta obligatoria de los productos del aparcero al patrón de la hacienda (quien fija los precios).

Se trata sin duda de un caso extremo, tanto más exorbitante por cuanto muchas de las haciendas locales usurpaban tierras comunitarias y los campesinos eran así siervos en su propia tierra. Aunque la reforma agraria de 1968 abolió la mayor parte de un pliego feudal de condiciones, éste es testimonio de la clase de relaciones de producción predominantes en la época y de las relaciones sociales consiguientes.

En otros casos menos extremos, el aislamiento de la hacienda refuerza el poder del patrón. Al controlar el único medio de transporte, el único teléfono, puede organizar a su voluntad las horas de trabajo y ocio de sus hombres. En semejante situación, es difícil que los trabajadores puedan mejorar sus condiciones de vida mediante la acción colectiva. La rigidez de las estructuras sociales hace de la violencia el único medio de producir cambios. Entre el amo y *los de abajo* existe una diferencia natural. Éstos le deben obediencia a aquél, que los trata paternalmente en el mejor de los casos. Que no se les ocurra salir de su lugar ni soñar con convenios de trabajo. Eso sólo puede traerles desgracias, como a esos campesinos peruanos de la novela de Manuel Scorza que sufrieron un "infarto colectivo" durante un convite que les ofreció el hacendado, ¡por haber pretendido fundar un sindicato![4] El único recurso es la fuga a la ciudad, lo que provoca naturalmente una modernización de las estructuras agrarias con reducción de la mano de obra, sobre todo a través de la recuperación de las parcelas entregadas a los aparceros y la desaparición de éstos. Este proceso de modernización es uno de los principales factores de despoblación de los campos.

Pero la configuración jerárquica de las relaciones sociales y las modalidades más o menos disimuladas de trabajos forzados aparecen también en establecimientos no latifundistas. En plantaciones que utilizan técnicas avanzadas y producen para la exportación, las relaciones laborales suelen llevar la marca de la economía señorial. Con frecuencia, grandes establecimientos modernos dirigen su mano de obra con medios precapitalistas.

[4] Scorza, M.: *Redoble por Rancas*. Barcelona, 1970, págs. 113-121.

[illegible]ilidad de los trabajadores y el mercado libre de trabajo no son en [illegible]lguno la realidad dominante. El empleo de la coerción extraeconó- [illegible]parece con frecuencia en el siglo xx, en contextos totalmente capi- [illegible] En muchos casos los trabajadores se ven obligados a permanecer [illegible]tablecimiento por medio de deudas que la escasez de su salario y [illegible]nopolio ejercido por la tienda patronal, con sus precios usurarios, les [illegible] cancelar. Así, los *boias frias* se ven obligados a pagar su "viaje" [illegible] lugar de trabajo, así como los primeros trabajadores europeos li- [illegible] que arribaban al Brasil permanecían bajo la férula del patrón hasta que [illegible]aban de pagar la travesía del Atlántico. La retención por deudas era [illegible]tica tan corriente en el siglo XIX que según François Chevalier, ha- [illegible] los patrones de Puebla, en México, fueron a la guerra contra una [illegible] que prohibía el endeudamiento de los indígenas por sumas mayores de [illegible] pesos. El acaparamiento de las tierras de cultivos alimenticios por las [illegible] empresas pudo tener por objetivo asegurar la presencia de una ma- [illegible] obra numerosa y estable en las plantaciones durante las cosechas. Así [illegible] en los grandes y modernos ingenios azucareros de Salta y Jujuy, [illegible] Argentina, durante la década de 1930,[5] cuando se empleaba el endeu- [illegible]miento para asegurar la zafra. Aunque estas prácticas se han vuelto mar- [illegible]nales, han dejado su impronta en un tejido social singular y singularmen- [illegible] rígido.

[illegible]pendencia personal y poder privado

La supervivencia de relaciones sociales no contractuales y la importancia de las relaciones de clientela, incluso en contextos modernos en los que parecería imponerse la lógica del mercado, es una de las características significativas de las sociedades marcadas por la herencia del latifundio. Allí donde las relaciones de dominación están impregnadas de tradiciones semiserviles o de los vínculos patrimoniales, el salario no siempre obedece a las leyes de la oferta y la demanda. En efecto, en estas sociedades jerárquicas, donde la familiaridad protectora de los poderosos fundamenta las expectativas clientelistas de los humildes, las relaciones de asimetría personalizada suelen ser más determinantes que la lógica pura de las relaciones de producción. La proximidad, incluso la ubicuidad, de este or-

[5] Véase Rutledge, I.: "Plantations and Peasants in Modern Argentina: the Sugar Cane Industry in Salta and Jujuy", en Rock, D. (ed.): *Argentina in the XXth Century*. Londres, Duckworth, 1975, págs. 89-113.

den "señorial" determina el carácter específico de las formaciones sociales latinoamericanas. Éstas se integraron al mundo capitalista empleando mecanismos propios de sociedades escasamente secularizadas y modernizadas; por ello se las califica de "capitalismo autoritario" o se habla de "desarrollo reaccionario" del capitalismo, según la terminología del marxismo clásico. No obstante la diferencia con los sistemas prusiano y ruso, a los que se refieren estos conceptos, es patente y corresponde al carácter privado de las formas de dominación y a la escasa incidencia de la estructuración estatal en los modos de surgimiento del capitalismo moderno.

La segunda consecuencia del orden señorial que ha predominado durante varios siglos de historia latinoamericana es justamente la importancia del poder privado, sustentado por las autoridades locales. La concentración del poder económico y social, así como la fragilidad del Estado después de la independencia y la inestabilidad de las instituciones políticas posteriores, fortalecieron la verticalidad de las relaciones sociales a través de distintas formas de patronazgo y clientelismo. El aislamiento geográfico, la inseguridad legal y la escasez de bienes indispensables (tierra, agua, trabajo) cimentan relaciones no igualitarias de reciprocidad en torno de un cacique, gran propietario o comerciante y autoridad política, que sirve de intermediario entre su "gente" y el resto de la sociedad. Alrededor del poderoso se erige una red de favores. En esta "política de la escasez", el individuo favorecido se convierte en eterno deudor y cautivo de su bienhechor, aun cuando cada parte trata de sacar el mejor partido de este intercambio desigual. Estas solidaridades verticales nacidas en el campo afectan no sólo al mundo rural tradicional sino también a la ciudad moderna, sede de formas de patronazgo más o menos institucionalizadas. La precariedad de la vivienda y el trabajo, la hipertrofia de un Estado-providencia, más mimético que efectivo cuando no está directamente copado por el sistema clientelista, obligan al individuo a buscar favores, protección, seguridad.

Así, bajo otras formas, se perpetúan la dominación señorial y la preponderancia del poder privado.

Sociedades poscoloniales

Ciento cincuenta años de independencia —menos de un siglo en el caso de Cuba— no han alcanzado a borrar tres siglos de colonización ibérica iniciados por el traumatismo de la conquista. Los negros brasileños llaman "portugueses" a los blancos "malos", mientras los indios quichés de

...mala se niegan a festejar la independencia nacional, pues consideran ... la fiesta de sus opresores, los *ladinos*. Si la conquista es para algu... ...tores una suerte de pecado original de las Américas, no es menos ... que el tiempo largo y soñoliento de la colonia fue el crisol en el que ...maron sociedades de composición étnica múltiple. La estratificación ... actual se formó en lo esencial durante ese período decisivo, frecuen... ...nte olvidado. Al alba de la independencia, la suerte estaba echada. Los ...tes posteriores, principalmente europeos, no modificaron los elemen... ...enciales de las relaciones de dominación ni la arquitectura de los dis... ...itivos sociales.

El indio contemporáneo

En estos países occidentales, donde el blanco predomina numérica-mente en casi todas partes y socialmente en todas, las razas de color, sean aborígenes o descendientes de esclavos africanos, llevan los estigmas del hecho colonial.

Más allá del genocidio inicial, casi se podría decir "fundacional", de la conquista, mencionado en páginas anteriores, las matanzas de indígenas prosiguieron hasta el inicio de la época contemporánea, a pesar de los esfuerzos de algunos misioneros y antropólogos ("sertanistas" en el Brasil) que fueron acusados por ello de ser enemigos del progreso. Los barones laneros de la Patagonia y Tierra del Fuego de principios de siglo tenían "cazadores de indios" a sueldo para desembarazarse de esos aborígenes que no comprendían la propiedad privada de las ovejas. No es, pues, sorprendente que hayan desaparecido los tehuelches y alacalufs mencionados por Darwin y que el último de los onas haya muerto en 1984. En Argentina, las campañas de pacificación realizadas por el ejército prosiguieron en el Chaco norteño hasta poco después de la Primera Guerra Mundial. En el Brasil, el aprovechamiento de la Amazonia significó, a veces voluntaria y con frecuencia involuntariamente, la destrucción de tribus indígenas que casi no tenían contacto con la sociedad nacional. Muchos proyectos de asimilación integral del indio selvático en nombre de la necesidad nacional fueron detenidos por antropólogos y partidos de oposición. El organismo de defensa del indígena (FUNAI) no está libre de sospechas, sobre todo a partir del golpe militar de 1964.

Un suceso resonante que se produjo en Colombia en 1972 ilustra de manera dramática la cuasilegitimidad de que goza el genocidio en la mente

popular y, de paso, la brecha que separa a los indios del resto de la sociedad. En una comarca apartada de los llanos, dieciséis indios fueron asesinados a sangre fría por un grupo de mestizos. Detenidos y juzgados por el tribunal de Villavicencio, los acusados confesaron que los indios eran para ellos "animales molestos" y que desconocían que estaba prohibido matarlos. La absolución de los acusados provocó un gran escándalo y un nuevo proceso. Sea como fuere, los términos empleados por los acusados al calificar a los indios de "irracionales" y a sí mismos de "civilizados", dotados de razón, es una prueba harto elocuente de la condición del aborigen. Por otra parte, muchas expresiones populares reflejan el miedo latente al indio, así como el sentimiento de inferioridad inculcado en los indígenas "asimilados" por siglos de opresión y desprecio. Cuando un mestizo comete un acto de violencia, se dice que "se le despertó el indio". Los indios "ladinizados" o "cholos" (es decir, los "asimilados" en su versión mesoamericana o peruana) dicen del bienhechor que les enseñó el español y las "costumbres civilizadas" que "nos hizo gente".[6]

Estos son los rasgos más persistentes y espectaculares de la herencia colonial. Al organizar la distribución de los indígenas para favorecer a los blancos y el trabajo forzado, la presencia española creó unas relaciones de tipo colonial entre los dos sectores que han demostrado ser asombrosamente durables. Desde entonces, los dos universos se codean, complementándose, en relaciones de explotación y dominación.

Hoy, en las zonas de alta concentración indígena, como la América media y los países andinos, el indio es explotado no sólo como trabajador sino también como productor e incluso consumidor. En sentido estricto el indígena no constituye un sector sobreviviente o de "cultura tradicional", identificable en virtud de rasgos somáticos propios, sino que pertenece a un grupo social marginado y desposeído que vive en una situación de verdadera "regresión". Como lo señala la vigorosa frase del antropólogo Henri Favre, su situación es la "forma que adquiere la alienación absoluta en los países latinoamericanos". Todos los estudiosos comparten esta definición extrema, sobre todo los sociólogos, que ponen de relieve los fenómenos de colonialismo interno en las relaciones entre *ladinos* y aborígenes. Sorprendería tal vez a ciertas comunidades prósperas, como la de los artesanos tejedores de Otavalo, el Ecuador, que comercializan su propia producción en todo el continente.

[6] El razonamiento conformista del indígena es el de la culpabilidad, la lucha contra sí mismo, la percepción negativa de sus propios valores más que la expresión de una reivindicación cultural. Véase al respecto el interesante estudio de Martine Dauzier, *L'Indien tel qu'il se parle. Interventions Indiennes dans la campagne présidentielle du PRI au Mexique en 1982*. París, ERSIPAL-CNRS, 1984 (18 págs., mimeografiado).

[illegible] la mano de obra indígena empieza a escasear, los dueños de la [illegible] importan esclavos africanos para el aprovechamiento de las riquezas [illegible] Mundo. La importancia numérica de esta inmigración forzada [illegible] dad de la población africana en ciertas regiones del continente [illegible] yeron en gran medida a su desarrollo social específico. La historia [illegible] ria de los estados donde predominó el esclavismo es diferente de la [illegible] inos. Así, se puede pensar que en Cuba el gran temor de las éli- [illegible] llas a una insurrección de los esclavos, como la que devastó a San- [illegible] mingo a principios del siglo xix, y el deseo de conservar la trata de [illegible] explican la lealtad de la isla para con España, mientras que la rup- [illegible] tica e incruenta de los lazos coloniales entre el Brasil y la metró- [illegible] tuguesa respondían al mismo reflejo de prudencia conservadora. [illegible] lavitud no fue abolida en el Brasil hasta mayo de 1888 y no es ca- [illegible] que las conductas y los valores de la antigua sociedad colonial hayan [illegible] rastros indelebles tanto en los ex amos como en los descendientes [illegible] esclavos.

[illegible] to que se consideraba al negro "un animal y una máquina", según [illegible] presión de Gilberto Freyre, la esclavitud contribuyó a frenar el pro- [illegible] técnico al crear una barrera de color asumida tanto por los negros co- [illegible] los blancos. Un viajero inglés en 1840 se asombraba de la casi au- [illegible] de tracción animal en las ciudades brasileñas y de la difusión de la [illegible] humana: en efecto, los palanquines de los cariocas ricos eran mu- [illegible] más numerosos que los vehículos tirados por caballos. Según los his- [illegible] brasileños, el empleo de esclavos para las tareas domésticas más [illegible] radables habría demorado la instalación de canales y desagües: las [illegible] empleaban tropillas de esclavos como aguateros y para llevarse [illegible] aguas servidas. El autor francés Expilly, quien estuvo en Río en 1860, [illegible] con asco el olor nauseabundo de esos "toneles impuros" que los [illegible] lavos vaciaban en las playas de la bahía de Guanabara. En la esfera eco- [illegible] a, la abundancia de fuerza de trabajo servil impidió la instalación de [illegible] quinaria que habría podido ahorrar la fatiga humana y perfeccionar las [illegible] productivas. Es evidente que las consecuencias sociales ulterio- [illegible] ese pasado condicionan aun hoy las jerarquías sociales.

[illegible] negro, descendiente de esclavos, despreciado y ridiculizado por el [illegible] lore brasileño, ocupa en el Brasil contemporáneo el fondo de la esca- [illegible] ial. El racismo como referencia legitimadora es tabú desde la aboli- [illegible] de la esclavitud, la ideología nacional predominante es la de la "de- [illegible] racial", pero la discriminación es evidente y se confunde con las

distinciones de clase. Es natural que los pobres sean negros mientras que los ricos son blancos. Razas y clases se superponen. Uno de los escasos diputados negros en el parlamento de Brasilia se preguntaba hace algunos años dónde estaban "los senadores y los diputados negros, los ministros negros, los oficiales superiores y los jueces de origen africano".[7] Cien años después de la "Abolición", la igualdad racial dista de ser una realidad. Los dichos populares expresan con elocuencia la humillación permanente del pueblo negro. Se dice que "el lugar del negro es la cocina", y en los barrios residenciales se lo obliga a entrar por la puerta de servicio; "el blanco que corre es un atleta, el negro que corre es un ladrón". El requisito de "buena presencia" para aspirar a determinados trabajos no es sino un eufemismo hipócrita para indicar que el puesto está reservado a los blancos.

La aspiración a ascender en la escala social mediante matrimonios mixtos que sirvan para "blanquearse" no hace más que reforzar el prejuicio en el seno mismo de la sociedad negra. "En casa de mulato no entra el negro", se dice con frecuencia. Maria Carolina de Jesus cuenta que una de sus tías mulatas se negaba a recibir en su casa a sus padres negros. Por consiguiente, no es de sorprenderse que los censos muestren una población negra estable —entre seis y siete millones— mientras que la población brasileña pasó de 41 a 118 millones de habitantes entre 1940 y 1980. Puesto que cada ciudadano declara su color, se comprende que en ese período la población de pardos (mestizos) haya aumentado de 8,8 a 45,8 millones. Los negros tienden naturalmente a rechazar una identidad étnica considerada denigrante. Tanto más por cuanto el ascenso social tiende a ponderar la herencia racial desde la época de la colonia. El éxito "blanquea", convierte al negro o mulato en "semiblanco". La epidermis social es tan sensible al color que, según un etnólogo brasileño, existen casi trescientos términos para expresar los infinitos matices entre el negro y el blanco que ubican socialmente al individuo sobre la base de una interiorización casi indiscutida del ideal "caucásico".

Paradójicamente, se aprecia la cultura negra —los principales símbolos nacionales (*samba, candomblé, feijoada*) provienen de la minoría dominada—, mientras que la discriminación racial se identifica con la situación económica y cultural y refuerza las diferencias. Pero la ex colonia portuguesa no es el único país de la zona donde la estratificación social se basa en la marginalización del negro. En Cuba, donde los negros conforman una franja importante de la población (entre el quince y veinte por ciento, o más si se incluyen los mulatos y se tiene en cuenta la "atenuación

[7] Declaraciones del diputado Abdias Nascimento, *Le Monde*, 26 de mayo de 1983.

del color que, al igual que en el Brasil, disminuye el número de ne- l acceso de los descendientes de los esclavos al prestigio social y cuenta entre los más limitados entre todos los regímenes pos- a la independencia. Fidel Castro, hombre de pura cepa española, la intervención cubana en África por la naturaleza afrolatina de su y cultura, pero sus adversarios, desde los Panteras Negras hasta tor hispano-francés Arrabal, no han dejado de reprocharle el hecho su socialismo dominado por los blancos les niegue a los negros el que les debería corresponder. En este sentido, cabe recordar que el Batista (derrocado por los castristas en 1959) era mulato, de con la nomenclatura étnica vigente en la época en Cuba, y que lle- poder gracias a una insurrección de sargentos, en su mayoría de san- contra un cuerpo de oficiales blancos surgidos de la clase polí- gente. Durante sus dos presidencias, Batista se hizo popular en la negra y fomentó los cultos afrocubanos de las santerías. mente, en Haití, república negra en un 95 por ciento, las diferen- clase también abarcan el color de la piel. La burguesía mulata o cla- considerada como tal, porque un rico sólo puede ser mulato— que con el poder blanco colonial domina a la masa desposeída de negros. Fue en nombre de esos dominados y de los valores —entre ellos el vudú— que el médico y etnólogo Duvalier ins- su dictadura "redentora" y antimulata.

tizaje ayer y hoy

rica Latina es evidentemente un continente mestizo, y aunque los dores y los exégetas de la colonización ibérica han hecho hincapié encia de prejuicios raciales de los colonizadores españoles y por- s, no se debe creer por ello que la frecuencia de relaciones sexua- uniones entre las razas bastó para eliminar los tabiques entre las étnicas. Es indudable que la cruza de razas fue muy fuerte a par- la conquista, pero ello no condujo a la asimilación total de los seg- sociales dominados ni a una homogeneidad igualitaria de las dades coloniales. Antes de la independencia la confraternidad epidér- en general fruto de la necesidad, va acompañada de un "sistema de minación legal" (Magnus Mörner) que da lugar a una "sociedad de Las colonias españolas y portuguesas de América son verdaderas mentocracias", donde la jerarquía de cada uno depende de sus compo-

nentes étnicos. Entre los indios y los negros existían *castas* de sangre mixta, cuya identidad estaba codificada en un centenar de categorías jerárquicas oficiales y en las cuales el componente indígena valía siempre un poco más que el negro. Sea como fuere, en distintos lugares y épocas los no blancos tienen prohibido el acceso a la mayoría de los puestos de prestigio y autoridad, en especial al sacerdocio. Se les prohíbe portar armas y usar ciertos artículos de indumentaria reservados a los amos españoles. También se les impide el uso de caballos, molinos y toda la tecnología de punta de la época. Esa discriminación puntillosa, a la cual la burguesía criolla parecía estar tan aferrada, quedó suprimida en las colonias españolas durante la independencia y mucho antes que la esclavitud en Brasil. No obstante, llama la atención que se atribuya tanta importancia a los problemas de las relaciones raciales en los escritos de la época de la emancipación y principios del siglo XIX. Bolívar, quien a pesar de pertenecer a la aristocracia agraria de la Capitanía General de Venezuela, hizo mucho por la igualdad de los indios y la libertad de los negros, vaticina en sus cartas no sólo un gran conflicto racial —y en efecto, la independencia venezolana fue una guerra de razas y clases a la vez que entre los patriotas y el poder colonial— sino también el surgimiento de una "pardocracia", que él rechaza con horror.

Por consiguiente, no se debe subestimar la importancia del mestizaje en las sociedades latinoamericanas, ni del ideal de supremacía blanca que subyace detrás. El ascenso social para siempre por el "blanqueamiento", tanto para los negros brasileños o venezolanos como para los mestizos argentinos del interior, que aspiran a casarse con los hijos de los inmigrantes europeos. La configuración de las sociedades poscoloniales depende en gran medida de su complejidad etnocultural. Es comprensible que presenten una estratificación sumamente rígida. En efecto, es más fácil perpetuar las desigualdades sociales cuando la distribución despareja de los ingresos y el prestigio se ve reforzada por las diferencias étnicas. La movilidad es tanto más difícil por cuanto la visibilidad del estatus social vuelve más natural la conservación de las posiciones conquistadas.

Conquista y modo de producción

Con la conquista, las sociedades americanas se transforman de acuerdo con la lógica colonial señalada anteriormente, y al mismo tiempo se integran en el mercado mundial en función de las necesidades de las socie-

[illegible] europeas. La extraversión económica que de ahí deriva ha condicionado las modalidades de introducción del capitalismo en América Latina, que algunos autores consideran una prolongación de las economías centrales. No obstante, la existencia de economías esclavistas y de fuertes elementos precapitalistas en las economías agrarias (trabajo forzado o no monetarizado, debilidad del sector asalariado, poder terrateniente) plantean una serie de problemas de interpretación insoslayables.

Los analistas que se podrían llamar "liberales" (pero las concepciones teóricas son impuras y expresan u ocultan estrategias políticas o de desarrollo) atribuyen la heterogeneidad de esas formaciones sociales, vistas exclusivamente desde el ángulo de las disparidades socioeconómicas, a la yuxtaposición de dos subsociedades o la coexistencia de dos polos, uno moderno y el otro tradicional. Pero el atraso de la sociedad arcaica está condenado a desaparecer gracias a la difusión de los valores modernos y la extensión de las "tareas de la modernidad" al conjunto de la trama social. Porque, como dicen el argentino Sarmiento y los liberales del siglo XIX, la "civilización" occidental triunfará sobre la "barbarie" americana y, poco a poco, la racionalidad capitalista dominará las relaciones sociales.

Los teóricos de la "dependencia" se pronuncian en contra de esta interpretación "dualista" de las sociedades latinoamericanas. Según ellos las sociedades del continente están sometidas a las necesidades y evoluciones del sistema capitalista internacional. Su margen de autonomía es escaso, tanto como su carácter específico es reducido. En ese marco, algunos autores van más lejos al definir las sociedades latinoamericanas como estrictamente capitalistas a partir de su inserción en el mercado mundial, vale decir, desde la época colonial (André Gunder Frank). Sin duda, eso es dar por hecho lo que está por hacerse. Los capitales no crean el capitalismo, y no se puede confundir la esfera de la producción con la de la circulación de mercancías. Sin afirmar de manera dogmática que no hay capitalismo sin movilidad de los factores, es decir, en ausencia de un mercado generalizado de la mano de obra libre y del sector asalariado, es incorrecto postular que el destino de la producción basta para caracterizar su modalidad. Así, el cultivo del café en el Brasil antes de la abolición de la esclavitud difiere de manera fundamental de la misma producción realizada por trabajadores europeos libres a fines de siglo, tanto en lo económico como en lo social. Tampoco se debe subestimar la fuerza del "sistema señorial" en sus manifestaciones actuales y sus diversas repercusiones. El ejercicio de la autoridad política y judicial por el patrón, la fuerza del poder terrateniente local, la importancia de los vínculos personales incluso en las relaciones sociales son otras tantas expresiones de sistemas sociales en los que de ninguna manera impera la neutralidad de las relaciones contractuales.

Tanto es así, que cabe preguntarse si no se trata de un modo de producción específico.

De hecho, la realidad es más compleja de lo que piensan tanto los "difusionistas" como los "dependentistas". Se puede reconocer la coexistencia de dos sociedades, pero sin limitarse a subrayar el retraso de una respecto de la otra. El dualismo, si existe, es un elemento, un mecanismo fundamental y estable del sistema. El llamado polo tradicional complementa el polo moderno y es dominado por éste. El sector moderno no tiende a provocar la desaparición del atrasado, cuya existencia le es indispensable. Aquí se aplica plenamente el principio de "unidad de los contrarios". El arcaísmo y las relaciones sociales precapitalistas aparecen como elementos funcionales en la lógica capitalista dominante. Así, la existencia de zonas desarrolladas, verdaderas reservas de mano de obra barata, el arcaísmo de los cultivos que producen a bajo costo los alimentos para la fuerza de trabajo industrial e incluso el crecimiento no capitalista del sector terciario urbano son fenómenos que se explican por el predominio del polo moderno sobre el tradicional, que le está subordinado. Asimismo, la monopolización de las tierras destinadas a la agricultura de subsistencia por grandes empresas que producen para el mercado e incluso el restablecimiento de distintas formas de trabajos forzados, como en el estado mexicano de Chiapas en 1936 (para responder a una demanda creciente de exportaciones en vista del carácter "incompleto" de la proletarización campesina) son ejemplos de relaciones de trabajo precapitalistas al servicio de empresas capitalistas modernas. Las "leyes de vagancia" promulgadas en el siglo XIX en casi todos los estados del continente, que obligan a todo hombre adulto a tener un patrón, no tenían otro fin que el de proporcionar mano de obra, muy escasa por cierto, a los establecimientos rurales. Con este mismo fin se han empleado toda suerte de medios legislativos y subterfugios económicos.

Sociedad desarticulada y clases sociales

La característica principal de esas sociedades dependientes que son las latinoamericanas es el desfase entre lo económico y lo social. Las situaciones económicas son independientes de las relaciones sociales. Este fenómeno, que Alain Touraine denomina "desarticulación", hace por ejemplo que un trabajador que produce para el mercado mundial se vea sometido a un amo por vínculos de tipo patrimonial: la modernidad capitalista y el tradicionalismo social, lejos de excluirse mutuamente, van de la mano en

... estrecha relación solidaria. Esta "desarticulación" es producto de una ... lencia multiforme, es decir, de un acceso indirecto, mimético, a la ci... ión industrial y de una integración a un escenario cuyo actor domi... extranjero. Dicho de otra manera, la conquista no crea *ipso facto* ... dades idénticas a las metropolitanas, sino que produce sociedades co..., penetradas por las extranjeras y sometidas a sus necesidades. De ... "desarticulación" entre lo "económico" y lo social. La extraversión ... mica trae múltiples consecuencias. Así, el control externo del proce... acumulación hace que las relaciones de dominación social predomi... sobre las de producción. La racionalidad capitalista está frecuentemen... servicio de la reproducción social y de una magnificación del poder que ... incluso a sacrificar el desarrollo y la ganancia.

... estas sociedades penetradas, el juego de las clases fundamentales, tal ... apareció en Europa donde se convirtió en parte del sistema en el si..., no ocupa el centro de la dinámica social, como no lo hacen los en... mientos y las mutaciones de las clases dirigentes que jalonaron la ... ión del Viejo Mundo. Esto se debe en primer término a la presencia ... actor externo que con frecuencia sobredetermina, cuando no induce, ... conductas de las burguesías locales o de las clases obreras. Este actor, ... so capitalista extranjero, se convierte incluso en el protagonista cen... l desarrollo social y político en el caso extremo de la economía de en..., minas o grandes establecimientos agrícolas. En segundo lugar, el ..., lugar donde se producen las transacciones entre la dominación ex... y la interna, es un actor preponderante, tanto más por cuanto ha cum... una función original y decisiva en la creación misma de las clases so... Por último, la lógica de la exclusión de los sistemas económicos lle... a los grupos dominantes a buscar acuerdos, mientras que el efecto de ... de las exportaciones primarias vuelve al desarrollo industrial no tan ... gónico a la producción agraria como subordinado a ésta.

... otra parte, la dialéctica de las estructuras de dominación es mucho ... poderosa que la presunta oposición entre lo tradicional y lo moderno ... campo social. Más precisamente, los sectores dirigentes de las clases ... ores, debido a la continuidad y el inmovilismo de las estructuras so..., son a la vez modernos y arcaicos; socialmente retrógrados a la vez ... poseedores de los avances técnicos más espectaculares, reflejan la más ... la cultura europea y ejercen su poder social con la mayor brutalidad.[8] ... efecto de fusión" de valores y conductas duales proviene del lugar que

... Muchos autores han referido el hecho de que propietarios de esclavos en la época de la ... endencia comulgaban con los ideales de "libertad, igualdad, fraternidad" de la Revo... francesa. En el filme *Viva María*, de Louis Malle, ambientado a principios de siglo ... país imaginario de América Latina, un hacendado "progresista" exhibe ante sus hués-

ocupan esos grupos sociales en el funcionamiento del sistema global: garantes de la dominación externa, se dotan de legitimaciones exógenas para ejercer su hegemonía interna. Dicho de otra manera, las oligarquías esclarecidas pueden ser tanto más modernas en el plano de las ideas y los gustos cuanto más se aferran a una dominación social de tipo patrimonial. Utilizan tanto los recursos de la modernidad como los de la tradición para mantener el orden y los privilegios nacidos de la "desarticulación" de las relaciones sociales.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Burgos (Elizabeth), *Moi, Rigoberta Menchú. Une vie, une voix, la révolution au Guatemala*, Paris, Gallimard, 1984.

Favre (Henri), *Changement et Continuité chez les Mayas du Mexique. Contribution à l'étude de la situation coloniale en Amérique latine*, Paris, Anthropos, 1971.

Freyre (Gilberto), *Maîtres et Esclaves (Casa Grande e Senzala)*, Paris, Gallimard, 1952.

Freyre (Gilberto), *Sobrados e Mucambos*, Lisboa, Livros do Brasil, 1962.

Furtado (Celso), « Développement et stagnation en Amérique latine », *Annales ESC*, janvier 1966, p. 5-12.

Gutelman (Michel), *Réforme et Mystification agraire en Amérique latine. Le cas du Mexique*, Paris, Maspero, 1969.

IBGE, *Censo Agropecuario, 1975*, Rio de Janeiro, 1978.

Jesus (Maria Carolina de), *Journal de Bitita*, Paris, A.-M. Métailie, 1982.

Linhart (Robert), *Le Sucre et la Faim*, Paris, Éd. de Minuit, 1980.

Mauro (Frédéric), *La Vie quotidienne au Brésil au temps de Pedro Segundo (1831-1889)*, Paris, Hachette, 1980.

Meister (Albert), *Le Système mexicain. Les avatars d'une participation populaire au développement*, Paris, Anthropos, 1971.

Moraes (Teresa), Rocha (Maria Alice), *Histoire de Marli*, Paris, Éd. des femmes, 1982.

Mörner (Magnus), *Le Métissage dans l'histoire de l'Amérique latine*, Paris, Fayard, 1971.

Oliveira (Francisco), « A economia brasileira : critica à razão dualista », São Paulo, *Seleçoes CEBRAP*, nº 1, 1976.

---

pedes franceses los prodigios del "hada electricidad". En la escena siguiente se descubre que la energía eléctrica es generada por una noria accionada por hombres engrillados.

…nos Mattoso (Katia M. de), *Être esclave au Brésil (XVI-XIXe siècle)*. Paris, Hachette, 1979.

…mano (Ruggiero), *Les Mécanismes de la conquête coloniale : les conquistadores*, Paris, Flammarion, 1972.

…in (Stanley J., Barbara H.), *The Colonial Heritage of Latin America* …ssays on Economic Dependence in Perspective, New York, Oxford University Press, 1970.

…raine (Alain), *Les Sociétés dépendantes. Essais sur l'Amérique latine* Paris, Duculot, 1976.

SEGUNDA PARTE

Poderes y sociedades: actores y mecanismos de la vida política y social

1. Poder y legitimidad

[illegible] posible identificar con facilidad a los protagonistas de la vida política en las sociedades latinoamericanas y si esos actores son prácticamente los mismos en el conjunto de los estados, ¿se puede deducir de ello las constantes generales, sacar a la luz los factores regulares o permanentes, es decir, un cierto número de rasgos particulares que presentan una innegable homogeneidad a escala continental? ¿O es necesario, por el contrario, aceptar las singularidades nacionales, caer en los estereotipos gastados? Porque en este terreno predominan los lugares comunes, tanto más cuanto el Nuevo Mundo es el continente mitológico por excelencia. No sólo abundan en las revistas para niños, las novelas de espionaje o la literatura barata; la imagen de una vida política caracterizada por la violencia, sucesión de revoluciones y golpes de Estado, a merced de militarotes y aventureros, patriarcas saguinarios o "Robin Hood" irresponsables, parece imponerse en todas partes, incluso en la propia América Latina. ¿Nos encontramos, pues, frente a sociedades carentes de reglas de juego políticas de características imprevisibles, incluso caóticas? Hay que cuidarse de las generalizaciones. ¿Se puede calificar de imprevisible al México posrevolucionario con su armadura política inquebrantable, a la Costa Rica de posguerra donde la continuidad democrática atraviesa imperturbable las crisis en medio de la tormenta centroamericana, o a la Colombia del bipartidismo inalterable? Se responderá que son excepciones. Pero no por ello se establece el predominio de las historias singulares y el particularismo nacional. La reiteración de fenómenos similares, el surgimiento de modelos de poder o de esquemas de acción y conductas recurrentes hacen necesaria la comparación y posible la comprensión.

Precisamente se trata de buscar los elementos que permitan comprender las características en apariencia más frecuentes, pero que son también las más anormales. Al indagar en la inestabilidad, la violencia, la exclusión política, se examinará también lo que yace detrás de esas realidades y cómo explicarlas. Ello requiere ciertas precauciones metodológicas. En primer lugar, evitar la proyección de preferencias normativas derivadas de

una concepción más o menos idealizada de las sociedades europeas a las realidades que son distintas.

Es una tarea particularmente difícil, tratándose del "tercer mundo de Occidente" que nos parece tan conocido, sobre todo porque emplea el mismo lenguaje ideológico y la misma inspiración institucional de las sociedades occidentales. Segundo, recordar siempre ese fenómeno que se puede llamar el "desafío latinoamericano", esa aspiración permanente de recuperar el terreno perdido y el desajuste que deriva de ello en relación con el objetivo central, perseguido conscientemente, de trasplantar a otro terreno la civilización industrial en su versión occidental y lograr su aclimatación.

El trasfondo de la inestabilidad política

Todos los países latinoamericanos (incluida la Nicaragua sandinista, al menos en 1984),* con excepción de Cuba, poseen instituciones representativas y reivindican la democracia pluralista. Ahora bien, la discontinuidad política o, por el contrario, el continuismo dictatorial y el autoritarismo en sus diversas formas, principalmente la militar, parecen haber encontrado en este continente un terreno fértil para su existencia. Juzgue el lector: entre 1958 y 1984, sólo cuatro estados conocieron una sucesión regular e ininterrumpida de gobernantes civiles elegidos de acuerdo con las normas constitucionales, lo cual no significa que se tratase de democracias ejemplares en todos los casos. Ellos son Colombia, Costa Rica, México y Venezuela. Sin embargo, el rasgo más sorprendente y significativo de la vida política latinoamericana no son los golpes de Estado ni los *putsch* recurrentes, la monótona persistencia de los presidentes vitalicios ni los mil y un medio fraudulentos para corregir la aritmética electoral sino, sin duda, el aferramiento teórico, platónico y omnipresente a las instituciones representativas. A la vez que se violan los principios liberales o se soslayan los marcos constitucionales y la voluntad mayoritaria, se reivindican los valores permanentes del orden democrático pluralista. A diferencia de la Europa de entre guerras, el "nuevo orden" que debía erigirse sobre las ruinas del liberalismo jamás echó raíces firmes en el nuevo mundo. Los dictadores más antiliberales, como el general Pinochet en Chile, sólo aspiran a "proteger la democracia" de las amenazas del comunismo. Por otra parte, la constitución a la que sometió a un plebiscito en septiembre de 1980, a pesar de su gradualismo y de estar repleta de restricciones a la libertad, no

* Véase, en el capítulo 8, los párrafos dedicados a Nicaragua, donde se hace mención de otra clase de problemas.

...pinación corporativista sino que prevé la instauración —por cierto... un período lejano— de un sistema representativo, con partidos, ... y elecciones con sufragio universal.

... la mayoría de los países del continente donde están activos, los mi... golpistas hacen hincapié en sus proclamas sobre los móviles demo... de su actitud: se trata de "fortalecer" o "perfeccionar" un régimen ...ntativo amenazado o en crisis, y nada más. Las dictaduras más rús... feroces hacen gala de un asombroso respeto por los modales cons... ...ales. Trujillo en la República Dominicana, los Somoza en Nicara... hacían reelegir regularmente o, si la constitución lo prohibía, ... su lugar a un testaferro de insospechable lealtad.

... el Paraguay, desde 1954, el general Stroessner se presentaba ante los ... cada cinco años con la regularidad de un reloj. Llevado por su ...mo, el día de las elecciones levantaba el estado de sitio permanen... que vivía el país a fin de que la oposición permitida pudiera expre... En el Brasil, después del derrocamiento del régimen democrático en ... los militares en el poder han convocado escrupulosamente a eleccio... parlamentarias, desde luego fijando ellos mismos las reglas de juego ... de asegurarle al partido oficialista su ventaja con respecto a la opo... ...ón legal.

La dependencia de las elites latinoamericanas en relación con Europa, ... todo con Gran Bretaña, "madre del parlamentarismo", u hoy respec... del "líder del mundo libre", cuyas presiones democratizantes sobre sus ...nos del Sur tienden, sobre todo, a salvar las apariencias, puede expli... en parte esta asombrosa fidelidad. Pero en el corazón de estas prácti... está la esencia misma del continente, su situación transitoria y ambi..., que algunos autores llaman contradictoria: indudablemente son ...iedades que forman parte de Occidente, pero su herencia social es dis...ta. No hay que dejarse engañar por la similitud de los textos constitucio...les y el pensamiento jurídico. Para comprender el funcionamiento de los ...temas políticos latinoamericanos, es necesario despojarse de las ilusio... etnocéntricas y tratar de aprehender las distorsiones sufridas por las ...stituciones tomadas a préstamo. En efecto, hay un abismo entre las constituciones escritas y las constituciones vividas. Muchos autores se han referido a la brecha entre el ideal constitucional y la práctica política, el desfase vergonzante entre el modelo ortodoxo y la realidad hereje.

En general se considera que las dificultades de adaptación de la democracia en los países latinoamericanos proviene de la falta de correspondencia entre la ideología y las estructuras sociales. El funcionamiento estable del sistema político competitivo sería imposible porque requiere actitudes y valores que están en contradicción con la distribución del poder social.

Dicho de otra manera, existiría un divorcio flagrante entre la ideología, las premisas democráticas (igualdad jurídica de todos los ciudadanos) y la realidad social, caracterizada por las relaciones rígidas de dominación, una asimetría social intangible y desigualdades acumulativas.[1] Así, las normas que deberían sustentar las prácticas correspondientes a las instituciones adoptadas cumplen una función de utopía inaccesible, o accesible solamente por algún milagro. Como dijo un secretario de Estado boliviano en 1981: "La Constitución vendrá en el paraíso". Esa frase realista o cínica sintetiza el fondo del problema.

Cultura política y legitimidad

En los hechos, la verticalidad de las relaciones sociales y la brecha a veces pasmosa entre las ideologías institucionales y las conductas sociales dan lugar a una verdadera cultura política de las apariencias. Las falsas ventanas del universalismo jurídico ocultan el particularismo de las relaciones personales y la fuerza. Las leyes no están hechas solamente para ser eludidas sino que con frecuencia se las promulga, como dicen en el Brasil, "para que lo vea el inglés" *(para inglês ver)*. Y esto no data de hoy. En la época colonial, cuando recibían los edictos reales y, sobre todo, las leyes de protección de los indios, resistidas por los colonos, los virreyes, regidores y oidores besaban el sello de Su Majestad o se colocaban el pergamino sobre la cabeza en señal de respeto y decían, "se acata pero no se cumple". Nadie puede hacer lo imposible. Los vetos sociales están por encima del poder legal. Hoy en América Latina no faltan instrumentos legales perfectos, de vanguardia, inaplicables e inaplicados, etéreas *blue sky laws* que se exhiben en los foros internacionales. El poder judicial no escapa a las generales de la ley. El habla popular y el folklore son reveladores. Así, se dice que "para los amigos, la justicia; para los enemigos, la ley" o bien, "la justicia es para los que llevan ruana" (el poncho del campesino colombiano). Estas distorsiones casi esquizofrénicas no se deben —como sostienen algunos autores al norte del río Bravo— a una presunta incapacidad para vivir en democracia de los pueblos y las sociedades latinoamericanas e incluso ibéricas, sino a circunstancias sociohistóricas objetivas.

[1] Según la teoría de la congruencia sociopolítica desarrollada por Harry Eckstein *(A Theory of Stable Democracy)*, Princeton, Princeton University Press, 1961), la estabilidad deriva de la correspondencia entre los modelos de autoridad social y las relaciones de autoridad en el seno del sistema político.

Si la legitimidad de los gobiernos y el Estado se define en función de su capacidad para hacer respetar sus decisiones incluso cuando afectan los intereses de ciertos grupos, sobre todo los de los más poderosos, se puede decir que la concentración del poder social vuelve *ipso facto* ilegítima toda medida que no refleje las relaciones de dominación o no corresponda a ellas. Situación tanto más frecuente por cuanto los grupos dominantes no siempre logran expresar su situación real en los procedimientos constitucionales y controlar así legalmente el Estado o ejercer su influencia sobre él. Esta afirmación exige algunas precisiones y matices. En efecto, dentro de cada sociedad latinoamericana, de acuerdo con sus estructuras y su historia, existen umbrales variables de intolerancia de los grupos dominantes y *cotos* reservados dentro de los cuales no se acepta la intromisión del poder público. Toda política que afecte esas zonas sensibles entraña la ilegitimidad del gobierno que la promueve. En general, todo lo que afecte la verticalidad de las relaciones sociales es considerado subversivo o inaceptable por los beneficiarios del *statu quo*. Las relaciones horizontales entre pares, la libre organización de las clases populares, bastan para descalificar al gobierno que las tolera. Así, se sabe que las ligas agrarias organizadas por Francisco Julião en el Nordeste brasileño fueron uno de los detonadores de la movilización que condujo al golpe de Estado de 1964. En Chile, el proceso de desestabilización de una democracia ejemplar comenzó mucho antes del arribo de la Unidad Popular al poder: la ley de reforma agraria promulgada por el demócrata cristiano Frey en 1967 y el desarrollo del sindicalismo campesino, fomentado por el mismo gobierno enfriaron rápidamente el entusiasmo que sentía la burguesía chilena por la democracia. En la Argentina, donde el umbral de tolerancia parece aun más bajo que en los países vecinos, la mera idea de la reforma agraria es desde hace mucho tiempo un tabú internalizado para los diferentes grupos políticos, pero el impuesto agrario (más precisamente, el impuesto a la renta potencial de la tierra), destinado a aumentar la productividad, fue considerado por las organizaciones ruralistas y los grandes terratenientes como una medida colectivista y expropiadora que despojaba de autoridad al gobierno que la había promulgado. Por esto, en dos ocasiones durante el decenio de 1970, los gobiernos que tuvieron la audacia de violar esta cuasi prohibición social cardinal fueron derribados.

Así, detrás del "escenario público" de la soberanía popular funciona un "escenario privado" en el que negocian y conciertan los "factores de poder" los garantes y beneficiarios del "pacto de dominación". Por otra parte, como señalaba François Bourricaud en el caso peruano,[2] es por ello que las elecciones pueden ser "contenciosas" y no reconocidas como "instancia última e incuestionable". El "veredicto de las urnas" suele estar suje-

to a examen y revisión en el escenario privado de los "preponderantes". La "legitimidad mayoritaria", siempre sospechosa de excesos demagógicos, debilidad populista o ineficiencia lisa y llana debe hacer ratificar sus derechos por la legitimidad social dominante: dicho de otra manera, los "más capaces" forman un tribunal ante el cual comparecen los "más numerosos"; o, en el lenguaje de los doctrinarios liberales del siglo XIX, la "voluntad colectiva" no es nada sin el reconocimiento de la "razón colectiva" encarnada en la elite.

Por eso abundan los ejemplos de gobiernos que, siendo legales y legítimos para las normas constitucionales, entraron en el cono de sombra de la sospecha y se vieron condenados a la ilegitimidad en el escenario privado antes de convertirse en blanco de los intentos de desestabilización. Para no mencionar sino algunos casos muy distintos entre sí, es lo que le sucedió a Perón, el "general de los descamisados", durante su primera presidencia, iniciada en 1946, pero no durante la tercera, en 1973, cuando fue recibido como un salvador por la aterrada burguesía argentina. Antes de su ingreso a la Moneda, Salvador Allende fue objeto del hostigamiento faccioso de la burguesía y de un sector de las clases medias. Incluso en un régimen tan sólido y conservador como el de las "instituciones revolucionarias" de México se pudo observar cómo, en 1976, a fines de su mandato, el presidente Echeverría sufrió una ofensiva desestabilizadora de los sectores económicos y se llegaron a escuchar rumores de golpe de Estado.[3]

Estas reflexiones no tienen por objeto sustentar una concepción determinista de los regímenes políticos. No existe un fatalismo de la inestabilidad. Preferimos creer en el predominio de las prácticas políticas y, por consiguiente, de la voluntad de los actores sobre las condiciones real o supuestamente objetivas. No es menos cierto que si los umbrales y cotos sensibles que determinan el carácter leal o desleal de la oposición dependen de la voluntad de los grupos sociales, ésta a su vez está condicionada por las situaciones objetivas. Cabe preguntarse entonces si la inestabilidad política no es la otra cara del carácter estable, inmóvil, incluso inmutable de las bases económicas de esas sociedades. La rigidez de las estructuras agrarias, ya señalada, cuya permanencia es frecuentemente la piedra de toque de la legitimidad social, apunta en esa dirección. Lo mismo sucede con el monopolio económico de ciertas minorías dominantes "multifunciona-

[2] Bourricaud, F.: "Règles du jeu en situation d'anomie: le cas péruvien", *Sociologie du travail*, marzo 1967, pág. 334.

[3] Véase Loaeza, S.: "La política del rumor: México, noviembre-diciembre de 1976", en Centro de Estudios Internacionales, *Las crisis en el sistema político mexicano (1928-1977)*, México, el Colegio de México, 1977, págs. 121-150.

con intereses diversos, que genera una voluntad imperiosa de acceso privilegiado al Estado y se opone a la diferenciación en el seno de los grupos poseedores. Por último, el papel de la multiforme penetración extranjera, recelosa de todo cambio, no hace más que reforzar la concentración del poder y el conservadorismo brutal de quienes lo detentan. Son otras tantas razones para explicar una feroz defensa del *statu quo* que no se detiene ante leyes ni textos constitucionales; una de las fuentes permanentes de lo que Enrique Baloyra llama el "despotismo reaccionario" centroamericano.[4]

Las dimensiones de la violencia

Los observadores consideran a América Latina un continente violento. Algunos autores hablan de una "cultura de la violencia política" (Merle Kling). Ciertamente, los profesionales de la violencia cumplen allí un papel más "difuso que especializado" y la inestabilidad política es generalmente un acto de violencia que conduce a la ruptura del orden institucional. La imposición de un candidato único, la suspensión de las garantías constitucionales, la aplicación de recursos de excepción en forma continua, incluso en democracias estables —Colombia, democracia ejemplar, vivió durante casi veinte años, a partir de 1958, bajo estado de sitio—, demuestran claramente el uso de la fuerza con fines políticos. Sin embargo, el estudioso no puede limitarse a señalar este hecho ni resignarse a aceptar seudoexplicaciones sobre la psicología de los pueblos que atribuyen la intemperancia colectiva de las sociedades latinoamericanas a un tautológico machismo. Es necesario ponerse de acuerdo sobre el término violencia. No es mayor el número de presidentes asesinados en el continente que en los Estados Unidos, modelo de poliarquía. Las peores hecatombes latinoamericanas intestinas han causado cuantitativamente pocas víctimas en comparación con las matanzas millonarias de las guerras europeas. Hecha esta aclaración, conviene distinguir tres tipos de violencia directa situados fuera del campo de los golpes de fuerza políticos a veces poco cruentos, cuyos mecanismos hemos desentrañado. Se advierte la existencia de una violencia social, una violencia política expresiva o representativa y una violencia revolucionaria.

[4] Baloyra, E.A.: "Reactionary Despotism in Central America", *Journal of Latin American Studies*, 1983, 15, págs. 295-319.

El estilo de mando derivado de relaciones no igualitarias y person zadas tiene como contrapartida una violencia que los teólogos califican "estructural" porque está ligada a la injusticia social. Es una violencia co visible. No se habla de ella en las primeras planas de los diarios. Así mo la prensa sólo se ocupa del niño que muerde al perro, y no a la inv sa, sólo la violencia de los marginados merece la atención de los med sociales de comunicación. Sin embargo, la brutalidad cotidiana forma p te de la trama y el estilo de los enfrentamientos sociales: es la que exp sa al campesino sin título de propiedad o al "colono" que no sabe compl cer al patrón; es la de la policía que desaloja de la fábrica a los obreros q reclaman sus salarios. No es en modo alguno un fenómeno del pasado. violencia de los de arriba reaparece a cada momento, incluso en las soc dades más modernizadas, así como en las industrias con un proletari combativo y organizado, al azar de un conflicto social o una tensión ec nómica.

Esta violencia generalmente descentralizada puede convertirse en práctica corriente de los organismos oficiales, sobre todo de las fuerzas seguridad. El restablecimiento de hecho de la pena capital por los "escua drones de la muerte" de ciertas policías locales brasileñas contra pequeño delincuentes, marginales molestos e incluso mendigos no es un hecho ais lado. Es verdad que hasta ayer la arbitrariedad del tirano local se revesti de la autoridad de un Estado remoto para aplicar su justicia privada: el co misario, el juez de paz, el coronel de la guardia civil o el "jefe de sección" obedecían al gran terrateniente cuando él mismo no ejercía esas funciones. Los estados terroristas que florecieron en años recientes a la sombra de los fusiles no han hecho más que aplicarles a la clase política y a los sectores medios urbanos, hasta entonces indemnes, los métodos brutales de unas fuerzas del orden a las que jamás desveló el respeto por los derechos humanos. Mucho antes de que los militares con sus técnicas sofisticadas se lanzaran a la guerra antisubversiva, ya en las comisarías argentinas y chilenas se torturaba al ladrón de ganado o al vagabundo sospechoso. Si bien son distintas formas de violencia, ambas tienen sus raíces en la costumbre de violar los derechos personales, tan común en una sociedad donde los de arriba difícilmente admiten a los de abajo como sus semejantes. Esto es chocante para los que viven en sociedades igualitarias, pero sin duda habría parecido normal en la Europa de los siglos XVII y XVIII, donde los aristócratas se conmovían muy poco ante los horrores infligidos a la "chusma".

La violencia expresiva

Debido a ciertas particularidades estructurales o coyunturales de los sistemas políticos, la violencia puede ser un medio de participación política, una manera de hacer llegar un mensaje al gobierno de turno. La debilidad de las estructuras intermedias, la ausencia o el mal funcionamiento de los canales de comunicación entre gobernantes y gobernados, a veces la monopolización del poder por un grupo regional o una fracción estrecha de la élite, obligan a pasar a la acción directa, sin la posibilidad o el deseo de apoderarse de las palancas de mando, sino simplemente para llamar la atención o para mostrar o demostrar *"a power capability"*, según la frase de Charles Anderson. Desde luego, no siempre es fácil distinguir el acto de violencia simbólica o representativa de una organización política, de un asalto directo al poder. Tampoco es fácil distinguir, salvo en teoría, la violencia horizontal entre iguales de la violencia vertical de las clases populares contra las dominantes.

Cabe señalar, por otra parte, que esta violencia vertical pura es más una amenaza que una realidad tangible. La naturaleza colonial de las diferencias sociales, así como el abismo de diferencias étnicas que se interpone entre poseedores y desposeídos le otorgan al espectro de la rebelión de clases peligrosas una consistencia inquietante que, con frecuencia, actúa como telón de fondo sobre el cual se desarrolla la vida política. En Río tiemblan ante la idea de que los *favelados* bajen de los *morros* para asaltar los barrios ricos. En Buenos Aires, los habitantes de Barrio Norte viven con el temor de que los cabecitas negras de los suburbios crucen el puente sobre el Riachuelo e invadan la ciudad. En Santiago, la pesadilla de las "poblaciones" ronda por Providencia y los barrios ricos durante las noches. En el Perú, el problema étnico y los riesgos de una explosión repentina de la "mancha indígena" serrana son, desde la época de Túpac Amaru, una de las perspectivas aterradoras de la vida política nacional.

Pero incluso la revuelta campesina de 1932 en El Salvador, ahogada en un espantoso baño de sangre por la oligarquía aterrada, no fue un simple motín de los miserables sino que parece haber sido una insurrección compleja en la cual las disputas intestinas de la burguesía cumplieron un papel de importancia. En algunos países la violencia horizontal, las luchas entre grupos dominantes, es más frecuente que la rebelión vertical de los pobres. A tal punto que se ha señalado, por ejemplo, que el Brasil era una sociedad poco violenta, a pesar de las numerosas rebeliones locales, desde los *mascates* pernambucanos del siglo XVIII hasta la secesión paulista de 1932. Ni qué hablar de los bandidos sociales del *cangaço* ni de las violen-

tas utopías del Sertão, como Canudos y Contestado, rebeliones milenaristas injertadas en la lucha de clases.

Tanto el bogotazo colombiano de 1948 como el cordobazo argentino de 1969 aparecen como explosiones de violencia urbana más expresiva que instrumental, aunque sus alcances y orígenes fueron muy diferentes. En Colombia, el asesinato de Jorge Gaitán, dirigente liberal que había movilizado a las clases populares contra las oligarquías al denunciar el abismo que existía entre el país legal de la politiquería y la miseria del país real, provocó jornadas de sangre y fuego en Bogotá. En la Argentina, "el Cordobazo" de 1969, ese "referéndum sangriento" de la ciudad contra una dictadura militar centralizadora y desgastada que había suprimido todos los mecanismos representativos capaces de canalizar y expresar las tensiones sociales, alcanzó su objetivo: un año después, el general Onganía fue destituido por sus pares. El mensaje fue escuchado.

La violencia revolucionaria

Es la más conocida y comentada, aunque tal vez no la mejor analizada: organizaciones armadas tratan de tomar el poder, en general con un programa de drásticos cambios sociales. El término evoca la guerrilla urbana de la década de 1970 o el foquismo rural de la de 1960. En caso de triunfar, la oposición armada conduce a una insurrección nacional como la de 1979 en Nicaragua, que derrocó la tiranía de los Somoza. Los *putsch* y las "revoluciones palaciegas", dos modalidades de golpe de Estado, no pertenecen a esta categoría, aunque sus promotores no vacilan en proclamarse "revolucionarios" a fin de destacar sus aspiraciones "fundadoras". En cambio, otras sublevaciones políticas, seguidas o no de guerras civiles prolongadas, sí corresponden a esta clase de violencia: la revolución antioligárquica de 1930 en el Brasil, la sublevación democrática de liberación nacional de 1948 en Costa Rica, la revolución transformadora boliviana de 1952, por no hablar de ese conjunto de sublevaciones, guerras civiles y conmociones que se desarrollaron durante quince años a partir de 1910 y que constituyen la llamada Revolución Mexicana.

La repetición del término, así como la ostentación de la cosa, hacen pensar a algunos autores que América Latina es el continente revolucionario por excelencia. Un estudio más cuidadoso revela que las revoluciones —si se califica como tales los movimientos políticos que provocan transformaciones sociales de envergadura— son más bien escasas. La cu-

… es evidentemente una revolución, lo mismo que la sandinista y también se puede incluir en esta categoría la gran conmoción mexicana. Pero estas tres agotan, en rigor, la lista. La característica del continente es, por el contrario, el conservadurismo. Para acercarse más a la realidad, conviene no hablar de tendencia revolucionaria sino de inestabilidad inmovilista o inmovilidad convulsiva. Por otra parte, las revoluciones latinoamericanas, con excepción de las que se reivindican marxistas-leninistas, afectan la composición del poder más que las estructuras sociales. Del Brasil a Bolivia y Costa Rica, revoluciones eminentemente políticas permitieron el ingreso de nuevos actores en la arena del poder; constituyen grietas por donde irrumpen grupos sociales hasta entonces marginados, aunque en muchos casos sin eliminar a los protagonistas anteriores. Sean superposiciones o alianzas, la yuxtaposición de las nuevas y viejas elites es consecuencia de esos enfrentamientos civiles que no provocan cambio alguno en lo esencial, es decir, en la dinámica de la dominación. En México, donde las guerras civiles provocaron decenas o incluso centenares de miles de muertos, algunos sostienen que la conmoción social revolucionaria no modificó la sociedad sino que sólo sirvió para reemplazar a los beneficiarios del poder. Algunos autores postulan una continuidad entre el "porfiriato", …ocado por la "primera revolución agraria del siglo XX" y el Estado posrevolucionario: ambos emprendieron la liquidación del antiguo México para crear un estado moderno. Hoy, la reconstrucción de las grandes propiedades, así como el autoritarismo de la "modernización conservadora" emprendidas por los herederos de la revolución hacen pensar que esa interpretación no carece de fundamento. Sea como fuere, la violencia política en su variante revolucionaria frecuentemente está vinculada con el problema de la participación.

Marginación y participantes

Las sociedades y los sistemas políticos tradicionales de América Latina se basan en la marginación y el particularismo. Las democracias latinoamericanas del siglo XIX se parecen más a la "democracia ateniense" que a los estados de masas contemporáneos. Su lógica es la del voto censatario, con la menor limitación social o financiera de la participación electoral. La exclusión se realiza por distintos medios. El voto puede estar restringido a la población alfabetizada, lo que en el Perú o el Brasil colocaría fuera del mercado político a la mayoría de los ciudadanos. La prohibición de formar

partidos fuera de los que representan a las elites sociales basta a veces para limitar el sufragio universal, colocándolo bajo el control de las autoridades sociales. Pero más que la falta del secreto en el momento de la emisión del sufragio, es el propio contexto social la mayor fuente de exclusión, sea porque los notables alejan de las urnas a los "elementos indeseables", sea porque obligan a la "gente" a votar de determinada manera mediante la adecuada dosificación de respeto, amenazas y gratificaciones.

Las "situaciones autoritarias" predominan en América Latina sobre la "movilización social" que transforma a los países en sociedades de masas secularizadas. Las elites pasan a controlar el sufragio de manera más discreta, pero no menos eficaz. El recurso de la fuerza contra el régimen liberal y sus reglas de juego pierde utilidad. El control local de los electores o de los votos vuelve superfluo el rechazo de las urnas y la invocación al autoritarismo salvador. Tampoco es necesario evocar otras formas institucionales de participación, a través de asociaciones voluntarias, profesionales o no. Mientras la participación electoral es baja y, en el mejor de los casos, conformista, sólo los "ciudadanos activos" tienen derecho a organizarse: así se conserva la verticalidad de las configuraciones sociales.

Por eso se comprende que uno de los escollos sobre los cuales se quiebra la estabilidad institucional sea la ampliación del universo político. La prueba *a contrario* es justamente, en períodos variables entre 1860-1880 y 1930, la asombrosa y armoniosa madurez de la república elitista u oligárquica en aquellos países que se convertirán posteriormente en ejemplos de inestabilidad y de dictaduras recurrentes: de la Argentina a El Salvador, pasando por Bolivia y el Perú. La participación ampliada aparece como una amenaza para el sistema de dominación. La ampliación del electorado implica la pérdida del control para la elite (en una sociedad donde la lógica patrimonial se aplica con dificultad creciente) y, a la vez, la aceptación de la igualdad jurídica —un hombre, un voto—, que hace abstracción de los roles individuales: el individuo anónimo predomina sobre la "persona", la cantidad sobre la "calidad". Por otra parte, el voluntarismo asociativo de los agrupamientos horizontales modifica la relación de fuerzas, haciendo peligrar así el sistema de dominación. Eso es todo lo que hace falta para invocar el peligro de la subversión y apelar al ejército o bien declarar, como Odilon Barrot, que "la legitimidad nos mata", a fin de aplicar medidas de excepción que reduzcan una participación peligrosa para el *statu quo*.

Es así como se ha denunciado por subversivos o socialmente perversos a gobiernos democráticos moderados, no porque realizaran alguna reforma estructural sino porque permitían que los campesinos se sindicalizaran o porque contribuían con su política a reducir las brechas sociales

Los militares brasileños derrocaron al presidente Goulart en 1964, no a causa de sus tímidas "reformas de base", mediante las cuales pretendía modernizar el país, sino porque lo acusaban de favorecer las organizaciones obreras e instaurar una verdadera "república sindicalista". Perón, que gobernó la Argentina de 1946 a 1955, no tocó los resortes de la economía ni subvirtió la sociedad nacional. El ejército lo echó en 1955, luego de una intensa sedición de la gran burguesía y de un sector de las clases medias: sus enemigos no le reprochaban su autoritarismo tanto como la nueva dignidad que le había dado a la clase obrera, hasta entonces marginada. Según sus adversarios, durante sus presidencias "los obreros se creían que todo estaba permitido".

Si la ruptura del orden político se produce frecuentemente como consecuencia de una crisis de participación en la cual la erosión de las solidaridades personales y la crisis de las situaciones de autoritarismo paternalista coinciden con la ampliación de las libertades ciudadanas, al mismo tiempo los intentos de las elites de cerrar la caja de Pandora de la política de masas sólo son temporarios. El estado de excepción civil o militar es temporario por definición, salvo en algunos países de muy poca movilización social como el Paraguay de Stroessner y la Nicaragua de los Somozas.

La alternancia entre gobiernos civiles electos y dictaduras provisionales destinadas a frenar el asalto de los "bárbaros" sociales no es sino un mal menor a falta de soluciones más duraderas y seguras. Los regímenes autoritarios aseguran la marginación de las clases peligrosas a un precio político elevado y en condiciones precarias. Por el contrario, los regímenes de *integración controlada*, la otra fórmula capaz de imponer el desarme de las capas populares, son más eficaces y estables. En lugar de marginar a las capas populares por medio de la fuerza del Estado, es el aparato estatal el que moviliza y organiza a las clases obreras y campesinas que pretende representar. La organización estatal o corporativa de las clases dominadas permite también orientar el sufragio universal sin necesidad de amordazarlas. Se trata, pues, de mecanismos de desmovilización no coercitivos, indoloras para impedir la movilización espontánea y la autonomía de las clases peligrosas", integrándolas en un proyecto nacional bajo la égida del Estado. La historia latinoamericana contemporánea conoce muchos intentos de crear sistemas que circunscriben la competencia política a la periferia del poder, sin afectar jamás el centro. Pero son pocos los regímenes "no competitivos" que han logrado ver la luz y mantenerse mucho tiempo. La excepción es el México posrevolucionario: democracia ejemplar en apariencia por la regularidad de sus certámenes electorales partidistas, régimen "revolucionario" sólidamente asentado sobre las masas campesinas

y obreras organizadas, pero estado autoritario y conservador que margina y neutraliza todo lo que no puede organizar ni cooptar.

En el principio era el Estado

América Latina no inventó el Estado, pero hizo de él un actor central, cuyo papel particular constituye una de las particularidades del dispositivo sociopolítico de esas naciones, con algunas excepciones. El Estado, centro político único y legítimo que controla un territorio y la población que lo ocupa, surge en América Latina al mismo tiempo que la economía nacional se integra en el mercado mundial como productora de uno o varios bienes primarios. Café, estaño, carne o banana son pasaportes hacia el mundo moderno y al desarrollo del Estado, concedidos a países que aguardaban desde largo tiempo su despertar económico. Si no hay una gran producción exportable, no hay Estado, como lo demuestran Nicaragua y la República Dominicana del siglo XIX. El Estado es la consecuencia y el medio de inserción en la era económica de las sociedades que "crecen hacia afuera". Ese Estado, nacido de la dependencia y la extraversión, presenta algunas particularidades. Primero, es él el que permite el crecimiento económico hacia afuera, es decir, la producción exportable, garantizando con ello la rentabilidad. Sus responsabilidades más importantes son unificar el espacio nacional y garantizar la disponibilidad de la mano de obra. En esas economías libradas a las fluctuaciones del mercado internacional, su intervención es indispensable a través de la fijación de precios y el control del crédito. Asimismo debe actuar como árbitro entre la agricultura alimentaria y la agroexportación impuesta por las elites, en beneficio de esta última.

Cuando las tropas de Zapata triunfaron en Morelos, durante la revolución mexicana, las plantaciones de azúcar fomentadas por Porfirio Díaz fueron reemplazadas por cultivos de subsistencia. En el Brasil, durante el decenio de 1980, el Estado fomenta la soja contra los porotos negros que forman parte de la dieta popular; es él (o sus representantes locales) el que toma partido por la gran propiedad capitalista contra el *caboclo*, el minifundista precario.

En virtud de la situación histórica y estructural de las sociedades latinoamericanas, el Estado es el lugar donde se realizan las transacciones y los negocios de los grupos poseedores locales con las burguesías extranjeras. Cualquiera que sea la fuerza de los grupos económicos locales, según controlen o no las ramas esenciales de la producción de mercancías,

[illegible] tiene, entre otras, la función de conciliar los intereses divergentes de las numerosas clases poseedoras. El equilibrio entre los intereses [illegible] y las burguesías locales sigue siendo no sólo conflictivo sino eminentemente frágil, y el Estado es el único ámbito en que se produce la in[illegible] y se teje la asociación.

El Estado siempre desempeña un papel decisivo en los países de industrialización tardía y sobre todo en las naciones latinoamericanas. Infraestructura, protección aduanera, financiación: la industria espera todo eso del Estado. Así lo demuestra la importancia del sector público industrial [illegible]ario. Pero es verdad que no se trata de un fenómeno aislado y técnico: el Estado ha ido mucho más allá del apoyo al crecimiento industrial. [illegible] del poder nacional ha contribuido a la creación de las clases sociales. En última instancia, no fueron las clases dominantes las que crearon el Estado como instrumento de su dominación, sino el Estado el que creó y fortaleció esos grupos sociales y muchos más. La aristocracia latifundista y las burguesías rurales del siglo XIX le deben su despegue. El otorgamiento de tierras públicas, la distribución selectiva de créditos y adjudicaciones y en general los buenos negocios en los que el capital extranjero y el poder público tienen intereses creados, reforzaron un núcleo de poseedores que domina la economía y la política. Pero en el siglo XX tampoco desaparece el papel del Estado como formador de clases poseedoras. Es evidente en el México de los años 1920 a 1930, donde aparecen, gracias al apoyo del Estado a ciertas actividades y los subsidios directos a los señores de la guerra y los jefes políticos, la nueva clase dominante de los "capitalistas de la revolución".[5] Pero el papel del Estado no es sólo el de ayudar al enriquecimiento de una burguesía cortesana. Pocos grupos del abanico social están libres de deudas con él. El campesinado pequeño y mediano existe gracias a sus planes de colonización o de transformación agraria y su actividad en el terreno del crédito rural. Sin créditos especiales, es decir, sin transferencia de recursos, y sin barreras aduaneras adecuadas, la industria no tiene posibilidades de echar raíces y desarrollarse. La política laboral y las leyes sindicales no han contribuido al surgimiento de una clase obrera, que nace como consecuencia de una industrialización voluntaria, pero le han permitido al proletariado defenderse, organizarse y adquirir conciencia de sí. Por otra parte, la multiplicación de los puestos públicos crea y satisface a las clases medias a la vez que redistribuye el ingreso nacional de manera tal que asegure la estabilidad social y la paz política. Finalmente, la existencia —que algunos autores ponen en tela de

[5] Hamilton, N.: *The Limits of State Autonomy. Post-Revolutionary Mexico*. Princeton, Princeton University Press, 1982.

juicio— de una "burguesía de Estado" administradora de las empresas públicas, que en los países más desarrollados del continente sostienen y alimentan el crecimiento económico demuestra ampliamente que la creación de las clases sociales por el Estado no es un fenómeno del pasado.[6]

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Anderson (Charles W.), *Politics and Economic Change in Latin America*, New York, Van Nostrand Co, 1967.

Arnaud (Pascal), *Estado y Capitalismo en América Latina. Casos de Mexico y Argentina*, México, Siglo XXI, 1981.

Da Matta (Roberto), *Carnavals, bandits et héros. Ambiguïtés de la société brésilienne*, Paris, Éd. du Seuil, 1983.

Evers (Tilman), *El Estado en la periferia capitalista*, México, Siglo XXI, 1979.

Faoro (Raymundo), *Os Donos do Poder. Formação do patronato politico brasileiro*, Rio de Janeiro, Globo, 1958.

Kling (Merle), « Violence and Politics in Latin America », in Horowitz (Irving) *et al.*, *Latin American Radicalism*, London, Cape, 1969, p. 191-206.

Kling (Merle), « Toward a Theory of Power and Political Instability in Latin America », in Petras (J.), Zeitlin (Maurice), *Latin America, Reform or Revolution ?, a Reader*, New York, 1968, Facett Book, p. 76-93.

Lambert (Jacques), *Amérique latine. Structures sociales et institutions*, Paris, PUF (« Themis »), 1963.

Meyer (Jean), *La Révolution mexicaine (1910-1940)*, Paris, Calmann-Lévy, 1973.

Moisés (José Alvaro) *et al.*, *Cidade, povo e poder*, Rio de Janeiro, CEDEC-Paz e Terra, 1981.

Paoli (Maria Célia) *et al.*, *A Violencia brasileira*, São Paulo, Basiliende, 1982.

Pinheiro (Paulo Sergio) *et al.*, *O Estado na América Latina*, Rio de Janeiro, CEDEC-Paz e Terra, 1977.

[6] Vease Cardoso, F. H.: *Autoritarismo e Démocratização*. Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975, págs. 16-19.

2. Burguesías y oligarquías

La historia de las sociedades latinoamericanas, así como el lugar que ocupan las economías nacionales en el orden mundial hablan de una determinada estructura de clase. Debido al proceso de "desarticulación" social que existen esas sociedades "dualizadas" pero no dualísticas, la concepción dicotómica de la estructura de clases inspirada en los modelos europeos no corresponde en absoluto a su dinámica. Asimismo, un esquema evolutivo que reproduzca las fases presumibles y estilizadas de la historia socioeconómica europea tampoco se aplica al otro lado del Atlántico. La individualidad de los actores es particularmente significativa cuando se trata de las categorías superiores de sociedades "semiperiféricas". ¿Cómo pueden surgir los " burgueses conquistadores" de la revolución industrial en estas economías de capitalismo tardío, en la era de las multinacionales y de los *managers*? ¿Qué tiene de sorprendente que las burguesías actuales del tercer mundo carezcan de ese "ascetismo secular", de ese heroico "espíritu de empresa" en su modalidad weberiana?

Más que aproximar lo desconocido a lo conocido, se trata de señalar las diferencias, descubrir los rasgos singulares en la formación y el funcionamiento de unos grupos dominantes que no se sustraen al carácter dependiente de las sociedades en las que funcionan. En este espíritu se abordará a continuación el examen de los actores estratégicos, los grupos sociales o las organizaciones latinoamericanas que cumplen papeles o funciones diferentes de los de sus homólogos de los países industrializados de Occidente, o bien cuya formación ha tomado vías que implican una inserción original o una evolución particular.

Extraversión y estratificación social: ¿modelos específicos?

En los países donde la exportación de bienes primarios, minerales o agrícolas, constituye el motor de la vida nacional, no se puede pasar por al-

una precisión que ha alcanzado la categoría de clásica.[1] ¿Quién controla los recursos exportables? Teóricamente —porque las realidades no son nítidas ni inmutables— se puede distinguir las naciones donde los grupos económicos locales tienen en sus manos las palancas de mando de la economía y controlan el "salario nacional", de las "economías de enclave" donde el principal producto de exportación es explotado por empresas extranjeras. Esta distinción es de importancia capital para evaluar la fuerza de las clases superiores y el control que ejercen sobre el país.

En el primer caso, es decir, cuando la producción exportable es monopolio nacional, se forma un poderoso grupo dominante que se impone sobre los demás sectores productivos en la medida en que la posesión de bienes de alto valor en el mercado mundial va generalmente de la mano, por integración o fusión, con la instalación de los medios financieros e industriales para su transformación y exportación. De esta manera, los grupos dominantes se aseguran una preponderancia que los demás sectores poseedores difícilmente les podrán disputar. Así, en los países productores de café, como Colombia, El Salvador y el Brasil, los intereses extranjeros poseen escasa incidencia en ese sector agrario capital. Lo mismo sucede en la Argentina y el Uruguay con respecto a la ganadería y el cultivo de cereales. En estos países, los propietarios cafeteros, ganaderos y cerealeros detentan un poder económico decisivo. Estos grupos sociales constituyen el eje de la sociedad nacional: alrededor de ellos se polarizan tanto los proyectos de ascenso social como los intentos de transformación política.

Distinta es la situación de las "economías de enclave", donde los intereses extranjeros poseen las minas o plantaciones que constituyen la riqueza nacional, por lo cual alcanzan un grado de extraterritorialidad o de dominación colonial que varía en función del producto y del tamaño del país. Desde este punto de vista, Chile antes de la nacionalización del cobre por Allende, Venezuela hasta la anulación de las concesiones petroleras bajo Carlos Andrés Pérez, podían asimilarse a la categoría de economías de enclave. No es el caso del Perú, incluso antes de la nacionalización de la Cerro de Pasco y la Marcona, donde la diversificación de las exportaciones y la multiplicidad de propietarios de la producción minera limitaban el peso específico de las grandes empresas extranjeras. En cambio, ciertos países centroamericanos donde se establecieron las empresas norteamericanas para producir y comercializar los frutos tropicales, estuvieron totalmente dominados por el poderío aplastante de la United Fruit y sus subsidiarias. Entre las "repúblicas bananeras", Honduras es un caso ejemplar. Primer

[1] Cardoso, F. H. y Faletto, E.: *Dépendance et développement en Amérique latine*. París, PUF, 1978.

exportador mundial de banana en el decenio de 1920, su economía estaba en gran medida desnacionalizada. El monopolio de las empresas fruteras norteamericanas había provocado la desaparición de la casi totalidad de los productores bananeros independientes y se extendía al conjunto de la economía nacional. Hacia 1920, esas empresas controlaban los ferrocarriles, puertos y embarcaderos, la flota mercante, los ingenios azucareros, la mayor parte de la banca, las telecomunicaciones, la radio y la producción de electricidad, además de las inversiones en la naciente industria para el consumo.[2] Si se compara esta "república bananera" con su vecino occidental, la "democracia cafetalera" salvadoreña,[3] las diferencias políticas y sociales saltan a la vista. Es verdad que El Salvador es un país de monocultivo exportador, pero los productores del café son salvadoreños, constituyen un grupo nacional que domina la sociedad y el Estado. Esta diferencia aparentemente no se hace notar: como consecuencia de la expansión y la dominación de esos intereses, sean nacionales o extranjeros, se imponen políticas económicas y salariales que favorecen al sector dominante, se institucionaliza su presencia en los centros de decisión y se extienden sus funciones económicas a fin de impedir el surgimiento de grupos rivales. Pero la realidad es otra, sobre todo en el plano político.

En primer lugar, se ha señalado que en las economías de enclave suele producirse una disociación entre las relaciones económicas y las políticas. Cuando los grupos dominantes son empresas extranjeras, los enfrentamientos sociales se producen con ellas. La no superposición del conflicto económico y social con las clases poseedoras locales tiñe la vida política de un color moderado sorprendente. Así, en Chile, la clase obrera organizada fundamentalmente en los centros mineros se vio enfrentada en sus conflictos económicos a una patronal extranjera. Los sindicatos y partidos obreros que surgen a partir de 1920 se llaman socialistas, pero son más antiimperialistas que anticapitalistas o antipatronales. En cambio, sus relaciones con la burguesía local son de un antagonismo más político que económico y por eso mismo se tolera su existencia. La hostilidad social se ve atemperada por el carácter indirecto o mediatizado de una lucha de clases en falso. Por otra parte, aunque la riqueza principal escapa al control directo de la burguesía, el poder del Estado se fortalece con las regalías y los impuestos que aplica sobre las actividades de las compañías extranjeras. Esta riqueza que se puede redistribuir para estimular el desarrollo industrial o paliar las tensiones sociales le otorga al Estado mayores posibilidades de

[2] Posa, M. y Del Cid, R.: *La construcción del sector público y del Estado nacional en Honduras (1876-1979)*. San José, Educa-Icap, 1981.

[3] Según el título de la obra clásica de Abel Cuenca, *El Salvador, una democracia cafetalera*. San Salvador, s.f., s.e.

intervención y, por consiguiente, mayor autonomía. Tanto más por cuanto los mismos recursos sirven directa, si no inmediatamente, para multiplicar los puestos administrativos y de la función pública, lo que redunda en una expansión de la clase media.

Cabe destacar también que los dos tipos de sociedad muestran distintos grados de permeabilidad al cambio. Los casos de Chile, Bolivia, el Perú y Venezuela demuestran que no es imposible expropiar el enclave y nacionalizar la fuente de riqueza explotada por el extranjero, pero no sucede lo mismo cuando se trata de afectar los intereses del grupo nacional que domina el sector motor de la economía y que se considera con derecho histórico a gozar del reconocimiento de la nación. En efecto, los grupos que han contribuido a la inserción de la economía en el mercado mundial y a la modernización del país gozan de una legitimidad envidiable. Una cosa es expropiar firmas "apátridas" o "imperialistas", otra muy distinta es nacionalizar a los "fundadores de la nación".

Hecha esta distinción, se comprende el peso que poseen las burguesías vinculadas con la exportación, sobre todo si controlan la producción y la comercialización de un bien del cual depende toda la vida nacional. Se comprende también que los demás segmentos de las clases poseedoras, sean industriales o agrícolas que producen para el mercado interno, estén subordinados a aquéllas. Es por ello que en muchos países del continente, en lugar de "burguesía exportadora" o "agroexportadora", se utiliza un término "amplificador" de connotaciones muy concretas: *oligarquía* o *poder oligárquico*. Nadie en esas sociedades desconoce el significado de ese concepto vernáculo, que al menos posee la ventaja de designar un grupo social que no se identifica tan sólo con su función económica.

Categorías dominantes y desigualdades acumulativas

El término oligarquía es indudablemente polémico. Su contenido crítico es superior a su valor descriptivo. Pero muchos sociólogos le han otorgado carta de ciudadanía y además corresponde a una realidad innegable y concreta. En la Argentina de posguerra, Perón acusaba a los "oligarcas" de ser el "antipueblo", adversarios de la mayoría "sufrida y sudorosa" que lo había llevado al poder. Denunciaba a una minoría social egoísta y soberbia y, lo que es más, vinculada con el extranjero. Pero el término no se refiere solamente a un grupo dominante o a una asimetría social que existe en todas las sociedades del mundo, sea gran burguesía o *nomenklatura*; de

[illegible] también un fenómeno social que ocupa un espacio socioeconómico [illegible] una forma de dominación de clase. Conviene dejar de lado las re[illegible]cias clásicas a Cartago, Venecia o la antigua Grecia, así como las te[illegible] de Hilferding sobre las oligarquías financieras, expresión del capita[illegible] moderno, para tratar de superar la visión histórica inmediata que, [illegible] en Colombia como en El Salvador, en el Perú o en la Argentina, le [illegible] al término *la oligarquía* un sentido preciso.

[illegible] un concepto político, pero situado en el tiempo: el grupo así desig[illegible] se constituyó en el momento de la integración de las economías en [illegible]cado mundial como proveedoras de bienes primarios. La oligarquía [illegible] todo, un pequeño sector social, burgués y agroexportador. ¿Es in[illegible]ente esta definición? Sin embargo, éstas abundan, y su multiplica[illegible] permite determinar los contornos de este sujeto social, de existencia [illegible]dente como inasequible. Un historiador argentino que analizó el or[illegible] conservador y el sistema político finisecular de su país, se refiere a este [illegible] y reproduce por lo menos cinco interpretaciones de la oligarquía [illegible] versión local. Para algunos, es "una clase de grandes propietarios que [illegible] partido conscientemente de la expansión ocasionada por el aumento [illegible] exportaciones"; hay quienes ponen de relieve su dimensión patricia. [illegible] otros, se trata de una "clase gubernamental consciente, unida alrede[illegible] de un proyecto nacional", o incluso un mero "grupo de notables" en el [illegible] más tradicional del término.[4] De estas apreciaciones convergentes [illegible] que el aspecto político del fenómeno oligárquico es indispensable [illegible] su comprensión. Como señala François Bourricaud a propósito del [illegible] "la existencia de una asimetría social" o de un "efecto de dominación [illegible] de una minoría" no basta para definir a una oligarquía.[5] Son las [illegible]dades acumulativas" de las que habla Robert Dahl,[6] es decir, la [illegible] de notables sociales con notables económicos, la confusión [illegible] poderes, los que producen la oligarquía. A esto se agrega un factor [illegible], que se destaca en el caso argentino: la duración del fenómeno, [illegible] hereditario, "patricio", extendido a lo largo de varias genera[illegible]

[illegible] de estas observaciones se podría proponer una definición pro[illegible] aproximativa del fenómeno oligárquico latinoamericano. Con es[illegible] se designa generalmente un grupo identificable de familias que [illegible] en sus manos los resortes decisivos del poder económico, con-

[illegible] *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Ai[illegible], 1977.

[illegible] "Remarques sur l'oligarchie péruvienne", *Revue française de science* [illegible], agosto de 1964, pág. 675.

[illegible] *¿Qui gouverne?*, París, Colin, 1971, págs. 17-32.

trolan directa o indirectamente el poder político y ocupan la cima del poder social en cuanto a autoridad y prestigio. Pero esta definición tentativa sólo es útil si se determinan las fuentes del poder "oligárquico" y se indaga en las formas de su dominación.

¿Aristocracia rural o burguesía internacional?

En los países como El Salvador, la Argentina, el Uruguay y el Perú cuando se dice "oligarquía" se habla de un poder económico basado en el agro: las "catorce familias" cafetaleras de El Salvador, los *beef barons* argentinos, los "cuarenta" magnates del azúcar y el algodón peruanos de antes de 1968, los "grandes laneros" uruguayos. El punto de apoyo de los "dueños del país" es a primera vista de carácter rural. Sin embargo, esta primera impresión es de alcance limitado, y sería erróneo apresurarse a extraer conclusiones de ella. Por empezar, no se trata de grupos arcaicos, representantes de sectores rurales precapitalistas. Por el contrario, en todos los casos es una elite modernizadora que se erige en oligarquía, sin perjuicio de formar alianzas con sectores arcaicos que reconozcan su preeminencia a cambio de conservar su arcaísmo. Las conductas modernizadoras no excluyen, como se ha visto, la instauración de relaciones de producción coercitivas o patrimoniales. No obstante, esta elite generalmente deriva su legitimidad histórica del hecho de haber presidido la integración de la economía nacional en el mercado mundial. La formación de estos grupos sociales es inseparable de la prosperidad económica del desarrollo hacia afuera. En El Salvador, esta oligarquía tan restringida que se habla de "catorce familias", pero que en realidad comprende una treintena de grupos familiares, "hizo el café" en la misma medida que el café permitió el surgimiento de ella. En la Argentina, los "eupátridas" de la carne aparecen como una elite única y natural, representante ante el mundo de "la patria de los rebaños y las mieses". Estas oligarquías no se formaron a partir de familias tradicionales, propietarias de latifundios improductivos, sino como agentes económicos dinámicos, dispuestos a incorporar las innovaciones y a utilizar el poder público para vender todos los obstáculos sociales en el camino de su expansión. En la esfera productiva, estos grupos actúan conforme a la más estricta racionalidad del mercado, pero caen habitualmente en el "consumo ostentoso", señal de estatus, imitando el estilo de vida que consideran propio de las clases superiores europeas en sus manifestaciones más escandalosas. También la vida cultural participa de este es-

... mimético de una clase dominante en busca de modelos que le den identidad. La gran burguesía liberal y cosmopolita que llevó a cabo el ... to de transformación de la Argentina moderna a partir de 1880, otor... lugar privilegiado a la cultura: en efecto, para estos "patricios" que ... con introducir la "civilización" europea en la pampa "bárbara", ... privilegiado a los conocimientos y la actividad intelectual era el ... miento racional de su ejercicio del poder. Las "clases cultas" se do... de una legitimidad reconocida, bajo el signo universal del "progre... ... a las viejas familias consulares, la formación cultural es la marca ... elegidos.[7]

... la continuidad histórica, rasgo distintivo del orden oligárquico, no ... prescindir de una relación privilegiada, permanente y en ocasiones ... pólica con el principal producto de exportación. Tanto para la con... ... conspirativa vulgar como para la óptica sociológica más riguro... ... el poder oligárquico caracteriza a un grupo social nacional que ocupa ... posición económica estratégica. Es por ello que en las economías de ... lave no surgen oligarquías; las burguesías locales están subordinadas ... intereses de los exportadores extranjeros, y los administradores de las ... sas extranjeras no poseen la legitimidad ni, desde luego, la tradición ... iliar, indispensable para la legitimación del poder acumulativo. Como ... ha señalado con toda razón, la oligarquía no es una mera elite económi... ...[8]

Así, la Venezuela opulenta de la era del petróleo, caracterizada por el ... dominio de las empresas anglosajonas de extracción del crudo y la de... ... dad de un sector agrícola abandonado a la deriva, desconoce la concen... ... ión de poderes característica del fenómeno oligárquico, si bien existen, ... supuesto, potencias industriales y financieras omnipresentes, diríase ... culares, como los Mendoza y los Boulton, que no carecen del barniz ... ltural legitimador del patriciado. La sociedad mexicana, víctima de las ... ontinuidades sociales provocadas por los cataclismos revoluciona... ..., posee un grupo dominante "elitista", pero no oligárquico. La vieja ... clase porfiriana, con sus pretensiones aristocráticas, perdió a principios de ... lo el poder político y en muchos casos el económico, despojada por la ... familia revolucionaria" de los caudillos y los jefes de la guerra. Sobrevi... ... y coexiste junto a los "nuevos ricos" de la revolución, como se refleja ... en las novelas de Carlos Fuentes, pero los nuevos elegidos, incluso en sus ... expresiones más tradicionales, dueños de la influencia política y la rique-

[7] Como lo describe sutilmente, con el ejemplo de la burguesía de San Pablo, Claude Lévi-Strauss. Véase *Tristes tropiques*, XI. París, Plon, 1955.

[8] Graciarena, J.: *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Buenos Aires, Paidós, págs. 59-65.

za terrateniente, como los "sonorenses" de Obregón y Calles, carecen prestigio, continuidad histórica y en muchos casos de cultura. Por otra p te, se constituyen como grupo dominante en un período en que la posi lidad de crear un poder oligárquico ha quedado atrás. El país se encuen integrado en el mercado mundial desde mucho antes, y ni la complejid de los sectores poseedores ni la lógica de la sociedad de masas y la au nomía del Estado favorecen el surgimiento de ese orden. Por otra parte burguesía burocrática, los empresarios industriales y los grandes prop tarios de dudosa legalidad no conforman un grupo unificado y prestig so de tipo oligárquico.

La situación brasileña es particularmente interesante. La sucesión de clos económicos que provocan la decadencia de los grupos hegemónic locales y la fragmentación geográfica del poder social impiden la form ción de una oligarquía natural y reconocida. Los *fazendeiros* paulistas s los que más se acercan a esa posición, pero la revolución de 1930, que qu bra el poder nacional de la elite cafetalera, y la derrota de la sublevaci de San Pablo en 1932 hacen desvanecer sus ilusiones de dominación. H cuando el Brasil se transforma en un gigante industrial del tercer mun y diversifica sus exportaciones, el léxico social revela la no coinciden de los diversos parámetros del poder: *o grão fino*, calificativo nostálgi de la alta sociedad o la "crema" local, sólo refleja un prestigio social: *quatrocentões*, descendientes de los primeros colonos portugueses, p claman con orgullo la antigüedad de su estirpe, pero ésta no les otorga toridad ni poder.

Las distinciones señaladas aquí jamás se presentan en forma nítida fácil de descubrir. En este sentido es ilustrativo el caso de la Bolivia an rior a la revolución de 1952, en la que el Movimiento Nacionalista Rev lucionario nacionalizó las minas de estaño. Este mineral, que hoy rep senta apenas el 35 por ciento de las exportaciones (cincuenta por ciento 1971) frente al sesenta-setenta por ciento en aquella época, estaba conc trado en manos de un grupo pequeño de empresas mineras dominado los tres grandes: Patiño, Hoschild y Aramayo. Los "barones del estañ conforman la *rosca*, una pandilla o, según Augusto Céspedes, uno de s adversarios más violentos, una "cleptocracia minera"[9] que mantiene país en un puño de hierro. Su situación es singular: son bolivianos, de o gen popular en el caso de Patiño, un recién llegado en el de Hoschild (c tra el cual se desatará el antisemitismo de los nacionalistas bolivianos), ro son los puntales de una economía de enclave. Asociados con el cap extranjero, a la cabeza de sociedades en gran medida transnacionaliza

[9] Céspedes, A.: *El presidente colgado*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966.

con sus casas matrices en Europa, y que después de la nacionalización se dedicarán al refinado del mineral boliviano, aparecen como nuevos ricos, "plutócratas" según el léxico anticuado del MNR, pero no como oligarcas de profundas raíces nacionales.

Gracias a su antigüedad y su papel clave en la estructura económica, la oligarquía es también una clase de "negocios" caracterizada por su capacidad financiera y su eclecticismo (véase el cuadro 1). La diversificación de sus intereses no redunda en una mayor heterogeneidad social de sus miembros. Como señalaba en 1911 el periodista francés Jules Huret, agudo observador de la realidad argentina: "Nada importante se hace en el país sin la participación (de las viejas familias) o al margen de ellas (...) Argos de cien ojos, Briareo de cien brazos, esta elite siempre tiene la mirada atenta a los buenos negocios, la compra y venta de tierras, está al tanto de las noticias confidenciales de la Bolsa y el mercado, sabe qué empresas se van a crear, qué concesiones forestales se van a otorgar, cuáles son los proyectos de construcción de fábricas, frigoríficos, molinos, ingenios, puertos, los contratos de provisión de herramientas, las grandes obras públicas (...)".[10] Enriquecidos por la valorización de las tierras y la especulación comercial, los miembros de los grupos dominantes ven en la propiedad de la tierra un refugio y un símbolo de su estatus social.[11] La continuidad de la propiedad territorial no implica para ellos el inmovilismo productivo. Por el contrario, la flexibilidad en el manejo de las inversiones, como la capacidad de movilizar rápidamente sus recursos financieros para aprovechar un beneficio rápido son características permanentes de este grupo. En la Argentina, los ganaderos supieron fomentar la agricultura en el momento oportuno. Vinculados con las industrias exportadoras de productos agrícolas, favorecieron el proceso de sustitución de importaciones en la medida que benefició sus intereses globales. La capacidad de "girar" de acuerdo con la coyuntura, de la ganadería a la agricultura o a la industria de importación, partiendo de la ausencia total de especialización, es una de las características permanentes de esta burguesía "multisectorial". Uno de sus rasgos de conducta más arraigados es el de precaverse contra las fórmulas rígidas de inversión a fin de estar en condiciones de aprovechar las ocasio-

[10] Huret, J.: *En Argentine, De Buenos Aires au Gran Chaco*. París, 1911, pág. 36.

[11] Se ha criticado la hipótesis sobre la base agraria del poder oligárquico en países tan [illegible] como la Argentina, el Perú y El Salvador, en razón de la diversidad de sus intereses, [illegible] cosmopolitismo y también, con frecuencia, en nombre de una visión inmovilista [illegible] de la propiedad agraria. Con todo, es lícito pensar que las grandes familias oligárquicas fueron mercantiles antes que agrarias, exportadoras antes que productoras. En El Salvador, los [illegible] poderosos son los del comercio cafetalero (*beneficiadores*). En el Perú, la aristocracia [illegible] republicana se volvió una oligarquía a principios de siglo.

1911.

Sr. Federico Martínez de Hoz.

"El Sr. Federico Martínez de Hoz es miembro desde hace dos años de
torio de la Sociedad Rural. Posee grandes intereses en la agricultura y
nistra siete estancias, con un total de 69.100 hectáreas. Estos establec
tos son Araza, ventidós mil hectáreas, La Esperanza, veintisiete mil
reas, Morito, seis mil hectáreas, Laura Lefon, cuatro mil hectáreas, La
tad, 3500 hectáreas, Tuyute, cuatro mil hectáreas y San Manuel, 26(
táreas. Es único propietario de San Manuel y Laura Lefon. En estas est
administradas por él hay un total de 35.000 bovinos, seis mil equ
140.000 ovimos. El señor Federico L. Martínez de Hoz es hijo de Fe
A. Martínez de Hoz, uno de los fundadores de la Sociedad Rural. Na
criado en Buenos Aires, el Sr. F. Martínez de Hoz es socio de la firm
tínez de Hoz Hermanos".

Chapadmalal y algunas otras propiedades del Sr. Miguel Alfredo M de Hoz

"La bella estancia de Chapadmalal y las tres extensas propiedades lla
respectivamente Las Tunas, Quequén y Burzaco se encuentran en el n
de la provincia de Buenos Aires. Por otra parte, la condesa de Sena,
del Sr. Martínez de Hoz, posee 2,5 leguas cuadradas (es decir, 61.00
táreas) en la comuna de Necochea de la misma provincia... Una línea
viaria atraviesa esta propiedad, en medio de la cual se ha de construir u
dad. Aparte de valiosos bienes raíces, el Sr. Martínez de Hoz posee c
rizas cerca de Buenos Aires. Puesto que el valor de la tierra aumenta
mente a un ritmo increíble, es imposible hacer un cálculo del valor t
sus propiedades en el país".

Florencio Martínez de Hoz y Cía.

"Desde hace algunos años, muchas compañías industriales entre las m
portantes de Europa han confiado sus intereses en América del Sur a F
cio Martínez de Hoz y Cía., una de las firmas más prestigiosas en plaz
y en todos los casos el resultado ha sido altamente, rentable para las

"Esta sociedad, situada en el 475 de la calle Perú, fue fundada en 1907 y en 1909 alcanzó una facturación varias veces millonaria en productos metálicos y accesorios de máquinas. La firma se ocupa de la venta de máquinas industriales, camiones, puentes, material ferroviario, locomotoras y equipo militar..."

Martínez de Hoz, José Alfredo.

Ganadero. Nacido en Buenos Aires el 10-7-1895. Padres, Miguel Alfredo Martínez de Hoz, Julia Helena Acevedo. Esposa: María Helena Cárcano. Hijos: Ana Helena, Carola de Ramos Mejía, José Alfredo y Juan Miguel. Estudios: Eton College (Inglaterra).
Propietario del haras Chapadmalal; presidente del directorio argentino de The Northern Insurance Co. Ltd. Miembro del directorio de "La Forestal Argentina S.A.". Fue miembro del directorio de la Corporación Argentina de Productores de Carne y presidente de la Sociedad Rural.

Martínez de Hoz, José Alfredo (hijo)

Abogado, ganadero, profesor universitario. Nacido en Buenos Aires el 13-8-1925. Padres: José Alfredo Martínez de Hoz, María Helena Cárcano. Esposa: Elvira Bullrich. Hijos: José Alfredo, Marcos Jorge y Tomás.
Estudios: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Medalla de oro, premio Tedín Uriburu, 1949.
Ministro de Economía, Finanzas y Obras Públicas de la intervención federal de Salta (1956-1957). Vicepresidente de la Junta Nacional de Granos (1957), luego presidente (1958). Secretario de Agricultura y Ganadería (diciembre 1962-mayo 1963). Ministro de Economía (1963).
Presidente del Centro Azucarero Regional del Norte desde 1958. Ministro de Economía y Finanzas (1977-1981).

FUENTES: *Twentieth Century Impressions of Argentina*. Londres, Lloyd's Greater Britain Publishing Co. Ltd. 1911, págs. 388, 438, 548. *Quién es quién en la Argentina*. Buenos Aires, Quién es Quién SRL, 1970, págs. 457-458.

nes favorables y minimizar los riesgos. El cuadro 2, que muestra los ir reses de algunos grupos familiares de la "oligarquía" salvadoreña, ilus la lógica "multisectorial" derivada de las plantaciones de café.

Volcada hacia el exterior por su formación histórica, legitimizada su papel decisivo en la integración de la economía nacional en la divis internacional del trabajo, la oligarquía no es en modo alguno una mera b guesía interna, pero menos aún una "burguesía compradora", es decir, termediaria. En cuanto a calificarla de "clase superior internacional" co en el Perú, o "clase superior cosmopolita" como en El Salvador, debid cierta tendencia de sus miembros a casarse con extranjeros o a aparecer la crónica mundana, ayer por sus viajes fastuosos a Europa, hoy por prolongadas estadías en Miami, es confundir el efecto con la causa, la c ducta con la función. Se trata, por el contrario, de un grupo nacional, ro que ocupa un lugar particular, diríase "multifuncional", en las rela nes con el mundo exterior. Ni su cosmopolitismo ni sus vínculos con intereses internacionales y su asociación con ellos justifican que se la c sidere un mero representante de esos intereses. Su dependencia es cons tida; mejor dicho, deseada. Al cumplir conscientemente el papel de med dor obligado, la oligarquía aumenta al máximo su poder y consolida dominación.

Estilo de dominación y legitimidad social

En definitiva, la oligarquía puede ser menos una clase que una fo de dominación de clase basada en la exclusión. En efecto, a la estruc social en forma de embudo o pirámide corresponde un régimen polí "exclusivista", pero que no recurre a medios autoritarios ni burocrát corporativistas. En las sociedades oligárquicas, los sistemas políticos f malmente representativos funcionan sobre la base de una participació la que sólo tienen acceso los miembros de la elite dominante y sus sub dinados. Una clase política restringida y homogénea trata de admin el país como si fuera una gran empresa que debe producir al menor y exclusivamente en beneficio de sus accionistas. En virtud de un "ple cito tácito", la sociedad reconoce en las familias "idóneas" en el ma de los asuntos públicos, y sólo en ellas, la aptitud necesaria y la capac suficiente para conducir la nación. Esas familias consulares manifie generalmente un escepticismo condescendiente con respecto a la cap dad popular de ejercer los derechos políticos. Esta actitud puede ll

El Salvador: Algunas de las "catorce familias" y sus sectores de actividad

Familia	Cultivo del café	Elaboración del café	Exportación del café	Azúcar	Banca	Seguros	Bienes Raíces	Construcción	Industria	Distribución
Alvarez	X		X		X				X	
Battle	X		X						X	
Dueñas	X		X		X		X		X	
Escalón	X						X			
Guirola	X				X		X			
Magaña	X		X							
Mathies	X			X					X	X
Meza Ayau	X		X		X				X	X
Quiñónez	X			X	X				X	X
Regalado	X	X		X	X					X
Deininger	X	X		X						
De Sola	X	X	X	X		X	X	X	X	X
Hill	X		X		X				X	
Wright	X			X					X	

FUENTES: Baloyra, E.: *El Salvador in Transition*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1982, pág. 24. Colindres, E.: *Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*. San Salvador, UCA, 1977, pássim.

desconocimiento del sufragio universal, "triunfo de la ignorancia universal" al que hay que corregir mediante el "fraude" a fin de evitar que "las conquistas anteriores de la civilización queden a merced de la parte más inculta e indigente de la sociedad".[12] La Argentina anterior a 1916, el Perú criollo de los "civilistas", El Salvador durante la hegemonía de la familia Meléndez-Quiñónez, Colombia entre las dos guerras son ejemplos de ese estilo de gobierno en estado puro.

En la mayoría de los casos, el *establishment* oligárquico, en aras de los ritos democráticos y las necesidades de la sociedad de masas, no ejerce el poder en forma directa sino que lo delega en una "clase reinante" que no pone en peligro el pacto de dominación y se limita a "controlar a la distancia" la buena marcha de la cosa pública. Esto es posible porque la elite generalmente logra inculcar sus valores e imagen en el conjunto del cuerpo social. La prensa y la escuela son los dos canales institucionales para un trabajo de impregnación ideológica que ayuda a formar las mentalidades. "El secreto de su poder", escribe un ensayista argentino a propósito de la oligarquía de su país, "es un poder secreto que impregna todo el país".[13] En última instancia, criticar a la oligarquía es un crimen de lesa patria. Pero la difusión de la ideología dominante no siempre basta para asegurar la armonía preestablecida entre la oligarquía y el poder político formal debido a la aparición de nuevas fuerzas sociales. Es verdad que la internalización de la dominación oligárquica conduce sobre todo a la neutralización de las clases medias y las nuevas capas burguesas, incapaces de elaborar su propio sistema de valores y asumir una función social autónoma. Pero también existen mecanismos para cooptar a los elementos más audaces de la nueva clase empresaria. Esta permeabilidad selectiva refuerza la dependencia de los sectores intermediarios, aunque no siempre favorece los intereses oligárquicos. Cuando éstos se ven amenazados por reformas o nuevas reglas de juego que limitan peligrosamente su manera de operar, disponen de una temible capacidad de veto derivada de su posición central en la organización de la economía nacional y su legitimidad social. La sedición mundana y el sabotaje económico (desinversión, fuga de capitales, presiones contra el país en las plazas financieras internacionales, etcétera) suelen ser los preludios a la quiebra del sistema representativo para nuevamente lograr un acceso al Estado.

[12] Belín Sarmiento, A.: *Una república muerta*. Buenos Aires, s.e., 1892, pág. 104.

[13] Hernández Arregui, J. J.: *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*. Buenos Aires, 1960, pág. 55.

En general se atribuye al concepto de burguesía un sentido que no posee. Pero en América Latina, donde las clases todavía están en formación y la mirada del observador-actor está siempre clavada en la evolución de las sociedades industriales, el término es engañoso y requiere una interpretación sutil. Con el pretexto de la universalidad, y sobre todo a causa de una dependencia que se extiende a la esfera intelectual, muchos autores no vacilan en aplicar esquemas de análisis, verdaderos concentrados de historias singulares, a sociedades que obedecen a otra dinámica. En ese marco deformado, llevado por sus expectativas políticas, el analista define al actor social en función de las finalidades que se supone debe perseguir de acuerdo con el "modelo". La estrategia no surge de la comprensión lúcida de la configuración social; por el contrario, la delimitación de los actores sociales deriva de las opciones estratégicas previas del observador. Esta metodología conduce a una serie de distorsiones. Conviene dejar de lado la literatura etnocéntrica que viene directamente de los Estados Unidos, sobre una *middle class* pletórica de virtudes estabilizadoras, democráticas e industrializantes. La "batalla de las burguesías nacionales", que desbordó el campo marxista, corresponde a un enfoque que confunde el "proceso ideológico" con el "proceso real".[14] Llevados por esta lógica, que comparten en sus aspectos esenciales tanto los "desarrollistas" doctrinarios (fascinados por el modelo industrial) como los partidos comunistas ortodoxos, algunos autores descubren por todas partes la existencia de "burguesías" emprendedoras, indispensables para llevar a cabo la "revolución democrática" antilatifundista y antiimperialista por la que claman. Otros, en cambio, niegan la existencia misma de las burguesías locales porque éstas, contrarias a su vocación, lejos de seguir el esquema preestablecido, aparecen como "agentes del imperialismo", incapaces de asumir las tareas de [illegible] nacional y provisoriamente hegemónico que la historia les ha asignado. Ese sector social decepcionante, que existía al menos en las es-[illegible], se vuelve así una no persona, una "lumpen-burguesía". La definición teleológica de los "dependentistas" estrictos y otros izquierdistas criollos, no se limita a tergiversar la realidad: directamente la niega.

Sin embargo, si por burguesía se entiende lisa y llanamente los detentadores capitalistas de los medios de producción, a los que se puede sumar

14 Cardoso, F. H.: *Autoritarismo e Democratização*. Río de Janeiro, Paz e Terra, 1980, Véase también Rouquié, A.: "A la recherche des bourgeoisies latino-américaines", *Amérique Latine*, nro. 5, 1981, págs. 24-26.

o no la nueva clase "administradora" de las estructuras técnicas propias del capitalismo tardío, entonces no faltan burguesías en América Latina. Algunas son extranjeras en el país donde operan en la etapa de crecimiento primario extravertido, como en el período actual de internacionalización del mercado interno. Junto con éstas, los dirigentes nacionales o extranjeros de las filiales de las empresas transnacionales, los industriales de las compañías que fabrican bajo licencias extranjeras o en *joint ventures* con el capital internacional, constituyen una suerte de "burguesía asociada", muy característica del desarrollo periférico. Pero también existen fuertes burguesías nacionales estrictamente industriales en muchos países. Conviene detenerse un poco en la historia de su formación.

Los historiadores han estudiado el surgimiento de tres viejos centros industriales: San Pablo, motor de la industria brasileña; Medellín, en el departamento colombiano de Antioquia, y Monterrey en el nordeste de México.[15]

Estos trabajos sobre los orígenes y la formación de los grupos sociales que dirigieron procesos de despegue local proporcionan los elementos necesarios para comprender la naturaleza de las burguesías más poderosas. En el caso de San Pablo, los motores del despegue industrial fueron el café y la inmigración masiva de mano de obra europea para cultivarlo. Según Warren Dean, la importación de productos manufacturados para responder a la demanda creada por la expansión del café y las nuevas condiciones de su producción fue la "matriz de la industria" paulista. Lejos de suscitar antagonismo entre importadores y fabricantes, la actividad importadora —debido tanto a su capacidad de movilizar el crédito como a la necesidad de realizar localmente el montaje, la terminación y el almacenamiento de los productos— condujo de manera natural a la actividad industrial. Así como el fabricante permanecía ligado al importador, que le traía del extranjero una parte de los insumos necesarios para su producción, este último se convertía también en fabricante para completar la gama de sus productos. Los orígenes sociales de este grupo industrial son dobles: *fazendeiros* e inmigrantes. Puesto que la financiación del comercio cafetalero era esencialmente de origen local, el material de transporte y la maquinaria para la elaboración del café atraían las inversiones de los *fazendeiros*, que a la vez se orientaban hacia las industrias procesadoras de productos agrícolas y, en general, hacia toda aquella que utilizara materia prima de la región. La movilidad del cultivo del café en San Pablo, así como la naturaleza misma de la producción, que exige una fuerte inversión

[15] Véase Chevalier, F.: *L'Amérique latine, de l'indépendance à nos jours*. París, PUF, 1977, págs. 321-337.

de capital durante el primer año, explican por qué los *fazendeiros*, a diferencia de sus colegas azucareros, eran capitalistas que debían reinvertir constantemente. Es por eso que, en 1880, los industriales paulistas que no eran extranjeros provenían de la elite rural.

La burguesía inmigrante, cuyo símbolo más acabado es el calabrés Matarazzo, que llegó a Sudamérica en 1881 y creó el complejo industrial más grande del subcontinente, también está ligada directamente a la importación. Matarazzo fue en sus comienzos comerciante en productos alimenticios e importador de manteca de cerdo norteamericana. Al diversificar sus actividades, siguiendo una política de integración vertical, creó su propio Banco y su compañía naviera para importar el trigo que requerían sus molinos.

A pesar de la soberbia de los *fazendeiros quatrocentões* frente a los advenedizos inmigrantes, la fusión de las elites se realizó sin mayores dificultades, para gran beneficio de las dos partes. Mientras los *fazendeiros* hacían sus primeras armas en la industria, los empresarios industriales extranjeros adquirían tierras y los correspondientes títulos de nobleza. No eran raras las uniones matrimoniales entre *fazendeiros* e inmigrantes. Pero si la elite rural era consciente de su estatus, no sucedía lo mismo con la burguesía industrial. Ésta no sólo se había integrado parcialmente, a pesar de las tensiones, al *establishment* cafetalero, sino que, necesitada de ayuda gubernamental para desarrollarse y sobrevivir (sobre todo porque dependía de las tarifas aduaneras), gravitó hacia las fuerzas políticas dominantes y se alió con los grupos conservadores en lugar de hacer causa común con las nuevas clases medias para fomentar la transformación social contra la burguesía rural tradicional.

En Medellín, la industrialización prolonga la expansión del café. Esta región de pequeños agricultores y mineros independientes, que escapó de las rigideces institucionales de la colonia, tuvo una historia singular. Zona de frontera, de trabajo libre y colonización, el comercio del oro precedió al del café. Parecería que la industria en sus comienzos tuvo alguna relación con las crisis de ese producto. Sin duda, la naturaleza misma de esa actividad agraria y la disponibilidad de capital que ella requiere fueron en gran medida las causas de la industrialización. Las etapas de la creación de las primeras industrias a partir de las necesidades de la producción del café son muy diferentes de las apuntadas en el caso de San Pablo. Sin embargo aquí la inmigración habría sido más escasa, si se dejan de lado los mitos recurrentes sobre el presunto judaísmo de los antioqueños, que según algunos autores sería la explicación de su mentalidad y su espíritu de empresa. Esta explicación refleja más a los "nuevos cristianos" de la colonia que a los recién venidos del siglo XIX. En el plano político, los

vínculos con el sector dominante cafetalero, el otorgamiento de privilegi y subvenciones por parte del gobierno y el problema de los derechos d aduana hicieron de los industriales un sector subordinado a los partidos tr dicionales y a los intereses representados por ellos.

En Monterrey, capital de Nuevo León, en el nordeste de México, ce ca de la frontera con los Estados Unidos, apareció un importantísimo ce tro industrial que aún hoy presenta ciertas características notables, ent ellas un capitalismo familiar y relaciones sociales patrimoniales. La pr ximidad de los Estados Unidos y el comercio fronterizo, lícito o no, h brían cumplido una función importante en la acumulación primitiv Cuando la importancia comercial de Monterrey en la ruta al puerto d Tampico comienza a declinar, sus capitales se vuelcan hacia la industr con la ayuda del gobierno estatal, que la fomenta mediante exenciones im positivas y la protección aduanera. Para tomar un solo grupo industrial e tre los más antiguos, el de los Garza Sada de las sociedades Cuauhtémo y Vidriera, fundadas en 1890, cabe señalar que sus fundadores eran orig nalmente grandes comerciantes, aunque algunos tienen vínculos famili res con el sector agrícola. Los capitales iniciales provienen de la casa c mercial Calderón y Cía., pero Francisco Sada, pertenece a una familia d grandes propietarios del vecino estado de Coahuila. El grupo comienza producir cerveza, y su expansión se realiza en función de las necesidad de la cervecería Cuauhtémoc: la producción del vidrio y el cartón neces rios para el envasado y el almacenamiento, y luego la distribución y l necesidades de financiación provocan una notable diversificación de l intereses del grupo. El imperio Garza Sada comprende hoy una empre siderúrgica (Hylsa, luego Alfa) y consorcio de empresas químic (CYDSA).

Aunque se benefició con las medidas de fomento de Porfirio Díaz y m precisamente de su procónsul en Nuevo León, el general Bernardo Re el grupo Garza Sada y la industria regiomontana en general atraviesan s problemas la tormenta revolucionaria, que contribuye a reforzar su m talidad conservadora y su aspiración de mantenerse autónoma con resp to a México. En 1930, Luis Sada crea la confederación patro COPARMEX para agrupar a los empresarios con el fin de enfrentar d de posiciones de fuerza a las organizaciones obreras creadas por el E do. El capitalismo patrimonial de una elite empresaria católica y co vadora no corresponde en absoluto a los dogmas ni al papel progresis "revolucionario" atribuido a las "burguesías nacionales". Sin embargo, difícil negar la naturaleza endógena de su surgimiento y la concien combativa de sus intereses.

El carácter estrictamente nacional de un grupo de empresarios ind

nales no significa por sí solo que no pueda evitar el enfrentamiento con los intereses agrarios o que se lanzará a una lucha "patriótica" contra el capital extranjero. En realidad, aspira a un acuerdo con éste: una patente o licencia que lo ponga a salvo de la competencia. La lógica del crecimiento industrial en el siglo xx, sobre todo en los países del tercer mundo, no tiene nada que ver con esta mitología, como lo permiten suponer los mismos orígenes del capital industrial. Con todo, esto no entraña la ausencia de conflictos coyunturales entre industriales y agricultores por el reparto del ingreso nacional, ni entre grupos nacionales consolidados con aspiraciones monopolísticas y empresas extranjeras competitivas. Pero el carácter hiperprotegido de las industrias latinoamericanas, sean nacionales o de origen extranjero, ilustra claramente la ambivalencia de las políticas industriales en las economías abiertas. Se sabe que en períodos de recesión o cuando un gobierno liberal alza las barreras aduaneras, los industriales nacionales se transforman fácilmente en importadores. La ganancia es más importante que el riesgo. Asimismo, una investigación realizada en el Brasil durante la década de 1970 demostró que los empresarios más vinculados con el capital extranjero advertían con mayor claridad la existencia de antagonismos entre los sectores agrarios e industriales. Dicho de otra manera, los sectores supuestamente más aptos para integrar la mítica "burguesía nacional" están asociados con las transnacionales, mientras que sus colegas más nacionales desconocen las "contradicciones" con los intereses agrícolas.[16] En este sentido es muy significativa la composición y las opiniones de las confederaciones empresarias. En la Argentina, la Unión Industrial y la Sociedad Rural siempre han hecho causa común y han defendido sin problemas las mismas orientaciones económicas, tal como sucede con las Sociedades Nacionales de Agricultura y la Sociedad de Fomento Fabril en Chile. La UIA, que comprende tanto a las sucursales de las multinacionales como a los empresarios autóctonos, fue presidida durante trece años, de 1930 a 1943, por un productor agrario, el viticultor Luis Colombo. Las representaciones esquemáticas y los perfiles sociales de [illegible] no alcanzan a explicar la complejidad y la ambigüedad del fenómeno de la industrialización tardía.

16 [illegible] F. H.: *Politique et développement dans les sociétés dépendantes* París, 1971, pág. 247.

Anderson (Thomas), *El Salvador, 1932*, San José, Educa, 1982.
Arriola (Carlos), *Los Empresarios y el Estado*, Mexico, SEPO 80, 1981
Astiz (Carlos A.), *Pressure Groups and Power Elites in Peruvian Politics*, Ithaca, Cornell University Press, 1969.
Baloyra (Enrique), *El Salvador in Transition*, Chapell Hill, The University of North Carolina Press, 1982.
Becker (David G.), *The New Bourgeoisie and the Limits of Dependency: Mining, Class and Power in « revolutionary » Peru*, Princeton, Princeton University Press, 1983.
Bourricaud (François), Bravo Bresani (Jorge) *et al.*, *La Oligarquía en el Peru*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Campodinico, 1971.
Botana (Natalio), *El Orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.
Campero (Guillermo), *Los Gremios empresariales en el periodo 1970-1983 (Comportamientos socio politicio y orientaciones ideologicas)*, Santiago de Chile. Estudios ILET, 1984.
Dean (Warren), *A Industrialização de São Paulo (1880-1945)*, São Paulo, Ddifel, s.d.
Lopez Toro (Alvaro), *Migración y Cambio social en Antioquia*, Bogotá, Medellín, Hombre Nuevo, 1979.
Mauro (Fr.), « Le développement économique de Monterrey (1890-1960) », *Caravelle*, 2-1964, p. 35-133.
Payne (Jorjames L.), « The Oligarchy Muddle », *World Politics*, XX (3), avril 1968, p. 469-453.
Piel (Jean), *Capitalisme agraire au Pérou*, vol. II, Paris, Anthropos, 1983.
Sidicaro (Ricardo), « Poder y crisis de la gran burguesia agraria argentina », in Rouquié (Alain), *et al.*, *Argentina hoy*, México, Siglo XXI, 1982, p. 51-104.
Tirado Mejia (Alvaro), *Introducción a la historia económica de Colombia*, Bogotá, La Carreta, 1979.
Vellinga (Menno), « Working Class, Bourgeoisie and State in Mexico », in Carrère (Jean) *et al.*, *Industrialisation and the State in Latin America*, Amsterdam, CEDLA, 1982, p. 299-346.

3. Las clases medias

Si el subdesarrollo se define, entre otros factores, por la "debilidad numérica y funcional" de las clases medias,[1] pocos países latinoamericanos corresponden a esta categoría. Lejos de presentar el cuadro estilizado de una sociedad dual donde un puñado de señores corpulentos reinan sin competencia sobre una masa inmensa y uniforme de desposeídos, la mayoría de las naciones del continente se caracterizan por un crecimiento significativo de sus sectores medios. Tanto es así, que a fines de la década de 1960 un sociólogo chileno escribió que el símbolo de la América Latina contemporánea no era "un campesino ni un proletario industrial, sino un empleado de Banco mal pago, con grandes aspiraciones sociales".[2] En el mismo orden de ideas, el escritor uruguayo Mario Benedetti decía que el suyo era no sólo un país de empleados de oficina sino "la única oficina pública del mundo que ha alcanzado la categoría de nación".[3] Con todo, estas humoradas ilustrativas no agotan la cuestión. El problema de la referencia y la identificación social se presenta con la misma agudeza que en las categorías superiores. O mejor dicho, las definiciones son más contradictorias y la cacofonía es aun mayor. Sin entrar en polémicas teórico-metodológicas, es indispensable hacer algunas observaciones que permitan "encuadrar" con un mínimo de rigor un sujeto social omnipresente pero vaporoso.

Definiciones y límites

Desde Aristóteles, quien decía que ocupaban el justo medio y constituían el eje de las sociedades, se han creado muchos mitos alrededor de las

[1] Lacoste, Y.: *Les Pays sous-développés*. París, PUF, 1959, pág. 20.
[2] Véliz, C.: "Centralismo, nacionalismo e integración", *Estudios Internacionales*, 1969, [illegible], pág. 12.
[3] Benedetti, M.: *El país de la cola de paja*. Montevideo, 1966, pág. 56.

llamadas clases medias, sobre todo en los países industrializados de hoy. La sociología optimista y el conservadorismo esclarecido consideran que nuestras sociedades evolucionan hacia una feliz mesocracia, mediante la nivelación de las desigualdades sociales más evidentes. Todos somos miembros de las clases medias porque las barreras del estilo de vida o de consumo han dejado de ser ostensibles, como en la época en que el burgués de levita enfrentaba al proletario de blusa. Si la uniformidad de las condiciones permite ocultar la dominación social y/o volver materialmente tolerables los principios de igualdad jurídica que sostienen las sociedades occidentales, la sacralización de las clases medias dificulta la aplicación de esta categoría a las sociedades periféricas. No existe una interpretación única sobre su posición en la estructura de clases —y los criterios que la fundamentan— ni sobre su contenido sustancial.

En la teoría sociológica contemporánea cohabitan *grosso modo* dos concepciones de las clases medias. En una de ellas, a imagen de la sociedad norteamericana, democrática y sin aristocracia, la *middle class* comprende a la burguesía o directamente se identifica con ella. Una segunda versión, más europea o dicotómica, sitúa a las clases medias entre la burguesía y el pueblo o clase obrera. Inspirada hasta cierto punto en la tríada marxista, tiene la ventaja de referirse a la existencia de grupos sociales que no se confunden económicamente con las categorías superiores, detentadoras o no de los medios de producción. Pero el "esquema de gradación" norteamericano[4] permite introducir distinciones útiles dentro de las clases medias (*lower, middle, upper*) en función de los ingresos más que de su lugar en el proceso productivo.

[4] Con respecto a este debate ideológico, véase Ossowski, S.: *La structure de classe dans la conscience sociale*. París, Anthropos, 1971.

CUADRO 1

Capas medias y superiores hacia 1970
(en porcentaje de población económicamente activa según sectores de actividad)

País	*Total**	Sectores	
		Primario	*Secundario y terciario*
Argentina	38,2	1,3	32,4
Bolivia	17,0	0,5	16,5
Brasil	23,3	0,7	21,6
Colombia	28,8	2,9	25,9
Costa Rica	24,1	0,3	23,5
Chile	29,0	0,7	25,4
Ecuador	16,9	0,5	16,4
El Salvador	13,6	0,8	11,7
Guatemala	11,8	0,5	11,0
Honduras	21,5	4,7	15,8
México	24,5	0,8	22,5
Nicaragua	19,2	1,6	15,9
Panamá	23,4	0,2	22,6
Paraguay	15,7	0,6	14,0
Perú	23,2	0,3	21,1
República Dominicana	18,2	1,2	12,2
Uruguay	35,0	1,4	30,6
Venezuela	32,6	0,2	29,0

FUENTE: ONU, Comisión Económica para la América Latina. *Statistical Year-book for Latin America*, 1983; CEPAL, Santiago de Chile, 1984, pág. 82.

* Comprende a las personas cuyo sector de actividad es desconocido.

CUADRO 2

Capas medias asalariadas
(en porcentaje de la población activa)

País	*% 1970*	
Argentina	22,4	
Bolivia	11,3	
Brasil	13,8	
Colombia	13,5	
Costa Rica	18,6	
Chile	18,7	
Ecuador	15,9	
El Salvador	7,4	
Guatemala	8,2	
Honduras	10,0	
México	14,3	
Nicaragua	10,0	
Panamá	19,1	
Paraguay	8,8	
Perú	14,5	
República Dominicana	8,7	
Uruguay	21,3	(en 1960)
Venezuela	23,4	

FUENTE: ONU, Comisión Económica para la América Latina, *Statistical Year-book for Latin America, 1983*. CEPAL, Santiago de Chile, 1984, pág. 83.

Si bien conviene evitar la confusión entre las dos concepciones, las necesidades de la presente exposición requieren el siguiente método compuesto: se llamará clases medias a los sectores sociales comprendidos entre la burguesía (patronal, dirigentes de la economía, altos funcionarios públicos) y el pueblo o las clases populares (campesinos y obreros); pero si bien el autor de estas líneas rechaza la concepción del *continuum* social

[illegible]

País	% establecimientos familiares (en propiedad o no)	Total Sectores medios rurales	=	[illegible] establecimientos grandes o medianos	+	[illegible] propiedades familiares	+	[illegible] establecimientos familiares
Argentina (1960)								
número de establecimientos	48,7	33,9		1,3		16,4		16,2
superficie	44,7							
Brasil (1950)								
número de establecimientos	39,1	17,0		2,1		12,0		2,9
superficie	6,0							
Chile (1950)								
número de establecimientos	40,0	19,8		2,1		14,8		2,9
superficie	7,1							
Colombia (1960)								
número de establecimientos	30,2	24,8		1,5		17,9		5,4
superficie	22,3							
Ecuador (1960)								
número de establecimientos	8,0	9,5		—		8,0		1,5
superficie	19,0							
Guatemala (1950)								
número de establecimientos	8,5	10,0		2,2		6,6		1,2
superficie	4,5							

Según datos del Comité Internacional para el Desarrollo Agrario (CIDA) citados por Barraclough, S. y Domike, A.: "Agrarian Structure in Seven Latin American Countries". *Land Economics*, XLII, nro. 4, nov. 1966, págs. 391-424 y *El trimestre económico*, abril-junio 1966, págs. 235-301.

que subyace tras el esquema no dicotómico, recurrirá a las diferenciaciones internas de la *middle class*, con excepción de su franja superior, que aquí se asimilará a la burguesía.

La segunda dificultad terminológica está relacionada con el carácter heterogéneo de las clases medias en América Latina. En Europa, la diferencia entre asalariados y no asalariados suele ser confundida en los debates ideológico-estratégicos,[5] pero en América Latina las clases medias aparecen con frecuencia como un mero dato estadístico derivado de una definición "residual" y negativa de su naturaleza: pertenecen a esta clase los que no son obreros, campesinos ni grandes burgueses. Por eso se habla con frecuencia de los "sectores medios". Las estadísticas oficiales, con sus clasificaciones por sector de actividad, no facilitan las delimitaciones rigurosas en términos de situación social o ingresos.

En la esfera de los servicios y el sector terciario, es difícil distinguir la clase media propiamente dicha de lo que corresponde al mundo de la "marginalidad". Evidentemente, ésta no es una característica exclusiva de América Latina, pero se ve agravada en todo el continente por la sobreurbanización y la proliferación de los "pequeños oficios urbanos". Así, un comerciante puede ser un trabajador independiente, dueño de un negocio, vendedor ambulante, subproletario, vendedor al regateo en épocas de vacas flacas, y no se lo podría incluir en las clases medias.

Composición e historia

El término "clase media", que presupondría al menos una cierta homogeneidad de conductas y de los "efectos sociales y políticos pertinentes" que derivarían de ellas, designa en realidad a grupos de orígenes muy diversos. Por otra parte, es evidente que no todos los países del continente muestran la misma situación. Algunas sociedades presentan una elevada densidad de la clase media. Entre ellas se cuentan la Argentina y el Uruguay, así como Chile y Colombia. Venezuela se unió recientemente a este primer grupo. Brasil y México, que conocieron una rápida moderniza-

[5] En los decenios de 1960 y 1970, la expansión del sector asalariado y las nuevas clases medias suscitó en Francia una polémica entre la izquierda moderada (Serge Mallet) y la extrema izquierda (Baudelot-Establet) sobre la naturaleza de esos grupos sociales: ¿nueva burguesía o nuevas clases obreras? Véanse al respecto los estudios compilados por Georges Lavau, Gérard Grumberg y Nona Mayer en *L'Univers politique des classes moyennes*. París, Presses de la FNSP, 1983.

aun en los últimos veinte años, todavía no han alcanzado el nivel de los países más complejos. Costa Rica y Panamá se encuentran en una situación de surgimiento de las capas medias intermedias, como se deduce de la comparación de los cuadros 1 y 2.

Dentro de las estadísticas globales que no distinguen las clases medias de las categorías superiores, lo cual no significa que tergiversen la comparación, el porcentaje de clases medias asalariadas (cuadro 2) es particularmente revelador del grado de modernización social representado por esos sectores intermedios.

También muestra la aparición de las capas medias recientes y, con ello, la estratificación cronológica de las capas sociales rurales o urbanas aparecidas en épocas diferentes. *Grosso modo*, se distinguen tres períodos:

1. Se asiste a la aparición de grupos sociales medios y su crecimiento en ciertos países cuando su economía se integra al mercado mundial.

Son esencialmente pequeños productores rurales, pero también urbanos (artesanos, comerciantes, pequeñas industrias de reparación o acondicionamiento) que conforman las primeras cohortes de los sectores intermedios. En la esfera agraria, la pequeña y mediana propiedad existe afuera del binomio latifundio/minifundio en muchos países, sobre todo en la Argentina, el Uruguay y el sur del Brasil, debido principalmente a la inmigración europea masiva de fines del siglo XIX. Aparece también en las nuevas tierras de colonización lindantes con las zonas del café en Colombia, y no está ausente de Costa Rica y Honduras debido a la disponibilidad de tierras y la escasez de población. El cuadro 3 da para algunos países significativos algunos datos sobre el porcentaje de familias consideradas "medias" desde el punto de vista económico, así como la cifra de los establecimientos "familiares". Si bien existe algún paralelismo entre las dos series, evidentemente no hay coincidencia: la concentración de la propiedad afecta también los establecimientos medianos, puesto que, en muchos casos, varias unidades pertenecen a un solo propietario.

2. Durante todo el período de crecimiento extravertido, la infraestructura de la actividad exportadora, la urbanización y la modernización del Estado multiplican las profesiones que permiten un acceso a los grupos medios. Propietarios y empleados de comercio, servicios financieros, funcionarios públicos, civiles y militares integran las nuevas capas sociales. Su expansión es más rápida que la de la población activa de los países en cuestión (véase el cuadro 4, referido a los empleados en México).

3. Si el crecimiento de las clases medias se vincula en un principio con la exportación, también es consecuencia del proceso de industrialización del siglo XX en sus dos formas: nacional, sustitutivo de importaciones, y "transnacionalizado" hoy en el marco de la conversión de las economías

CUADRO 4

Proporción de empleados en la población activa de México, 1895-1960 (índice 100 en 1900)

Años	*Población económicamente activa*	*Empleados*
1895	88,8	110,2
1900	100,0	100,0
1910	103,6	134,4
1921	104,0	175,2
1930	—	—
1940	117,3	350,1
1950	170,4	599,5
1960	231,9	1008,8

FUENTE: Según los cálculos de Rangel Contla, J. C.: *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana*, 1845-1960. México, UNAM, 1976, pág. 179

CUADRO 5

Crecimiento del personal de la administración central en México (no incluye las empresas estatales), 1845-1960)

Años	*Personal*	*1900-100*
1845	59.338	89,6
1900	65.898	100,0
1910	64.384	97,2
1921	89.346	134,9
1930	153.343	231,5
1940	191.588	284,3
1950	278.820	423,1
1960	415.511	630,5
1977	1.088.805	1673,2

FUENTE: Rangel Contla, J. C.: *ibídem*, pág. 191 y Secretaría de la Presidencia, *Estudios Administrativos*, 1978.

latinoamericanas en sucursales del extranjero.

Los pequeños empresarios nacionales, los empleados jerárquicos y los técnicos de las empresas extranjeras, con excepción de los que se encuentran en la cúpula, forman parte de una "burguesía no poseedora", no pertenecen a las clases medias en el sentido utilizado aquí. No puede haber industrialización sin expansión del Estado. "El Estado de crecimiento es un Estado creciente", dice con justa razón Henri Lefebvre. La función pública se diversifica, el sector parapúblico de las empresas nacionalizadas y los servicios se desarrolla. Las nuevas responsabilidades sociales y económicas del Estado conducen a una considerable expansión de la administración y, dentro de ésta, de las capas medias (véase el cuadro 5).

Una urbanización más rápida que el proceso de industrialización y anterior a éste acelera la expansión de las capas medias urbanas. El crecimiento de un sector terciario casi parasitario es una antigua característica de las sociedades latinoamericanas más desarrolladas. El sector de los "servicios", cuya preponderancia ha sido considerada desde hace mucho tiempo un rasgo distintivo de las sociedades industriales, es inflado artificialmente por la proliferación del comercio minorista, de los intermediarios y de actividades no productivas de toda índole exigidas, sobre todo, por la opulencia de las ciudades y el lujo de los particulares atraídos por el "efecto de demostración" de las economías centrales. Así, en la Argentina, la expansión sin industrialización de principios de siglo da a la distribución de la población activa una configuración inusitada para un país agrario. En 1914, el terciario representaba ya el 35,9 por ciento (contra el veintiocho por ciento del primario). Estos porcentajes son similares a los de Francia en 1954. Este exceso de "terciarización" va de la mano con un peso desproporcionado de las categorías no manuales en los sectores secundario y terciario, que en algunos casos alcanza o sobrepasa al de los países industrializados. Como consecuencia de ello, se produce lo que Gino Germani llama la "sobreexpansión" de las capas medias, ilustrada por el cuadro 6.

Esta reseña histórica de las clases medias permite comprender que se componen esencialmente de categorías dependientes del sistema socioeconómico tradicional y que su mayor expansión está ligada al desarrollo extravertido. Esto es así tanto para los asalariados (funcionarios, técnicos, cuadros) como para los independientes. Se ha formulado la hipótesis de que los grupos dominantes utilizan el crecimiento urbano para "incorporar y controlar los sectores medios".[6] Sea como fuere, esas capas interme-

[6] Según Pizzorno, A.: "Tres tipos de estructuras urbanas en el surgimiento y la expansión de la sociedad moderna". Germani, G. y cols.: *Urbanización, desarrollo, modernización*. Buenos Aires, Paidós, 1978, págs. 131-148.

CUADRO 6

Las capas medias urbanas en la Argentina y en los Estados Unidos

Estados Unidos		Argentina	
Años	%	Años	%
1870	33,5	1869	8,7
—	—	1895	24,0
1910	34,2	1914	30,7
1940	38,3	1947	41,4
1960	46,9	1957	48,4

FUENTE: Germani, G.: *Sociología de la modernización*. Buenos Aires, Paidós, 1969, pág. 200.

dias son el subproducto de un tipo de desarrollo no dirigido por ellas. Por consiguiente, no cumplen el papel innovador y autónomo que algunos pretenden atribuirle, tal vez por una mera imprecisión conceptual.

Conductas e ideologías

Mucha tinta ha corrido para explicar el papel actual o futuro de las clases medias en América Latina. Una de las interpretaciones más difundidas en la década de 1960, a partir de la aparición del libro de John Johnson sobre el tema,[7] vincula estrechamente el ascenso de las clases medias al progreso económico y la consolidación de la democracia. Es de origen norteamericano y tuvo gran aceptación durante un cierto período. Aparece en muchas obras y, paradójicamente, en el credo de los partidos comunistas ortodoxos latinoamericanos, bajo formas más o menos críticas.[8] Esta con-

[7] Johnson, J. J.: *Political Change in Latin America. The Emergence of the Middle Sectors*. Stanford, Stanford University Press, 1958. Las hipótesis de Johnson son mucho más sutiles que las caricaturas que se han hecho de ellas o las que han formulado muchos de sus epígonos.

[8] Véanse, entre otros, Poter, C. y Alexander, R.: *The Struggle for Democracy in Latin America*. Nueva York, Praeger, 1963; Whitaker, A.: "Nationalism and Social Change in Latin America", en Maier, J. y Weatherhead, R. W.: *Politics of Change in Latin America*. Nue-

cepción en gran medida ideológica, que proyecta el esquema social norteamericano y la evolución de las sociedades industrializadas sobre las realidades del Sur, tiende a considerar a la burguesía ("republicana" y conquistadora" como corresponde) y a las clases medias como parte de la misma totalidad indiferenciada. Sus bases empíricas son frágiles a pesar de la experiencia de los partidos de clase media que llegaron al poder en muchos países después de la Primera Guerra Mundial.

Esta teoría atribuye a las clases medias tres grandes características:

1. una oposición consciente y firme a las clases dominantes, junto con la voluntad de efectuar transformaciones sociales;

2. una vocación por la industrialización;

3. apego inquebrantable a la democracia liberal.

Estas tres hipótesis merecen un examen cuidadoso.

1. La primera parte del principio es que los grupos dominantes, oligarquías o grandes burguesías, son arcaicos y tradicionalistas por definición, es decir, precapitalistas, mientras que las *middle classes*, abanderadas del progreso y la modernización, luchan por establecer el predominio del capitalismo sobre la economía nacional. Las premisas de esa afirmación generalmente son falsas, como se vio más arriba.

Los partidos políticos que ponen en tela de juicio el orden oligárquico por lo general descuidan el aspecto económico. Su oposición es ante todo política y salpicada de consideraciones morales, incluso moralizadoras, sobre la corrupción, la injusticia y el egoísmo social, pero no sobre la industria. En la Argentina, la Unión Cívica Radical del presidente Yrigoyen se jactaba de no tener programa económico, más aún, de no tener programa alguno aparte de la aplicación estricta y honrada de la Constitución, que aseguraría la victoria de la "causa" popular contra las infamias del "régimen" "descreído y falaz". Más adelante sucedió lo mismo con el radicalismo chileno, transformado por la coyuntura de la crisis mundial en instrumento voluntarista de la industrialización cuando accedió al poder en el decenio de 1930. En esa misma década, las clases medias "civiles y militares" brasileñas, que apoyan la revolución de Vargas contra la "vieja república", defienden los "derechos del pueblo y el respeto a la justicia" contra la política mezquina y corrupta de las oligarquías locales y sus alianzas dominantes. En los tres casos, el objetivo principal es la participación, no la transformación económica y social. En realidad, las capas medias

va York, Praeger, 1964, págs. 85-100; asimismo Blankensten, G.: "In Quest of the Middle-Sectors", *World Politics*, enero de 1960, págs. 323-327. El punto de vista de los partidos comunistas está expresado en Delgado, M., Koval, B. y Zuñiga, C.: "Las capas medias, ¿con quién están?", *Revista Internacional*, Praga, 1982, 12, págs. 66-71.

movilizadas aceptan el sistema económico en vigencia sin formular críticas de fondo ni proyectos alternativos, sólo piden que se les reconozca un lugar y se les asegure el acceso al poder y el Estado. Esas aspiraciones, producto de la mentalidad común, no expresan los lineamientos de un desarrollo de otro tipo ni de una visión de futuro socioeconómico capaz de crear una nueva ideología dominante. Es por ello, sin duda, que se habla de las "clases medias sin fisonomía". Esos sectores intermedios no sólo no son la punta de lanza del desarrollo capitalista y la economía de mercado, sino que con frecuencia encarnan las reacciones de hostilidad al capitalismo depredador y salvaje fomentado por las oligarquías cosmopolitas. Es el caso de los dirigentes de la revolución mexicana en lucha contra el progresismo tecnocrático y liberal de los científicos que rodean al dictador modernista Porfirio Díaz. El discurso moralizador de la UCR argentina y el nacionalismo indigenista del APRA peruano no carece de cierto matiz anticapitalista.[9]

2. Es por ello que las clases medias y sus representantes parecen preocuparse menos por el desarrollo industrial que por los problemas de distribución de los ingresos y los intereses del consumidor.

A principios del siglo xx, los partidos populares urbanos, lejos de defender la industria nacional, se oponían a un proteccionismo que encarecía los artículos de consumo y disminuía el poder adquisitivo. Yrigoyen, presidente argentino durante la época de la guerra de 1914-1918, redujo las tarifas aduaneras apenas se restableció la paz.

Por otra parte, los gobiernos "oligárquicos" o que responden a los intereses tradicionales, han fomentado la industria por razones coyunturales, con frecuencia contra la oposición de los partidos de las clases medias librecambistas. Ejemplos de esta tendencia son la Argentina conservadora entre el golpe de Estado militar de 1930 y 1943, como el Chile de Alessandri, que gobernó de 1932 a 1938.

Es evidente que, por su conducta, estas clases medias se encuentran en las antípodas de las "burguesías conquistadoras" o de esos "administradores dinámicos". Se ha formulado incluso la hipótesis[10] de que los países con una mayor proporción de clase media (la Argentina, el Uruguay, Chile) ex-

[9] La Unión Cívica Radical (UCR) argentina, fundada en 1891 para combatir la república oligárquica, llega al poder en 1916. La Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) fue fundada en 1924 en México como "frente antiimperialista"; entra en la escena política peruana como partido nacional en 1931, sosteniendo la candidatura de su fundador, Víctor Raúl Haya de la Torre.

[10] Hoselitz, B. F.: "El desarrollo económico en América Latina", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1962 (2, 3), págs. 48-66.

...mentaron a partir de los decenios de 1950 y 1960 las mayores dificul-...des para desarrollarse, y su ritmo de crecimiento fue menos acelerado ...ue el de sus vecinos. Esta hipótesis resulta tanto más sugestiva por cuan-...o plantea el problema central de la composición de estas clases. Según su ...utor, Bert Hoselitz, cuanto mayor sea la proporción de "cuellos blancos", ...mpleados y burócratas en la clase media, menores serán su aspiración a ...a movilidad social y su espíritu de empresa. Estas virtudes sólo se encuen-...an en la "vieja clase media" de pequeños empresarios agrícolas, indus-...triales y comerciales. Si la distinción entre capas medias nuevas y viejas ...correcta, las conclusiones que se han extraído de ella merecen algunas ...bservaciones. En efecto, es necesario introducir distinciones más sutiles, ...bre todo dentro de las capas medias asalariadas: los empleados no son ...rquicos ni profesionales liberales. Ni la burguesía de Estado brasileña ...el sistema político burocratizado del Estado-partido mexicano parecen ...aber frenado el desarrollo nacional, sino todo lo contrario. Al mismo ...empo, unas clases medias independientes y numerosas, más volcadas a ...a especulación que a la producción, más preocupadas por su seguridad que ...ansiosas de correr riesgos económicos, pueden provocar el estancamien-...to o la involución mejor que cualquier burocracia parasitaria.

! La conquista de la democracia parece haber sido uno de los objeti-...vos de las clases medias y sus organizaciones en el siglo xx. Con todo, es-...ta afirmación tiene sus matices. La conducta política de las clases medias ...ha evolucionado, sus intereses no siempre pasan por la defensa de las ins-...tituciones representativas. Sin querer asimilar a los oficiales militares a las ...clases medias, de las cuales han salido en su mayoría y cuyos ingresos y ...posición social comparten, y sin extenderse sobre la tesis del "golpe de ...Estado de clase media",[11] según la cual los pronunciamientos militares la-...tinoamericanos del decenio de 1960 habrían asumido la defensa de los sec-...tores medios, es imposible desconocer la falta de consecuencia ideológica ...de esas capas sociales, así como su propensión manifiesta por las solucio-...nes autoritarias. Sin embargo, es necesario señalar que, a lo largo de me-...dio siglo, la alianza de las clases medias o de ciertos grupos salidos de sus ...filas no tuvo un sentido uniforme y unívoco, sino que en algunos casos ...tomó una orientación progresista y reformadora (Chile, el Brasil, el Ecua-...dor en 1920-1940, el Perú, nuevamente el Ecuador en 1970-1980) y en ...otros buscó su propia conservación social (el Brasil en 1964, la Argenti-

[11] Según Nun, J.: "A Latin American Phenomenon: the Middle Class Military Coup", ... Petras, J. y Zeitlin, M.: *Latin America, Reform or Revolution?*, Nueva York, Fawcett ..., págs. 145-183.

na en 1966 y 1976, Chile en 1973). Esta tendencia de las clases medias obedece a situaciones coyunturales y al juego de las relaciones entre las clases, se ve condicionada fuertemente por su apego permanente a la intervención ampliada del Estado y el incremento de sus responsabilidades.

Actitudes políticas, perspectivas sociales y relaciones de clase

Las clases medias latinoamericanas son mosaicos heteróclitos en grado aún mayor que sus pares europeas. De ahí la envergadura de la polémica que han suscitado. No obstante, cabe señalar que sus conductas sociales son relativamente homogéneas, dentro de ciertos márgenes; para descubrirlo, basta situarlas en su contexto social, no aislarlas buscando correspondencias nominales con otras sociedades. Si es poco útil tratar de aprehender las clases sociales por encima de sus relaciones entre sí, esto es todavía más cierto para unas clases tan amorfas "en sí" y carentes de objeto directo como los "sectores medios". Para demostrarlo, se examinarán sucesivamente sus relaciones con los grupos dominantes, su situación frente al Estado y sus conductas con respecto a las clases populares.

Las relaciones entre las capas medias y las oligarquías se ven con frecuencia mediatizadas por el conjunto de mitos que rodea a aquéllas. Si todo lo que está por encima de las clases populares pertenece a la *aurea mediocritas* de la mesocracia, entonces no hay asimetría social ni, por consiguiente, oligarquía. El juego conceptual tiene su lógica. Sin embargo, aunque las clases medias no ponen en tela de juicio los modelos económicos ni el pacto de dominación —con algunas excepciones revolucionarias cuyos efectos no pueden ser permanentes, como lo demuestra la revolución mexicana—, sus conductas revelan con frecuencia su aspiración de progresar económica, política e incluso socialmente dentro del sistema. Ese deseo de integración y esas aspiraciones dan lugar a un conformismo ambicioso que convierte a sus miembros en "aspirantes a burgués". Por eso no es sorprendente que la adquisición de tierras sea el broche de oro de una carrera comercial o liberal, la ratificación y el símbolo social del éxito del abogado y el pequeño industrial, desde El Salvador hasta la Argentina pasando por el Uruguay y el Brasil. Pero son principalmente los títulos universitarios los que permiten a los hijos de las capas medias lanzarse a la conquista del prestigio social.

Con todo, el deseo de ascender frecuentemente se da de bruces contra el monopolio social y político de la gran burguesía. Las clases medias se

[illegible]en en los movimientos políticos que combaten ese exclusivismo y [illegible] por la democratización del sistema. El arribo al poder de esos par[illegible]uvo como consecuencia la ampliación del sufragio en Chile, el Uru[illegible] la Argentina, Costa Rica, por mencionar algunos ejemplos. Pero en [illegible] más generales se trata de obtener el acceso a esos dos lugares pri[illegible]ados de la reproducción social y el estatus que son el Estado y la edu[illegible] superior. El ingreso irrestricto a la función pública es una forma de [illegible]ibución pacífica muy apreciada por las clases medias en ascenso. [illegible]llo, la expansión de la burocracia, que coincide con el arribo de los [illegible]dos populares al gobierno, no es simplemente, como sostienen las [illegible]as conservadoras desplazadas, un robo liso y llano al tesoro público [illegible] un medio para distribuir los beneficios del crecimiento a nuevos gru[illegible] sociales.

El acceso a la universidad es otra aspiración similar, porque el título es [illegible] el pasaporte que da derecho a participar en el festín de los elegidos. "[illegible] hijo el doctor" (médico o abogado) es el sueño de todas las madres de [illegible] media del continente. Tanto es así, que las universidades superpobla[illegible] producen legiones de diplomados a los que les resulta muy difícil ha[illegible] empleo. Así, en 1980, la Argentina tenía un médico por cada 430 habitantes, contra 580 en Francia y 520 en los Estados Unidos. El mismo [illegible] tiene el mismo número de arquitectos que Francia, cuando ésta tiene el doble de habitantes y construye cinco o seis veces más viviendas por año que aquélla. Estas cifras son similares para el Uruguay. Las luchas por el ingreso irrestricto a la universidad son permanentes en casi todos los países, y el examen de ingreso, cuando existe, como el *vestibular* brasileño, es un gran drama nacional. Por no hablar de los *drop out* del sistema universitario que hoy son los cuadros principales de la insurrección salvadoreña, como ayer lo fueron del castrismo, el Frente Sandinista nicaragüense y las guerrillas argentinas.

Es necesario tener en cuenta estos datos para comprender la importancia de la universidad entre las piezas del juego político, la aspereza de las luchas estudiantiles y la estrecha relación entre la enseñanza superior y la vida política. En ese sentido, no se puede dejar de mencionar la reforma universitaria de 1918, que se extendió desde Córdoba, la docta y colonial ciudad argentina, al resto del continente con pocas excepciones. Los hechos fueron los siguientes: en 1912 se instaura en la Argentina el sufragio universal y secreto, en 1916 los radicales de Yrigoyen llevan al poder las aspiraciones de las clases populares y medias. Pero la universidad sigue siendo un coto reservado de la "aristocracia". Las "grandes familias" ejercen sobre ella un férreo control, sobre todo en las provincias. Los estudiantes se alzan contra la elección de los profesores y ciertas normas de funcio-

namiento que perjudican a los más pobres: las banderas de la reform asistencia libre, gobierno tripartito (estudiantes, profesores y gradu y autonomía— son tomadas a partir de 1919 por los estudiantes pro tas de todo el continente.

Puesto que el Estado controla la distribución de los ingresos —y ello, el proceso de ascenso social a través de la función pública y la uni sidad—, las clases medias son a la vez democráticas y estatistas. Su frentamientos con los terratenientes no son, como se creyó erróne de índole económica sino que se producen en torno del Estado. El to estatal no sólo ofrece posibilidades de movilidad social o una e dad relativa. Se lo ve como un protector, sobre todo de los sectores dependientes. Los empleados de banca y comercio del Brasil rinde verdadero "culto al Estado"[12] al cual no reclaman sino solicitan ante asistencia. Las organizaciones representativas de las clases medias riadas entre 1930 y 1964 se caracterizan por sus orientaciones apolít antirreformistas, de un corporativismo aliado a un estatismo inmovil Su mayor preocupación no es la extensión del sufragio ni las transfo ciones sociales sino las posibilidades de consumo "moderno" y de s ro social.

Los sistemas públicos de seguridad social constituyen el corazón dispositivo de defensa de las capas medias y quizás ellos mismos cr sectores intermedios. Si el burgués, según Siegfried, es "alguien que see reservas",[13] el pequeño burgués latinoamericano es tal vez alguien cuenta con protección social oficial para sí mismo y los suyos. Sea co fuere, es un hecho que los organismos de seguridad social participati (distintos de la asistencia pública al alcance de todos), de costo gene mente elevado para el patrón, el asalariado y el Estado, contribuyen al cr cimiento de las clases medias al multiplicar los puestos de trabajo (méd cos, enfermeros, personal administrativo) que son su monopolio. Agrégu a ello que los beneficios de los sistemas de seguridad generalmente so mayores para los empleados y los funcionarios que para los demás traba jadores, como lo demuestra en México, por ejemplo, la calidad de los hos pitales y dispensarios del Instituto del Seguro Social de los Trabajadore al Servicio del Estado (ISSTSE). En fin, basta comparar el número relati vamente bajo de beneficiarios del seguro social en países como el Brasil y México (véanse los cuadros 7 y 8) para convencerse de que sus afiliado son privilegiados que participan de alguna manera de la situación y los va-

[12] Según Saes, D.: "Tendencias do sindicalismo de classe media no Brasil, 1930-1964", en CEDEC: *Trabalhadores, sindicatos e politica*. San Pablo, CEDEC-Global, s.f.

[13] Siegfried, A.: *De la IIIe a la IVe République*. París, Colin, 1956, pág. 257.

CUADRO 7

Población cubierta por el seguro social y población no asegurada en México *

Años	*Población asegurada*	*Población no asegurada*	*Población total*
1967		22.244.658	40.084.531
1971	9.846.722	355.824.278	45.671.000
1976	133.651.613	38.800.335	52.451.900
			62.329.189

FUENTE: López Acuña, D: "Salud, seguridad social y nutrición", en González Casanova, P. x., Florescano, E. y cols.: *México hoy*. México, Siglo XXI, 1980, pág. 197

* Las cifras de población asegurada corresponden a las cajas más importantes del seguro social.

[illegible] de las clases medias, sean obreros de PEMEX (administración de petróleos), ferroviarios, empleados bancarios o de comercio.

En términos generales, las clases medias constituyen hoy la clase política por excelencia. Poseen el capital cultural indispensable y la aspiración de ascender necesaria para ello. En algunos casos, sus miembros detentan el monopolio, por así decirlo, de la representación política. Así sucede en Bolivia, el Perú, Guatemala y en general en las sociedades plu-

CUADRO 8

Brasil: población que cuenta con seguro social como porcentaje de la población activa y la población total

Años	% de población económicamente activa	% del total de población
1950	20,8	6,8
1960	23,1	7,4
1970	27,0	9,0

FUENTE: Datos del IBGE, 1952-1962, calculados por Malloy, J.: *The Politics of Social Security in Brazil*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1979, pág. 95.

riétnicas o donde los analfabetos están, o estuvieron excluidos del sufra gio. Los jefes revolucionarios no escapan a esta tendencia. En Méxi aparte de Zapata y Villa, de extracción popular pero que disfrutaban de posición desahogada en su ambiente de origen, y de Carranza, gran teniente, los demás jefes revolucionarios pertenecían a los grupos medi Calles era maestro de escuela, Cárdenas empleado municipal, Obregón queño agricultor, otros eran periodistas, farmacéuticos, etcétera. Los lí res de revoluciones marxistas o que adhirieron a ellas presentan el mis perfil social. Son abogados, médicos o ex alumnos de las universidad que hablan en nombre de las masas campesinas y la clase obrera en C y Nicaragua. En la década de 1970, los jefes "pequeños burgueses" guerrilla uruguaya y argentina, los Tupamaros y Montoneros, impusie a sus miembros la norma de ...¡"proletarizarse" y llevar una vida aus

El casi monopolio de las clases medias es también muy apreciabl un régimen civil fuerte como el que gobierna México desde hace más cincuenta años y en el cual las elites económicas se han separado de la líticas debido a las normas burocráticas de ascenso en el partido-Est Un estudio reciente[14] sobre las categorías socioprofesionales con mu representativas de las elites políticas mexicanas revela con mayor pr sión los componentes de esta población, que ha conservado una hom neidad notable en el tiempo. Para el período posrevolucionario (19 1971), las categorías superiores (industriales y grandes propietar tienen escasa representación (siete por ciento), las capas populares no peran el doce por ciento e incluso los dirigentes sindicales, que const yen las ocho décimas partes de la muestra, forman parte de los secto medios. El grueso de la clase política pertenece, pues, a las capas med graduados universitarios o parauniversitarios, porque los empleados pan un lugar exiguo (a mitad de camino entre las categorías superior las clases populares), mientras que los abogados, seguidos por los ma tros de escuela y los profesores universitarios, se llevan la parte del l Las mismas proporciones aparecen en el período "revolucionario" (19 1940) pero con una diferencia: hay un porcentaje elevado de militares. tos datos no difieren mucho de los de otros países occidentales; en c paración con Francia, muestran una sobrerrepresentación de abogado docentes.[15] Sin embargo, es necesario introducir algunas precision mayoría de los abogados y profesores son funcionarios con cargos de

[14] Smith, P. H.: *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las elites políticas en México* (1900-1971). México, El Colegio de México, 1979, págs. 104-105.

[15] En lo que se refiere a Francia se puede consultar Birnbaum, P.: *Les Sommets de l'É... Essai sur l'élite du pouvoir en France*. París, Ed. du Seuil, 1977.

...abilidad en el aparato estatal. Así lo demuestra la carrera de los ... presidentes mexicanos y sus ministros, formados en el entorno es... pero luego de recibir una educación en leyes: el licenciado o el doctor ... Cono Sur poseen un título prestigioso que no implica necesariamen... ...a actividad forense.

...ente a las clases populares, la actitud de las capas medias es ambigua ...ilante. Es verdad que esas capas sociales sufren numerosas contra...iones debido a su situación intermedia. Así, las clases medias abogan ...el fortalecimiento del Estado, que les asegura una cierta participación ...al menos los libera de los caprichos de los dignatarios locales, a la vez ...aumenta los servicios públicos, de los cuales son beneficiarios privi...iados. La expansión del Estado significa para ellos la expansión de su ... social y mejores prestaciones. Pero la otra cara de la moneda del ...ado fuerte es el "Estado autoritario", enfrentado a los dos bastiones de ...lase media: los partidos políticos y la universidad autónoma.

...l ejemplo del Brasil es ilustrativo de ello. El *Estado novo*, régimen dic...orial instaurado por Getulio Vargas en 1937, crea muchas instituciones ... favorecen a las capas medias en detrimento de las oligarquías locales. ... el Departamento Administrativo del Servicio Público (DASP) libera ...los funcionarios de la tutela de los "coroneles" y de las autoridades so...ales. Pero las restricciones a las libertades y los derechos de la oposición ...nan la disidencia de capas medias civiles y militares que habían apo...ado a Vargas contra los nostálgicos de la república oligárquica. Ellas con...man el frente liberal llamado Unión Democrática Nacional (UDN) que ...voca la caída del *getulismo* en 1945.

Debajo de la ambivalencia de la pequeña burguesía frente a las clases ...pulares subyacen sus ansias de seguridad y sus expectativas de promo...ión social. Este fenómeno es indudablemente universal, pero en Améri...a latina adquiere formas institucionales particulares. Después de haber ...ierto con gran esfuerzo las puertas del orden oligárquico y vencido el ex...lusivismo de las elites constituidas, las capas medias temen la proletari...ación tanto como la irrupción de las capas inferiores en sus territorios ar...uamente conquistados. Según algunos historiadores y sociólogos, esta ...ría una de las causas clásicas del fascismo europeo.[16] Sea como fuere, el ...pánico de perder su nivel" que manifiestan las clases medias ante el as...enso del movimiento obrero organizado, con sus secuelas de desorden ...financiero e inflación, explica en gran medida la actitud favorable de es...os sectores hacia los regímenes autoritarios, al menos en sus comienzos.

[16] Véase Germani, G.: *Sociología de la modernización*. Buenos Aires, Paidós, 1969, pág. 206.

Las clases medias de Río de Janeiro y San Pablo se lanzaron masivamente a las calles en 1964 y la consecuencia de ello fue el golpe militar de abril de ese año. En la Argentina, las clases medias no tuvieron la menor vergüenza en aplaudir el golpe de Estado de 1966, ¡que derrocó a un presidente electo por un partido considerado de clase media! No ocultaron su alivio cuando el general Videla derrocó a la señora de Perón en 1976. La inmensa mayoría de la pequeña burguesía chilena estaba unida en su oposición visceral a la Unidad Popular en 1973. Pero diez o veinte años más tarde, esos mismos partidarios del gobierno fuerte aparecen reclamando la democratización de los autoritarismos. Los que en 1964 se movilizaron contra Goulart "por Dios, la familia y la libertad", en 1983 exigieron "elecciones directas ya" al general Figueiredo. Las clases medias golpistas de la Argentina provocaron el triunfo de Raúl Alfonsín y la derrota de los militares en las elecciones de octubre de 1983. ¿Incoherencia? ¿Versatilidad? Sin duda es necesario tener en cuenta la evolución de las sociedades y la situación particular de estos sectores sociales para responder a estas preguntas.

La expansión de las "nuevas clases medias", es decir, de los sectores medios asalariados, y su preponderancia cumplen un papel tan importante en las transformaciones de la conducta de los sectores intermedios como el debilitamiento de las pequeñas burguesías independientes bajo los golpes de la concentración capitalista. Las crisis económicas recurrentes, los picos inflacionarios y el poderío de las organizaciones sindicales obreras tienden a llenar las brechas sociales; al mismo tiempo, las amenazas de pauperización se ciernen sobre esos grupos, que ven cerrarse unos tras otros los canales tradicionales de promoción social. Ya no basta el diploma universitario para abrir la puerta de accceso a la burguesía. La conservación de las distancias sociales, preocupación esencial de la mayoría de los grupos humanos,[17] ya no es un proceso natural. Por otra parte, estas clases medias se desarrollaron y "socializaron" en un mundo en el que los valores burgueses de tipo weberiano han perdido vigencia; al mismo tiempo, no han dejado de asimilar los valores posburgueses del "hombre de la organización", *other-directed*, según Riesman. En consecuencia, el carácter dependiente, la extrema sensibilidad a las coyunturas y a los condicionamientos por los mass-media explican en gran medida los virajes paradójicos de estos sectores sociales que, si bien formarían parte de su naturaleza, afectan de manera decisiva los avatares de la vida política latinoamericana.

[17] Como lo señala correctamente Paul Veyne en *Le Pain et le Cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*. París, Éd. du Seuil, 1976, pág. 317.

[illegible] (Marcello), *Populismos y « Partidos de clase media » (Notas comparativas)*, Buenos Aires, CEDES (Documentos CEDES/CLACSO), [illegible] (multigr.).

[illegible] (Oscar), *Inmigrantes y empresarios en la política argentina*, Buenos Aires, Instituto di Tella (Documento de trabajo), 1966 (multigr.).

[illegible] (Michel), « Classes sans conscience ou préfiguration de la société sans classe », *Archives européennes de sociologie*, 1960, nº 2, p. 233-[illegible].

[illegible] (Michel), « L'ambiguïté de la conscience de classe chez les employés et les petits fonctionnaires », *Cahiers internationaux de sociologie*, 1955, XVIII, p. 78-97.

[illegible] (Boris), *A Revolução de 1930 (Historiografia e historia)*, São Paulo, Brasiliense, 1979.

[illegible] Valdés (Ernesto), « La paradoja de Johnson. Acerca del papel político-económico de las clases medias en América latina », *Sistema* (Madrid), nº 56, septembre 1983, p. 131-147.

Germani (Gino), *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidos, [illegible].

Germani (Gino), *Política y Sociedad en una época de transición (De la sociedad tradicional a la sociedad de masas)*, Buenos Aires, Paidos, [illegible].

Malloy (James M.), *The Politics of Social Security in Brazil*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1979.

Pinheiro (Paulo Sergio), « Clases medias urbanas : formação, natureza, intervenção na vida politica », *Revista mexicana de sociología*, avr.-juill. 1975, p. 445-473.

Rangel Contla (José Calixto), *La Pequeña Burguesía en la sociedad mexicana (1895 a 1960)*, México, UNAM, 1972.

Smith (Peter H.), *Los Laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México (1900-1971)*, México, El Colegio de México, 1979.

4. Los obreros y el movimiento sindical

Aparentemente, las clases populares urbanas, sobre todo cuando están organizadas, no suscitan tantos problemas de delimitación y localización como los actores a los que se refiere el capítulo anterior. Se conoce el lugar que ocupa el "proletariado" y los trabajadores manuales en el proceso de producción. La organización del mundo obrero en sindicatos permite aprehender sus conductas en tanto actor colectivo. Su expresión política a través de partidos o movimientos reivindicatorios de la "clase obrera" es otra vía de acceso al estudio de su papel. Pero todo esto es una verdad parcial. Los orígenes múltiples de las clases obreras nacionales, paralelos a la diversidad de las economías de países en estadios muy desiguales de industrialización, la variedad de los modos de inserción de los trabajadores en la vida nacional, sus relaciones concretas con otros sectores sociales y con el Estado que condiciona su autonomía y organización hacen del universo obrero latinoamericano un mundo abigarrado, contradictorio y muy particular, además de escasamente estudiado, en el cual los esquemas de análisis tradicionales son de escasa ayuda. Por eso, antes de abordar el papel actual de las clases obreras latinoamericanas, conviene detenerse un poco en su historia y formación.

El nacimiento de la clase obrera

La aparición de los trabajadores manuales asalariados se produce en función del desarrollo de las economías y principalmente de la actividad exportadora. Antes de ser obreros industriales, los trabajadores latinoamericanos fueron mineros u obreros rurales en las plantaciones. En el sector industrial propiamente dicho, el proletariado sólo adquiere fuerza numérica cuando comienza la transformación de los productos primarios exportables. Posteriormente, la manufactura, al reemplazar el artesano y la im-

portación de bienes, provoca una rápida expansión de la mano de obra industrial.

A principios de siglo existen tres grandes categorías de trabajadores concentrados que se van a organizar. Por un lado, los asalariados rurales de las plantaciones modernas —el banano en Colombia y Honduras, el azúcar y el algodón en el litoral peruano— y, por el otro, los trabajadores del sector de extracción: cobre en Chile y el Perú, plata y estaño en Bolivia. Por último, los obreros de la industria de elaboración de productos rurales: ingenios azucareros, mataderos y frigoríficos y molinos. En los países más avanzados aparecen la industria textil y algunas mecánicas. En 1885, San Pablo cuenta con una veintena de fábricas, de las cuales trece son textiles algodoneras y cuatro fundiciones; en 1901 ya son ciento setenta empresas, de las cuales cincuenta tienen más de un centenar de obreros. En Monterrey, en 1903, los altos hornos de la Fundidora fabrican los primeros rieles para los ferrocarriles mexicanos.

Para esa época la ciudad cuenta con 4.500 obreros en treinta industrias diferentes, de la siderurgia a los productos alimenticios.

Cabe destacar que a principios de siglo la clase obrera es numéricamente muy débil. Algunas ramas de la industria emplean poca mano de obra. Su organización, capacidad ofensiva independiente y función en la economía le dan un peso que no guarda proporción con su exigüidad de ayer y su actual carácter minoritario. Así, en 1921, la extracción de petróleo en Venezuela ocupaba apenas 8.715 trabajadores, y en la década de 1970, sobre una población total de veinte millones, apenas 35.000 personas trabajan en ese sector clave de la economía del país. En Chile, de 1906 a 1924, el número de obreros —sin contar los mineros— aumenta de 5.300 a 85.000. En México, en 1861, los "oficios mecánicos" empleaban a 73.000 personas, menos del 2,5% por ciento de la población activa. En 1910 había apenas 195.000 obreros, de los cuales ochenta mil eran mineros. Esta población obrera aumentó rápidamente entre 1930 y 1970 en casi todos los países, pero sigue siendo relativamente modesta. Todo el sector secundario (incluyendo a empleados y artesanos) colombiano cuenta en 1960 con seiscientas mil personas, de las cuales trescientas mil son obreros industriales. En México, en 1970, sobre una población económicamente activa de trece millones, 2,9 millones de puestos de trabajo corresponden a ese sector, incluyendo la construcción y las minas.

A pesar de su debilidad numérica, la clase obrera se constituyó rápidamente en un actor social al que se debía tener en cuenta. Su lugar estratégico en la producción indudablemente le da cierto poder. Las características propias del trabajo obrero les dan a sus luchas para mejorar sus pésimas condiciones de trabajo una magnitud y una eficiencia política te-

Su capacidad de organización solidaria depende ante todo del nivel de concentración de la fuerza de trabajo. Los bastiones del sindicalismo incipiente son las minas, los ferrocarriles y más adelante la gran industria. Pero la fuerza del movimiento obrero se debe también a la ineficacia de los mecanismos tradicionales de control de la mano de obra. Las ...as particularistas adaptadas a la dominación del mundo rural no se ...an fácilmente a los trabajadores, que por ser calificados no son inter...bles ni están atados a la empresa. La movilidad del salario urbano ... de él un hombre libre, sobre todo en períodos de escasez de mano de obra. Finalmente, las ideologías y las prácticas organizativas traídas de Europa ofrecen a las clases obreras en formación las herramientas para una concientización colectiva y una solidaridad desconocidas hasta entonces en las clases populares latinoamericanas. La transferencia de las tradiciones de lucha es especialmente visible e importante en las zonas de inmigración europea masiva del sur del continente. Pero aún en sociedades tan poco abiertas a la inmigración como la mexicana, son los europeos los que dan origen al movimiento obrero. Tal es el caso de Rhodakanaty, discípulo griego de Proudhon formado en Viena y París, difusor de la causa socialista y teórico de la autoorganización del proletariado mexicano.[1]

Pero, al igual que en Europa, el surgimiento del movimiento obrero es inseparable de las terribles condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera en sus comienzos. Desde esta perspectiva se puede comparar la Europa de la revolución industrial con América Latina. No existe gran diferencia entre el informe de Villermé sobre los obreros algodoneros de Mulhouse en 1840 y el de Bialet Massé sobre las clases obreras del interior argentino a principios de siglo. Se podría pensar que la situación de los obreros latinoamericanos a principios del siglo xx, e incluso en algunos casos hasta la actualidad, es similar a la de sus homólogos europeos del siglo xix. Las jornadas de trabajo de doce, catorce horas o más son la norma. Las patronales contratan mujeres y niños porque sus sueldos son menores. En la industria textil mexicana de fines de siglo, la octava parte de la mano de obra era menor de trece años, como en la industria algodonera inglesa de 1834. No se respetan las normas sobre el trabajo de los niños. En 1922 se produjo una huelga en San Pablo contra los malos tratos infligidos a los niños, obligados en muchos casos a trabajar más de las ocho horas reglamentarias. En 1980, en Colombia, una organización humanitaria inició una campaña por la protección de los "niños trabajadores".

El estado sanitario de esta población trabajadora suele ser lamentable, a causa tanto de las condiciones de trabajo como de una mala alimentación

[1] Sobre Plotino Rhodakanaty, véase Hart, J.M.: *El anarquismo y la clase obrera mexicana (1860-1931)*. México, Siglo XXI, 1980.

agravada con un alcoholismo devastador. La tuberculosis hace estragos en los frigoríficos argentinos. La esperanza de vida del minero boliviano en 1950-1960 era de apenas treinta y cinco años. Antes del auge del sindicalismo, se fijaban los salarios arbitrariamente según la coyuntura y en la mayoría de los casos eran muy bajos dada la abundancia de mano de obra. Según algunos cálculos, el salario obrero medio en México, en vísperas de la revolución, tenía la cuarta parte de su valor de un siglo antes, valga lo que valiere esta comparación secular. Los salarios, bajos de por sí, se reducen aún más por medio de una serie de retenciones (multas, alquiler o reparación de herramientas),[2] por el pago en bonos en lugar de moneda y la obligación de comprar en la tienda del patrón, la tienda de raya mexicana o la pulpería de las minas bolivianas. Las condiciones de alojamiento eran tan espantosas, que en 1910 los obreros brasileños consideraban envidiable la situación de sus colegas europeos.[3] A principios de siglo, el hábitat obrero típico es el llamado conventillo (Argentina), casa de vecindad (México) o *cortiço* (Brasil): una sola habitación en la que se hacina una familia entera. Se trata generalmente de viejos edificios construidos alrededor de un patio central, desde el cual se accede a los cuartos, que generalmente carecen de ventanas, y donde se encuentra el único grifo y los baños colectivos. Según una estimación, más de la cuarta parte de la población de Buenos Aires vivía en conventillos en 1887, el quince por ciento en 1904.[4] Situación que no tiene nada que envidiar, por así decirlo, al Manchester de Engels o a los barrios bajos de Lille descritos por Villermé.

Ante esas condiciones de vida que recuerdan las de Europa durante la revolución industrial, pero que existen cincuenta o cien años más tarde, la actitud de la patronal y las autoridades consiste en negar los problemas sociales y rechazar las reivindicaciones obreras, justificando el recurso de la violencia. Los asalariados deben mostrarse agradecidos con el patrón que les da trabajo, cuando tantos de sus semejantes buscan un puesto. En esos países todavía rurales, donde el empleo relativamente estable y pagado con dinero es escaso, el trabajo asalariado urbano puede parecer un privilegio. Los grupos dirigentes consideran que la lucha de clases no tiene cabida en

[2] Véase al respecto el reglamento draconiano de una carpintería argentina de 1892, publicado por *El Obrero* el 5 de marzo de 1892 y citado en Panettieri, J.: *Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva (1870-1910)*. Buenos Aires, 1967, págs. 86-87.

[3] Según la comparación entre las condiciones de vida de los obreros brasileños y europeos en 1910 publicada en la edición Nro. 274 (septiembre de 1910) del periódico obrero anarquista *La Bataglia*, de San Pablo. Reproducido en Pinheiro, P.S. y Hall, M.: *A clase operaria no Brasil, Documentos*. San Pablo, Brasiliense, 1981, pág. 53.

[4] Según Bourdé, G.: *Urbanisation et inmigration en Amérique latine*. Buenos Aires, París, Aubier-Montaigne, 1974, pág.250.

... Mundo, que es, como las ideologías obreras, una "planta exótica importada desde Europa corrupta y decadente. Todo intento de organización es aplastado por la fuerza. Se expulsa a los "agitadores" extranjeros, responsables de perturbar el clima idílico de las relaciones entre el capital y el trabajo. En 1904, el gobierno argentino promulga una llamada "ley de residencia", no abolida hasta 1958, que permite deportar a todo extranjero acusado de subversivo, lo cual en un país de inmigración mayoritaria es un arma temible. A propósito, un presidente brasileño del primer cuarto de siglo decía que "la cuestión social es un simple problema poli-[illegible]

Se comprende fácilmente cómo esta actitud ante las reivindicaciones insatisfechas de la población obrera condujo, a principios de siglo y al final de la Primera Guerra Mundial, a una serie de grandes huelgas, reprimidas brutalmente pero cuyo impacto social e histórico se hizo sentir durante largo tiempo en los países donde se produjeron. En México, en Cananea y Río Blanco, dos huelgas debilitaron el porfiriato y anunciaron la próxima conflagración revolucionaria. Sacralizadas por el movimiento obrero, hoy forman parte de la historia oficial. En Cananea, una mina de cobre en el estado de Sonora, limítrofe con los Estados Unidos, los trabajadores mexicanos exigen en 1906 un salario mínimo decente, igual al de los mineros norteamericanos que trabajan con ellos, y la jornada de ocho horas. El gobernador de Sonora, con ayuda de doscientos cincuenta *rangers* norteamericanos y guardias rurales, restablece a sangre y fuego "la ley y el orden" desafiados. En Río Blanco, estado de Veracruz, una empresa textil emplea a 2.350 trabajadores. Hay un total de siete mil en toda la zona de Orizaba. Los trabajadores se sublevan en enero de 1907 para protestar por las retenciones patronales sobre sus salarios y la vigilancia policial a la que eran sometidos juntamente con sus familias para mantenerlos a resguardo de "contactos perniciosos". En primer término saquean la tienda de raya, odioso símbolo de su miserable situación. Las tropas federales aplastan la rebelión. La mina de Cananea era de propiedad norteamericana. La fábrica de Río Blanco pertenecía a una sociedad francesa.

En Chile, en 1905, una huelga general llamada la "semana roja" causa muchos muertos en Santiago. Pero la matanza de Santa María de Iquique, célebre por la cantata de Luis Advis D. que interpretan los Quilapayún, inscribe en los anales de la infamia una de las páginas más cruentas de la historia del movimiento obrero chileno. En diciembre de 1907, los mineros del salitre, hartos de que les paguen con "fichas" desvalorizadas, abandonan su miserable campamento con sus familias para presentar sus reclamos a la dirección de la empresa. Tres mil personas se refugian en una escuela de Iquique y allí son ametralladas por el ejército.

agravada con un alcoholismo devastador. La tuberculosis hace estragos en los frigoríficos argentinos. La esperanza de vida del minero boliviano en 1950-1960 era de apenas treinta y cinco años. Antes del auge del sindicalismo, se fijaban los salarios arbitrariamente según la coyuntura y en la mayoría de los casos eran muy bajos dada la abundancia de mano de obra. Según algunos cálculos, el salario obrero medio en México, en vísperas de la revolución, tenía la cuarta parte de su valor de un siglo antes, valga lo que valiere esta comparación secular. Los salarios, bajos de por sí, se reducen aún más por medio de una serie de retenciones (multas, alquiler o reparación de herramientas),[2] por el pago en bonos en lugar de moneda y la obligación de comprar en la tienda del patrón, la tienda de raya mexicana o la pulpería de las minas bolivianas. Las condiciones de alojamiento eran tan espantosas, que en 1910 los obreros brasileños consideraban envidiable la situación de sus colegas europeos.[3] A principios de siglo, el hábitat obrero típico es el llamado conventillo (Argentina), casa de vecindad (México) o *cortiço* (Brasil): una sola habitación en la que se hacina una familia entera. Se trata generalmente de viejos edificios construidos alrededor de un patio central, desde el cual se accede a los cuartos, que generalmente carecen de ventanas, y donde se encuentra el único grifo y los baños colectivos. Según una estimación, más de la cuarta parte de la población de Buenos Aires vivía en conventillos en 1887, el quince por ciento en 1904.[4] Situación que no tiene nada que envidiar, por así decirlo, al Manchester de Engels o a los barrios bajos de Lille descritos por Villermé.

Ante esas condiciones de vida que recuerdan las de Europa durante la revolución industrial, pero que existen cincuenta o cien años más tarde, la actitud de la patronal y las autoridades consiste en negar los problemas sociales y rechazar las reivindicaciones obreras, justificando el recurso de la violencia. Los asalariados deben mostrarse agradecidos con el patrón que les da trabajo, cuando tantos de sus semejantes buscan un puesto. En esos países todavía rurales, donde el empleo relativamente estable y pagado con dinero es escaso, el trabajo asalariado urbano puede parecer un privilegio. Los grupos dirigentes consideran que la lucha de clases no tiene cabida en

[2] Vease al respecto el reglamento draconiano de una carpintería argentina de 1892, publicado por *El Obrero* el 5 de marzo de 1892 y citado en Panettieri, J.: *Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva (1870-1910)*. Buenos Aires, 1967, págs. 86-87.

[3] Según la comparación entre las condiciones de vida de los obreros brasileños y europeos en 1910 publicada en la edición Nro. 274 (septiembre de 1910) del periódico obrero anarquista *La Bataglia*, de San Pablo. Reproducido en Pinheiro, P.S. y Hall, M.: *A clase operaria no Brasil, Documentos*. San Pablo, Brasiliense, 1981, pág. 53.

[4] Según Bourdé, G.: *Urbanisation et inmigration en Amérique latine*. Buenos Aires, París, Aubier-Montaigne, 1974, pág.250.

del Nuevo Mundo, que es, como las ideologías obreras, una "planta exótica importada desde Europa corrupta y decadente. Todo intento de organización es aplastado por la fuerza. Se expulsa a los "agitadores" extranjeros responsables de perturbar el clima idílico de las relaciones entre el capital y el trabajo. En 1904, el gobierno argentino promulga una llamada ley "de residencia", no abolida hasta 1958, que permite deportar a todo extranjero acusado de subversivo, lo cual en un país de inmigración masiva es un arma temible. A propósito, un presidente brasileño del primer tercio de siglo decía que "la cuestión social es un simple problema policial".

Se comprende fácilmente cómo esta actitud ante las reivindicaciones insatisfechas de la población obrera condujo, a principios de siglo y al final de la Primera Guerra Mundial, a una serie de grandes huelgas, reprimidas brutalmente pero cuyo impacto social e histórico se hizo sentir durante largo tiempo en los países donde se produjeron. En México, en Cananea y Río Blanco, dos huelgas debilitaron el porfiriato y anunciaron la gran conflagración revolucionaria. Sacralizadas por el movimiento obrero, hoy forman parte de la historia oficial. En Cananea, una mina de cobre del estado de Sonora, limítrofe con los Estados Unidos, los trabajadores mexicanos exigen en 1906 un salario mínimo decente, igual al de los mineros norteamericanos que trabajan con ellos, y la jornada de ocho horas. El gobernador de Sonora, con ayuda de doscientos cincuenta *rangers* norteamericanos y guardias rurales, restablece a sangre y fuego "la ley y el orden" desafiados. En Río Blanco, estado de Veracruz, una empresa textil emplea a 2.350 trabajadores. Hay un total de siete mil en toda la zona de Orizaba. Los trabajadores se sublevan en enero de 1907 para protestar por las retenciones patronales sobre sus salarios y la vigilancia policial a la que son sometidos juntamente con sus familias para mantenerlos a resguardo de "contactos perniciosos". En primer término saquean la tienda de raya, odioso símbolo de su miserable situación. Las tropas federales aplastan la rebelión. La mina de Cananea era de propiedad norteamericana. La fábrica de Río Blanco pertenecía a una sociedad francesa.

En Chile, en 1905, una huelga general llamada la "semana roja" causa muchos muertos en Santiago. Pero la matanza de Santa María de Iquique, célebre por la cantata de Luis Advis D. que interpretan los Quilapayún, inscribe en los anales de la infamia una de las páginas más cruentas de la historia del movimiento obrero chileno. En diciembre de 1907, los mineros del salitre, hartos de que les paguen con "fichas"desvalorizadas, abandonan su miserable campamento con sus familias para presentar sus reclamos a la dirección de la empresa. Tres mil personas se refugian en una escuela de Iquique y allí son ametralladas por el ejército.

La huelga de una empresa metalúrgica en Buenos Aires, en 19[illegible] sata una insurrección obrera reprimida por el ejército y por milicia[illegible] cas" formadas a tal fin por una burguesía aterrada por el bolchevism[illegible] fue la "semana trágica". En 1920, el derrumbe del mercado lane[illegible] sa del fin de la Primera Guerra Mundial provoca graves tensiones [illegible] *south* patagónico. Se recortan los salarios, ya muy bajos, de los obre[illegible] rales, que trabajan en condiciones miserables. Se inicia la revuelt[illegible] contexto de la dominación brutal que impera en la región, sólo el [illegible] podía "restablecer la calma". Para satisfacción de los "barones de la [illegible] realiza una gran matanza de los "malditos de la tierra". En 1922 se [illegible] ta una huelga general en Guayaquil, Ecuador, ciudad poco industriali[illegible] da. Sus protagonistas son empleados, pequeños funcionarios y la [illegible] marginada y "peligrosa" de los subempleados por el comercio informal[illegible] aun los "desocupados". Protestan por la inflación y la miseria. Dada la [illegible] casa confiabilidad del ejército, es la milicia la que sale a reprimir la [illegible] vilización.

La más célebre de estas huelgas implacablemente aplastadas es sin [illegible] da la de los obreros de la United Fruit en Santa Marta, Colombia, en 1[illegible] evocada de manera magistral por Gabriel García Márquez en *Cien años [illegible] soledad*. Los obreros de la zona bananera de la Ciénaga presentan [illegible] reclamos al poderoso monopolio norteamericano: mejores viviendas, atención médica, indemnización por accidentes de trabajo y, sobre todo, eliminación del pago del salario en bonos que sólo se pueden canjear [illegible] mercadería a precio elevado en la "comisaría" de la United Fruit. El [illegible] diciembre, la multitud se reúne para escuchar la decisión del delegado del gobierno: en lugar de la solución favorable que esperaban, les dan metra[illegible] lla. Hay cientos de muertos.

Esta reseña de huelgas sangrientas no es gratuita ni tiene por obje[illegible] esbozar el martirologio del movimiento obrero latinoamericano. Esta[illegible] huelgas, sus reivindicaciones y el contexto en que se produjeron permiten comprender mejor los primeros balbuceos de la acción sindical en el sub continente. También revelan el clima y las relaciones sociales imperant[illegible] a principios de siglo.

Las organizaciones sindicales y su evolución

La clase obrera naciente presenta una serie de particularidades en la ma yoría de los países del subcontinente, que afectarán su cohesión y sus for

[illegible] movilización. En primer lugar, por la importancia tanto numérica —[illegible] nómica de las minas y las plantaciones, las grandes concentracio- [illegible] trabajadores se encuentran generalmente aisladas.

[illegible] aislamiento beneficia la organización sindical, como lo demuestran [illegible] sos sindicatos chilenos del cobre y el peso político de la Central [illegible] Boliviana (COB). Pero su existencia alejada de los centros de po- [illegible] la influencia nacional de esas organizaciones, cuando no las [illegible] un repliegue corporativista. Además, la dispersión de la fuerza de [illegible] numerosas empresas de carácter familiar o artesanal, así como [illegible] blecimientos industriales pequeños, dificulta la formación de sin- [illegible] En 1914, en la Argentina, había un promedio de siete obreros por [illegible]. En el estado de San Pablo, en el Brasil, el 79 por ciento de las em- [illegible] industriales en 1919 tenía menos de diez obreros. Es verdad que el [illegible] por ciento de la mano de obra industrial trabajaba en empresas de más [illegible] obreros. Pero aun hoy, en el Perú, el sector artesanal (menos de cin- [illegible]) concentra el doble de trabajadores que la industria, mientras [illegible] 58 por ciento de la mano de obra del país está integrada por traba- [illegible] independientes, y menos de un tercio de los obreros del sector ma- [illegible] turero trabaja en empresas de más de veinte personas, el mínimo [illegible] para constituir un sindicato.[5] La importancia numérica del sector ar- [illegible] no es un obstáculo para la formación de sindicatos. En términos [illegible] ciertas actividades no industriales o de tipo artesanal cumplie- [illegible] un papel de primer orden en las luchas obreras y la formación del [illegible] miento sindical. Así, a fines de la Primera Guerra Mundial, los pana- [illegible] estaban en la vanguardia de la lucha sindical, tanto del Perú como de [illegible] Salvador.[6] Durante la revolución mexicana, la *Casa del Obrero Mun-* [illegible], organización anarcosindicalista que en 1915 firmó una alianza con [illegible] gón, contaba con una fuerte participación de los empleados de la em- [illegible] de tranvías de la capital, juntamente con los sastres, carpinteros, [illegible] tores y mecánicos. Por su número y sus conocimientos técnicos, los fe- [illegible] rios, capaces de paralizar la economía nacional, gozaban de una si- [illegible] ión privilegiada para defender sus intereses. Así lo demuestran la [illegible] lga de la empresa paulista en 1906, así como la movilización de los [illegible] viarios argentinos en 1917. Pero la configuración de la fuerza de tra- [illegible] a principios de siglo y el peso de la producción artesanal condicionan [illegible] conductas y las ideologías.

[5] Sulmont, D.: "L'évolution récente du mouvement syndical au Pérou", *Amérique lati-* [illegible] Nº 7, otoño de 1981, págs. 60-70.

[6] Cayetano Carpio ("Marcial"), secretario general del Partido Comunista salvadoreño, [illegible] de convertirse en jefe guerrillero en la década de 1970, había organizado los sindica- [illegible] de panaderos.

Los obreros altamente calificados, prendados de su oficio, que no aspiran simplemente a convertirse en maestros artesanos o pequeños patrones, buscan en el modelo anarquista de la "asociación de productores independientes" una síntesis satisfactoria entre un individualismo preindustrial y la lucha organizada contra la explotación y la pérdida de prestigio. Esta no es, ciertamente, una característica propiamente latinoamericana. En cambio, se pueden distinguir tres aspectos originales de la formación de las clases obreras latinoamericanas que influyen de manera directa en las conductas, los valores y las modalidades organizativas.

En primer lugar, en la era de la gran industria, la mano de obra poco calificada que se requiere da lugar a la formación de una clase obrera nueva, carente de tradición. La mayoría de sus miembros provienen del éxodo rural. Para el campesino sin tierra o el hijo del hombre de campo, este cambio de condición, el acceso al estatus de citadino y asalariado, significa un ascenso individual. Por consiguiente, los objetivos de la acción colectiva son desplazados a un segundo plano por los problemas colosales que suscita la búsqueda de la fortuna propia. Como señala correctamente Alain Touraine, la "conciencia de la movilidad" anula la conciencia de clase, la observación es muy pertinente, por cuanto es difícil hallar, incluso hoy, varias generaciones de obreros en una misma familia. Es comprensible que este factor influya sobre las actitudes y afecte ciertas orientaciones sindicales. En este sentido, el peso del capitalismo extranjero, que domina los sectores industriales más modernos en la mayoría de los países del subcontinente (automotor, electrónica, química, etcétera), por no hablar de las economías de enclave, incide directamente sobre la manera como se perciben los intereses de clase y las alianzas sociales que derivan de ello. Una reacción nacional en su versión xenófoba o "antiimperialista" puede predominar sobre la conciencia obrera. En este caso, la dimensión nacional condiciona la acción de clase y engendra relaciones particulares con los poseedores y el Estado. Finalmente, es necesario destacar el papel de los inmigrantes europeos y los refugiados políticos en la constitución del movimiento obrero latinoamericano. Sus tradiciones de lucha y sus experiencias explican en buena medida la relativa brevedad en que se cumplió el proceso de organización sindical: en pocas décadas, los trabajadores latinoamericanos crearon instituciones para defender sus intereses materiales y morales, cuyo parto en Europa se había prolongado durante más de un siglo.

Es por ello que algunos autores han señalado que el movimiento obrero apareció en América Latina antes que la clase obrera. Sea como fuere, la historia del sindicalismo obrero empieza mucho antes de 1900. El proceso se desarrolló en una serie de etapas, paralelas de un país a otro. La pri

[illegible] forma de organización obrera son las *mutuales* por oficio, que le ase-[illegible] al afiliado la asistencia en caso de enfermedad, defensa jurídica, ju-[illegible]ción y pago de los funerales. También organizan actividades cultura-[illegible] y deportivas. En casi todos los países, las primeras organizaciones son [illegible] de los tipógrafos. La primera mutual chilena es la de ese gremio, fun-[illegible] en 1853. En la Argentina, la Sociedad Tipográfica Bonaerense apa-[illegible] en 1857 y también es una mutual. Los tipógrafos son los primeros en [illegible] un auténtico sindicato y realizan, el 2 de septiembre de 1878, la pri-[illegible] huelga que registra la historia argentina.

[illegible]s primeras organizaciones de defensa obrera se autodenominan *so-[illegible]dades de resistencia*. Por lo general llevan la impronta anarcosindica-[illegible]. Detrás de su objetivo de transformación social subyace la voluntad [illegible]sistir" la descalificación de su trabajo y la esperanza de crear una utó-[illegible] asociación libre de productores. Esa corriente de pensamiento debe [illegible] a Europa y a los trabajadores o "agitadores" europeos. Así, el di-[illegible]nte italiano Malatesta llega a la Argentina en 1885, y dos años más tar-[illegible] preside la creación de la asociación de resistencia de los panaderos. La [illegible]ra central obrera importante del país, la Federación Obrera Argen-[illegible] (FAO), es dominada por los anarquistas hasta tal punto, que los socia-[illegible] se retiran de ella en 1902. El anarcosindicalismo controla en gran me-[illegible] el movimiento obrero argentino desde sus comienzos hasta 1915, año [illegible] IX Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), en [illegible] que se unen los anarquistas dogmáticos con los "sindicalistas" sobre la [illegible] del pluralismo político. Pero esta tendencia sigue siendo muy fuerte [illegible] fines de la década de 1920. En el Perú, antes de la creación de las con-[illegible]eraciones aprista y comunista (CTP y CGTP, respectivamente), el anar-[illegible]ndicalismo, representado por ese gran intelectual que fue Manuel [illegible]nzález Prada, penetra profundamente en los ambientes obreros e inspi-[illegible] la acción militante de los sindicatos de panaderos y zapateros, además [illegible] una influyente prensa obrera. En México, después de las primeras ten-[illegible]tivas de Rhodakanaty, exégeta no violento y "neopanteísta" de clubes [illegible]ros fourieristas, los hermanos Flores Magón llevan la influencia anar-[illegible]sta a su apogeo. El partido liberal mexicano, agrupación revolucionaria [illegible]ndada por ellos en 1905, constituye una grave amenaza para la dictadu-[illegible] de Porfirio Díaz. Los hermanos Flores Magón encarnan e impulsan la [illegible]sistencia contra el capitalismo salvaje fomentado por aquél. Los mago-[illegible]stas originan la huelga de la Cananea, mientras el Gran Círculo de Obre-[illegible] Libres de Río Blanco, que reivindica la figura de Ricardo Flores Magón, es el instrumento principal de la insurrección obrera de 1907. La [illegible]sa del Obrero Mundial, fundada en 1912, así como la Confederación [illegible]eneral del Trabajo, que perdura hasta 1930 y reivindica el anarquismo

contra el gobierno "revolucionario", revelan la longevidad de esta tendencia, de la que no es ajena la proximidad de los Estados Unidos y la ancha sombra de la International Workers of the World (IMW).

Las sociedades de resistencia originales dan lugar así a organizaciones reivindicativas independientes caracterizadas por su *sindicalismo de minorías combativas*, inspirado en ideologías de transformación social, en su mayoría anticapitalistas. Por consiguiente, sufre divisiones que siguen las líneas de diferenciación doctrinales y políticas.

La primera desde el punto de vista cronológico es el anarquismo. En toda América Latina se produce la oposición entre los "sindicalistas revolucionarios", según los cuales el sindicato no es sólo un organismo para la lucha sino la prefiguración de la futura sociedad, y los "comunistas" o "socialistas libertarios", quienes consideran al sindicato como un medio entre otros para realizar la revolución, que trasciende las clases y las elimina. Así, el enfrentamiento entre Monatte y Malatesta, entre franceses e italianos en el congreso anarquista de Amsterdam en 1907, se reproduce en el movimiento libertario latinoamericano, en el que no faltan tampoco los partidarios de la propaganda *por medio de los hechos*, es decir, los atentados contra los responsables de la represión del movimiento obrero. En noviembre de 1909, una bomba lanzada por un anarquista mata en su automóvil al jefe de policía de Buenos Aires, para vengar los muertos de las manifestaciones del Primero de Mayo. En enero de 1923, otro anarquista asesina al coronel que comandaba las tropas encargadas de aplastar a los huelguistas de la Patagonia. Los autores de los dos atentados eran inmigrantes europeos, arribados poco antes al país.

Los europeos también cumplieron un papel importante en la aclimatación del pensamiento socialista. La gira de Jean Jaurès por los países del Río de la Plata en 1911 obtuvo un éxito clamoroso, de repercusión duradera. Pero más allá de las ideas doctrinarias u organizativas tomadas a préstamo, los partidos socialistas, donde aparecieron, adquirieron rápidamente una innegable personalidad nacional. El Partido Socialista Argentino, fundado en 1896 por Juan B. Justo, traductor de Marx, incluye en sus filas a intelectuales brillantes como Ingenieros, Payró y, durante un breve período, el poeta Lugones. En 1904, Alfredo Palacios, de Buenos Aires, resulta electo el primer diputado socialista del continente. El segundo será Emilio Frugoni, uruguayo, en 1910. Los socialistas argentinos y uruguayos son partidarios de las reformas sociales y tratan de conquistar una representación parlamentaria para la defensa política de los intereses de los trabajadores. En Chile, el nacimiento de los partidos obreros y el movimiento sindical es dominado por la orientación revolucionaria y la personalidad de Luis Recabarren, tipógrafo autodidacta, organizador de los

obreros del salitre, fundador en 1912 del Partido Obrero Socialista (POS) y dirigente de la Federación Obrera Chilena (FOCH), creada en 1906. Elegido diputado por Antofagasta en 1921, al año siguiente impulsa la adhesión del POS a la Tercera Internacional. Participa también en la organización del ala más radicalizada del Partido Socialista Argentino, que después de una escisión y la ratificación de las veintiún condiciones de Moscú, tomaría el nombre de Partido Comunista Argentino. En el Perú, José Carlos Mariátegui, el Gramsci criollo, encarna una síntesis original del marxismo y el indigenismo con los ideales de la reforma universitaria. Como Recabarren en Chile, el autor de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* introdujo el socialismo nacional en la Internacional Comunista, no sin cierta oposición.

La revolución bolchevique provoca en toda América Latina el terror de los poseedores durante el "año rojo" que siguió a la gran conmoción soviética,[7] pero los partidos comunistas encuentran ciertas dificultades para surgir, echar raíces y dominar el movimiento sindical. En efecto, a las horcas caudinas de las veintiún condiciones se agrega el dogmatismo del Komintern que, en nombre de la universalidad de la doctrina, se niega a tener en cuenta los caracteres concretos de las sociedades latinoamericanas. Esto explica sin duda la aparición tardía de muchos partidos comunistas (1930 en Colombia, 1936 en Venezuela, después de la Segunda Guerra Mundial en Bolivia), y la repercusión relativamente escasa, al menos hasta 1941, cuando la Unión Soviética entra en guerra, de los que surgieron en medio de la marea de Octubre. El voluntarismo y las frustraciones de estos partidos se deben tanto a las persecuciones, que los obligan a llevar una existencia clandestina, como a las dificultades doctrinarias y la rigidez de la conducción soviética, reacia a tomar en cuenta las circunstancias locales. La primera conferencia comunista latinoamericana, reunida en 1921, suspende la afiliación del Partido Socialista Peruano, fundado por Mariátegui, debido a sus posiciones indigenistas. En efecto, la Internacional se niega a tomar en cuenta la "cuestión indígena" y sólo reconoce como fuerza revolucionaria al proletariado, incluso en países donde la clase obrera es prácticamente inexistente. La polémica entre el comunista cubano Mellá, con su impecable ortodoxia leninista,[8] y Haya de la Torre, fundador del APRA, partido nacionalista popular que en sus orígenes no rechaza el mar-

[7] Véase al respecto la recopilación de textos efectuada por Moniz Bandeira y publicada bajo el título *O ano vermelho, a revolução russa e seus reflexos no Brasil*, San Pablo, Brasiliense, 1980 (1ra. ed., 1967).

[8] Véanse los artículos de Julio Mellá, bajo el título de "La lucha revolucionaria contra el imperialismo", en Apuntes para la historia del movimiento obrero y antiimperialista latinoamericano, Amsterdam, 1, oct.-nov. 1979.

xismo, revela con elocuencia un sectarismo que evidentemente no es propio del continente: el cubano hace hincapié en dos temas, el carácter exclusivamente obrero de la revolución y subordinación de la cuestión nacional a las necesidades de la revolución mundial.

Sea como fuere, las clases dirigentes no podían asistir indiferentes a la penetración de las ideas revolucionarias y el ascenso de la protesta social. Si los sectores más arcaicos sólo confían en la represión o en el retorno a la edad de oro preindustrial, incluso precapitalista, los miembros más esclarecidos de la burguesía piensan, por el contrario, que conviene controlar la "lucha de clases" mediante la integración y organización de las "clases peligrosas", es decir, cediendo en algo para conservar lo esencial. Con ese fin, en algunos países, se reemplaza de manera autoritaria el sindicalismo de las minorías combativas por un *sindicalismo estatal y burocratizado*. Este tipo de organización, provista de legislaciones sociales relativamente avanzadas, tiene por objeto marginar las ideologías perniciosas y serruchar el piso bajo los pies de los partidos revolucionarios.

La preocupación de los gobernantes por la "eliminación de la pobreza" y la promoción social de los trabajadores sumisos no es propia de América Latina ni del período contemporáneo. Mucho antes de la gran crisis de 1929 ya había aparecido el paternalismo del Estado y el intento de movilizar a los trabajadores bajo el control del gobierno. En el Brasil, en 1912, se reúne en Río de Janeiro un congreso obrero bajo la protección del presidente Hermes de Fonseca, organizado por su propio hijo. En El Salvador, en 1918, la "dinastía" gobernante Quiñones-Meléndez crea un partido oficial "muy similar a una estructura sindical" [9] para las elecciones presidenciales, llamado Liga Roja, que agrupa a obreros y campesinos con la oferta de aumentos salariales e incluso puestos electivos locales. La Liga sirve también de fuerza de choque contra los adversarios políticos del clan que detenta el poder.

Pero el proceso de estatización del movimiento obrero comienza realmente a partir de 1930. En su origen se advierte la aspiración de los gobiernos autoritarios de controlar la clase obrera en un período de crecimiento económico rápido y tensiones sociales agudas, así como de obtener su propia legitimidad. Demuestran una concepción corporativista y arbitral del papel del Estado. Rompiendo con la tradición liberal que prevalecía hasta entonces, convierten a diferentes sectores de la sociedad civil en prolongaciones del aparato estatal. La "comunidad organizada" es el ideal de una sociedad donde los conflictos, si no dejan de existir, se someten a las nor

[9] Torres Rivas, E. y cols.: *Centro América hoy*. México, Siglo XXI, 1975, pág. 94; Guidos Vejar, R.: *Ascenso del militarismo en El Salvador*, San José, EUCA, 1982, págs. 121-122.

mas imperiosas del poder público. Con este fin, éste se arroga el derecho de intervenir en todas las organizaciones sociales y, en particular, en aquellas que pueden hacer peligrar la cohesión nacional y el *statu quo* social.

El paso del sindicalismo combativo y opositor al participativo se ve facilitado por el rápido crecimiento de la clase obrera: los nuevos proletarios, venidos del campo, carentes de tradición de lucha, no han sido "contaminados" por ideologías "avanzadas" que les puedan inculcar una conciencia anticapitalista. Por el contrario, para ellos, el estatus de obrero significa un verdadero ascenso social gracias al trabajo asalariado y las ventajas del modo de vida urbano. Un factor se agrega al anterior para favorecer la movilización obrera progubernamental. Las repetidas frustraciones de las reivindicaciones obreras, ante la ceguera conservadora de las clases dirigentes, le permiten a un gobierno autoritario y reformista obtener a bajo costo el reconocimiento y el apoyo de los trabajadores. El control del movimiento obrero por el gobierno significa, como contrapartida, que los dirigentes sindicales tienen acceso a los puestos gubernamentales, lo que constituye una verdadera revolución para esas sociedades rígidamente jerarquizadas. La cooptación de los líderes obreros por el Estado, así como la promulgación autoritaria de una legislación social, le dan al régimen una dimensión popular y le proporcionan los medios para alejar al mundo obrero de las peligrosas vías de la protesta.

La estructuración de este tipo de sindicalismo, que requiere un cambio político fundamental y relativamente dramático —revolución o golpe de Estado— implica en los hechos la abolición del pluralismo sindical y sus diferenciaciones ideológicas. Se admite legalmente un solo sindicato por empresa o por rama de la industria, o bien se anula el pluralismo, reconociendo al sindicato mayoritario la "propiedad" del contrato de trabajo e incluso el monopolio de la contratación. Evidentemente, es el Estado el que reconoce el derecho de existencia de una organización, otorgándole o negándole la personería jurídica. El Ministerio de Trabajo controla los resortes de la vida sindical: estatutos, elecciones internas, recursos económicos. Los "sindicatos de Estado", situados en las antípodas de las sociedades de resistencia semiclandestinas, son reconocidos a veces como organizaciones de bien público, y a tal efecto el legislador ha previsto la financiación permanente de sus actividades. En esos casos, aunque la afiliación sindical no es obligatoria, el pago de la cuota sí lo es. Retenida por el patrón sobre los salarios de todos los empleados, sindicalizados o no, sirve, sobre todo en el Brasil y la Argentina, para proporcionar servicios sociales a los afiliados. Las organizaciones sindicales de esos dos países actúan como mutuales al administrar servicios médicos, centros de recreación, cooperativas de crédito para la vivienda e incluso escuelas y hoteles. Tienen en

sus manos un patrimonio importante, cuya administración priva sobre la defensa de los intereses de los trabajadores afiliados.

Estas responsabilidades generalmente provocan la aparición de una burocracia sindical más oportunista que combativa, siempre dispuesta a hacer arreglos con la patronal y el Estado, frecuentemente corrupta y que no vacila en recurrir a la violencia pública o privada para mantener su puesto a la cabeza de las organizaciones. Un nuevo tipo de dirigente sindical hace su ingreso en la escena política y social, reemplazando a los líderes heroicos de principios de siglo, así como los sindicatos estatizados han reemplazado al sindicalismo revolucionario gracias al poder del Estado. Estos burócratas parecen conformar una suerte de capa intermediaria entre la patronal y el mundo obrero.[10] De sus filas surgen caudillos nacionales que se convierten en actores políticos de primera fila, como el metalúrgico argentino Augusto T. Vandor en la década de 1960, o en México el inamovible Fidel Velázquez, secretario general de la Confederación de Trabajadores Mexicanos casi ininterrumpidamente desde 1941.

Mientras el Estado supervisa con mayor o menor celo —de acuerdo con el país y la época— el funcionamiento de esos sindicatos de derecho público, las direcciones sindicales tienen la responsabilidad de mantener a los trabajadores en la vía recta de la solidaridad nacional y la armonía social. Una ideología nacionalista y "multiclasista" sirve de antídoto a los venenos del internacionalismo proletario que, se dice, debilita el cuerpo social en beneficio de intereses "apátridas". Pero existen armas más temibles para poner en vereda a los elementos alborotadores y contestatarios. En México, el monopolio sindical de la contratación y la "cláusula de exclusión" inscrita en las convenciones colectivas permite al patrón despedir a cualquier trabajador separado del sindicato.

No obstante, contrariamente a algunas ideas corrientes, los burócratas sindicales no se imponen solamente por la fuerza y violando la democracia interna, aunque no faltan ejemplos de esa forma de proceder. Deben tener cierta representatividad y contar con la confianza de parte de sus mandantes a fin de no perder la del Estado y la patronal. La obtienen gracias a su capacidad para resolver ciertos problemas profesionales que no ponen en tela de juicio la política general del gobierno ni los intereses patronales, y también al lograr ciertas ventajas corporativas que les permiten re-

[10] Es el sentido del término *pelego* que se les aplica en el Brasil y designa el pellejo de cordero que se coloca sobre el lomo del caballo, debajo de la montura. En México se emplea el término *charro*, que designa a un jinete en traje típico. Se dice que fue originalmente el sobrenombre de uno de los ejemplares más notables de dirigente oficial, corrupto y poco representativo, Jesús Díaz de León, líder del sindicato ferroviario durante los "sucesos" de 1958.

...an su legitimidad ante las bases. La autonomía relativa de esos sindicatos estatizados es el precio de la paz social. La función delicada y ambigua de sus dirigentes consiste en manipular el poder sindical cuando es posible, y en movilizarlo si es necesario, utilizando al Estado ora contra la patronal, ora contra sus propios afiliados, a fin de evitar desbordes y rescisiones.

México señaló el camino tanto de las políticas sociales progresistas como de la unidad obrera y la integración más avanzada de las organizaciones sindicales detrás de la fachada pluralista. Como se ha dicho, los anarquistas de la Casa del Obrero Mundial no vacilaron en aliarse con Obregón. En la guerra civil, conformaron los "batallones rojos" obregonistas que combatieron contra los ejércitos campesinos de Zapata y Villa. La movilización obrera en las filas "constitucionalistas" se tradujo en la nueva constitución de 1917, cuyo artículo 123 reconoce el movimiento obrero y sanciona los derechos de los trabajadores. En 1918 se crea la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) bajo la égida del gobierno. Su secretario general, Luis N. Morones, es partidario de Obregón y luego de Calles, cuyas aspiraciones presidenciales cuentan con el apoyo de la central obrera en 1924. Morones llega a ser ministro de Industria, Comercio y Trabajo. Muchos dirigentes de la CROM son diputados, senadores, gobernadores de estados. La central adquiere una fuerza tal que su brazo político, el Partido Laborista Mexicano, postula la candidatura presidencial de Morones. Pero sus ambiciones preocupan a Calles y Obregón, el Estado quita su apoyo a la Confederación y ésta se debilita rápidamente. Durante diez años, Morones ha sido el amo indiscutido del movimiento obrero mexicano. Es él quien decreta la legitimidad o ilegitimidad de una huelga. Todo intento de organización contra la opinión y la voluntad de la CROM es aplastado implacablemente. Hasta el día en que el Estado le retira su apoyo. En 1936 se funda una nueva central, la Confederación de Trabajadores Mexicanos, que obtendrá algunos éxitos. Primero, porque apoya oportunamente la política nacionalista del presidente Cárdenas, sobre todo a partir de la "expropiación petrolera" de 1938, que despierta la hostilidad de los Estados Unidos. Segundo, porque la coyuntura favorece el proyecto unitario de su primer secretario general, el socialista Lombardo Toledano, quien no oculta su simpatía por la Revolución Rusa. En 1940, la CTM ya cuenta con un millón de afiliados. Pero el Estado se impone y el cambio de presidente eleva a la secretaría general a Fidel Velázquez, quien por su parte no oculta su simpatía por los procedimientos conciliadores y su activa hostilidad hacia las doctrinas anticapitalistas del movimiento obrero.

La CTM se convierte en la organización sindical más poderosa, pero no

es la única. Aunque el pluralismo fomentado por el gobierno no ha podido limitar la fuerza de la central de Fidel Velázquez, la buena voluntad manifestada por algunos presidentes hacia las organizaciones rivales ha servido para atemperar las ambiciones "cetemeístas". Pero la CTM y sus 3,5 millones de afiliados son por estatuto miembros del partido oficial, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), y constituyen la parte esencial de su rama obrera y la tercera parte de sus efectivos. Los sindicatos proporcionan al Estado diputados, senadores y gobernadores, asegurando así la ósmosis entre las dos instituciones. La integración de los sindicatos estatizados en el "partido de los trabajadores" es sin duda uno de los factores de la estabilidad política mexicana.

Las relaciones laborales se rigen por la ley federal del trabajo, promulgada en 1931 en aplicación del artículo 123 de la Constitución. Establece una serie de restricciones muy rígidas para la iniciativa en materia sindical, ya que permite quitar todo medio de expresión legal a las tendencias sindicales no oficiales. El cuerpo de normas represivas incluye la atribución del monopolio sindical a la organización más representativa —que con ello se convierte en "titular" del convenio colectivo de trabajo—, numerosas limitaciones del derecho de huelga y procedimientos arbitrales que otorgan un poder desmesurado a las juntas de conciliación y arbitraje.

En el Brasil, a partir de la revolución de 1930, bajo la presidencia provisional de Getulio Vargas y después bajo la dictadura del *Estado novo* impuesta en 1937, la elite modernizadora trata de "incorporar la clase obrera a la sociedad [...] sin provocar rupturas del orden social tradicional".[11] La *Consolidación de las leyes del trabajo* de 1943, que rige las instituciones sindicales de acuerdo con la visión corporativista de sus redactores, define así los deberes de los sindicatos (artículo 514, todavía en vigencia en 1985): "Los deberes de los sindicatos son los siguientes:

"a) colaborar con los poderes públicos en la promoción de la solidaridad social;

[...]

"c) promover la conciliación en los conflictos de trabajo [...]."

Los poderes públicos y los sucesivos ministros de Trabajo siempre han hecho hincapié en la función de los sindicatos como organizaciones de asistencia social. Una encuesta realizada en los sindicatos textiles de San Pablo en 1961,[12] reveló que a los nuevos afiliados los atraía más las pres-

[11] Erikson, K.P.: "Corporatism and Labor in Development", en Rosenbaum, H.L., Tyler, W.G. y cols.: *Contemporary Brazil: issues in Economic and Political Development*. Nueva York, Praeger, 1972, págs. 139-145.

[12] *Boletim do DIEESE*, 1, 9 de enero de 1961, citado por Erikson, K.P., *loc.cit.*

ciones y los servicios sociales que las perspectivas de la acción colectiva y la política reivindicativa.

Indudablemente no es casual que la legislación sindical corporativista creada por Vargas haya sobrevivido a la caída de su régimen. En 1945, la vida política es democratizada por los liberales, que instauran una constitución representativa, pero el proceso se detiene en las puertas de los sindicatos, conservando la subordinación de éstos al Estado. Al mismo tiempo, se relajan los controles estatales sobre el movimiento obrero de manera que, en 1964, al fin del gobierno de Goulart, la mayoría de los antiguos *pelegos* han caído de los puestos más importantes y las relaciones entre el Estado y los sindicatos parecen funcionar en sentido inverso: éstos ejercen tal influencia sobre la política del gobierno que la oposición denuncia la amenaza de una supuesta "república sindicalista".

En 1964, con el ascenso de los militares al poder, se vuelve a aplicar la legislación laboral del *Estado novo* en un sentido sumamente represivo, sobre todo durante el primer año del nuevo régimen. A partir de la "revolución" del 31 de marzo se vuelve una práctica habitual que el ministro de Trabajo reemplace una dirección sindical electa por un delegado del gobierno: se registran 432 casos de ello durante el primer año y otros 104 hasta 1974.

El sindicalismo argentino contemporáneo nació bajo el peronismo. Es sabido que el coronel Perón, entonces secretario de Trabajo y Previsión del gobierno militar instaurado en 1943, supo aplicar una mezcla juiciosa de mejoras sociales inesperadas y represión selectiva para "robarles" los sindicatos a los comunistas y socialistas que los dirigían a fin de crear una Confederación General del Trabajo progubernamental que será la base de su elección a la presidencia en 1946. Durante su primera presidencia (1946-1951) se produce una considerable expansión y consolidación del sector sindical. La CGT, central única, con 434.814 afiliados en 1946, llega a 2.344.000 en 1951 (los peronistas dan la cifra, evidentemente exagerada, de cinco millones en 1955); en la década de 1970 y quizás aún hoy, la Argentina tiene la tasa de sindicalización más elevada del continente (véase el cuadro adjunto).

Mientras el sindicalismo conocía un desarrollo espectacular gracias a la legislación "justicialista" (sindicato único por rama, cuota obligatoria, etcétera), el control del movimiento obrero por el Estado no se limitaba a la imposición del nacionalismo y la conciliación de clases como ideología oficial y la tutela del Ministerio de Trabajo sobre la vida de las organizaciones. Al identificarse por completo con el "peronismo", en 1950 la CGT se convierte en una de las tres ramas del partido gobernante, la más poderosa de ellas.

Afiliación sindical y población activa en América Latina (1960)

País	*Afiliados a los sindicatos*	*Población activa*	*% de sindicalización sobre población activa*
Argentina	2.576.186	8.122.400	31,7
Bolivia	200.060	1.736.900	11,5
Brasil	2.500.000	23.419.000	10,6
Colombia	300.071	4.720.000	6,9
Costa Rica	23.000	398.000	5,7
Cuba	1.503.795	2.297.400	65,4
Chile	800.000	2.356.000	32,0
República Dominicana	188.000	1.160.600	16,6
Ecuador	84.800	1.666.400	5,1
El Salvador	36.012	807.000	4,4
Guatemala	16.000	1.306.500	1,2
Haití	9.517	2.344.000	0,4
Honduras	18.150	869.400	3,0
México	2.101.945	11.332.000	18,5
Nicaragua	16.000	460.800	3,4
Panamá	15.000	337.000	4,4
Paraguay	20.000	515.600	3,9
Perú	550.000	3.029.900	18,2
Uruguay	197.118	1.111.480	17,7
Total	**10.755.654**	**67.990.380**	**15,8**

FUENTE: OEA, *América en cifras*, Washington, 1965.

Pero a pesar de esta subordinación, la CGT no se opondrá al derrocamiento de Perón por los militares en septiembre de 1955, ya que sus dirigentes aspiran por un lado a salvaguardar las instituciones sindicales y su patrimonio y por el otro a defender la legislación peronista contra los partidarios de un sindicalismo pluralista y democrático. Hasta 1973, los sindicatos serán la columna vertebral del peronismo proscrito, con éxito tanto mayor por cuanto en los medios obreros urbanos persiste, a pesar de todo, la nostalgia por la "edad de oro" del período 1946-1955, simbolizado por la figura de Perón. Frente a la hostilidad de los gobiernos sucesivos, el movimiento, dirigido a la distancia por Perón desde su exilio europeo, encarna la protesta contra una sociedad injusta y una democracia trunca.

al mismo tiempo, la "burocracia", que suele utilizar métodos repro-
bables para conservar su puesto a la cabeza de los sindicatos, no vacila en aliarse a los gobiernos, sobre todo militares, para obtener algunas ventajas. Más que las reivindicaciones sociales, el acrecentamiento del poder de los aparatos sindicales se convierte en un fin en sí mismo. Cuando Perón, que ha alentado sin reservas a todos los que reivindican su figura, desde la ultraizquierda armada hasta la extrema derecha fascistoide, vuelve al gobierno en 1973, los sindicatos, cuyas ambiciones políticas parecen no tener límites, constituyen la punta de lanza de la ortodoxia peronista prepotente contra la izquierda simpatizante de la guerrilla. Con su soberbia y su corrupción, la *patria sindical*[13] contribuyó en buena medida a la desintegración del movimiento peronista y al proceso de autodestrucción del gobierno popular, proceso que desembocó en el golpe de Estado militar de marzo de 1976 y la terrible dictadura instaurada por él.

El proceso de burocratización y estatización de los sindicatos no siempre sigue el esquema descrito en estos tres casos. El control estatal del movimiento obrero es más fuerte en América Latina que en los países industrializados, incluso en las sociedades latinoamericanas donde la clase obrera tiene una antigua tradición de lucha y las ideologías anticapitalistas predominan en el movimiento sindical, pero no siempre conduce a la pacificación de las reivindicaciones ni a la desmovilización de los trabajadores. Sean unitarios como los de Chile y el Uruguay antes de 1973, o pluralistas como los del Perú y Colombia, los sindicatos de minorías combativas de ninguna manera han desaparecido de la superficie del continente. En la CUTCH chilena y la CNT uruguaya, antes de 1973, se producían grandes luchas entre las distintas tendencias con la activa participación de los partidos de izquierda. Por su parte, la COB boliviana, cuyo núcleo combativo es la federación minera, oscila entre un discurso revolucionario de origen trotskista y la reivindicación de la cogestión, propia de los reformistas. En el Perú, como en la Europa mediterránea, el mundo sindical muestra divisiones ideológicas. La Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), la central obrera más fuerte, es afín al Partido Comunista, cuyo caudal electoral es, sin embargo, escaso. La CTP, fundada por el aprismo en 1944, se debilitó a causa del descrédito sufrido por el APRA después de varias décadas de alianza con la derecha. La CNT, dirigida por la democracia cristiana, posee una influencia muy limitada. En 1972 se fundó la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana (CTRP) con el

[13] Se habla de *patria sindical* e incluso de *patria metalúrgica* para fustigar la soberbia y el egoísmo corporativista de los sindicalistas o de los líderes del sindicato metalúrgico, que ejercían su influencia sobre las decisiones gubernamentales como si el Estado y el país estuvieran al servicio de sus intereses.

(CTRP) con el fin de dar apoyo al régimen militar reformista del general Velasco Alvarado. Esta organización de tipo "peronista", pero que, a diferencia de la CGT argentina, no se benefició con el monopolio sindical, tuvo cierta influencia entre 1975 y 1980, gracias a las reformas sociales y los mecanismos de cogestión instaurados por los militares. Finalmente, para completar el espectro ideológico, un Comité de Coordinación y Unificación Sindical de Clase (CCUSC) agrupa los sindicatos influidos por la extrema izquierda revolucionaria, principalmente maoísta. A pesar del sectarismo del partido Patria Roja que lo orientaba ideológicamente, el CCUSC tuvo su momento de gloria cuando ingresó en sus filas el importante y muy combativo Sindicato Único de los Trabajadores de la Educación del Perú (SUTEP), que se desafilió en 1981.

En Colombia, la identificación de las grandes centrales rivales con los partidos tradicionales —la CTC con los liberales, la UTC con los conservadores— así como la función de distribución de servicios asumida aquí por la organización sindical, no han logrado desterrar por completo las prácticas reivindicativas independientes. No siempre existe una diferencia esencial entre el sindicalismo estatizado y ciertas formas de pluralismo sindical.

Transformaciones en la clase obrera y nuevas actitudes

La supervivencia de legislaciones sindicales corporativistas, elaboradas en el período entre las dos guerras con el fin de imponer la paz social, no ha seguido la evolución de las sociedades afectadas. Los mecanismos apropiados para las "sociedades de masas", donde las clases en formación presentan contornos muy ambiguos, entran en crisis de manera más o menos grave y evidente, en las sociedades modernizadas. El paternalismo del Estado entra en contradicción con las aspiraciones democráticas de la mayoría de los ciudadanos e incluso, frecuentemente, con la ideología liberal del gobierno. Por eso los sectores más dinámicos del movimiento obrero tratan de romper el cascarón de la estructura sindical estatizada para expresar con total independencia sus reivindicaciones. En la Argentina, aunque durante el período 1946-1955 las relaciones capital-trabajo no fueron tan idílicas como pretende la mitología peronista —como lo demuestran las numerosas huelgas "ilegales" y la represión que sufrieron sus dirigentes—, durante la segunda época del peronismo (1973-1976) la rebelión de las bases sindicales, paralela a la radicalización de la vida po-

nica adquirió dimensiones realmente significativas. Tanto es así que, ante la aparición de sindicatos de empresa no peronistas y los éxitos obtenidos por las listas de oposición democrática en elecciones fabriles o regionales, el gobierno recurrió a una reforma de la ley de asociaciones profesionales que acrecienta de manera arbitraria el poder centralizador de los dirigentes sindicales nacionales y extiende sus privilegios. Durante este período de conmociones, en que la "burocracia" apoyada por el aparato estatal utiliza la violencia y el gangsterismo para reprimir a los sectores contestatarios, se produce una gran cantidad de conflictos y huelgas muy duras, no de los trabajadores contra la patronal sino de los sindicatos locales contra la dirección nacional, dispuesta a todo para aplastar cualquier intento de desarrollo de un sindicalismo "clasista", es decir, de izquierda.

En México, los focos de insurgencia sindical que aparecen en períodos de crisis, como el de los ferroviarios en 1958, son sofocados rápidamente mediante una cuidadosa mezcla de represión y cooptación. El asalto más amplio y prolongado contra las dirigencias oficiales se produjo durante el período presidencial de Luis Echeverría (1970-1976). El surgimiento de una fuerte "tendencia democrática", de características novedosas, que finalmente llegó a un acuerdo con el sindicalismo charro, y la aparición de un gremialismo combativo en las industrias de punta, fue el producto de una tolerancia oficial que, frente a la oposición de la CTM, ni siquiera continuó hasta el fin del mandato presidencial. Todos los intentos disidentes de tomar democráticamente el control de los dos sindicatos más fuertes y, sin duda, los más corruptos del país, el de los petroleros (STPRM) y el de los docentes (SUTEP), han fracasado. Por fuera de los sindicatos independientes y/o "amarillos", el sindicalismo combativo y de oposición sólo existe en algunas organizaciones de empresa o de rama entre los "cuello blanco" y los técnicos. La punta de lanza de la izquierda sindical mexicana se encuentra hoy entre los trabajadores universitarios (STUNAM, SUNTU) y los de la industria nuclear (SUTIN). En el Brasil, la apertura política y el debilitamiento del régimen sindical inyectaron un nuevo dinamismo al movimiento sindical, hasta entonces aprisionado en su corsé estatal. La aparición de una "oposición sindical" y un "nuevo sindicalismo" en los grandes bastiones industriales del Sur fue un proceso paralelo a la reaparición pública de la izquierda tradicional y la creación de nuevas organizaciones obreras como el Partido de los Trabajadores, del popular dirigente sindical Luis Ignacio da Silva ("Lula"), apoyado por la Iglesia. Pero la debilidad tradicional del sindicalismo brasileño y las nuevas divisiones ideológicas que lo afectan no permiten determinar por ahora si el retorno de los civiles al poder en 1985 tendrá repercusiones en el campo sindical. En efecto, la alianza de la izquierda ortodoxa (sobre todo el Par-

tido Comunista) con los "burócratas" y la defensa de la unidad sindical contra los "peligros" que supuestamente traería el pluralismo podría llevar, como en 1946, si no al reforzamiento del poder estatal, por lo menos a la conservación de un cierto control público.

Sin embargo, los objetivos de liberación y autonomía sindicales gozan de indudable adhesión en el mundo del trabajo.

Otro fenómeno propio del último período es la creciente sindicalización de los trabajadores de "cuello blanco" y los servicios profesionales. Entre 1960 y 1978, la tasa de sindicalización (sobre la base 100 en 1960) llegó a 489 en las profesiones de la educación y la cultura, 339 en las de comunicación y publicidad, 363 en las profesiones liberales, pero 362 para la industria, 291 para el transporte terrestre y 120 para los demás medios de transporte.[14]

Sin duda, el fenómeno más sorprendente de los últimos años está relacionado con la evolución de las clases obreras en función de las políticas económicas. Mientras las políticas industriales voluntaristas aumentaron los puestos de trabajo fabriles y afines, las políticas ultraliberales de desindustrialización provocaron la contracción del mercado laboral. En el Brasil del "milagro" (1970-1976) y la euforia económicos, el número de obreros industriales (incluida la minería) aumentó en un noventa por ciento, de 2.600.000 a 4.900.000. En cambio, la decadencia industrial provocada por los métodos de shock de los *Chicago boys* en el Chile del general Pinochet provocó una contracción significativa de la mano de obra. De 1970 a 1982, el porcentaje de obreros en la población activa se redujo del 38,1 al 23,3. En términos globales, el número de asalariados disminuyó en el mismo período en un 15,2 por ciento, en tanto el de trabajadores no asalariados (cuentapropistas o empleados en trabajos familiares no remunerados) aumentó en un 36,2 por ciento. La categoría de trabajadores familiares, una forma disimulada de desempleo, aumentó en un trescientos por ciento. Estas transformaciones del mercado laboral y el desarrollo de un "sector informal" que incluye varias formas de subempleo no impidieron que el desempleo *stricto sensu* alcanzara una tasa del 19,6 por ciento en octubre-noviembre de 1982. La desocupación y el subempleo afectaban en ese momento al 33 por ciento de la población activa, es decir, a uno de cada tres chilenos. La concentración del mercado del trabajo industrial y la "desproletarización" de la población activa alcanzaron cifras igualmente notables en la Argentina, donde algunos analistas atribuyen a ese fenóme-

[14] Según Tavares de Almeida, M.H.: "O sindicalismo brasileiro entre a conservação e a mudança", en Sorj, B., Tavares de Almeida, M.R. y cols.: *Sociedade e politica no Brasil pos-64*. San Pablo, Brasiliense, 1983, págs. 192-195.

la derrota electoral sufrida por el peronismo en 1983. En efecto, en 1947 había 7,4 asalariados en la industria por cada cien habitantes, cifra que se redujo a 5,9 en 1980. El total de obreros industriales bajó de 1.050.000 en 1947 a 700.000 en 1980. La disminución de los puestos de trabajo en las empresas y los servicios públicos bajo el último régimen militar (1976-1983), así como la contracción en la industria de la construcción redujeron aun más el empleo industrial y provocaron un aumento inédito de los trabajadores autónomos ("cuentapropistas"): conjunto heterogéneo de pequeños comerciantes, trabajadores de servicios, reparadores de electrodomésticos, transportistas, revendedores, etcétera, cuyo número triplica el de los obreros industriales (2.260.000 en 1983).[15] Cabe preguntarse si estos procesos paralelos anuncian el fin de la clase obrera latinoamericana. En todo caso, los dos ejemplos muestran las evoluciones de categorías sociales que no han cesado de sufrir transformaciones desde su aparición. Este avatar, de consecuencias duraderas, ciertamente no será el último. No ha reducido el peso político de los sindicatos en los países afectados, como lo demuestran el lugar que ocupa el Comando de Trabajadores chilenos en las protestas contra el régimen del general Pinochet o el fracaso del proyecto de reforma democrática de la legislación sindical argentina en 1984.

[15] Cifras tomadas de los siguientes trabajos:
— Brasil: "Um perfil da classe operaria. Pesquisa do CIPES" (texto de Duarte Pereira), *Movimento*, 28 de abril de 1980.
— Chile: Cassasus Montero, C.: *Travail et travailleurs au Chili*. Paris, La Decouverte, 1984, págs. 77-85.
— Argentina: "La clase obrera en la Argentina, tendencias de su evolución y perspectivas", *El Bimestre* (Buenos Aires) Nro. 16, jul-ago 1984, págs. 3-6.

Angell (Alan), *Peruvian Labour and the Military Government sinc*… London, University of London, Institute of Latin-American Stu… (working papers).

Campero (Guillermo), Valenzuela (José), *El Movimiento sindical* … *régimen militar chileno (1973-1981)*, Santiago, ILET, 1984.

Cardoso (Ciro F.) *et al.*, *La Clase obrera en la Historia de México.* … *dictadura porfirista a los tiempos libertarios*, México, UNAM-Siglo … 1980.

Domitila, *Si on me donne la parole... La vie d'une femme de la* … *bolivienne* (témoignage recueilli par Moema Viezzer), Paris, Masp… 1980.

Fausto (Boris), *Trabalho urbano e Conflicto social (1890-1920)*, São Paulo DIFEL, 1976.

Godio (Julio), *Sindicalismo y Política en América Latina*, Caracas, … 1983.

Little (Walter), « La organización obrera y el Estado peronista. 1943 1955 », *Desarollo económico* (Buenos Aires), oct.-déc. 1979, p. … 376.

Pécaut (Daniel), « Histoire et structure du syndicalisme en Colombie » *Problèmes d'Amérique latine*, n° 9, juillet 1968, p. 29-48.

Reyna (José Luis), Zapata (Francisco) *et al.*, *Tres Estudios sobre el movi miento obrero*, México, El Colegio de México, 1976.

Rodrigues (Leoncio), *Conflicto social e Sindicalismo no Brasil*, São Paulo DIFEL, 1966.

Torre (Juan Carlos), « El movimiento laboral en Argentina : 1955-1976, de la exclusión a la participación en el poder », in Carrère (Jean) *et al.* *Industrialisation and the State in Latin America*, Amsterdam, CEDLA 1979, p. 347-400.

Touraine (Alain) « Industrialisation et conscience ouvrière à São Paulo » *Sociologie du travail*, 4/61, oct.-déc. 1961, p. 77-95.

Trejo Delarbre (Raul), « El movimiento obrero : situación y perspecti vas », in Gonzalez Casanova (Pablo), Florescano (Enrique) *et al.*, *Méxic… hoy*, México, Siglo XXI, 1980, p. 121-152.

5. Las fuerzas armadas

Después de los grupos sociales estratégicos, las instituciones. A tal señor, tal honor: los militares merecen el primer lugar. No es necesario abundar en sus invasiones de la vida pública en la mayoría de los países latinoamericanos. Las instituciones armadas no presentan los mismos problemas de definición que los estratos y las clases sociales, pero las fuerzas y su expresión sociopolítica, el militarismo, constituyen un tema difícil de aprehender con serenidad y un mínimo de rigor. Los observadores tienden a emitir juicios de valor, favorables o condenatorios, sobre la acción extramilitar de las fuerzas armadas. Algunos tratan de hallar los responsables o culpables de la usurpación militarista. Al considerarla una patología de la vida política, una anomalía en relación con el bien supremo de la democracia pluralista, la impaciencia indignada tiende a descubrir explicaciones globales, incluso la clave única de este fenómeno, en lugar de descubrirlo y comprenderlo. Por eso se multiplican las interpretaciones instrumentales y aproximativas, en un número tal que no se las puede pasar por alto. Tanto más por cuanto sólo es lícito interesarse por los militares como tales si esas visiones metafóricas del militarismo, que atribuyen la hegemonía marcial a un "más allá" histórico, geográfico o social y consideran a los ejércitos como indescifrables "cajas negras", resultan cuestionables e incluso erróneas.

Algunas presuntas causas del poder militar

Aparentemente, como consecuencia de la continuidad histórica del militarismo, que no es solamente contemporáneo, no sólo ha sido imposible profundizar el conocimiento comparado del fenómeno mediante su confrontación con otras experiencias, sino que la proyección del presente sobre el pasado y, con mayor frecuencia, del pasado sobre el presente, impi-

de llegar a sus causas. El peso de la historia se revela en la importancia que han adquirido las interpretaciones deterministas de todo tipo, mientras que la indignación cívica provocada por la traición de los pretorianos da lugar a las versiones conspirativas de las irrupciones militares en la vida política.

El hecho de que el léxico del poder militar sea español, lo mismo que la cultura de la mayoría de los países del continente, llevó a algunos analistas a la conclusión precipitada de que existe un tipo de relación civil-militar propia del "mundo" hispano. Una tradición jurídica "íbero-latina" sería la causa profunda de la incapacidad de los estados latinoamericanos de conservar la democracia. La frecuencia de los regímenes militares en el mundo subdesarrollado, especialmente en el África negra, por no hablar de la instauración de una dictadura militar en el Surinam holandés, poblado por descendientes de inmigrantes asiáticos, bastaría para relativizar la validez de esa tesis. Otros proponen una versión más elaborada de la misma explicación. Según esta interpretación historicista, el militarismo de hoy sería heredero y continuador del caudillismo de ayer, fruto de la anarquía de las guerras de la independencia. Veintiún años de régimen militar en el Brasil (1964-1985) contradicen esta afirmación en vista del carácter "negociado" y pacífico de la emancipación de la antigua colonia lusitana. Al mismo tiempo, la falta de una continuidad reconocible entre el poder depredador de los "señores de la guerra" del siglo XIX y las formas de gobierno que rigen los Estados contemporáneos salta a la vista. En México, donde el caudillismo ocupó un lugar privilegiado, desde el extravagante presidente Santa Anna, a mediados del siglo pasado, hasta los conductores de hombres durante la tormenta revolucionaria, no ha habido un intento de golpe desde hace más de cuarenta años. Venezuela fue gobernada desde la independencia hasta 1940 por dictadores que tomaron el poder por asalto, y sin embargo, a partir de 1958, el país se ha convertido en un modelo de democracia representativa estable. Por el contrario, los paradigmas de la inestabilidad y la presencia militarista de hoy conocieron ayer, después de los trastornos y las incertidumbres de la independencia, largos períodos de dominación civil y sucesión ininterrumpida de autoridades legales. La Argentina de 1862 a 1930, así como el Perú, Chile, Bolivia y El Salvador a fines del siglo XIX, son ejemplos de esta solución de continuidad entre el período poscolonial y la época del militarismo contemporáneo.

Por otra parte, a fin de situar al militarismo dentro de sus verdaderos límites históricos, conviene señalar que no existe punto de comparación entre los jefes de bandos en las luchas intestinas, guerreros aficionados provistos de títulos rimbombantes, y los oficiales de carrera. El caudillo,

militar improvisado, nace en medio del derrumbe del Estado colonial español y la desorganización social. El oficial es hombre de organización, sólo existe por y para el Estado. Los ejércitos modernos son instituciones públicas burocratizadas que detentan el monopolio técnico de la aplicación de la violencia legal; los caudillos representan la violencia privada que se levanta contra el monopolio estatal o sobre sus ruinas. El pasado no sirve para comprender el presente si se confunden los actores y sus papeles.

En épocas más cercanas, la concepción conspirativa de la historia, generalmente acompañada por un economismo sin matices, ha hecho hincapié en las interpretaciones instrumentales del poder militar. Desde el golpe de Estado brasileño de 1964 y, sobre todo, el chileno de 1973, se ha impuesto la idea de que los ejércitos latinoamericanos son manipulados desde el exterior. De esa manera se hace responsable a la potencia tutelar por la usurpación militarista. Según esta visión, los militares del subcontinente son meras prolongaciones del aparato militar norteamericano, defensores acérrimos de los intereses de los Estados Unidos. Algunos analistas llegan a decir que estos ejércitos no son sino los "partidos políticos del gran capital internacional". La instauración de regímenes autoritarios respondería a las necesidades del desarrollo capitalista en su etapa actual. Sea porque el capital multinacional y la nueva división del trabajo requieren un gobierno fuerte, represor de los movimientos sociales, para garantizar las inversiones; sea, mejor aún, porque el paso de la industria liviana a la industria pesada de bienes de equipamiento no se puede efectuar en un marco democrático y civil. De acuerdo con esta hipótesis, los ejércitos estarían de alguna manera "programados" para garantizar la "profundización" del proceso de industrialización.

Estas interpretaciones se apoyan sobre una serie de datos concretos. Se hace hincapié, con justa razón, en la dependencia de los ejércitos latinoamericanos con respecto al Pentágono desde hace veinte años; se recuerda la influencia decisiva de los Estados Unidos sobre los militares del subcontinente a través de los cursos en las escuelas norteamericanas, sobre todo las de la zona del canal de Panamá. Se destaca la autoría norteamericana de la doctrina de la seguridad nacional, según la cual la amenaza esencial para los estados mayores sudamericanos es el enemigo interior, y los ejércitos deben defender las "fronteras ideológicas". Por último, la conducta de ciertas multinacionales frente a los gobiernos democráticos reformistas —como la ITT en Chile bajo la Unidad Popular— y la simpatía activa expresada por los grandes intereses económicos extranjeros hacia las dictaduras serían pruebas suficientes del papel directo de esas empresas en la aparición de los regímenes militares. Pero, como es sabido, las interpre-

taciones instrumentalistas tienen un alcance analítico limitado en la medida que desconocen los mecanismos singulares que inician los procesos políticos. Identificar a los beneficiarios de un gobierno con sus instigadores y detentadores es hacer gala de una superficialidad escolástica y un desconocimiento total de las mediaciones así como de los desbordes y "efectos perversos" que caracterizan la acción colectiva.

Por otra parte, los regímenes autoritarios latinoamericanos no nacieron simultáneamente con la "internacionalización de los mercados internos" que caracteriza la etapa presente del desarrollo económico. Si esto significa que las inversiones extranjeras prefieren los regímenes de orden a los gobiernos populares, se trata de una verdad demasiado antigua y, en definitiva, de una perogrullada. Semejante correlación mecánica entre los movimientos del capitalismo internacional y la aparición de regímenes autoritarios corresponde a un enfoque en gran medida mitológico, que la realidad se ha encargado de desmentir con toda crudeza.

En efecto, el interés de las multinacionales por invertir en el Chile de los *Chicago boys*, en el Uruguay "liberalizado" de 1973 y en la Argentina de puertas abiertas del señor Martínez de Hoz, superministro de la economía de la dictadura de 1976, brilla por su ausencia. Así, el capital internacional sabe instaurar regímenes de acuerdo con sus intereses, ¡pero no aprovecharlos! Prueba de ello es la política de "desinversión" en la Argentina de las sucursales de las empresas extranjeras entre 1978 y 1982. Por otra parte, esta teoría no explica el período de 1979 a hoy día, en el cual las dictaduras han entrado en reflujo y los militares se han retirado a sus cuarteles en casi todos los países del subcontinente. Asombrosa versatilidad, la del "imperialismo norteamericano" y esos monstruos fríos que son los grandes conglomerados industriales. Habría que explicar por qué la necesaria complementaridad del gran capital y el militarismo represivo, denunciada en 1976, se evaporó en 1985. Es una verdad innegable que a partir de la década de 1960 los dirigentes de Washington han tratado de ganar a las elites militares del subcontinente para las perspectivas estratégicas de los Estados Unidos y hacerlas actuar como agencias locales de la potencia norteamericana. Pero es ingenuo afirmar que semejante proyecto ha obtenido un éxito total y que los militares latinoamericanos, víctimas de una "socialización focalizada" en beneficio del imperio, han renegado de sus valores nacionales. Por más que el Pentágono determine las misiones de los ejércitos del subcontinente y les dicte cursos en Panamá, lo cierto es que surgen regímenes como el de los coroneles socializantes de Velasco Alvarado en el Perú en 1968, el gobierno progresista del general Torres en Bolivia a principios de la década de 1970 y, en la misma época, el régimen nacionalista de Torrijos en Panamá. Por no hablar de los jefes de la gue

... guatemalteca, entre los cuales se contaban oficiales jóvenes, egresados ... de los cursos antiguerrilla del Pentágono. La ambivalencia de los adoctrinamientos de todo tipo es conocida desde hace mucho tiempo.

El militarismo contemporáneo no constituye una fatalidad histórica ni genética: ni el determinismo cultural ni la manipulación exterior explican un fenómeno en el que se combinan factores nacionales y transnacionales. El estudio del papel político de los militares en un período prolongado revela que sólo rara vez actúan como instrumentos pasivos de fuerzas internas o exteriores, aun cuando ambas tratan de ganarse los favores del poder marcial. El papel político de los ejércitos no es siempre el mismo en el tiempo ni en el espacio latinoamericano. Tampoco obedece a causas únicas o sencillas. Es la expresión de configuraciones sociales y modelos de desarrollo poco propicios para el orden representativo. Por otra parte, el fenómeno también guarda relación con la naturaleza de los ejércitos, con su posición en la sociedad y el Estado. Por cierto que las raíces últimas de la hegemonía marcial no se encuentran en la sociedad militar, ni los ejércitos son los responsables principales de la inestabilidad crónica que sufren algunas naciones, cualesquiera que sean la ambición o la codicia de sus oficiales. Pero es imposible comprender el poder militar sin conocer los ejércitos, con su formación, evolución y modo de funcionamiento político propiamente dicho.

Los datos históricos: periodización y variedad de las experiencias nacionales.

Aunque no se puede hablar de militarismo en sentido estricto antes de la aparición de los ejércitos permanentes y los oficiales de carrera, las instituciones militares reflejan originalmente la imagen de sus respectivas sociedades nacionales con sus rasgos concretos, así como la naturaleza y el grado de consolidación del Estado. Como brazos armados del aparato estatal, no pueden dejar de adaptarse a la modalidad de su desarrollo. Por otra parte, no existe afinidad entre los ejércitos de la mayoría de los países sudamericanos y los de algunas naciones del Caribe y Centroamérica, no sólo a causa de sus dimensiones sino principalmente en función de la aparición tardía del Estado en estos países y el carácter colonial de su surgimiento. Es el caso de Nicaragua, República Dominicana, Cuba, Haití (pero no Guatemala o El Salvador): estos países, que iniciaron tardíamente la cons-

trucción de su Estado, después de las guerras de clanes y caudillos, ... ron a principios del siglo xx un largo período de ocupación norteamericana[1] cuya finalidad, según el llamado "corolario Roosevelt" de 1904, ... poner término al "relajamiento generalizado de los vínculos de la sociedad civilizada que los afectaba". Antes de retirarles su "protección", los Estados Unidos se esforzaron por crear en esos países cuerpos de hombres armados según el modelo de los *marines*. De acuerdo con el espíritu que inculcaron sus creadores, esas guardias nacionales debían ser independientes de las facciones existentes y someter a los "ejércitos" privados ... de imponer el orden, la paz y los intereses norteamericanos. Estas fuerzas indígenas al servicio de la potencia extranjera supieron cumplir la última parte de su misión, pero no constituyeron el punto de partida para la construcción de un Estado coherente y autónomo. En el contexto patrimonial de las sociedades nicaragüense y dominicana, dos de los países sometidos a ese tratamiento, las "guardias nacionales" creadas por la ocupación ... qui se convirtieron en ejércitos privados de sus jefes y luego en guardianes de las dinastías Somoza y Trujillo.

En los países sudamericanos, así como en algunos Estados de Centroamérica, se distinguen tres grandes etapas en la evolución de los ejércitos y sus papeles, aunque con fluctuaciones paralelas a los avatares de la diplomacia continental y con disparidades importantes, provenientes de las historias nacionales y su irreductible singularidad.

— *Primer período*: de 1869 hasta la década de 1920 se forman los ejércitos.

— *Segundo período*: hacia 1920-1930 comienza la era militar. Los ejércitos profesionalizados se convierten en actores de la vida política.

— *Tercer período*: a principios del decenio de 1960 se internacionaliza el papel de los ejércitos en el marco de la hegemonía norteamericana y bajo el impacto de la guerra fría. En este período se destacan coyunturas breves y diferenciadas, en función de la coyuntura mundial y la política de Washington.

[1] Los Estados Unidos ocuparon Cuba en 1898, después de derrotar a España y obtener así la independencia de la isla. La ocuparon nuevamente de 1906 a 1909. La República Dominicana sufrió la ocupación entre 1916 y 1924, Nicaragua en dos ocasiones (1912-1925 y 1926-1933). Haití estuvo bajo la "protección" de los *marines* ininterrumpidamente de 1915 a 1934.

El nacimiento de los ejércitos modernos

Los ejércitos son símbolos de la soberanía, como lo son también del progreso técnico y la modernización al cambiar el siglo. La creación de ejércitos permanentes dotados de un cuerpo de oficiales, de cuadros profesionales, forma parte del proceso de modernización extravertida inducido del crecimiento hacia afuera de las economías nacionales. No es casual que la modernización del Estado haya comenzado por su rama militar. Es indudable que los ejércitos de las naciones dependientes, no industrializadas, sólo pueden transformarse y elevar su nivel técnico por medio de la ayuda exterior. La modernización dependiente se efectúa no sólo mediante la adquisición de armas a los países europeos productores sino también por la adopción de modelos de organización, entrenamiento y doctrina de guerra de los países adelantados de la época. A principios de siglo existen dos grandes ejércitos, enemigos entre sí, dos modelos militares mundiales: el alemán, de tradición prusiana, y el francés. Entre la guerra de 1870 y la Primera Guerra Mundial, los dos países se lanzarán a una guerra implacable, prolongación de sus rivalidades europeas, para imponer su influencia en América del Sur. Los premios a tanto esfuerzo no son desdeñables. La elección de un modelo militar por un país latinoamericano implica establecer vínculos privilegiados en el terreno diplomático y en el de la venta de armas.

Las decisiones adoptadas por los países latinoamericanos responden tanto a sus propias rivalidades como a los imperativos europeos del momento. Así, a principios de siglo, la Argentina y Chile recurrieron a misiones alemanas para reformar sus ejércitos y enviaron a sus oficiales a realizar sus estudios más allá del Rin. Los dos ejércitos sufrieron una germanización muy profunda, no sólo en cuanto a uniforme, armamento y paso de parada, sino también a reglamento interno, organización de las unidades y visión de los problemas internacionales. Sin duda, no es casual que Chile y la Argentina fueran los países que resistieron durante el mayor tiempo las presiones de los Estados Unidos para que se alinearan con los aliados en la Segunda Guerra Mundial: la Argentina sólo declaró la guerra al Reich en 1945. Chile, convertido en una suerte de Prusia latinoamericana, sirvió de agente para la germanización de otros ejércitos del continente, a los cuales envió misiones o bien recibió como estudiantes. Tal fue el caso de Colombia, Venezuela, Ecuador e incluso El Salvador. Francia fue invitada a hacer su aporte por el Perú y el Brasil. Inspirándose en su experiencia colonial, los franceses reorganizaron e instruyeron el ejército peruano de 1896 hasta 1940, con una sola interrupción en 1914-1918.

Los brasileños, vacilantes, esperaron el fin de la guerra para cont… 1919, una misión dirigida por el general Gamelin que transform… cito nacional de arriba abajo. La impronta fue profunda y dura… 1934 a 1960, prácticamente todos los ministros de Guerra fueron … dos por los franceses. La admiración de los militares brasileños p… modelos sólo tenía parangón con la de los argentinos por sus tuto… manes.

La "cooperación", tan completa y duradera en lo militar, aparente… te no tuvo la misma influencia política sobre sus beneficiarios. Ale… y Francia no eran potencias dominantes en el terreno económico, aun… se esforzaban por mantener una presencia en diversos sectores de la… vidad en América Latina. La metrópoli económica indiscutida era … Bretaña, que se limitaba a entrenar marineros y construir barcos de g… para los países latinoamericanos. La dependencia se diversificaba. … tuación no se prolongará más allá de la Segunda Guerra Mundial.

El reclutamiento de oficiales y su formación en escuelas especializ… juntamente con el servicio militar obligatorio, son las dos reformas c… les que permiten la modernización de los ejércitos latinoamerican… "viejo ejército" de los soldados enganchados o de criminales enviado… los tribunales a purgar su pena en la "frontera" formaba sus oficiale… bre el terreno; en su mayoría eran hijos de buenas familias recomend… por un "padrino" influyente. Todo cambia con la conscripción. La trop… tá conformada por "civiles", mientras que los oficiales son profesional… de tiempo completo que han recibido una formación técnica. Con el … vicio universal, el nuevo ejército adquiere responsabilidades especial… las de inculcar en el futuro ciudadano una formación cívica y moral y … sarrollar su espíritu nacional. Instaurado entre 1900, en Chile, y 191… el Brasil, en la mayoría de los países el servicio militar es anterior al su… gio universal. El ciudadano es militar antes que elector. Detalle cronol… gico que no carece de importancia. Por otra parte, el reclutamiento con ba… se en el mérito y la formación de los oficiales en el molde común de l… escuelas militares les da una ubicación especial en el Estado. Cooptado… por sus pares, liberados de los favores de los notables, los oficiales de es… cuela constituyen un cuerpo de funcionarios estables de tiempo complet… cuyas carreras están reguladas, a diferencia del resto del aparato estatal… donde predominan los aficionados reemplazables.

Ni las nuevas responsabilidades cívicas y nacionales, ni la autonomía concedida a sus cuadros estimulan en los nuevos ejércitos el deseo de permanecer al margen de la cosa pública. Quienes creyeron que el profesionalismo era la garantía del apoliticismo, se equivocaron.

Las tareas de construcción de la nación y el Estado, la importancia de las funciones de defensa interna, no predisponen a la neutralidad. A esto se agregan los recursos políticos que las reformas ponen en manos de los militares. Estos técnicos que se perfeccionan sin cesar tienen a su cargo los conscriptos, es decir, la juventud y el futuro del país. Asimismo se supone que nadie conoce mejor las situaciones internacionales, cuyos peligros deben estudiar. No es extraño, entonces, que estos profesionales del patriotismo, precursores de la modernización del Estado, desarrollen una "conciencia de la competencia" que los lleve a intervenir en los asuntos públicos con todo el peso específico que poseen.

El activismo político del cuerpo de oficiales, distinto de los pronunciamientos tradicionales de generales ambiciosos o descontentos, se expresa de manera espectacular en muchos países durante las décadas de 1920 y 1930. En la mayoría de los casos los oficiales se alzan contra el *statu quo*. Los ejércitos entran en escena por la izquierda, por así decir. Estas expresiones corresponden a sectores minoritarios, pero no por ello carecen de temible eficacia. En Chile, en 1924, jóvenes oficiales obligan a un parlamento conservador a aprobar con urgencia una serie de leyes sociales cuyo tratamiento estaba demorado desde hacía meses. Luego exigen la disolución de la Cámara. Se inicia un período de agitación, inestabilidad y reformas bajo el signo militar que concluirá en 1932. El espíritu reformista de los oficiales golpistas de 1924-1925 se encarna sucesivamente en la dictadura del general Ibáñez (1927-1931) y después de manera fugaz, pero no sin brillo, en la efímera república socialista de junio de 1932 instaurada por un ex comandante de la Fuerza Aérea, el comodoro Marmaduke Grove. Él será el fundador del Partido Socialista, que cuarenta años más tarde llevará a Salvador Allende al Palacio de la Moneda.

En el Brasil, a partir de 1922, los jóvenes *tenentes* realizan rebeliones esporádicas, improvisadas sin plan de conjunto, originadas en un vago malestar político-militar frente a la corrupción y las prácticas mezquinas de la "vieja república". La muerte de un puñado de tenientes sublevados en el fuerte de Copacabana en julio de 1922, año del centenario de la independencia, se convierte en símbolo de la aspiración de las clases medias a la pureza y la justicia. En 1924 se producen nuevos movimientos *tenentistas*

en el Sur. La derrota de uno de ellos, seguida por la "larga marcha sobrevivientes a través del inmenso país se transforma en gesta hero la "regeneración" del Brasil. Es la famosa columna Prestes-Costa que a su lamentable fin tres años más tarde, en Bolivia, sin haber podido var a los *caboclos* del interior. Por su parte, Luis Carlos Prestes, el llero de la esperanza" celebrado por Jorge Amado, abandona el se afilia al Partido Comunista, del que llegará a ser secretario gene demás *tenentes* se alinearán en su mayoría detrás de Vargas y la revo de 1930, que pone fin a la república oligárquica. Algunos serán los res y dirigentes del régimen militar de 1964: prueba de la ambigüed lítica del *tenentismo*.

El militarismo reformista llega al Ecuador en 1925. Una liga de les jóvenes derroca al presidente liberal sostenido por la burguesía tadora y financiera de Guayaquil. Es la llamada revolución juliana, mes en que tuvo lugar. Este golpe de Estado, el primero de la historia toriana que no tuvo por finalidad un ajuste de cuentas entre grupos di tes, reivindicó "la igualdad para todos y la protección del proletariado". los cinco años siguientes se promulgarán las primeras leyes sociale crearán las instituciones destinadas a ponerlas en ejecución; la experi reformista llega a su fin con un nuevo golpe de Estado, esta vez con dor, en beneficio de las fuerzas más reaccionarias de la Sierra.

Más adelante, en Bolivia, tras su derrota frente al Paraguay en la gu del Chaco (1932-1935), los oficiales jóvenes arrancan el poder a políticos tradicionales, por considerarlos incompetentes y corruptos, objetivo es introducir reformas y luchar contra la dominación de los inte ses extranjeros, sobre todo los petroleros, a los que los oficiales atribu una responsabilidad decisiva en el conflicto de 1932. La fraternidad de l trincheras ha contribuido en no poca medida a la formación de una con cia nacional boliviana. Así, los coroneles Toro y Busch presiden de 1 a 1939 un régimen autoritario antioligárquico y progresista con rasgos xenofobia. Se promulgan algunas leyes sociales, medidas destinadas a tender el control del Estado sobre el sistema financiero y los recursos subsuelo, como la nacionalización de la Standard Oil. Éstas provocan la sistencia de las grandes empresas extractoras, y a partir de 1939 los gen rales vinculados con la rosca minera permiten la destrucción de lo realiz do por los coroneles. Pero en 1943, el comandante Villarroel se apodera del gobierno, apoyado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, que expresa el deseo de cambio de la "generación del Chaco". Acusado de sim patizar con los nazis, aplica su estilo autoritario a movilizar a las masas des heredadas con un programa de profundas reformas sociales que atenta di rectamente contra los intereses mineros y latifundistas. Una insurrección

... en La Paz, desatada por la oposición "democrática" alentada por ... Unidos, pone fin al régimen "nacional-militar" y ahorca al pre- ... para gran satisfacción de los "señores del estaño".

La Argentina desentona en ese concierto militar progresista, o al menos ... el *statu quo*. El primer golpe de Estado del siglo que derroca un ... legal democráticamente electo es de signo conservador. En sep- ... de 1930, el general Uriburu y los cadetes del Colegio Militar de- ... del poder al presidente radical Yrigoyen, elegido por las capas me- ... populares, ante los aplausos de la oligarquía. La restauración de las ... conservadoras está a la orden del día. El sistema de "democracia am- ... instaurado en 1912 será reemplazado por un régimen representa- ... participación limitada y manchado por el fraude. Uriburu verá frus- ... su aspiración de promulgar una nueva Constitución inspirada en el ... corporativista. Lo rodea un grupo de capitanes fascistas entusias- ... mismos que, siendo coroneles y tenientes coroneles "nacionalis- ... realizarán el golpe de Estado de junio de 1943, del cual surgirá el pe- ...

Si hubiera que buscar una característica común a las orientaciones po- ... de los militares de los distintos países durante este período, se po- ... decir que éste lleva el signo del nacionalismo. La ambigüedad de las ... conductas, generalmente más autoritarias que reformistas incluso en las ... experiencias "revolucionarias", refleja siempre la aspiración de reforzar, ... por medio de la justicia social, el potencial económico, humano, ... militar de la nación. Orientación que coincide con las políticas de ... desarrollo autónomo o autocentrado que florecen en la época y tienen por ... finalidad "sustituir las importaciones".

... guerra fría en el Nuevo Mundo

La ancha sombra del conflicto Este-Oeste llega muy tarde a Latinoamé- ... esfera de influencia "reconocida" de los Estados Unidos a partir de 1945. El nuevo factor político se remonta, si no a la entrada de Fidel Cas- ... en La Habana, por lo menos a la ruptura del régimen castrista con los Estados Unidos en 1960-1961. Un régimen comunista se había instaura- ... a un centenar de kilómetros de la Florida en el "Mediterráneo nortea- ...ricano". Y ese "primer territorio libre de las Américas" pretendía cons- ...tuirse en un modelo para los países hermanos de la región.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, que consagró la hegemonía total de los Estados Unidos en el continente juntamente con el alejamiento de Gran Bretaña, la antigua metrópoli económica, y de los demás países europeos, tanto vencedores como vencidos, la gran potencia del Norte había instrumentado los medios diplomáticos y después los dispositivos militares necesarios para una coordinación (ligera) de los ejércitos latinoamericanos bajo la égida del Pentágono. En 1947, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) firmado en Río de Janeiro asienta los principios de la solidaridad colectiva frente a una posible agresión extracontinental. En 1948, la Carta de Bogotá (que crea la Organización de Estados Americanos) consagra las modalidades para la resolución pacífica de los conflictos entre los Estados signatarios. Entre 1952 y 1954, durante la guerra de Corea, los Estados Unidos firman tratados bilaterales de ayuda militar con una decena de países latinoamericanos, en el marco del *National Security Act* aprobado por el Congreso en 1951. No se trata de una integración defensiva como la del Atlántico Norte. América Latina no es una zona de alta prioridad militar. El comunismo no representa un peligro para Washington, a pesar de la "advertencia" guatemalteca de 1954.[2] Pero a principios del decenio de 1960, el desafío cubano modifica las concepciones estratégicas de los Estados Unidos. A instancias del Pentágono, los ejércitos del continente adoptan nuevas hipótesis de conflicto en función del tipo de amenaza que suponen deberán afrontar a partir de entonces: la "transformación kennediana" del papel de los militares latinoamericanos incluye una redefinición del enemigo y la adopción de doctrinas cargadas de consecuencias políticas inmediatas. A partir de entonces adquiere preponderancia la lucha contra el "enemigo interior". Ante el peligro que representa la "subversión comunista" las fuerzas armadas del continente se entrenan con métodos de guerra contrarrevolucionaria. La doctrina de la seguridad nacional reemplaza a la de la defensa nacional. La vigilancia y el alarmismo antisubversivo de los militares, fomentados por Washington, llevan a descubrir el comunismo en todas partes. Cualquier intento de reforma social, sobre todo si es apoyado por los partidos de izquierda locales, es tachado de revolucionario. En ese clima de tensión los ejércitos se oponen a cualquier reforma y a toda política exterior no alineada con el líder del "mundo libre". Entre 1962 y 1967, los nuevos "pu

[2] En marzo de 1954, en una conferencia interamericana reunida en Caracas, los Estados Unidos hicieron aprobar una resolución condenatoria del comunismo que afirmaba que la instauración de un régimen comunista en el continente pone en peligro la paz y es inaceptable para los países firmantes de la Carta de Bogotá. Pocos meses después, mercenarios entrenados por Washington derrocaron el gobierno reformista y democrático del presidente Arbenz, que tenía el apoyo del Partido Comunista de Guatemala.

"...de la guerra fría" realizan una serie de golpes de Estado en nueve países de la región. Los ejércitos derrocan preventivamente los gobiernos que consideran débiles frente al peligro comunista o demasiado tibios en su solidaridad con los Estados Unidos.[3] Es la época del gran miedo al castrismo en América Latina. En todas partes aparecen guerrillas, sin mayor éxito, hasta 1968.

El gobierno cubano, acusado a partir de 1960 de "exportar" la revolución y expulsado de la organización interamericana, trata de transformarse en centro mundial de unificación e iniciativa revolucionarias. En enero de 1966 se reúne en La Habana la Conferencia Tricontinental, nuevo Bandung revolucionario. En julio-agosto de 1967, también en la capital cubana, la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) da apoyo oficial a los numerosos intentos de implantar focos "guerrilleros" en América Latina, de acuerdo con la estrategia castrista. Pero en Bolivia, un audaz intento de convertir los Andes en la Sierra Maestra sudamericana culmina con la muerte, en octubre de 1967, de Ernesto Guevara, el mítico lugarteniente de Castro. Este revés marca el comienzo de la retirada cubana y simboliza el fin de una etapa. La tensión provocada por esa nueva realidad internacional que es el "castrismo" tiene sus picos, como el intento de invasión a Cuba por mercenarios apoyados por los Estados Unidos en abril de 1961 y, más aún, la crisis de los misiles en octubre de 1962, hechos que repercuten en la vida política de los Estados de la región. La intervención militar norteamericana en la guerra civil dominicana de 1965 para evitar una "nueva Cuba" marca otro pico de tensión.

En 1968 comienza una nueva coyuntura que afectará las orientaciones políticas de los militares latinoamericanos hasta 1973. Se produce un innegable "deshielo" interamericano, durante el cual se escucha la voz de las tendencias militares nacionalistas, después de un período en el que la "teoría de las fronteras ideológicas" y la nebulosa "occidental y cristiana" habían desplazado al Estado-nación de la jerarquía de las lealtades militares.

[3] La lista cronológica no requiere comentarios:

Fecha	*País*	*Presidente derrocado*
Marzo de 1962	Argentina	Arturo Frondizi
Julio de 1962	Perú	Manuel Prado
Marzo de 1963	Guatemala	Miguel Ydígoras Fuentes
Julio de 1963	Ecuador	Julio Arosemena Monroy
Septiembre de 1963	Republica Dominicana	Juan Bosch
Octubre de 1963	Honduras	R.Villeda Morales
Abril de 1964	Brasil	João Goulart
Noviembre de 1964	Bolivia	V.Paz Estenssoro
Junio de 1966	Argentina	Arturo Illia

Esta distensión obedece a una serie de causas múltiples y concomitantes. En Cuba se inicia un período de repliegue. Los problemas internos relegan la solidaridad internacionalista. La presión de la Unión Soviética, cuya ayuda económica, financiera y militar es indispensable para la supervivencia de la experiencia cubana, y que había manifestado su desaprobación ante el "aventurerismo" de la lucha armada postulada por el castrismo, había tenido una influencia importante para enfriar las esperanzas de crear "muchos Vietnam" o instaurar una "nueva Cuba" en el continente. En los Estados Unidos, aunque no se olvida la existencia de un Estado comunista en el Caribe, la trampa vietnamita y la interminable crisis del "Medio Oriente" restan importancia a la "amenaza castrista". La nueva administración republicana del señor Nixon adopta una política de *low profile* con respecto a Latinoamérica.

En esas circunstancias, los militares que toman el poder entre 1968 y 1972 en los Estados del continente retoman el nacionalismo reformista de principios de siglo. Para los militares peruanos encabezados por Velasco Alvarado, quien derroca a las autoridades civiles en octubre de 1968, así como para el general Torrijos, que toma el poder en Panamá casi al mismo tiempo que aquél, ha llegado la hora de la "revolución mediante el Estado Mayor". Una versión más tibia del "izquierdismo pretoriano" aparece en Ecuador, donde el general Rodríguez Lara se proclama en febrero de 1972 "revolucionario, nacionalista, social-humanista y partidario de un desarrollo autónomo". En diciembre del mismo año, los oficiales hondureños viran a la izquierda e instauran un gobierno militar encargado de "actualizar la economía y la sociedad nacional" por medio de una reforma agraria. En Bolivia, el viraje oportunista hacia la izquierda de un régimen militar conservador dirigido por el general Ovando, conduce al efímero gobierno popular del general Torres, apoyado por los partidos marxistas y los sindicatos, erigidos en "doble poder" en un alarde de lirismo neoleninista que provoca un contragolpe de Estado de la derecha militar. A estos procesos se agregan evoluciones paralelas como el breve predominio de un nacionalismo militar en la Argentina durante los primeros meses del gobierno peronista instaurado en 1973. Así, en la reunión de comandantes en jefe de los ejércitos americanos realizada ese año en Caracas, el comandante peruano Mercado Jarrín y su homólogo argentino, general Carcagno, opusieron a la "doctrina de la seguridad nacional" las teorías heréticas sobre la seguridad económica, el desarrollo autónomo y la justicia social. Esta "calma" (o aventura) fue de escasa duración.

El año 1973 es el de la destrucción de la Unidad Popular chilena por unos militares que hasta entonces habían respetado la democracia, y también el de la caída de la "Suiza sudamericana", el modesto Uruguay, ba-

por la bota de las legiones. En marzo de 1976, una nueva intervención militar en la Argentina pone fin a las esperanzas de una instauración duradera de la democracia: los militares que habían abandonado el poder tres años antes, vuelven con todas sus fuerzas. Los tres regímenes que surgen en esa época tienen en común su carácter sangriento y represivo, su voluntad contrarrevolucionaria de cerrarle el camino a la subversión, a la hidra del comunismo, para siempre. Las reformas socialistas efectuadas pacíficamente por un gobierno legal en Chile, la debilidad del sistema democrático frente a las guerrillas ya derrotadas en el Uruguay y la Argentina, fueron los pretextos empleados por los militares de los tres países para imponer su dictadura terrorista.

¿La era de la desmilitarización?

El rasgo propio de los regímenes militares en América Latina es su inestabilidad y su carácter provisional o, al menos, no permanente. Por ello no es sorprendente que aún los más feroces hayan cedido su puesto a los civiles y que se hayan restaurado paulatinamente las instituciones representativas. Si no es sorprendente que las dictaduras se liberalicen y restablezcan las libertades y los derechos de los ciudadanos o que se institucionalicen por la vía democrática, incluso que abandonen un poder que se les escapa debido a los repetidos fracasos o a las discordias intestinas insuperables, sin duda es más raro ver una retirada de los regímenes militares como la que se inicia en 1979. Este reflujo es evidentemente reflejo de la marea militarista que inundó el continente de 1962 a 1976. La desmilitarización que comienza con las elecciones ecuatorianas de 1979, seguidas por el retorno de la democracia al Perú en 1980, a Honduras en 1981, Bolivia en 1982, la Argentina en 1983, el Uruguay y el Brasil en 1985, no ha dejado fuera del universo representativo en expansión en 1989 ni a la arqueo-dictadura paraguaya ni al Chile del general Pinochet. Desde luego, sería erróneo aplicar un mismo rótulo a evoluciones y procesos muy distintos. La retirada de los pretorianos no tiene siempre las mismas causas ni la misma magnitud, aunque en todos los casos actúa un efecto de contagio y una coyuntura favorable. En Honduras, un proceso de elecciones libres permitió el reemplazo de una dictadura militar de rasgos marcadamente civiles por un régimen constitucional militarizado a causa de los conflictos centroamericanos. Los militares argentinos se autoderrotaron con el derrumbe de su lamentable fiasco en el Atlántico Sur en 1982, que

sólo sirvió para aumentar su siniestra fama de violadores de los derechos humanos. En el Uruguay, las cláusulas constitucionales transitorias negociadas con los partidos dieron a los militares, que controlaron la transición del principio al fin, cierta tutela temporaria sobre la democracia recuperada. En el Brasil, donde el régimen semiautoritario y semicompetitivo de 1974 no había abolido totalmente los mecanismos representativos, prohibido los partidos ni cerrado los parlamentos, la apertura que debía conducir a la "legalización" del régimen o su legitimación constitucional por medio de "elecciones de quien pierde, gana" y subterfugios jurídicos destinados a que el partido oficial, minoritario, conservara el poder, condujo a una victoria de la oposición democrática que nada permitía prever. A pesar de la negativa a instaurar la elección directa del presidente de la República por medio del sufragio universal, la dinámica de la democracia trastornó las previsiones del gobierno al asegurar la victoria del candidato opositor, señor Tancredo Neves, cuya muerte repentina no frenó el proceso.

Aunque las dictaduras también mueren, no es menos cierto que su agonía y desaparición están relacionadas con la coyuntura. No se debe subestimar los efectos del endeudamiento externo y la crisis económica sobre sus bases sociales. Regímenes que buscaron su legitimidad en los triunfos económicos, o al menos en las ventajas otorgadas a sectores privilegiados, se vieron estremecidos y puestos al descubierto por el derrumbe económico. La erosión de sus bases de apoyo se refleja inmediatamente en las "aspiraciones democráticas" expresadas por sectores que hasta entonces no se habían mostrado demasiado exigentes en materia de participación cívica. La política de los Estados Unidos con respecto a las dictaduras cumple sin duda un papel determinante. No tanto porque ciertos sectores del aparato estatal norteamericano dejen de fomentar las actitudes antidemocráticas como porque la política oficial de Washington consiste en apoyar resueltamente las democracias e incluso serruchar el piso a los aprendices de dictadores en la medida que eso no perjudique los intereses norteamericanos.

Asimismo, la política de derechos humanos del señor Carter ayudó, a pesar de algunas torpezas contraproducentes, a iniciar el movimiento e incluso a abortar algunos golpes de Estado que habían obtenido un triunfo inicial. Así sucedió en Bolivia, donde el coronel Natusch Busch tomó el poder en octubre de 1979, pero sólo pudo conservarlo durante diecisiete días debido al ostracismo al que lo sometieron los países vecinos, miembros del Pacto Andino, alentados por Washington. En julio de 1980, el general García Meza instauró un régimen militar que duró dos años a pesar del oprobio internacional: el presidente Carter, que finalizaba su mandato, no tenía autoridad para oponérsele. Una de las características singulares de la oleada de desmilitarización es que el arribo al poder de una ad-

...ministración republicana y de un presidente en las antípodas del moralismo de su antecesor y resuelto a reforzar el poderío norteamericano en el mundo no significó un retroceso en ese terreno.

La política de fuerza del señor Reagan en Centroamérica y el Caribe, destinada a "contener" el comunismo, no se tradujo en Sudamérica en una política complaciente frente al militarismo usurpador. La prueba es que durante los cuatro años de su primer mandato presidencial, ninguna democracia del continente cayó ante un golpe de Estado, ni siquiera las que conocieron situaciones precarias como la boliviana entre 1982 y 1985. En ese país, a pesar de la debilidad y la división del poder legal frente a un ejército siempre dispuesto a poner en la presidencia a uno de sus generales, los sucesivos intentos de putsch fueron aplastados *ab ovo*.

Puede haber distintas razones para esta paradoja. La primera y más profunda podría ser que los responsables de tomar las decisiones en los Estados Unidos comprendieron por fin, después de Cuba y Nicaragua, que apoyar una dictadura antipopular sólo porque es firmemente pronorteamericana es la mejor manera de allanarle el camino al comunismo, mientras que, hasta ahora, ninguna democracia en el continente permitió la instauración de un régimen marxista-leninista. La segunda hipótesis, más verosímil por ser también más coyuntural, es que la política de los Estados Unidos en Centroamérica, su activa hostilidad hacia el régimen sandinista y su apoyo firme al gobierno salvadoreño contra la guerrilla, se justifica por la defensa de la democracia contra el "peligro totalitario". Una política de difusión del militarismo en Sudamérica no dejaría de fortalecer esa cruzada democrática. Este apoyo táctico a los civiles y el orden representativo, que algunos comparan equivocadamente con el *benign neglect* nixoniano hacia Sudamérica, tiene en cuenta asimismo la ineficiencia económica de los militares y su desprestigio creciente.

Si una elección no hace la democracia, el "crepúsculo de las tiranías" tampoco significa el cierre definitivo del paréntesis militar. El antecedente de 1961 invita a la prudencia: en ese momento existía una sola dictadura en Sudamérica, la del general Stroessner en el Paraguay. Se sabe lo que sucedió a partir del año siguiente. Los gobiernos civiles instaurados desde mediados de la década de 1980 llevan la pesada carga de la herencia militar. Se trata en la mayoría de los casos de una colosal deuda externa no reflejada en infraestructuras útiles ni inversiones productivas, elevado índice de desempleo, daños irreparables a la estructura industrial, por no hablar de las múltiples secuelas de las violaciones de los derechos humanos. Es un balance sombrío, que no facilita la consolidación de regímenes participativos donde los conflictos sociales se puedan manifestar libremente. El desafío es tanto mayor por cuanto, después de años de "vacas flacas", la

opinión pública y sobre todo los sectores de menores recursos esperan que la democracia signifique, si no un milagro, al menos una mejora tangible de las condiciones de vida. Al mismo tiempo es necesario recordar que los militares, al abandonar el gobierno, no se apartan por completo del poder. Siempre están presentes, aunque en muchos casos no consigan institucionalizar su derecho de tutelar el funcionamiento de la democracia. El aparato de control político-policial creado bajo su régimen sigue generalmente en sus manos, sean redes tentaculares de investigación o comandos paramilitares financiados con fondos extrapresupuestarios. Espada de Damocles o convidado de piedra, el poder militar es siempre un factor en la vida política de la mayoría de los Estados recientemente democratizados. La desmilitarización es una tarea a largo plazo.

Modelos y mecanismos de la militarización

Así como no existe una explicación única para el poder militar en América Latina, tampoco existe un solo tipo de régimen marcial, idéntico a través del tiempo y el espacio. Todos los Estados militares presentan cierta semejanza debido a la índole de la institución que usurpa el poder, pero los gobiernos militares pueden asumir formas relativamente variadas. Estos regímenes se pueden clasificar según sus criterios políticos, sus objetivos o pretensiones institucionales, o bien en relación con la cultura política nacional, o bien, finalmente, en función de la índole de sus proyectos socioeconómicos.

Dejando de lado las dictaduras patrimoniales o "sultanísticas", según la terminología de Max Weber, cuyo carácter militar suele ser discutible, se distinguen, según los dos primeros criterios: 1) gobiernos militares *provisionales* y regímenes *constituyentes*; 2) un militarismo *reiterativo* y casi institucionalizado frente al cataclismo autoritario o al militarismo *catastrófico*.

Los regímenes militares provisionales o *caretakers* son raros en esta época. Estos gobiernos anuncian su carácter transitorio en el momento mismo de derrocar a las autoridades constituidas. Su objetivo es entregar el gobierno a los civiles con procedimientos legales. A veces anuncian el plazo de terminación de sus objetivos en el momento de asumir. Los gobiernos que asumen tras la caída de Vargas en el Brasil en 1945 o después de la caída de Perón en la Argentina en 1955 corresponden a este modelo, que rara vez se encuentra en estado puro. Las revoluciones palaciegas

...nto de los regímenes autoritarios suelen tener por objeto preparar una ...ción marcial y controlada hacia el orden constitucional: el breve ...ndato del general Lanusse para asegurar las elecciones de 1973 en la Ar... ...tina o el prolongado interregno de Morales Bermúdez después de la ...imera fase" del régimen militar peruano de 1968 responden a la misma ...lución. Pero a partir de la "revolución brasileña" de 1964, todos los re... ...menes militares latinoamericanos han expresado sus intenciones cons... ...yentes. En ese sentido, no fijan límites temporales a su existencia sino ... pretenden modificar las reglas del juego político o realizar cambios en ... orden sociopolítico antes de entregar la posta. La fórmula *"tenemos ob... ...s y no plazos"*, repetida hasta el hartazgo por argentinos, bolivianos, ...uguayos y chilenos, resume perfectamente su justificación y su particu... ...ridad.

Desde el ángulo de la cultura política, el militarismo reiterativo o cua... ...institucionalizado es uno de los modelos más frecuentes de la domina... ...ción pretoriana, por encima de la ideología política dominante, fundamen... ...almente liberal. Su caraterística es la alternancia de gobiernos civiles y ...militares. La militarización de la política es el corolario de la politización ... los militares, convertidos en socios obligados en la vida pública. Des... ... la "república de los coroneles" salvadoreña que conserva su fachada ...onstitucional al menos hasta 1972, hasta la Argentina posterior a 1930, donde las sucesivas intervenciones militares seguidas de retornos a los ...uarteles marcan el ritmo de una vida política militarizada, esta hegemo...nía aparece bajo distintas formas. En Bolivia, de 1964 a 1982, los enfren...tamientos sangrientos entre facciones militares vuelven al poder fuerte no menos inestable y frágil que los gobiernos civiles. En el Brasil, la usurpa...ción militarista de 1964, continuadora de las "intervenciones rectificado...ras" anteriores, producto de la interacción de oficiales y políticos, da lugar a un sistema institucional relativamente duradero.

Frente a este militarismo crónico que engendra regímenes múltiples, cí...clicos y discontinuos cuya naturaleza militar no es siempre evidente, se distingue un militarismo de ruptura en estados carentes de un pasado o una tradición de inestabilidad facciosa. En estos casos el fenómeno autoritario adquiere dimensiones catastróficas. En general señala el fin de un largo período de estabilidad constitucional. Las experiencias de Chile y el Uruguay invitan a estudiar las perspectivas del régimen militar en función tanto de la cultura política nacional como de las formas institucionales anteriores.

Desde el ángulo de los proyectos socioeconómicos, evidentemente se pueden contrastar los gobiernos conservadores con los autoritarismos reformistas, aunque el ejercicio no siempre es fácil en vista de que el gusto militar por el orden tiende a uniformar las conductas y enmascarar las in-

tenciones. Para precisar y completar esta distinción, situándola en el tiempo, se puede considerar, sobre la base de una literatura abundante y un cierto consenso entre los observadores, que entre 1960 y 1980 se presentan cuatro modelos:

a) El modelo patrimonial de las dictaduras familiares, cuyo proyecto socioeconómico no trasciende la prosperidad privada y el enriquecimiento de la dinastía. El último Somoza, derrocado en 1979, es prueba de ello, lo mismo que, con un poco más de discreción, la larga dictadura del general Stroessner en el Paraguay.

b) Las revoluciones desde arriba y su reformismo pasivo: el Perú del general Velasco Alvarado constituye su forma clásica y más acabada, pero no la única, como se ha visto.

c) Los regímenes burocráticos "desarrollistas". Su objetivo es sustraer el desarrollo acelerado y "asociado" con el capital extranjero del debate político y las presiones sociales. El Brasil después de 1964 y la Argentina de 1966 a 1970 corresponden a esta orientación.

d) Regímenes terroristas y neoliberales: este último avatar del militarismo aparece a partir de 1973 en las dictaduras chilena, uruguaya y argentina. Su carácter novedoso radica en la alianza de una violencia represiva inaudita con un liberalismo económico voluntarista a ultranza, aunque no del todo ortodoxo. Su ambición común es reestructurar la sociedad a fin de instaurar un orden contrarrevolucionario o, al menos, una vida política y social que no ponga en peligro el *statu quo*.

La variedad de estas experiencias no habla a favor de una explicación única del militarismo latinoamericano. Lo cual tampoco significa que la comprensión del fenómeno dependa exclusivamente de las particularidades nacionales. Como se ha visto, el sentido y la índole de las intervenciones militares están ligados a la coyuntura continental, sobre todo a las relaciones de los Estados Unidos con América Latina. Pero este condicionamiento no es mecánico. Desde la perspectiva interior, la inestabilidad y la usurpación marcial guardan relación con los problemas y las crisis de la participación social y política. La dialéctica entre dominación y apertura política generalmente opera sobre las relaciones entre los ejércitos y los gobiernos: sea porque los militares comparten la hostilidad de las minorías dominantes hacia la participación ampliada, visualizada como amenaza a la estabilidad social o el desarrollo económico. Sea, por el contrario, porque preocupa a los militares la incapacidad de una elite dirigente o un gobierno aislado para generar un consenso movilizador o, sencillamente, para gobernar con eficiencia y sin sobresaltos. En el primer caso es probable un golpe de Estado conservador, una intervención destinada a restringir las libertades. En el segundo, la apertura social controlada y la refor

limitada están a la orden del día. Los ejércitos latinoamericanos, por su ...ia, índole y formación , no están al servicio de actores sociales o po... os internos o externos. Por lo tanto, constituyen un factor crucial y asu..., en función de valores propios e hipótesis de guerra elaborados por ... mismos, la defensa más o menos transitoria de determinados intere... sociales. Por eso, ni los esquemas instrumentalistas ni el razonamien... onspirativo permiten comprender un fenómeno cuya importancia in...gable no implica la fatalidad.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Drake (Paul W.), *Socialism and Populism in Chile (1932-1955)*, Urbana (Illinois), 1978.

Garces (Joan), *Allende et l'Expérience chilienne*, Paris, Presses de la FNSP, 1975.

Gilhodes (Pierre), *Paysans de Panama*, Paris, Presses de la FNSP, 1978. (Une étude sur le régime du général Torrijos et de la garde nationale en dépit de son titre.)

Goldwert (Marvin), *The Constabulary in the Dominican Republic and Nicaragua*, Gainesville (Floride), University of Florida Press, 1962.

Joxe (Alain), *Las Fuerzas armadas en el sistema político de Chile*, Santiago, Ediciones Universitarias, 1967.

Meister (Albert), *L'Autogestion en uniforme*, Toulouse, Privat, 1981.

Millett (Richard), *Guardians of the Dynasty. A History of US Created Guardia Nacional de Nicaragua and the Somoza Family*, New York, Orbis, 1979.

Rouquié (Alain), *L'État militaire en Amérique latine*, Paris, Éd. du Seuil, 1982.

Stepan (Alfred), *The Military in Politics. Changing Patterns in Brazil*, Princeton, Princeton University Press, 1971.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
les [illegible]
les [illegible]
sig[illegible]
mo[illegible]
[illegible]
[illegible]

6. La Iglesia y las Iglesias

La presencia militarista es espectacular y enigmática, la religión cristia-
por su parte es omnipresente y multiforme a lo largo y a lo ancho de un
ntinente con cuyo destino está consustanciada desde el descubrimiento
conquista. Sin América Latina, la fe de Cristo estaría limitada a Euro-
y el mundo industrializado. La Iglesia Católica Romana detenta una po-
ión dominante en la región, pero otros grupos religiosos, sectas cristia-
o no, también están presentes en las sociedades latinoamericanas y
nden sus raíces en la densidad conflictiva de una trama social concreta.
 obstante, corresponde acordarle el primer lugar al catolicismo, con la
nciencia de que se trata de una institución singular. Primero, por su
ácter transnacional, relacionado no sólo con su universalidad y su direc-
ón vaticana, sino también con el origen extranjero del clero latinoame-
ano. Segundo, porque en la América Latina contemporánea más que en
nguna otra parte, la función de la Iglesia, lejos de limitarse a la esfera es-
itual y sacramental, está muy difundida, inextricablemente imbricada
los pliegues de las evoluciones sociales, el perfil de las conductas, los
s de la vida nacional así como en los vericuetos de la vida cotidiana.

storia religiosa y sociedades

Para empezar, conviene recordar algunos datos. América Latina es el
ntinente católico por excelencia. El noventa por ciento de los habitan-
 están bautizados, comprende el cuarenta y cinco por ciento de los fie-
 de la Iglesia Romana y la tercera parte de sus obispos. Para fines del
glo xx, uno de cada dos católicos será latinoamericano. El Brasil es el pri-
er Estado católico del mundo, su episcopado es el más numeroso de la
stiandad después del italiano. Debido al peso de Latinoamérica, el cen-
 de gravedad de la Iglesia universal se ha desplazado hacia el hemisfe-

rio occidental y, dentro de éste, hacia el sur, al mundo en vías de desarrollo.

El catolicismo es, por lo menos desde el punto de vista "cultural", la religión de la inmensa mayoría de los latinoamericanos, practicantes o no. La difusión de la "verdadera fe" fue uno de los móviles y una de las justificaciones de la conquista. Ciertos teólogos y apologistas consideran que el descubrimiento de América, que duplicó la extensión de las tierras a evangelizar, fue un designio de la Divina Providencia, y de ahí concluyen que es necesario postular la beatificación de Cristóbal Colón, el "revelador del globo" según Léon Bloy. La conversión de los americanos y la enseñanza de la doctrina cristiana dieron origen a instituciones coloniales, como la encomienda y las reducciones, que ayudaron a forjar las sociedades contemporáneas. Las propias formas de la evangelización practicada por los españoles definieron, en general, el perfil del cristianismo en el Nuevo Mundo.

Por medio de sus sacerdotes más generosos y exigentes, como el padre Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas, la Iglesia trató de arrancarle a la corona la protección de los indios frente a la corrupción y la crueldad de los conquistadores. La responsabilidad del clero para poner coto a las exacciones de los cazadores de esclavos y los "buscadores" de oro supera rápidamente la esfera espiritual. Las misiones jesuíticas del sur del Brasil y el Paraguay, animadas por el fervor de su utopía teocrática, son sólo el caso extremo de una actitud paternalista que no se volverá atrás. La tendencia a no concentrarse exclusivamente en los problemas espirituales, unida a un cierto clericalismo autoritario, procede de ese desbordante fervor misionero que no desconoce los problemas temporales. Por otra parte, la conquista espiritual fue también una conquista, es decir, un sometimiento violento de las poblaciones autóctonas. Los "conquistadores a lo divino", como se los llamaba en España, evidentemente no defendían la libertad de conciencia de los "paganos" a los que debían salvar: por algo la cruz seguía a la espada. La práctica del "requerimiento" consistía en intimar a las poblaciones "descubiertas" a someterse y aceptar la predicación de la fe, so pena de verse reducidas a la esclavitud.[1] La mayoría de esas conversiones forzadas fueron superficiales. Se puede decir que en América Latina el número de bautizados y de católicos "nominales" es mucho mayor que el de cristianos, porque en verdad a los indios se los sacramentó más que se los convirtió. Un barniz de cristianismo reinterpretado o adap-

[1] Véase el texto oficial del "requerimiento", presentado a los indígenas, de aceptar la verdadera fe en *Las Casas et la Défense des Indiens* (presentación de Marcel Bataillon y André Saint-Lu), París, Julliard, págs. 70-71.

...sirve en muchos casos para disimular creencias anteriores en las poblaciones de origen indígena o africano. El sincretismo religioso es otra de las consecuencias de las modalidades de evangelización.

De estos misioneros enérgicos, hombres de acción más que de pensamiento y meditación, no se podía esperar que surgiera en la época colonial un clero de grandes luces y dotado de una fuerte cultura teológica. Las órdenes contemplativas brillaban por su ausencia. El cristianismo de ultramar, inspirado por la Contrarreforma y el Concilio de Trento, es más vigoroso que profundo, más rico en bienes temporales que en bienes espirituales. Así, la Iglesia mexicana era el propietario más importante del país en la época de la independencia, pues había reunido por medio de hipotecas de haciendas y donaciones casi la mitad de las tierras cultivables convertidas en bienes de manos muertas y objeto de luchas políticas. Pero el nivel cultural de sus sacerdotes dejaba mucho que desear.

La riqueza acumulada por el clero local permite asumir durante toda una parte del siglo XIX un conjunto de responsabilidades sociales que sólo la Iglesia toma a su cargo: enseñanza, estado civil, asistencia social y salud. En muchas sociedades latinoamericanas es la organización más fuerte y mejor estructurada. En todo caso, es la única organización fuera del Estado que inspira, auspicia o sostiene hoy instituciones que, desde el sindicato hasta la escuela, cubren toda la gama de la actividad humana. Las iglesias nacionales llegan a muchos lugares donde el Estado está ausente: aldeas aisladas, zonas carenciadas y desprovistas de medios de acceso. Y esto sucede a pesar de la gran escasez de sacerdotes.

Durante el siglo XIX, la Iglesia y los cleros nacionales cumplieron un papel de primer orden en la construcción de los estados y la instauración de sistemas políticos. Hubo dos razones fundamentales para que ello sucediera. Primero, porque la unión de la Iglesia y el Estado —el catolicismo es religión oficial— heredada de la corona española o portuguesa crea relaciones especiales entre las naciones en construcción y los episcopados nacionales. Segundo, porque el clero constituye un sector numeroso de la clase política. Así como bajo la monarquía francesa del siglo XVII los "primeros ministros" son cardenales, en la América española de la emancipación los sacerdotes suelen ser los únicos letrados capaces de llevar adelante los debates constitucionales y las justas políticas. En el Río de la Plata, el clero tiene una presencia notable en el Congreso Constituyente de Tucumán, que proclama la independencia en 1816: la mitad de los delegados son sacerdotes. Anteriormente, en 1810, el deán Funes, de Córdoba, había sido miembro de una de las primeras juntas de gobierno. Más adelante, en ese mismo siglo, otros sacerdotes cumplirán un papel muy activo en la instauración del orden constitucional, como el orador sagrado argentino Fray

Mamerto Esquiú (muerto en 1888).

Las insurrecciones de la independencia no dejan de repercutir en el seno del clero, "clase intelectual" ligada a la corona y a la vez fuertemente arraigada en la vida social de las colonias. Se producen hondas fracturas desde el Río de la Plata hasta Nueva España, entre una jerarquía generalmente de origen español, próxima a los virreyes, y un clero bajo criollo, solidario con las aspiraciones emancipadoras. La prédica revolucionaria de dos sacerdotes, los primeros en levantar la bandera de la rebelión contra España, aterró a la oligarquía mexicana. Los curas Hidalgo y Morelos, los dos de origen popular, formaron ejércitos indígenas y, bajo la bandera de la Virgen de Guadalupe, se lanzaron a una guerra de clase y de raza que impulsó a muchos criollos a alinearse con los españoles.

Después de la independencia, en el siglo XIX, la situación de la Iglesia varía de un país a otro. Algunos de los Estados nuevos se apresuran a anudar vínculos con Roma —que demuestra no tener la menor prisa— para poner en práctica su derecho de nombrar a los obispos (patronato real) heredado de España. En otros casos las relaciones se restablecen con lentitud. Sin embargo, en todos los países, las relaciones entre la Iglesia y el Estado abren brechas en la vida política. La "cuestión religiosa" se convierte en eje del enfrentamiento entre liberales y conservadores. Contra la unión de la Iglesia y el Estado, sobre todo contra las tentaciones ultramontanas que aparecen durante el pontificado de Pío IX, fuertes corrientes liberales y anticlericales reivindican la secularización de una serie de funciones realizadas hasta entonces por el clero, principalmente la enseñanza, el estado civil y la administración de los cementerios. Pero la Iglesia del *Syllabus* (1869) y la infalibilidad papal (1870) no está dispuesta a acomodarse. Por otra parte, ciertos liberales que quieren liquidar el pasado colonial de las nuevas repúblicas y reformar las estructuras económicas de acuerdo con la concepción europea del "progreso", consideran que la Iglesia, con su poder y riqueza, frena el desarrollo del capitalismo. Es así que el movimiento de reforma en México resuelve vender ("desamortizar") los bienes inalienables de la Iglesia (1855) y promulga una constitución liberal y laica en 1857 que suscita la furia del clero. Conservadores y curas se sublevan y proclaman una verdadera cruzada contra los "anticlericales". Una guerra civil de tres años (1858-1861), caracterizada por el fanatismo sangriento y desmesurado de los dos bandos, fue la consecuencia principal del despojo del clero. La aplastante deuda externa provocada por ese conflicto y la victoria del liberal Juárez sobre los conservadores sirven de pretexto a la invasión francesa, que instala en el trono de México al efímero y malhadado archiduque Maximiliano.

En Ecuador, Gabriel García Moreno, jefe de Estado teocrático y ávido

el progreso material —es especialista en derecho canónico y a la vez químico— se apoya en la Iglesia para modernizar el país y fortalecer el Estado. En 1869 promulga una Constitución clerical que hace del clero una suerte de partido único de la república y en 1873 consagra oficialmente el país al Sagrado Corazón de Jesús. En 1875 cae asesinado por jóvenes liberales que han escuchado los llamamientos al tiranicidio efectuados por los vigorosos panfletos de Juan Montalvo, exiliado en París. En 1895, el jefe liberal Eloy Alfaro subleva a Guayaquil y toma el poder. Su primer objetivo es desmantelar la "fortaleza confesional" montada por el "santo del patíbulo", García Moreno. Alfaro, a quien sus enemigos consideran nada menos que el "Anticristo", elabora una nueva Constitución que asegura la libertad de conciencia; incluso autoriza el divorcio. Pero lo más importante es que da lugar a la expropiación de los bienes de la Iglesia en el marco de una política destinada a modernizar aceleradamente la somnolienta república andina.

La violencia generada por la cuestión religiosa no termina en el siglo XIX. En Colombia, la firma de un concordato con el Vaticano por el presidente conservador Núñez, que hace del catolicismo la religión de Estado y otorga poderes exorbitantes a la Iglesia, es una de las causas de la llamada "guerra de los mil días" que termina en 1902 después de causar más de cien mil muertes. Aunque las diferencias tanto religiosas como de otro tipo entre "cachiporros" (liberales) y "godos" (conservadores) son bastante tenues —en Colombia, según García Márquez, "los conservadores van a la misa de cinco y los liberales a la misa de siete"—, los cruentos choques entre los dos partidos tradicionales son la característica de la primera mitad del siglo XX. No se puede desconocer el aspecto religioso de la "violencia", esa guerra civil desenfrenada entre liberales y conservadores que causó más de trescientas mil muertes entre 1948 y 1956. En efecto, muchos sacerdotes no vacilaban en pasar a la acción para exterminar a los liberales, esos "rojos" impíos, enemigos de la fe, similares a los comunistas. Los predicadores instigaban a las bandas conservadoras desde el púlpito, en la más pura tradición de las guerras de religión.

En México, la cuestión religiosa degeneró también en una cruenta guerra civil cuyos efectos políticos y jurídicos se sienten aún hoy. A pesar de que el 98 por ciento de la población está bautizada y el 68 por ciento de los fieles asiste a la misa dominical, a pesar del tenso *modus vivendi* que permitió el viaje del papa Juan Pablo II a Puebla en 1979, la Iglesia carece de personería jurídica, los sacerdotes no pueden vestir sotana en público, votar ni ser elegidos. México no mantiene relaciones con el Vaticano. En virtud de la reforma de Juárez y la "guerra de los tres años", las relaciones entre la Iglesia y el Estado liberal siguen siendo conflictivas. Porfirio Díaz

olvidó su origen liberal e impuso una conciliación que la Iglesia acepta de buen grado, pero la revolución provocó una nueva ruptura. El episcopado no ocultó sus simpatías por el campo contrarrevolucionario, eligiendo a Huerta en vez de Madero. La constitución de 1917 es laica e instituye un Estado antirreligioso. Ante un clero poderoso que se niega a renunciar a sus privilegios los nuevos dirigentes hacen gala de un jacobinismo combativo. Su aspiración a modernizar la sociedad y construir un Estado independiente de las fuerzas sociales tradicionales choca contra un nuevo despertar de la Iglesia mexicana: presente en las escuelas, los sindicatos y la vida política, trata de alejar a las clases medias y los obreros de la "revolución". Según algunos autores, la competencia católica en la esfera sindical es una de las causas principales de la violencia antirreligiosa y la razón del papel desempeñado en ella por Morones, jefe de la CROM. Calles, elegido presidente en 1924, habría sido un "místico del anticlericalismo" (Jean Meyer) que sólo pensaba en exterminar al infame y disipar las "tinieblas" de la superstición y el fanatismo. En 1926, cuando se toman medidas humillantes para el clero, los obispos proclaman la huelga del culto. Algunos sacerdotes son detenidos. En algunos estados se producen levantamientos esporádicos, después generalizados, contra la persecución religiosa. Esa fue la guerra de los Cristeros, de 1926 a 1928. Los campesinos del centro y el oeste del país, dirigidos por sus curas, toman las armas contra el gobierno impío en nombre de Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe. La jerarquía, menos audaz, busca un acuerdo, pero una feroz guerra civil azota el país y causa miles de muertos. La cruzada contrarrevolucionaria de los Cristeros es un movimiento mesiánico y al mismo tiempo una rebelión popular contra la modernización social. Se la enfrenta con una campaña de "desfanatización" que no le va en zaga en cuanto a fanatismo. Algunos años más tarde se reinician las guerrillas católicas, aunque con menos virulencia, contra los "programas de educación socialista" destinados a descristianizar el país en nombre de las luces y la razón. Finalmente, en 1937, al finalizar la batalla de las escuelas, se arriba a un *modus vivendi*. Pero en algunas regiones aún arde el fuego bajo las cenizas. Años después de la Segunda Guerra Mundial, se producen atentados contra curas de aldea o contra los maestros. Por ejemplo, en la década de 1960, los campesinos de una aldea remota del estado de Guerrero asesinaron, en nombre de la religión, a unos estudiantes que habían ido a alfabetizarlos.

Se puede extraer una lección de la larga crisis mexicana. El anticlericalismo, como la religión, puede ser un elemento de integración nacional y sobre todo un recurso para la construcción del Estado. Es indudable que en México la lucha contra la Iglesia, fuerza ultramontana que aparece aliada a una "potencia" extranjera, dio lugar al surgimiento de un nacionalis-

...vo, centrado en el Estado y en la modernización política del país ... de la revolución.

Fuerzas y debilidades del catolicismo latinoamericano

Es difícil resumir la sociología religiosa del continente. La implantación de la Iglesia es muy desigual, tanto en calidad como cantidad, según los países o incluso según las regiones de una misma entidad nacional. La asistencia de los oficios dominicales supera el 65 por ciento en México y Colombia, pero es de apenas el cinco al diez por ciento en Venezuela. Por otro lado se distinguen algunas tendencias comunes, un clima propio del catolicismo continental: junto con un ritualismo carente de profundidad, aparece una religión "folklórica" rayana en la superstición mezclada con prácticas mágicas. "Pobre México", dice irónicamente un ensayista, "tan lejos de Cristo, tan cerca de la Virgen de Guadalupe."[2] Para la religiosidad popular son más importantes los protectores de la vida cotidiana que la salvación eterna. No todas sus referencias ni todos sus santos patronos son reconocidos por Roma. En el cruce de la leyenda y la apologética, muchos argentinos veneran a la difunta Correa y al "santito" ranquel Ceferino Namuncurá. La popularidad de estos patronos más o menos ortodoxos se debe a su origen autóctono, sea porque permiten naturalizar la religión al volverla más accesible y familiar, sea porque cristianizan las creencias indígenas precoloniales. En México se identifica al dios azteca Quetzalcoatl con el apóstol Santo Tomás, mientras que Guadalupe es la versión cristiana de la diosa-madre Tonantzin. En el Perú, el santo mulato fray Martín de Porres, que fue hermano portero de los dominicos, es objeto de una devoción muy especial. En Venezuela la Virgen de Coromoto, que se apareció a un jefe indígena en el siglo XVII, es la santa patrona del país.

Este panorama general conoce matices étnicos. En las regiones afroamericanas la práctica es escasa, estén desarrollados o no los cultos africanos. En las zonas indígenas se observa un gran fervor y participación en los ritos; el sacerdote es una figura de gran peso social. Entre los guaraníes paraguayos la frase "lo dijo el padre" pone fin a cualquier discusión. Por otra parte, esta religiosidad indígena es bastante ambigua. Detrás de la fachada cristiana se ocultan o se levantan creencias milenarias y un sentido telúrico de lo sagrado que no tiene nada de ortodoxo. Es sorprendente es-

[2] Leñero, V.: "Catolicismo a la mexicana", *Siempre* (México), 29 de mayo de 1968.

cuchar a una joven catequista de la comunidad católica quiché de Guatemala referirse con fervor al culto del maíz y el sol en medio de citas bíblicas.[3]

El continente es católico, sin duda, pero la fuerza de ese catolicismo evoca la imagen del gigante con pies de barro. Porque América Latina, donde vive el cuarenta por ciento y próximamente el cincuenta por ciento de los fieles de la Iglesia romana sólo cuenta con el nueve por ciento del clero mundial.

La distribución de la organización eclesiástica del "pueblo de Dios" es muy desigual. Mientras Francia tiene un cura secular por cada 1460 habitantes, los latinoamericanos sólo disponen de uno por cada 5700 a 6000 habitantes si se incluye a los regulares, que constituyen una alta proporción del clero parroquial. Las diferencias nacionales son enormes. En 1965 había un sacerdote por cada 3000 a 3700 habitantes en Chile (país "líder"), Colombia y el Ecuador. La proporción registró una ligera variación hacia 1975, debido a la explosión demográfica más que a la disminución del número de padres. Las diferencias siguen siendo las mismas. Algunos países —Haití, Honduras, El Salvador, República Dominicana entre otros— tienen apenas un cura por cada diez mil habitantes. Cuba, por motivos muy particulares y no todos relacionados con la persecución religiosa, presenta un panorama aun más crítico. Con doscientos curas para diez millones de habitantes (uno por cada cincuenta mil), se trata de una sociedad profundamente descristianizada. Es verdad que el marxismo-leninismo provocó la deserción de la mitad del clero, hostil al nuevo curso revolucionario. Pero si hoy los practicantes suman apenas cien mil, en 1955 sólo lo eran el diez por ciento de los cubanos, es decir, unas 450.000 personas. Los cultos africanos de las santerías, fomentados por Batista, atraían mayor número de fieles que la Iglesia.

Por otra parte, el clero latinoamericano posee dos características que disminuyen o limitan su poder de convocatoria: comprende un alto porcentaje de extranjeros y muestra divisiones que reflejan los conflictos y las distorsiones de las sociedades latinoamericanas. Paradójicamente, este continente masivamente cristiano es también tierra de misiones. Los obispos latinoamericanos piden ayuda exterior y una elevada proporción del clero proviene de los países industrializados, sobre todo de Europa. La mitad del clero venezolano es extranjero. En Cuba, el setenta por ciento de los curas que había en 1960 también lo eran. ¡Incluso hay obispos franceses en Chile, norteamericanos en Centroamérica y el Caribe! Esta "desnaciona-

[3] Se trata de Rigoberta Menchú. Entrevista publicada por Elizabeth Burgos en *Moi Rigoberta Menchú*. París, Gallimard, 1983.

lización" de la Iglesia no favorece en absoluto el acercamiento del cura a la masa de fieles. El clero misionero sufre problemas de integración, y cuando uno de ellos demuestra excesivo interés por los desheredados, despierta las sospechas de las autoridades, siempre dispuestas a expulsarlo.

Por otra parte, la distribución geográfica del clero corresponde a determinadas actitudes. Los curas son más numerosos en las ciudades, donde ciertas órdenes cumplen tareas docentes. En Venezuela, el cuarenta por ciento del clero regular reside en la capital; en este país de menos de 1800 curas, hay más de mil monjas. En los barrios residenciales donde se encuentran las escuelas confesionales —un tercio de la superficie capitalina—, la concentración sacerdotal es de uno por cada quinientos habitantes. La elevada densidad en los barrios altos y la función tradicional de educación de las elites dan lugar a una cierta identificación con éstas. Por su parte, el clero progresista se concentra generalmente en los barrios pobres y las zonas carenciadas. En el Nordeste brasileño y las ciudades obreras han residido los obispos "avanzados" más activos y combativos. Sus nombres son conocidos en el mundo entero: los más representativos de esta corriente son don Hélder Camara, obispo de Recife; don Antonio Fragoso, originario de Crateus en Ceará; don Pedro Casaldaliga, de origen catalán, a cargo de la diócesis "caliente" de São Felix de Arraguaia en el Mato Grosso, y don Candido Padim, obispo de Bauro, ciudad obrera del estado de San Pablo. Por el contrario, de las pequeñas ciudades soñolientas del interior de Minas Gerais salen los paladines del ala más conservadora del episcopado brasileño, como el célebre monseñor Proença Sigaud, que fue obispo de Diamantina. La disparidad de "sedes sociales" inspira las actitudes y divide los cleros.

Iglesia y sociedad: del *aggiornamento* al desgarramiento

Tradicionalmente, la Iglesia, o al menos su jerarquía, está estrechamente ligada a las clases dirigentes. Esta herencia de la historia continental corresponde sin duda a la lógica de lo religioso. La función de los "administradores de los bienes de la salvación", según Pierre Bourdieu,[4] es "justificar la existencia de las clases dominantes en tanto tales" y "obligar a los dominados a aceptar la dominación". La trinidad del obispo, el general y

[4] Bourdieu, P.: "Genèse et structure du champ religieux", *Revue française de sociologie*, XII, 1971.

el terrateniente no es una imagen del pasado. La alianza del sable con la sotana goza de muy buena salud en algunos países.

En Colombia, donde el cardenal Muñoz Duque fue ascendido a general de brigada en junio de 1976, la Iglesia posee un poder temporal importante. Una parte del territorio es gobernada directamente por el clero en virtud del Concordato y el Acuerdo misional de 1953. En este imperio teocrático, los poderes civiles deben obediencia a las autoridades eclesiásticas. Las actividades de estos "siervos de Dios", que a la vez son "amos de los indios", han sido denunciadas por cristianos progresistas y el clero contestatario colombiano.

En la Argentina, nadie se sorprende ante la acogida entusiasta que brinda la jerarquía a los sucesivos regímenes militares. En 1966, el arzobispo de Buenos Aires, rodeado por un equipo de cristianos "preconciliares" y mesiánicos, bendijo el golpe de Estado del general Onganía, calificándolo de "aurora para nuestro país". Los asesinatos de religiosos, catequistas e incluso de un obispo —todos habían tomado partido por las "clases peligrosas"— no impidieron que parte del clero y la jerarquía se alinearan francamente con la sangrienta dictadura militar del general Videla y sus acólitos en 1976. El vicario castrense, monseñor Tórtolo, exaltó la acción purificadora del ejército al liberar al país de la subversión. Es verdad que a partir de 1979 algunos obispos se adhirieron a las instituciones defensoras de los derechos humanos, pero sólo en agosto de 1982 la Iglesia como institución expresó su preocupación por los ocho a diez mil "desaparecidos" de la "guerra sucia", cuya existencia había desconocido hasta entonces. En cambio, restablecida la democracia, la Conferencia Episcopal se apresuró a fustigar el libertinaje en las costumbres y la sanción eventual de una ley de divorcio, demostrando una vez más su jamás desmentida conciencia conservadora y frecuentemente antidemocrática.

De manera menos visible, el polo conservador de la Iglesia latinoamericana en sus distintos matices, del "integrista" al pastoral", posee una doctrina y una legitimidad cristiana inexpugnables, así como una gran red de organizaciones adecuada a la función canónica de lo religioso en las sociedades organizadas. La doctrina es conocida. Se la ha expresado mil veces. Se refiere a la palabra de Cristo en la que recuerda que su reino no es de este mundo. "Dad al César...", dice, y también "bienaventurados los pobres". Lo quiera o no, al hacer hincapié en las virtudes de la esperanza y la caridad, se debilita la resistencia a las injusticias del *statu quo* y se fortalece las tendencias a la resignación. La misión de la Iglesia es la salvación eterna de los creyentes: su bienestar terreno escapa a su esfera de acción. Esta posición, que pasa por alto las terribles realidades locales, evidentemente no desagrada a los conservadores, que la emplean para consa-

... el "misterio del orden social", ni a los dictadores militares, que pre-
... defender el "estilo de vida occidental y cristiano" de las repúblicas
...americanas. Se considera que estas posiciones, criticadas por el ala
"...tiva" de la Iglesia, son preconciliares, es decir, no conformes a las
...nzas del Vaticano II (1962-1965) en el cual Juan XXIII convocó a
... a "abrazar su siglo".

... verdad, la Iglesia dispone de una capacidad de movilización y orga-
... tanto más eficaz por cuanto aparece como un polo ideológico
...rrevolucionario. Como fortaleza de los valores espirituales y de la
... contra el comunismo ateo y la lucha de clases, su influencia es
.... La densidad de sus redes parroquiales, así como la amplitud de
... recursos financieros le permiten en algunos países utilizar los medios
...nos de propaganda con éxito asegurado. La Iglesia colombiana,
... triunfalismo es uno de sus rasgos más destacados, es excepcional-
... hábil en el arte de utilizar la radio y la televisión. Las escuelas ra-
...fónicas del padre Salcedo (Radio Sutatenza) entre otras, llegan a un
... público campesino, al que alfabetizan a la vez que lo catequizan.

...neralmente los episcopados emplean su influencia política a favor de
... causas conservadoras. En las elecciones, la palabra autorizada de la
... condena las candidaturas que no respetan su magisterio en el terre-
... familiar y escolar; también aparece apoyando las intervenciones mili-
... contra gobiernos progresistas o considerados poco sensibles a los
... ...os del comunismo ateo. En la República Dominicana, fue un verda-
... golpe de Estado "clerical-militar" el que derrocó a Juan Bosch, pre-
...nte con inclinaciones socialistas, en 1963.[5] En 1963-1964, se organi-
... grandes marchas en las ciudades del Sur brasileño "por la defensa de
... ...milia con Dios y por la libertad" contra el gobierno constitucional del
...sidente Goulart. Muchos sacerdotes participan en ellas, con autoriza-
... de sus obispos. En agosto de 1971 se produce el golpe de Estado del
...neral Banzer en Bolivia; previamente se habían realizado las jornadas
... ...arísticas de la Santa Cruz en las que se expuso, con un lenguaje de gue-
... santa, una verdadera "teología del golpe de Estado" haciendo hincapié
... su carácter providencial.[6]

...esde las organizaciones pastorales o de catequesis hasta las congre-
...iones religiosas o laicas, la Iglesia cuenta con medios poderosos para
...spirar actitudes, fomentar agrupamientos, estimular acciones en la esfe-

[5] "L'Église à Saint-Domingue", *Frères du Monde*, nro. 6, abril de 1970, págs. 23-49.
[6] "La Bolivie du colonel Banzer", *Les Informations catholiques internationales*, 1 de no-
...iembre de 1972.

ra política y social. En América Latina el Opus Dei ha conocido períodos tan brillantes como en la España franquista. Los *cursillos de cristiandad*, suerte de "rearme moral" para instrucción de las elites que "comprenden la amenaza del marxismo",[7] tienen una influencia decisiva en Venezuela, el Perú y la Argentina, donde toda una generación de generales golpistas ha frecuentado esos retiros de choque. Tampoco faltan los grupos minúsculos resueltamente integristas como las células del movimiento Tradición, Familia y Propiedad (en el Brasil, la Argentina y Chile), cuyos tufos de macartismo policial no escapan a nadie y que gozan del apoyo de algunos príncipes de la Iglesia.

Pero hoy son los sindicatos y los partidos de inspiración cristiana los más representativos de la acción de masas de la Iglesia tradicional y de su profunda evolución en los últimos veinte años. Los "círculos de obreros" y los sindicatos, fundados por iniciativa de la Iglesia católica para aplicar su doctrina social, nacen con el fin de proteger a los trabajadores de las ideas socialistas y oponerse a la "lucha de clases". La Unión de Trabajadores de Colombia, creada en 1946, es asesorada por los jesuitas y está estrechamente ligada al Partido Conservador. La UTC predica la paz social y la armonía de las relaciones entre el capital y el trabajo, lo que excluye el recurso de la huelga. Esta central sindical evolucionará hacia una mayor independencia y espíritu reivindicativo paralelamente al viraje de la Iglesia. Los partidos demócratas cristianos, que a partir de la década de 1960 llegan al poder en varios países, son fuerzas conservadoras modernas que emplean un discurso anticapitalista ambiguo: raíces conservadoras, frutos izquierdistas, al decir de algunos analistas.[8] Estos partidos se originan generalmente en la ruptura de sectores juveniles universitarios, sensibles a las enseñanzas sociales de la Iglesia a partir de León XIII (*Rerum Novarum*), con la ideología conservadora tradicional. En Chile, el partido que llevó a Eduardo Frei a la presidencia en 1964, nació en 1938 bajo la influencia de la Acción Católica sobre la juventud del Partido Conservador, que se convirtió en Falange Nacional. Este grupo político modernista osciló durante un tiempo entre los espejismos corporativistas de los movimientos autoritarios europeos y la inspiración democrática de Maritain y Marc Sangnier. En 1964 el partido de Frei, apoyado por la jerarquía católica y el gobierno de los Estados Unidos, era un polo de atracción para los que querían detener el avance del candidato marxista Salvador

[7] Según el sacerdote francés Jean Toulat, en su libro *Espérance en Amérique du Sud*. París, Librairie Académique Perrin, 1965, pág. 42. Parece que los cursillos tienen un contenido diferente y más progresista en países como el Perú y El Salvador.

[8] "D.C. latinoamericana, ¿ideología o partido?", en *The Economist para América Latina*, 18 de septiembre de 1968.

[illegible]. No obstante, la democracia cristiana chilena puso en marcha un programa de reformas, sobre todo una reforma agraria, que la enemistó con los aliados de derecha, mientras que el ala izquierda, hostil a la colaboración de clases y atraída por el socialismo, se separó de la ex Falange en 1969.

En Venezuela, el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), socialcristiano, también incluye una combativa ala izquierda. Sin embargo, había surgido en 1946, inspirada en la Falange española y apoyada por los grandes terratenientes de las provincias andinas, para oponerse al "peligro marxista" que representaba el partido socialdemócrata Acción Democrática, mayoritario en la oposición y dueño del poder en 1948. Desde 1958, en competencia-complicidad con AD, el COPEI es uno de los dos pilares de la democracia venezolana, pero su orientación es más conservadora que la de su homólogo chileno. Es verdad que la posición de los partidos es siempre relativa. En Honduras no se puede calificar de moderado al Partido Demócrata Cristiano, que desde 1982 cuenta con un diputado en el parlamento y forma alianzas con los partidos marxistas de extrema izquierda; en El Salvador, el PDC, dominado por la fuerte personalidad de Napoleón Duarte, presidente de la república de 1984 hasta 1989, es para la oligarquía y la extrema derecha del mayor D'Aubuisson una organización comunista, cómplice de la guerrilla, debido tanto a su ideología "comunitaria" como a las reformas que ha puesto en marcha, sobre todo en la esfera agraria.

El ala más progresista de la Iglesia latinoamericana es más visible que la tradicionalista, sobre todo en Francia, pero ello no significa que es más representativa. Los gestos políticos espectaculares de los curas revolucionarios y los obispos opositores no pasan inadvertidos, pero es necesario situarlos en el contexto de las Iglesias nacionales y dentro de una evolución continental concreta. Algunas fechas y cifras servirán para situar la transformación sufrida por el catolicismo latinoamericano en los últimos dos o tres decenios en su justa perspectiva. En septiembre de 1955, al concluir el Congreso Eucarístico de Río de Janeiro, se crea la Conferencia Episcopal Latinoamericana con el objeto de estudiar las condiciones particulares en que se vive el cristianismo en cada país del continente. La centena de obispos que crean la CELAM sufre las presiones de sacerdotes y laicos deseosos de ver un compromiso mayor de la Iglesia con los problemas de las sociedades latinoamericanas. Hombres como Hélder Camara, entonces obispo auxiliar de Río, y Manuel Larrain, obispo de Talca en Chile, que cumplen un papel decisivo en su creación, se sienten afectados directamente, en tanto pastores, por la injusticia y la miseria. Un año antes, en Santiago de Chile, había surgido la Confederación Latinoamericana de Sindi-

catos Cristianos (CLASC), convertida en 1971 en Confederación Latinoamericana de Trabajadores (CLAT); con ello seguía la línea mundial de la CISL —hoy Confederación Mundial del Trabajo (CMT)— de "desconfesionalización", pero sin alejarse de la Iglesia y de la izquierda demócrata cristiana. En 1961, la encíclica *Mater et Magistra* de Juan XXIII expresa la misma preocupación social y refuerza la orientación ya esbozada, confirmada más adelante por *Pacem in Terris* (1963) y *Populorum Progressio* (1967) después de la puesta al día pastoral del Vaticano II. El despertar teológico, espiritual y social de la Iglesia romana tiene repercusiones profundas en Latinoamérica. La semilla de la renovación cae en terreno fértil: un continente en plena transformación social, que se urbaniza e industrializa, en el que acaba de irrumpir la guerra fría y sobre el cual flota el espectro de las revoluciones castristas.

En la estela del Vaticano II, la mayoría de las Iglesias del continente asumen con mayor o menor entusiasmo y celo la tarea de abrazar su siglo y responder a las exigencias sociales del tiempo presente, tomando a su cargo a "todos los hombres y todo el hombre". En ese espíritu de renovación evangélica, la presencia de la Iglesia debe adoptar nuevas modalidades que la acerquen al "pueblo de Dios": pastorales especializadas (por ejemplo, la pastoral de la tierra en el Brasil) y "comunidades eclesiales de base" son los medios institucionales elegidos para expresar "la orientación preferencial hacia los pobres", de acuerdo con las nuevas prioridades de la Iglesia. La vanguardia del clero comprometido que se vuelca al nuevo apostolado critica la dimensión institucional de la Iglesia para destacar la que debería ser su *función profética*. Denuncian el pecado capital de la injusticia y hacen hincapié en la incompatibilidad de la miseria con la vida espiritual: el hombre oprimido y explotado no se puede realizar como ser humano ni alcanzar la salvación. La denuncia de la "violencia institucionalizada" de las estructuras sociales varía de un país a otro. No todos los episcopados asumen el compromiso de la Conferencia Nacional Episcopal del Brasil (CNEB) de "apoyar las luchas del pueblo a través de los sindicatos y otras organizaciones populares y tratar de conocer mejor la realidad vivida por los oprimidos". En algunos países, las personalidades de vanguardia son relativamente representativas de la tonalidad dominante de la Iglesia —es el caso de monseñor Hélder Camara en el Brasil—, pero en otros esos obispos son figuras aisladas, encerradas en guetos diocesanos, que sólo refuerzan el tradicionalismo de las jerarquías conformistas: fue el caso de monseñor Méndez Arceo en su diócesis de Cuernavaca, México, en la década de 1970, o de monseñor Romero en El Salvador, asesinado en marzo de 1980 por haber denunciado a la oligarquía y el ejército y declarado la legitimidad del "derecho a la violencia insurreccional" en

...ncia de cualquier canal de diálogo.[9]

Los teólogos del activismo en favor de los pobres y los oprimidos hacen hincapié en el mensaje liberador de Cristo e interpretan la violencia estructural de las sociedades injustas a la luz de las ciencias sociales. A partir de esos análisis, algunos cristianos no se limitan a declararse partidarios de las masas para "concientizarlas" y movilizarlas por su liberación pacífica. La "teología de la liberación", anticapitalista y revolucionaria, los lleva a abrazar el socialismo. Así sucedió con el movimiento de "Sacerdotes para el Tercer Mundo" en la Argentina de la década de 1970 y los "Cristianos por el socialismo" en Chile en la misma época. Algunos curas que llevaban su compromiso espiritual hasta el fin se lanzaron a la lucha armada, como Camilo Torres, muerto en la guerrilla castrista colombiana en febrero de 1966, quien decía que "la revolución es una lucha cristiana y sacerdotal", o el español Domingo Laín, quien corrió la misma suerte. Estos gestos espectaculares o heroicos, testimonios de una manera distinta de vivir la fe cristiana o de un resurgimiento mesiánico, siguen siendo muy minoritarios. Camilo Torres, intelectual brillante, hijo de una de las grandes familias colombianas, era un cura entre cuatro mil; los "sacerdotes tercermundistas" argentinos eran trescientos o cuatrocientos entre casi cinco mil. No es menos cierto que la Iglesia latinoamericana está "de parto". Desgarrada por graves divergencias y conflictos que superan las controversias teológicas, sufre enfrentamientos intestinos de índole innegablemente política. Aparece, pues, como un "factor en juego", hecho que la Curia romana no puede desconocer.

En este clima polarizado se realizan la segunda y tercera Conferencias generales del episcopado latinoamericano, inauguradas por Pablo VI y Juan Pablo II respectivamente, así como los numerosos viajes realizados por este último a través del continente y sobre todo a aquellos lugares donde la Iglesia está más dividida. La Conferencia episcopal de Medellín, Colombia, del 26 de agosto al 6 de septiembre de 1968, fue marcada por la personalidad del papa Pablo VI, que inauguró sus deliberaciones, y por la euforia progresista y renovadora del Vaticano II. El Papa trató sin duda de serenar las pasiones y reconciliar las dos alas extremas. Pero a pesar de las advertencias contra la violencia como medio de transformación social, fueron los "liberadores" y los "proféticos" los que ganaron posiciones. Así, *Populorum Progressio* reconoce el derecho a la insurrección contra una "tiranía evidente y prolongada que atenta contra los derechos de la persona".

[9] En una entrevista concedida al periodista mexicano Mario Menéndez Rodríguez, publicada en *El Salvador, una auténtica guerra civil*. San José, Educa, 1981, pág. 113.

En la Conferencia episcopal de Puebla, del 27 de enero al 1° de fe-
ro de 1979, impera otro clima. Los medios progresistas temen un re-
so con relación a Medellín, incluso una pública puesta en vereda de la Igle-
sia contestataria. Se conocen la personalidad y las preocupaciones del
Papa venido del Este. El nuevo pontífice se aferra a la ortodoxia doctrinal.
Poco afecto a las aperturas teológicas, se considera defensor del magiste-
rio moral tradicional de la Iglesia y recela de todo lo que huela aun
remotamente a marxismo. Además, la CELAM ha cambiado de rumbo.
Los obispos de la corriente de vanguardia han cedido el timón al nuevo se-
cretario general, monseñor López Trujillo, obispo de Bogotá, que no
oculta sus preferencias conservadoras. Por todas esas razones, los teólogos
innovadores, algunos de los cuales habían asistido a Medellín, son cen-
sados. Con todo, el documento final es equilibrado y ambiguo. Condena
tibiamente el capitalismo liberal y con gran firrmeza el colectivismo mar-
xista.

También rechaza sin ambages la doctrina de la seguridad nacional, doc-
trina contrarrevolucionaria de los regímenes militares, que sin embargo
en la época de Puebla, ya estaban en franco retroceso. En momentos en que
muchos sacerdotes son perseguidos por su oposición a las dictaduras,
de El Salvador, el Brasil o Chile, la conferencia apoya al clero en lucha por
los derechos humanos. Pero se niega a considerar a la violencia un medio
legítimo para derrocar tiranías y liberar a los hombres. En retroceso
respecto a *Populorum Progressio* y Medellín, los obispos latinoamerica-
nos califican a las guerrillas revolucionarias del mismo modo que al terro-
rismo de Estado.

Las Conferencias de Medellín y Puebla fueron sucesos de repercusión
mundial. Debido a la importancia numérica de las comunidades católicas,
todo lo que afecta a la Iglesia latinoamericana repercute directamente en
la Iglesia universal. Si cayera en poder de una desviación teológica o
cisma, el hecho sería posiblemente más grave que la reforma del siglo
De ahí la preocupación de la Santa Sede y muchos obispos por las tenden-
cias centrífugas de un catolismo radicalizado, incluso revolucionario.
verdad que la voz de la Iglesia no es una sola. A riesgo de cometer una irre-
verencia impía, se podría hablar de cacofonía. Con pocas semanas de di-
ferencia, el episcopado brasileño cita a Santo Tomás de Aquino para jus-
tificar el robo en caso de "extrema necesidad", Juan Pablo II dice que "los
pobres no son una lucha" y un brasileño sostiene que la "teología de la li-
beración" debe ser rechazada por inspirarse en Marx más que en Jesús.[10]

[10] Véase *Le Monde*, 4 y 13 de octubre de 1984, y la entrevista a monseñor Boaventura
Kloppenburg en *Veja* (Río de Janeiro) nro. 9, enero de 1985, bajo el título "O marxismo na
igreja".

aticano jamás expresó preocupación frente a las tendencias inte- n el seno de la Iglesia ni condenó públicamente el apoyo expresa- nas y obispos a las dictaduras militares, pero la Curia romana y Juan Pablo II sí han fustigado ciertas desviaciones doctrinarias y ades representadas por las "comunidades eclesiales de base", los os de la liberación" y lo que se ha dado en llamar genéricamente la popular". Las CEB, cuyo fin es acercar la Iglesia a los fieles, so- a los más carenciados, y paliar la escasez de sacerdotes, son alen- por el clero progresista a la vez que vistas con gran suspicacia por las dades constituidas. Esta manera colectiva de vivir la fe cristiana en de ir simplemente a la iglesia a rezar requiere una "concientización" participantes, agrupados por lugar de residencia. Las CEB cumplen unción en la defensa de los intereses comunes de sus miembros. Por la pastoral comunitaria suele parecer una pastoral esencialmente de Para las clases poseedoras y los medios conservadores, la asociación onal de entre pares sociales en las comunidades viola la estructura tal del *statu quo*. De allí a acusarlas de comunismo no hay más que paso que se da fácilmente. Para la Santa Sede y los episcopados tradi- listas, la tendencia de las CEB a dividir el pueblo de Dios en clases onocer las jerarquías amenaza la cohesión de la Iglesia. Si bien es ado volver a discutir sobre esta forma de evangelización que ha ltado tan eficaz, lo que preocupa a la Iglesia conservadora es el discur- ológico que acompaña esas nuevas prácticas entre los pobres. La con- ón de la teología de la liberación por los episcopados latinoamericanos rvadores en la década de 1970 y la posterior ofensiva del Vaticano 1984 se basan en una serie de cuestiones doctrinales que constituirían tantas desviaciones graves. Una *Instrucción* de la Congregación pa- la Doctrina de la Fe, difundida en septiembre de 1984, advierte a los y el clero que esta teología olvida el pecado e incluso quizá la tras- dencia de la salvación para ocuparse solamente de las limitaciones y dencias de orden terreno y temporal.[11] Sus partidarios, como el francis- Leonardo Boff, convocado de manera espectacular a Roma en sep- mbre de 1984 para explicar sus escritos, utilizan el marxismo como amienta de análisis de las realidades sociales y prefieren un enfoque onalista o historicista de la Iglesia como institución. Para el Vaticano, marxismo, aunque bautizado, nunca podría ser inocente por cuanto es- onsustanciado con una ideología atea. La proclamación de la Palabra na no debe esperar los cambios de estructuras. Éstos no corresponden

[11] *Instructions sur quelques aspects de la théologie de la libération*, publicado el 3 de mbre de 1984 con la firma del cardenal Joseph Ratzinger. Esta condena fue atenua- *Instruction sur la liberté chrétienne et la libération*, 22 de marzo de 1986.

a la esfera de la Iglesia. "La misión de la Iglesia no se puede [illegible] sociopolítico", dijo Juan Pablo II a los brasileños en julio de [illegible]

Si bien los teólogos incriminados rechazan las acusaciones [illegible] mulan, sobre todo la de que se interesan más en los pobres y en el [illegible] llo que en Dios, no cabe duda de que el catolicismo progresista [illegible] mar un cariz poco ortodoxo con un fuerte olor a azufre. Así, el [illegible] y poeta nicaragüense Ernesto Cardenal, hoy ministro del gobierno [illegible] nista, escribía en marzo de 1979, antes de la victoria del Frente, no [illegible] el cristianismo era compatible con la violencia revolucionaria, [illegible] bién que el reino de Dios era "la instauración de una sociedad justa [illegible] fecta sobre la tierra, la sociedad comunista", y que "un revolucion[illegible] conoce a Dios, pero un obispo que defiende una dictadura no [illegible] Dios".[12]

Indudablemente, la situación de la Iglesia en Nicaragua no es [illegible] preocupaciones del Vaticano frente a la teología de la liberación. [illegible] to, muchos cristianos y sacerdotes apoyan el régimen revolucion[illegible] Managua, que se proclama marxista-leninista y aspira a construir [illegible] ciedad socialista con rasgos propios. A pesar de las advertencias [illegible] ticano y de la oposición de la jerarquía al régimen, tres curas son [illegible] del gobierno sandinista. Éstos identifican al Frente Sandinista con la [illegible] sa de los pobres: así, una Iglesia popular paralela parece estar a [illegible] surgir. Sea como fuere, la Iglesia nicaragüense está partida en dos. [illegible] pa fue a reunificar su grey dispersa en marzo de 1983, pero fue mal [illegible] bido por los comandantes en Managua, quienes le reprocharon su [illegible] ligerante, así como su negativa a condenar la agresión del "imperiali[illegible] y los contras. El incidente no le fue útil a la Iglesia ni a la revolución [illegible] dinista.

El interés renovado del papa Juan Pablo II por el continente cristian[illegible] refleja en sus numerosos viajes. En el Brasil, en julio de 1980, se [illegible] jo una apoteosis y una lección de ecuanimidad pastoral. A los gestos [illegible] cia los pobres —*favelados* de Río, sindicalistas perseguidos— seguían [illegible] discursos políticos equilibrados, expresión de la buena doctrina. En [illegible] troamérica, en marzo de 1983, proclamó el "derecho a la vida" en [illegible] mala, donde el dictador (protestante) había hecho ejecutar a seis opos[illegible] res. En El Salvador oró sobre la tumba de monseñor Romero, mientras [illegible] en Managua predicó la disciplina al clero extraviado y los fieles desga[illegible] dos entre su fe y su credo sandinista. En octubre de 1984, durante su [illegible]

[12] Citas tomadas del artículo del padre Ernesto Cardenal, "Deux annonces du roya[illegible] des cieux", *Le Monde*, 15 de marzo de 1979. Véase también su libro *Cris-Psaumes p[illegible] ques*, París, Le Cerf, 1977.

...ión al Caribe, denunció a la Iglesia popular de tipo nicaragüense. ...o de 1985, durante una visita a cuatro países andinos, sobre todo ... pronunció una advertencia contra la teología de la liberación. Na... de esperar una disminución del activismo papal en esta parte del ...do donde se juega el futuro de la Iglesia y, según algunos observado... ...tante más que eso. El "Che", guerrillero asimilado a Cristo y vene... como mártir por las iglesias populares, dijo una vez que cuando los ...anos se volvieran auténticamente revolucionarios, la revolución se... ...vencible. Tal vez es ésta la perspectiva que aterra al papa Wojtyla.

...otras Iglesias: ¿refugio o liberación?

Antes de pasar a las Iglesias protestantes y los cultos africanos, ...ne mencionar ese extraño avatar del catolicismo brasileño que fue ...sianismo. Surgido en el Nordeste a principios de siglo, se lo ha com... ...do con el bandidismo de los *cangaceiros*: dos fenómenos vinculados, ... Josué de Castro y Roger Bastide, con las grandes sequías que des... ...tan en el espíritu el deseo de partir en busca de la tierra prometida y la ... Jerusalén. En 1889, Antonio Conselheiro, profeta laico, anuncia a ... masas campesinas del sertão la llegada próxima de Cristo y su Reino. ...ida su sede mística en Canudos, adonde acuden millares de peregrinos ...ltados y famélicos, y predica la guerra contra la república impía que ...da de ser proclamada. Fueron necesarias varias campañas militares pa... poner fin a la ciudad sagrada y la rebelión popular. El padre Cicero, ver... ...dero cura de la aldea de Juazeiro, en Ceará, tuvo mejor suerte que su an... ...esor el Consejero. Taumaturgo, atrae a miles de peregrinos, enfermos ...tentes. Después de varios ataques policiales infructuosos contra su ...do, el gobierno reconoce la autoridad del padre Cicero, quien será has... ...u muerte, en 1936, un "coronel místico" respetado por todos. En los dos ...os se trata de una reinterpretación de ideas esencialmente católicas. La ...puesta de estos mesianismos está relacionada con la abolición milagro... ...a de todas las penas. Los mesías son santos patronos vivos que brindan ...da y protección sobrenatural, por cuanto es imposible cambiar la socie... ...ad injusta. Este enfoque aparece en otras expresiones religiosas.

El protestantismo, en su forma mayoritariamente evangelista y pente... ...tal, ha hecho verdaderos progresos en América Latina durante los úl... ...mos treinta años. La Guatemala católica e indígena tuvo un presidente protestante del 23 de marzo de 1982 al 9 de agosto de 1983. El desconcer-

tante general Ríos Montt fue militante democristiano, después se convirtió al protestantismo y se hizo predicador de la secta norteamericana denominada Iglesia del Verbo antes de tomar temporariamente el poder. Sumando todas las iglesias protestantes, se calcula que el número de sus fieles constituye aproximadamente el cuatro por ciento de la población del continente. Chile es el país de mayor implantación pentecostal: casi el [illegible] ce por ciento de la población profesa ese credo.

En general el protestantismo es mucho más minoritario. Abarca el [illegible] por ciento de la población brasileña —lo cual equivale a casi ocho millones de personas— y el dos por ciento de la argentina. Está concentrado en ciertas regiones de algunos países donde no alcanza dimensiones [illegible] en un nivel nacional. Es el caso del Nordeste mexicano: Nuevo León [illegible] vo un gobernador protestante. En algunas aldeas de los estados [illegible] de Tabasco y Veracruz hay tantos templos como iglesias católicas. El protestantismo ha hecho grandes progresos en Centroamérica y el [illegible] abarca del diez al quince por ciento de la población en Guatemala y El Salvador.

El avance protestante se debe a misiones norteamericanas que no carecen de recursos para instalarse y difundir su fe. Este protestantismo [illegible] que sin duda en grado menor en un país austral como Chile— propone una interpretación norteamericana de la Biblia y es uno de los instrumentos de la penetración cultural norteamericana. De ahí a descubrir móviles [illegible] religiosos detrás de ciertas sectas y sus personeros... Sea como fuere, las iglesias evangélicas no buscan, como lo hace un sector del catolicismo contemporáneo, "concientizar" a los pobres y desheredados. Más bien ofrecen una "estructura sociológica que sacraliza la opresión".[13] Sus éxitos entre las capas populares, especialmente entre los sectores más [illegible] ciados como los negros del Brasil, se debe a su matiz comunitario y a su función de evasión frente a una realidad insoportable. Se habla de "religión refugio" para poner de relieve su papel social conservador.

Las religiones africanas del Caribe y el Brasil son un fenómeno de otra índole y desempeñan funciones sociales ambiguas. El fondo común de estas religiones de desarraigados, nacidos entre la población esclava importada de África, es la recomposición de los restos de mitologías procedentes del continente negro. Esta rearticulación que parece un verdadero *bricolage* incorpora toda clase de elementos: la brujería en el vudú de los campesinos haitianos, el catolicismo en los cultos brasileños donde los *orixás* responden de manera sincrética a los santos del panteón cristiano. [illegible]

[13] Lalive d'Épinay, C.: "La iglesia evangélica y la revolución latinoamericana" (conferencia presentada en la consulta de ISAL en Piriápolis, Uruguay, el 12 de diciembre de 19[illegible], 12 págs., mimeografiado). *CIDOC Informa*, Cuernavaca, 1968, diciembre de 1978.

…pondencia es notable en el *candomblé* bahiano, mientras que el *um-*… toma muchos elementos del espiritismo de Kardec. Pero estas re-…es de "adaptación social" (*social adjustment*) son también cultos de …ncia que expresan la voluntad de conservar una identidad africana … vida comunitaria, reflejada por ejemplo en el espíritu festivo del *can-*…*lé*. Algunos cultos, como el *umbanda*, cuyos adeptos no son todos ne-… tienen gran éxito en el Brasil porque responden a un pedido de inter-…ón y protección sobrenaturales de las poblaciones carenciadas. Se cal-… que en la actualidad hay unos veinte millones de umbandistas. Estos …os de aflicción" son muy apreciados por los políticos tradicionales del …il porque contribuyen a mantener la paz social, en la medida que "se …men interpretar en términos individuales los problemas cuyos oríge-… son eminentemente sociales".[14]

…rasil es un verdadero laboratorio de religiones. Las sectas se multipli-… hasta el hartazgo. No hay aldea que no posea un templo de la "Asam-… de Dios". El espiritismo florece allí más que en la Argentina. Alan …dec es más conocido en Río y San Pablo que en París, donde tiene su …ba (en el cementerio de Père-Lachaise).

…a sede de la Federación Espiritista en Brasilia es más lujosa que la de … onferencia episcopal. Sus santuarios se multiplican sin cesar, sobre to-… en la alta meseta alrededor de la capital federal. En Vale do Amanhe-… verdadera ciudad espiritista, miles de médiums atienden enfermos …nientes de todo el territorio nacional, mientras otros iniciados, con …ces de romanos de teatro, juntan firmas de los visitantes para el res-… de las almas.

Aquí no se pretende pasar revista a todas las religiones que se practican … el continente. Para ello habría que mencionar a los hinduistas y musul-…es de Surinam, los menonitas del Paraguay y Belice y las activas y …speras comunidades judías del Brasil y, principalmente, la Argentina. … dan pocos gauchos judíos como los descritos por Gerchunoff, pero …nos Aires es la segunda ciudad judía del mundo, después de Nueva York. El catolicismo no ve amenazada su supremacía; no es la única reli-…ón en América Latina y su evolución social y política, que tanto preocu-… al Vaticano, puede dejar el terreno libre a religiones más consoladoras … al apartar a los fieles de las realidades de este "valle de lágrimas", les …cen remedios individualistas para sus sufrimientos.

[14] Según el antropólogo Peter Fry en su ensayo "Manchester século XIX et São Paulo …ulo XX, dois movimentos religiosos", en Fry, P., *Para inglês ver, identidade e politica na …ura brasileira*. Río de Janeiro, Zahar Editores, 1975, pág. 29.

Antoine (Charles), *Le Sang et le Pouvoir*, Paris, Le Centurion, 1970

Azevedo (Thales), « Catolicismo no Brasil ? », in *Vozes* (Petropolis), 2 février 1969.

Bastide (José Roger), *Brésil, terre de contrastes*, Paris, Hachette, 1957

De Castro (Josué), *Géographie de la faim*, Paris, Éd. du Seuil, 1961.

Gheerbrant (Alain), *L'Église rebelle d'Amérique latine*, Paris, Éd. du Seuil 1969.

Comblin (Joseph), « Problèmes sacerdotaux d'Amérique latine », in *La Vie spirituelle* (Paris), mars 1968, p. 319-343.

De Kadt (Emmanuel), « Paternalism and Populism : Catholicism in Latin America », in *Journal of Contemporary History* (Londres), octobre 1967, p. 89-106.

De Kadt (Emmanuel), « Church, Society and Development in Latin America », *The Journal of Development Studies*, octobre 1971, p. 23-39.

Hurbon (Laennec), *Culture et Dictature en Haïti. L'imaginaire sous contrôle*, Paris, L'Harmattan, 1979.

Lafaye (Jacques), *Quetzalcoatl et Guadalupe. La formation de la conscience nationale au Mexique*, Paris, Gallimard (« Bibliothèque des Histoires »), 1974.

Landsberger (Henry A.) *et al.*, *The Church and Social Change in Latin America*, Notre-Dame, University of Notre-Dame Press, 1970.

Malley (François), *Inquiétante Amérique latine*, Paris, Le Cerf (« L'Église aux cent visages »), 1963.

Meyer (Jean), *Apocalypse et Révolution au Mexique. La guerre des Cristeros (1926-1929)*, Paris, Julliard (« Archives »), 1974.

Singer (Paulo), Caldeira Brant (Vinicius) *et al.*, *São Paulo : o povo em movimento*, São Paulo, Vozes-CEBRAP, 1981.

Vaccari (Giuseppe), *Théologie et Révolution*, Paris, UGE, 1971.

Verger (Pierre Fatumbi), *Orisha. Les dieux yorouba en Afrique et dans le Nouveau Monde*, Paris A.-M. Métailié, 1982.

Hemos consultado especialmente las siguientes publicaciones:

Frères du monde, *Les Informations catholiques internationales*, *Témoignage chrétien*, *Études*, *Projets*, *Criterio* (Buenos Aires).

Obras literarias

Bloy (Léon), *Le Révélateur du globe : Christophe Colomb et sa béatification future*, in *Œuvres de Léon Bloy*, t. I, Paris, Mercure de France, 1964

Carpentier (Alejo), *El Arpa y la sombra*, México, Siglo XXI 1979.

Da Cunha (Euclides), *Os Sertoes. Campanha de Canudos* (1re éd. 1902), Rio de Janeiro, Francisco Alves, 1982 (31e éd.).

Vargas Llosa (Mario), *La Guerra del fin del mundo*, Barcelona, Seix Barral 1983.

7. Estilos de autoridad y mecanismos de dominación: caudillos, caciques y clientelas

El carácter generalmente más vertical que horizontal de las relaciones sociales en América Latina no es un mero arcaísmo propio de zonas rurales atrasadas. Así lo demuestran los ataques que sufre cualquier intento de organización independiente (sea sindical o comunitaria) de las clases populares. Estas situaciones sociales autoritarias redundan en formas de concentración del poder más o menos oligárquicas o personalistas. Desde hace mucho tiempo la gran mayoría de los sistemas políticos latinoamericanos se basan en mecanismos tendientes a excluir a los dominados, "los de abajo". Pero la lógica de la exclusión es compleja y ambigua, porque incluye formas de participación que sirven para disimular y perpetuar la dominación.

Tanto las modalidades tradicionales del autoritarismo como las formas más modernas y sutiles de evitar la competencia política hunden sus raíces en la propia trama social. Es necesario indagar en ella, en el nivel micropolítico de la aldea o el barrio, para comprender el funcionamiento y el estilo de poder en las sociedades del continente.

Caudillos y dictadores

En el siglo XIX, el poder local, regional e incluso nacional en América Latina generalmente está en manos de sujetos todopoderosos. La aparición de esos hombres fuertes, los caudillos, no se debe, como sostienen algunos, a la incapacidad congénita de las poblaciones latinoamericanas para el *self-government*. El caudillismo nace de la descomposición del Estado

después de la caída de las autoridades coloniales en las naciones [illegible] del imperio español. Son "señores de la guerra" que en los turbulentos [illegible] posteriores a la independencia se tallan un feudo a punta de espada [illegible] la debilidad de las lejanas autoridades centrales da lugar a un [illegible] que las estructuras latifundistas y la concentración del poder local [illegible] prácticamente inevitable. En algunas regiones andinas, en pleno siglo [illegible] los hacendados concentran el poder público, poseen cárceles y milicias locales y emiten moneda de circulación legal en sus dominios y [illegible]das.

De este fenómeno surgen algunos interrogantes. ¿Quiénes son los caudillos? ¿De dónde obtienen su poder? ¿Cómo aparecen? ¿En qué se diferencia el caudillo del dictador o del presidente militar de un régimen de facto? ¿Qué marca han dejado esos potentados locales o nacionales en la vida política y social de sus países?

Esos poderes señoriales aparecen en períodos preestatales, cuando la conciencia nacional está en pañales. El vacío institucional y el desierto administrativo generan situaciones casi espontáneas de preponderancia [illegible] patrimonialismo. Con frecuencia, el poder central sólo tiene una autoridad nominal o negociada con los feudatarios de una parte del territorio nacional. La fuerza centrífuga del caudillismo lleva en sí el germen del desmembramiento del Estado, salvo que aparezca un caudillo unificador para imponer su ley, sea aplastando por las armas a los señores alborotadores, [illegible] asentando su proyecto centralista sobre una red de vasallos. En la Argentina de mediados del siglo XIX, ese hombre fue Rosas, el "Luis XI de la pampa", gobernador de la poderosa provincia de Buenos Aires. A fines de la década de 1920, el presidente mexicano Calles se erigió en el César unificador de los "generales" revolucionarios. En Venezuela, Cipriano Castro (1899-1908) y sobre todo Juan Vicente Gómez (1908-1935) fueron, si no los "gendarmes necesarios" de los que habla el cortesano, al menos los tiranos implacables que aplastaron a los caudillos rivales y ayudaron a pacificar una vida política siempre al borde del estallido...

En esas circunstancias de precariedad preestatal, los que se imponen son los más enérgicos, los más violentos conductores de hombres. La base de la estructura política son los vínculos personales, la lealtad a aquel que puede ofrecer una cierta medida de protección. El jefe del clan obliga a su familia y sus allegados a participar en las luchas por el poder local, regional o nacional. Su clientela de allegados incluye a todos los que le deben su trabajo, dinero o simplemente un favor. Así se crea un vínculo de reciprocidad desigual entre el poderoso y sus dependientes. El caudillo, más que un hombre carismático, es alguien que sabe crear lealtades. Su poder, en cualquier nivel, se ejerce siempre "de cuerpo presente", como di

ía Márquez en *El otoño del patriarca*, es decir, con la presencia per-
[illegible]

El meollo de ese poder reside luego en las relaciones de parentesco, reales o ficticias. Cuando el caudillo llega al gobierno, la piedra angular de su estructura política es el nepotismo. Sitúa a los miembros de su familia en los puestos clave y les asegura su enriquecimiento rápido. El dictador dominicano Trujillo, "benefactor" y "generalísimo", caudillo único que reemplaza a los numerosos e inciertos "barones" en lucha antes de la ocupación norteamericana de la isla, ejerce él solo el poder desde 1930 hasta su asesinato en 1960. Todos los puestos importantes están en manos de sus hermanos, sobrinos e hijos legítimos y naturales. La enumeración de esa jerarquía familiar no carece de amplitud ni de detalles pintorescos. Confía a sus hermanos el Ministerio de Guerra, el del Interior, la jefatura del Estado Mayor y el mando de la división principal del Ejército. La dinastía Somoza, que asoló Nicaragua de 1936 a 1979, hizo lo mismo. Asesinado el patriarca "Tacho" en 1956, dos de sus hijos ocuparon el trono en Managua. El yerno de "Tacho" y cuñado de "Tachito" —su hijo, el último de ese nombre— fue embajador ante el gobierno norteamericano durante casi toda la dinastía y decano del cuerpo diplomático en Washington. El jefe de la Guardia Nacional era un hermanastro del "Presidente"; el nieto del patriarca, oficial de carrera, comandaba en 1979 un cuerpo antiguerrillero de elite.

En otro plano, totalmente alejado de la historia universal de la infamia que evocan los personajes arriba mencionados, el general Torrijos, jefe de la Guardia Nacional que toma el poder en Panamá en 1968, posee muchos de los rasgos del caudillo tradicional: afición a la unanimidad y el contacto humano, presencia en el terreno, valentía física, prudencia y audacia, sentido familiar y machismo campechano, muy bien vistos por sus conciudadanos. En el mismo orden de ideas se puede decir que el líder marxista leninista en que se ha transformado Fidel Castro no tiene nada que ver con el modelo soviético del secretario general burocrático e intercambiable; en cambio, el jefe de la Revolución Cubana se inscribe en la tradición caudillista continental. Como argumentos a favor de esta opinión se citan el coraje y la presencia física del "Comandante", que llegó al gobierno por medio de la lucha armada, así como las funciones que cumplen en su gobierno ciertos miembros de su familia (su hermano Raúl es el número 2 de la jerarquía oficial y su sucesor designado).

Sea como fuere, si los servicios prestados establecen vínculos duraderos, los más poderosos son los de la sangre y el parentesco. La abundancia de hijos naturales, prueba palpable de la virilidad, era uno de los atributos canónicos de los caudillos de ayer. Esos personajes violentos debían

ser procreadores prolíficos y generosos. El venezolano Gómez, ...
del patriarca, reconoció a noventa hijos. Pero los parentescos ficti...
tuales son los más codiciados debido a sus derivaciones políti... El
padrinazgo de un niño crea relaciones de compadrazgo de innegabl... efi-
cacia sociopolítica. Al compadre no se le niega nada. Las reglas de obli-
gación recíproca entre compadres, la protección que dispensa el padrino
a su ahijado y a la familia de éste constituyen una veta de lealtades que los
mismos dictadores, bautizadores a diestra y siniestra, supieron aprove-
char. Trujillo contaba con una red de abnegados partidarios en todas las
clases sociales. Somoza I también respetaba la sagrada costumbre.

¿Quiénes son esos caudillos? Ante todo, aventureros o personajes des-
tacados dotados del coraje, la clientela o los partidarios necesarios para
lanzarse a la conquista del poder por la fuerza. Ejemplo de ellos son los
caudillos del Táchira, en Venezuela, grandes propietarios o comerciantes
de ganado que bajaban de sus montañas andinas a la costa caraqueña pa-
ra apoderarse del palacio presidencial después de echar a su ocupante.
Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez son los modelos. Pocos de esos
"señores de la guerra" son militares, a pesar de su afición a los uniformes,
títulos y entorchados. Es verdad que hacen la guerra y reclutan soldados
para conquistar el poder, pero les repugnan las normas disciplinarias y bu-
rocráticas del oficio de las armas, tanto como las exigencias jurídicas del
estado de derecho.

Algunos llegaron al poder y se convirtieron en bestias sanguinarias, co-
mo el dictador guatemalteco Estrada Cabrera (1898-1920) o el general sal-
vadoreño Hernández Martínez, militar de carrera, autor de las matanzas de
campesinos de 1932, que gobernó con mano de hierro entre 1931 y 19...
Teosofista acérrimo, sostenía que era más criminal matar una hormiga que
un hombre, porque éste tenía la posibilidad de reencarnarse.

Estos dictadores de "carácter rupestre", al decir de García Márquez, se
mantienen en el poder mediante una combinación de astucia, violencia y
corrupción. Al querer aplicar el "sistema de la hacienda" en un nivel na-
cional, privatizan el poder político. El "paradigma de los patriarcas", des-
crito por los novelistas latinoamericanos con inspiración barroca inigua-
lada,[1] evoca un poder personal elevado a su máxima verdad, eficiencia y

[1] El antepasado común de este verdadero género literario es *Tirano Banderas*, del ini-
mitable novelista español Ramón del Valle Inclán. Entre las obras maestras de los grandes
novelistas del continente hay novelas sobre la tiranía como *El señor presidente*, del guate-
malteco Miguel Angel Asturias; *El recurso del método*, del cubano Alejo Carpentier (lle-
vada al cine); *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, a los que se podría agre-
gar, en un estilo diferente ya que el protagonista es menos siniestro, *Yo, el Supremo*, de
Augusto Roa Bastos.

...ne. Las dictaduras patrimoniales se caracterizan por esa mezcla de ...alomanía y rapacidad, ese estilo político cauteloso y a la vez brutal. ...ido a su permanencia[2] e impunidad, estos tiranos rústicos suelen con... la cosa pública con su propiedad y el tesoro público con sus arcas ...vadas.

...ta confusión entre el Estado y los intereses familiares da cierto fun...nto a la afirmación, a fin de cuentas cómica, del último retoño de la ...stía Somoza, de que a partir de su padre, Nicaragua era "un estado so...lista". Juzgue el lector. En 1979 la hidra Somoza poseía la quinta par... las tierras fértiles del país, las veintiséis primeras empresas industria... intereses en ciento veintiséis sociedades, el monopolio del alcohol y ...che pasteurizada, el control de buena parte de la producción de acei... vegetales, el banano y la sal, empresas de transportes, un parque inmo...liario impresionante y algunas fruslerías más. La empresa Somoza e hi... no carecía de apetito ni de envergadura.

Hay rasgos de caudillismo en hombres que, lejos de asemejarse a las ...nstruosidades políticas aquí descritas, aplicaban de una u otra manera ... procedimientos constitucionales. Álvaro Obregón, general revolucio...ario y "constitucionalista" de Sonora, presidente de México de 1920 a ...24, dijo en su manifiesto electoral de 1919: "Me proclamo candidato a ...sidente de la República por mis propias pistolas, sin compromisos con ...rtidos ni programas (...) ¡El que me quiera, que me siga!", expresión ...emplar del más puro caudillismo político.[3] El general Perón, que dominó la vida política argentina durante tantos años y fue elegido presidente ...onstitucional en tres ocasiones, jamás hablaba del partido o el movimiento justicialista en presencia de extranjeros, sino que decía simplemente, ...yo y mi gente...". Líder de masas o reformador social, el caudillo es un político que antepone los vínculos personales a las consideraciones ideológicas o de legitimidad organizativa y sólo admite la estructuración vertical del campo político.

[2] La permanencia es sólo un factor, pero combinada con el carácter incoherente y primitivo del Estado, condujo a los fenómenos aquí descritos. Juan Vicente Gómez gobernó Venezuela de 1908 a 1935; Trujillo, la República Dominicana de 1930 a 1961; Tiburcio Carías ejerció el poder en Honduras de 1933 a 1949, Porfirio Díaz reinó en México de 1876 a 1910.

[3] Citado por François Chevalier, que dedica al caudillismo un capítulo de su obra *L'Amerique latine, de l'indépendance à nos jours*. París, PUF ("Nouvelle Clio"), 1977, pág. 271.

Aunque el caudillismo en su forma más grosera y caprichosa está en vías de extinción, los caciques locales gozan de buena salud. Incluso se integran sin mayores dificultades en los sistemas políticos modernos. El caciquismo no está ligado a la crisis del Estado ni al carácter incompleto de la construcción de la nación. La dominación de los jerarcas locales está relacionada más bien con el choque entre dos universos o dos lógicas económicas en una etapa de transformación capitalista de las estructuras, o con la valorización de los jerarcas locales gracias al empleo del sufragio universal en "contextos autoritarios". Según algunos autores, el caciquismo como forma de dominación política no corresponde a las economías precapitalistas sino a "la articulación del modo de producción capitalista con un modo de producción no capitalista".[4] La relación entre el sufragio universal y el poder local se advierte de manera más inmediata en sociedades postergadas en lo cultural y carenciadas en lo económico, donde el voto aparece como una mercancía de cambio entre otras de realización inmediata.

El caciquismo aparece en sociedades que, por sus características particulares, ofrecen condiciones favorables para la aparición de la relación de patronato y la constitución de redes clientelistas. El patrón es un hombre rico, influyente o bien ubicado en los circuitos sociales y que "presta servicios". La inseguridad de la vida hace necesario el protector. La relación clientelista es ante todo una suerte de "seguro, un antídoto contra la precariedad de la existencia".[5] El protector permite a las comunidades desprovistas de todo enfrentar mejor las calamidades y las amenazas. Las zonas donde el problema de la supervivencia se plantea cotidianamente son las más propicias para la aparición de personajes benévolos, dispensadores de favores individuales a cambio de apoyo político. Estas relaciones de beneficio mutuo entre socios desiguales, así calificadas por los sociólogos,[6] son las que cultiva concientemente el patrón. Un analista mexicano

[4] Paré, L.: "Caciquismo y estructura de poder en la sierra Norte de Puebla", en Bartra R. y cols.: *Caciquismo y poder político en el México rural*. México, Siglo XXI, 1975, pág. 32.

[5] Para una definición operatoria del clientelismo, véanse Foster, G.N.: "The Dyadic Contract: a Model for the Social Structure or a Mexican Peasant Village", *American Anthropologist*, 23, 6- 12-61, págs. 1173-1192, y Duncan Powell, J.: "Peasant Society and Clientelist Politics", *American Political Science Review*, LXIV (2), junio de 1970, pág. 412.

[6] Greco, G.: "Appunti per una tipologia delle clientela", *Cuaderni di Sociologia*, 1972, nro. 2, pág. 183.

menciona el caso de un presidente municipal (intendente) de una pequeña comunidad que, con tal de ganar nuevos clientes, hacía encarcelar a un campesino y luego ofrecía pagar la multa requerida para su liberación. De esta forma subrepticia y perversamente generosa creaba una deuda y se aseguraba el control de un nuevo cliente.[7]

La política de la dádiva depende ante todo de la escasez. Un alto índice de desocupación estructural, la falta de tierras, el trabajo estacional, las migraciones y el éxodo rural son otros tantos factores que favorecen el caciquismo. Los barrios pobres son caldos de cultivo del patronazgo, como lo es el latifundio. La escasez de un bien de primera necesidad y la precariedad de la situación económica generan una inseguridad que favorece la solidaridad vertical. El dueño de la tierra, el controlador de las aguas, el distribuidor del crédito tienen en sus manos las claves del poder. En los ejidos, propiedades comunitarias creadas por la reforma agraria en México, los presidentes electos, que entregan a cada familia una parcela en usufructo, aprovechan la fertilidad diferencial de cada lote para favorecer o perjudicar a los miembros. Lo mismo hace el representante del Banco Ejidal, distribuidor de fondos limitados para créditos. La empresa pública, los empleos municipales son fuentes de clientelismo. En términos generales, cualquier bien escaso puede servir como instrumento para ganar influencia y control social por medio de una reciprocidad desigual, frecuentemente acompañada por la coerción. La insuficiencia de los servicios públicos, teóricamente gratuitos, la dificultad para distribuir bienes en principio a disposición de todos, vuelven indispensable la función del intermediario. La necesidad de intercesión da lugar al patronato.

En toda América Latina se conoce la figura del despachante o gestor, personaje extraoficial que intercede ante una administración desbordada de trabajo, paralizada o corrupta. En aduanas, tribunales y toda clase de oficinas públicas, llena los formularios, sabe a qué puertas se debe golpear y obtiene todo aquello a lo que el solicitante tiene derecho pero no puede recibir sin su ayuda interesada. El analfabetismo y el plurilingüismo también resaltan la importancia de esos brokers de la vida cotidiana. Se comprende que el hombre que conoce a los poderosos y está "relacionado" aprovecha esa circunstancia para la aumentar su poder. En Río de Janeiro, durante los años setenta y ochenta, cuando dominaba la "máquina" política "chaguista", era imposible internarse en el hospital público sin la recomenda-

[7] Según Martínez Vázquez, V. R.: "Despojo y manipulación campesina: historia y estructura de dos cacicazgos del valle del Mezquital", en Bartra, R. y cols.: *Caciquismo y poder político...*, ocb. cit., pág. 157.

ción de un diputado o un miembro del ejecutivo local.[8] Esto sucede también en otros niveles. Sin amigos no se llega a ninguna parte, dicen los mexicanos. Un estudio sobre la situación laboral de las elites mexicanas arroja conclusiones significativas. En una empresa pública comercial, menos del veinte por ciento de los empleados de mediana jerarquía obtuvieron sus puestos mediante las vías de contratación previstas por la ley; los demás los obtuvieron de favor.[9]

El aislamiento también fortalece a las autoridades locales. Las dificultades en las comunicaciones –incluso de carácter lingüístico– acrecientan la necesidad de protección e intermediación de los más débiles y su consiguiente dependencia de los poderosos.

El patrón benévolo sirve de intermediario entre el centro y la periferia. Pero esta función generalmente no sirve para poner fin a la discontinuidad social o geográfica sino para mantenerla indefinidamente.[10] En efecto, la sociedad cerrada engendra dominación social. En México se conocen casos de caciques que se opusieron a la construcción de rutas o ferrocarriles porque habrían permitido el desplazamiento de sus súbditos. Así sucede con frecuencia en los sectores rurales, cuando el recurso de dominación es comercial y el patrón es el principal comprador de la producción local. En una aldea aislada de Colombia, el comprador de café amenaza a los campesinos con bajar los precios si no votan como corresponde. La gran propiedad que vive de sí misma, cuyos únicos medios de comunicación con la ciudad o la aldea son el teléfono y el vehículo del patrón, es la imagen ideal del microcosmos clientelista más autoritario en ciertas zonas de América Latina. Es frecuente que el patrón, a fin de evitar los contactos con el mundo exterior y controlar los recursos humanos, abra una tienda e incluso distribuya bebidas alcohólicas gratuitas los sábados por la noche u organice fiestas.

Estas relaciones clientelistas se desarrollan sobre todo, pero no exclusivamente, en contextos sociales donde están ausentes las garantías permanentes e imparciales de legalidad y seguridad. No existen mecanismos objetivos e impersonales de distribución de los medios elementales de subsistencia ni una protección social eficaz. El Estado, mínimo y remoto, no

[8] Véase el estudio de Diniz, E.: *Voto e maquina politica. Patronagem e clientelismo no Rio de Janeiro*, Paz e Terra, 1982, págs. 117-118. Es una investigación sobre las prácticas políticas del dispositivo instalado por el gobernador Chagas Freitas en el decenio de 1970.

[9] Según Smith, P. H.: *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las elites políticas en México* (1900-1971). México, El Colegio de México, 1981, pág. 295.

[10] Véase Galjart, B.: "Class and Following in Rural Brazil", *America Latina* 7 (3), julio-sept. de 1964, y Schmidt, S.: "Bureaucrats as Modernizing Brokers? Clientelism in Colombia", *Comparative Politics*, 6 (3), abril de 1974, págs. 437-455.

se ocupa del bienestar de sus ciudadanos o bien prefiere delegar su poder a una autoridad territorial privada que se ocupe de mantener el orden y le otorga apoyo electoral. Así sucedió con el "coronelismo" brasileño, mecanismo que en su versión original implicaba que el poder central otorgaba un grado militar (de la guardia nacional) a los señores territoriales, legitimando su poder real al confiarles un cargo público.[11] En estos casos, los débiles y los pobres no pueden esperar ayuda del gobierno central. "El comandante es más fuerte que el gobierno", dice un campesino del Nordeste a un periodista, a propósito de un oficial de policía que se había adueñado de tierras en el estado de Pernambuco. Muchos autores han estudiado las relaciones entre la privatización del poder y el fortalecimiento de la centralización estatal a partir de 1930 en el Brasil.[12] Parece que, salvo en las zonas urbanas, de fuerte movilidad horizontal, el *mandonismo local* no sufrió un grave retroceso ante el Estado central. Por otra parte, en los sistemas políticos más centralizados, los jerarcas locales cumplen una función de primer orden, alentados y sostenidos por la máquina estatal. En México, el partido oficial (PRI) practica una política de implantación por medio de "líderes naturales", que consiste en cooptar a los que controlan y movilizan a las poblaciones y apoyarse en ellos.

El cacique es un engranaje indispensable para el funcionamiento de la democracia representativa en un orden patrimonial. Él sirve de comunicación entre el sistema político formal y el sistema sociopolítico real. La existencia de "votos cautivos" corresponde a la configuración vertical del sustrato social y su escasa fluidez. El voto clientelista puede ser "vendido" o "gregario" en función del grado de autonomía del elector con relación al patrón. El voto llamado gregario implica casi siempre una gratificación, mientras que el voto vendido requiere un grado de coerción: es obligatorio vender cuando aparece una alternativa contraria al sistema.

En el primer caso, el sufragio es un bien de trueque. En la mayoría de los casos no se vende por dinero sino por bienes escasos o apreciados: el

[11] Cintra, A. O.: "A política tradicional brasileira: una interpretação das relaçoes entre o centro e a periferia", *Cadernos do departamento de ciencia política*. Belo Horizonte, Universidade de Minas Gerais, marzo de 1974, 1, págs. págs. 59-112.

[12] A partir de la obra clásica de Nunes Leal, *Coronelismo, enxada e voto* (1ra. ed., 1949; ed. consultada, Alfa Omega, San Pablo, 1978), se han realizado muchas investigaciones sobre el coronelismo actual, su posible desaparición, su transformación probable. Véanse sobre todo Vilaca, M. V. y Cavalcanti de Albuquerque, R.: *Coronel, coroneis*, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro, 1965; así como Queiroz, M. I.: *O mandonismo local na vida politica brasileira*, San Pablo, Anhembi, 1969; Silva, C.J.: *Marchas e contramarchas do mandonismo local, Caeté um estudo de caso,* Belo Horizonte, Ediçoes de Revista brasileira de estudos politicos, 1975; Saes, D.: "Coronelismo e Estado burguēs. Elementos para una reinterpretaçao", *Estudios rurales latinoamericanos*, 1, (3), sept.-dic., de 1978, págs. 68-92.

alcohol en la costa caribeña de Colombia, alimentos, ropa e incluso una máquina de coser como en el Ceará brasileño en 1962.[13] Muchas veces es un puesto de trabajo, una vivienda o el compromiiso de obtenerla, un crédito, el riego del campo o la venta de la producción agraria al precio que corresponde. Pero el voto vendido rara vez es un voto libre. Puesto que la escasez de un bien conduce a su monopolización, el comprador único ejerce una dominación aplastante sobre el ciudadano vendedor. La entrega del sufragio no cancela la deuda. Sólo sirve para establecer o fortalecer la relación clientelista.

El voto gregario, por su parte, es esencialmente colectivo y público. Requiere la organización del electorado para el día del comicio. En los campos del Norte brasileño, votar es caro: es necesario inscribirse en el registro, obtener el certificado de elector y trasladarse hasta la ciudad cabecera del distrito donde se efectúa el escrutinio, lo que puede significar un viaje de varias horas. El generoso organizador que se apropiará de los votos ya lo ha previsto todo. Él paga transporte, alojamiento, alimentos y diversión. Incluso hace pequeños obsequios a los electores. La francachela y el alcohol son la recompensa del espíritu cívico. La elección es una fiesta. Los electores son llevados en grupo a las urnas. El vocabulario electoral brasileño, rico en términos para designar estas elecciones, los llama *voto de cabestro*, es decir, el "voto en manada". Hasta épocas relativamente recientes, lo importante en el Nordeste era mantener a los "contingentes electorales" encerrados en el redil mientras llega la hora de votar, porque el resultado de la elección, la amplitud de la victoria, dependía de la disciplina o indisciplina de los electores reunidos.[14] A veces era necesario recurrir a la violencia. Cuando las circunstancias lo admiten, el patrón posee un verdadero voto plural; como gran elector, cede al partido o al político que paga mejor los bloques de sufragios emitidos por los "bancos de votos" controlados por él. Es verdad que esas elecciones manipuladas a la manera tradicional sólo existen hoy en las zonas rurales más atrasadas, pero eso no significa que el caciquismo haya muerto: sólo se ha modernizado.

Aunque el cacique sigue siendo un hombre influyente que posee bienes escasos y sirve de intermediario obligado con la sociedad en general, el ca-

[13] Según Montenegro, A. F.: "As eleiçoes cearenses de 1962", *Revista brasileira de estudos politicos*, enero de 1964, pág. 89.

[14] Estas prácticas no son exclusivas del Brasil tropical. En un poema de 1947 titulado "Elecciones en Chimbarongo" (*Canto general*), Pablo Neruda recuerda una elección de senador en la que se usan los mismos procedimientos con un electorado campesino al que le arrojan "carne y vino" y "lo dejan bestialmente envilecido y olvidado" (*Canto general*. Buenos Aires, Losada, 1968, t. I, pág. 167).

mo o simplemente el mundo exterior, han aparecido nuevas fuentes de patronato que se agregan a las antiguas, las complementan o las reemplazan. El Estado con sus nuevas funciones, los partidos políticos modernos u otras instituciones propias de las sociedades en proceso de industrialización suelen desplazar al propietario terrateniente, al comerciante o al jerarca local en naciones que siguen siendo en gran medida rurales. Esto no significa que la “política de la dádiva” haya caído en desuso o que el compadrazgo ya no consagre los vínculos entre el explotador y el explotado. Los actores cambian o se multiplican, pero los mecanismos tradicionales del clientelismo siguen vigentes. Entre los nuevos actores se encuentran, por ejemplos, los dirigentes sindicales de grandes empresas en los países donde impera el régimen de las organizaciones obreras oficiales. En México, los líderes del sindicato petrolero son verdaderos hombres fuertes en las *company cities* donde se encuentra la PEMEX: con la fuerza que les dan sus deudores, sus fondos sindicales y también sus pistoleros, designan las autoridades locales e imponen la paz social, o bien el terror. Los servicios prestados al Estado le dan a un hombre o una familia los recursos necesarios para distribuir favores y hacerse de una clientela. Así, el propietario de una empresa de transportes de larga distancia que ha tenido la inteligencia de ofrecerle al gobierno sus ómnibus para el “acarreo” de manifestantes o electores del partido oficial, bien puede convertirse en un personaje poderoso a quien no se le niega nada. Un escalón más arriba, siempre en el contexto de un Estado cuasi providencial, el funcionario o jerarca local bien relacionado se permite otorgar los puestos públicos a sus favorecidos con tal de quitárselos a sus enemigos. Al atribuirse la realización de obras a cargo del Estado (servicio sociales o sanitarios), incluidos los caminos y las vías de comunicación cuya construcción no ha podido impedir, cumple su función de intercesor en un contexto nuevo. La “privatización” de agencias estatales o servicios públicos por herencia individual o familiar se ha convertido –como lo demuestra la experiencia colombiana– en una de las formas más frecuentes del clientelismo moderno. Pero se trata de un tipo de patronato más colectivizado y centralizado, en el que las comunidades partidistas y el Estado cumplen un papel decisivo.

Del patronato al clientelismo de Estado

Pueden existir muchas clases de relaciones entre el Estado y las redes clientelistas, de acuerdo con el tipo de organización política. En los Estados

liberales, el clientelismo tradicional se basa en la dominación de las redes de clientes protegidos por los jerarcas locales y cautivos de ellos. La relación no es principalmente política. El voto dirigido es sólo una adaptación derivada de una estructura de mando de funciones difusas. La verdadera relación patrón-cliente es multiforme y no especializada. En el Nordeste brasileño de los "coroneles", al *mandonismo* local correspondía el *filhotismo* más o menos teñido de padrinazgo de los subordinados favorecidos. Este tipo de relación paternalista rara vez se confundía con una estructura partidaria. Generalmente, luego de un prolongado regateo, el patrón "reservaba" los votos de su feudo para el mejor postor, fuera candidato o fuerza política.

El patronato partidista es una forma modernizada de esta relación, en la cual el voto no depende de la opinión del elector sino de los servicios obtenidos y la protección dispensada. Este patronato reviste una dimensión histórica, primordial, es decir no voluntaria, en situaciones hereditarias de bipartidismo, como el Uruguay de los colorados y los blancos y, sobre todo, la Colombia liberal-conservadora. "Patrias subjetivas" en el Uruguay, "super-estados" en Colombia, las comunidades partidistas protegen al ciudadano contra el Estado o el partido opositor. Las hegemonías monocromas, sobre todo cuando se las exalta como en Colombia, donde aldeas liberales y conservadoras se enfrentan incluso con las armas, refuerzan el poder de las autoridades locales y las estructuras jerárquicas de mando. En todo caso, impiden que prospere la solidaridad horizontal basada en intereses o concepciones socioeconómicas comunes y refuerzan las configuraciones verticales. La otra forma de clientelismo partidista está ligada al funcionamiento de las "máquinas" electorales. Se trata, siempre dentro del sistema liberal, que admite la competencia política, de una institución que se ocupa de las necesidades locales a cambio de votos. A diferencia de las formas de clientelismo partidista descritas anteriormente, su terreno preferido es la ciudad en proceso de urbanización acelerada y gran inmigración. Electores menesterosos y dóciles porque están desarraigados —verdaderos "enfermos cívicos", según la fórmula empleada por la *machine politics* del *bossism* norteamericano— aseguran el éxito de este tipo de intercambio. En Buenos Aires, a principios de siglo, los caudillos de barrio del partido radical cumplían la función de la asistencia pública y otorgaban créditos. En los comités se vendían alimentos a bajo precio: "pan radical". En la década de 1950, el político paulista Adhemar de Barros hizo fortuna con esos métodos de asistencia.

Los servicios prestados por la máquina política compensan la falta de protección social pública. En algunos casos la máquina electoral se confunde con el partido oficial, producto de un gobierno que, para asegurar

se una amplia base social, canaliza su "capacidad distributiva" a través del partido. Un favor o un servicio crea un vínculo de reconocimiento y dependencia personal entre el ciudadano y su benefactor. Un derecho garantizado por ley, impersonal por su esencia, no ofrece tantos dividendos políticos. Esa es una de las causas y, a la vez, una de las modalidades del clientelismo de Estado.

En América Latina, el Estado integrador, que se esfuerza por incorporar a las clases populares, practica una suerte de patronato burocratizado en el cual no participa la iniciativa privada, o lo hace bajo control estatal. La movilización "conformista" de las capas subordinadas se efectúa por medio de instituciones y con métodos diversos, cuyo común denominador es que el Estado ocupa el lugar de los múltiples patrones independientes e instaura un clientelismo de masas que otorga una dimensión más impersonal a los mecanismos de intercambio sociopolítico, sin abandonar por ello los criterios individuales de protección y dependencia. Esta estatización del clientelismo no es puntual ni aislada; constituye el rasgo distintivo de un régimen particular. El organismo de asistencia social y el sindicato "estatizado" reemplazan al gran propietario y al jerarca de clase media, pero el mecanismo básico sigue siendo el mismo. Es un intercambio de servicios por lealtad política, y esta transacción, aunque burocrática y coercitiva, sigue siendo en gran medida, o siquiera simbólicamente, interpersonal. Los grupos dirigentes tratan de identificar así el régimen de *Welfare State* que pretenden instaurar. Es un nuevo avatar de la estrategia de privatización del poder en el contexto de una "sociedad de masas" y de una economía relativamente próspera.

La presencia de un partido único o dominante organizado sobre bases sectoriales o corporativas, como el peronista y su rama sindical o, mejor aún, el PRI mexicano con sus tres sectores (obrero, campesino y popular) proporcionan el marco político adecuado para este sistema. Los sindicatos estatales y las organizacoines campesinas estatizadas permiten la cooptación de las clases populares por medio del otorgamiento selectivo de ventajas marginales y la adjudicación de beneficios sociales según criterios individuales que incluyen la transferencia de la lealtad de los beneficiarios, del patrón local al Estado-partido o el Estado-persona. Un sindicalista peronista resumía muy bien la conducta clientelizada de sus pares al decir que "Perón es mi padre y el Estado es mi madre" (*sic*). El sistema controlado por el Estado, el presidente o el partido se apoya en una pirámide de dependencia y lealtad. Los jefes sindicales reciben del poder central los recursos que les permiten afirmar la autoridad de sus mandantes y crear la cadena de reciprocidad a su cargo. Mediante la distribución de ayudas y servicios no extensibles (préstamos, vivienda, etcétera) a sus fieles,

crean una estructura de encuadramiento en la cual la ideología obrera tiene poco que ver. Cuando el sindicato posee el monopolio de la contratación, el poder de los dirigentes llega a su máximo nivel. La "cláusula de exclusión" inscrita en las convenciones colectivas en México favorece enormemente la disciplina sindical. La división de los trabajadores en categorías diferentes, con distintos regímenes laborales, de acuerdo con una lógica corporativista y venal impuesta por algunas direcciones sindicales, otorga a los líderes "obreros" un gran poder. El sindicato de los petroleros (STPRM) aprovecha la existencia de tres categorías: trabajadores "titulares", cuyos puestos son hereditarios pero se venden a buen precio; los "provisorios", que pueden pasar a la categoría superior al cabo de varios años, pero mientras tanto deben pagar soborno para obtener su contrato, y los obreros externos o "pelones", que el sindicato proporciona a las empresas constructoras contratistas de PEMEX a cambio de obediencia, cuota sindical y riguroso soborno.[15] Es un caso extremo de corrupción en un sindicato autoritario, pero el exceso mismo ilustra la lógica del sistema.

El paternalismo del Estado y la creación de redes clientelistas a través de organismos de asistencia y previsión social politizados configuran una de las vías más transitadas del clientelismo estatizado. La retórica popular y populista permite confundir las legislaciones sociales —que habrían podido ser impersonales y anónimas— con el presidente o el régimen. En la Argentina, la "Fundación Eva Perón", con sus hospitales y sus parques infantiles, la distribución de ropas y juguetes en medio de gestos espectaculares de la bella esposa del General son un ejemplo notable de beneficencia personalizada y de utilización clientelista de una política social

El clientelismo de masas y estatal viene acompañado generalmente de una dimensión ideológica que socava la solidaridad horizontal. En nombre del "pueblo" o la "revolución" se trata de frenar la acción autónoma de las masas dominadas. La exaltación de la solidaridad nacional sirve para oponerla a las potencias extranjeras y las minorías dominantes ligadas a ellas —la "antipatria", según la jerga peronista—, pero ese nacionalismo también rechaza las "ideologíass foráneas" que pueden servir de herramienta a los grupos sociales insubordinados o contestatarios. En México en 1968, como en la Argentina en la década de 1970, la xenofobia populista utilizada anteriormente para fustigar los "imperialismos" se volvió contra los grupos revolucionarios. Cualesquiera que sean sus formas, el objeto de ese clientelismo de Estado es asegurar la perpetuación, en una sociedad de masas, del pacto de dominación tradicional.

[15] Véase Schapira, M. - F., "Travailleurs et pouvoir syndical au Mexique", *Cahiers des Amériques latines*, nro. 20, 2do. semestre de 1979.

ajueiro (José), « As eleições em Alagoas, em 1962 », *Revista brasileira de estudos politicos*, janvier 1964, p. 101-120.

allado (Antonio), *Os industriais da seca e os galileus de Pernambuco. Aspectos da luta pela reforma agraria no Brazil*, Rio de Janeiro, Civilização brasileira, 1960.

arrera Damas (Germán), « Juan Vicente Gómez : la evasora personalidad de un dictador » in *Jornadas de historia crítica*, Caracas, Universidad central de Venezuela, 1983.

« Dictadores y dictaduras », *Crítica y Utopia*, n° 5, 1981 (numéro spécial).

ilhodes (Pierre), *Politique et Violence. La question agraire en Colombie*, Paris, Presses de la FNSP, 1974.

avre (Henri), *L'État et la Paysannerie en Méso-Amérique et dans les Indes*, Paris, CREDAL-ERSIPAL (Document de travail), 1980 (multigr.).

ortes (Bonifacio), « Sergipe, democracia de poucos », *Revista brasileira de estudos politicos*, janvier 1964, p. 121-159.

oret De Mola (Carlos), *Los Caciques*, México, Grijalbo, 1979.

Miranda Ontaneda (Nestor), *Clientelismo y dominio de clase*, Bogotá, CINEP, 1977.

Reyes Posada (Alejandro), *Latifundio y poder político*, Bogotá, CINEP, 1978.

Rock (D.), « Machine Politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party. 1912-1930 », *Journal of Latin American Studies* (2), 1972, p. 233-256.

Sabloff (L.W. Paula), *Caciquismo in Post-Revolutionary Mexican Ejido-grant Communities*, Albuquerque (New Mexico), The University of New Mexico (Research papers series, n° 7), 1981 (multigr.).

Schryer (Frans), *Faccionalismo y Patronazgo del PRI en un municipio de la Huesteca hidalguense*, Mexico, El Colegio de México (Cuadernos del CES), 1976.

Valenzuela Ramírez (Jorge), *Producción arrocera y Clientelismo*, Bogotá, CINEP, 1977.

Vasco Montoya (Eloisa), *Clientelismo y Minifundio*, Bogotá, CINEP, 1978.

8. Las ideologías: populismos, "desarrollismo", castrismo

El capítulo anterior, dedicado a explicar las formas más o menos rústicas o modernizadas de manipulación de la soberanía popular y la ciudadanía, no permitía prever que en el continente pudieran florecer verdaderas ideologías, si se entiende por tales, no a las ideas y visiones del mundo sino un conjunto de concepciones sociales que ilustren la acción colectiva, ya sea que se presenten bajo la forma de doctrinas políticas o bien despojadas de contenido ideológico en el sentido estricto del término. En America Latina, ciertas estrategias, regímenes o sistemas políticos juntamente con sus garantes ideológicos presentan un innegable carácter específico. Este capítulo está dedicado a estas manifestaciones políticas propias de las realidades históricas del continente, dejando de lado las ideologías universales (por ejemplo, democracia o comunismo) aunque ocupan un lugar de primer orden. Con estos perfiles ideológicos fuertemente arraigados, esta obra sale de la prehistoria política para referirse a los debates y problemas más actuales y candentes de la América actual. El orden de los "temas" es estrictamente cronológico. El primero, el populismo, eleva a un nuevo plano los mecànismos clientelistas de Estado descritos en las páginas anteriores; a continuación aparece el desarrollismo y finalmente las distintas corrientes del socialismo criollo, del castrismo al sandinismo y más allá.

Los populismos: ¿despotismo ilustrado o socialdemocracia autoritaria?

No se puede leer un periódico o un libro de historia contemporánea sobre casi cualquier país de América Latina sin tropezar con el término populismo, del cual se hace uso y abuso. Este concepto, por su frecuencia y su falta de precisión, parece referirse a un fenómeno original que no se pue-

de aprehender mediante el vocabulario político europeo. ¿Acaso se trata de emanciparse de la tutela semántica de los conceptos procedentes del "centro"? ("conceptos centrales"). Emprendimiento loable, por cierto, si esta noción históricamente confusa no fuera un instrumento de análisis sumamente defectuoso. Para el historiador del mundo occidental y el "hombre común" que posee algunos rudimentos de cultura histórica, el populismo es la cólera de los agricultores del Middle West contra los políticos y banqueros de la costa Este de los Estados Unidos o bien, casi en la misma época, los impulsos anarcobucólicos de los *narodniki* rusos, intelectuales que se acercaban al pueblo, perturbados por la miseria de los mujiks. Por consiguiente, el término se refiere a realidades muy dispares, sin punto en común. El término no es más esclarecedor en su acepción estrictamente latinoamericana.

En primer lugar, se trata de un término peyorativo. Nadie se dice populista. Es tan grande la falta de rigor del término, que resulta difícil determinar en qué nivel de análisis se sitúa el epíteto casi infamante: partido, régimen, líderes o programa político. A fin de delimitar el sentido del término en todas sus connotaciones, es necesario dejarse llevar por las palabras y su resonancia. ¿Qué evoca el término, si no a los caudillos urbanos adulados por las masas y acusados por sus adversarios de demagogos? Algunos nombres: Perón, Vargas, también Velasco Ibarra en el Ecuador. La mayoría de las definiciones poco esclarecedoras del populismo derivan de una concepción moral, incluso moralizadora. Sean liberales o marxistas, consideran al fenómeno una aberración digna de toda censura. Los regímenes populistas son, según ellos, dictaduras demagógicas que se apoyan en las clases populares urbanas. Esos análisis hacen hincapié en la dimensión carismática del jefe —lo cual generalmente es cierto, pero tal vez no en el caso de Getulio Vargas— y sobre todo en la irracionalidad de las masas y su emotividad, que las lleva a seguir al mal pastor. No cabe duda de que el prestigio de los líderes "populistas" ante las masas urbanas suele alcanzar alturas extraordinarias de popularidad y lealtad. Perón, el líder, el "primer trabajador", no sólo no perdió partidarios durante sus dieciocho años de exilio sino que los ganó, como lo demuestra su reelección triunfal en 1973. En la Argentina del decenio de 1960, la frase atribuida a Malraux sobre el gaullismo se podía aplicar con mayor justicia al jefe del justicialismo: ¡todo el mundo es, fue o será peronista! Los sectores populares brasileños veneraron a Vargas, "padre de los pobres", como un mártir religioso después de su suicidio en 1954. Velasco Ibarra, el "apóstol de los pobres", cinco veces presidente del Ecuador, decía: "Denme un balcón y reconquistaré el poder". No obstante, también se califica de populista un período del régimen posrevolucionario mexicano caracterizado generalmente como una "dicta

...a impersonal" del partido oficial. Por otra parte, las interpretaciones que ponen de relieve la "culpabilidad" de las masas en la aparición de esos fenómenos "destructivos" no parecen en absoluto convincentes.

Juzgue el lector. Un teórico de la izquierda marxista chilena define el populismo como "un virus patológico del movimiento obrero (...), la manifestación del atraso ideológico y político de las masas".[1] El peronismo argentino, aparte de su identificación coyuntural o fundamental con el "nazi-fascismo"[2] ha sido objeto de dos interpretaciones con respecto a sus relaciones con la clase obrera: una, polémica, expresa el desprecio de los jefes socialistas democráticos por la "cobardía" de las masas; la otra, sociológica, se basa en la investigación histórica. Según la primera, la clase obrera argentina vendió su libertad por un plato de lentejas al dar su apoyo a la tiranía. Los partidarios de la segunda interpretación atribuyen el éxito del peronismo a la existencia de una "nueva clase obrera", nacida del éxodo rural, carente de tradiciones sindicales o políticas y atraída por la política paternalista del coronel Perón.[3] Como se advierte fácilmente, se trata de dos expresiones diferentes de la misma opinión. Es la que expresa el Partido Comunista Argentino en lenguaje leninista ortodoxo al afirmar, con toda elegancia, que es necesario "hacer volver al proletariado argentino a las organizaciones de la clase obrera".

Según algunos autores, el populismo se confunde con la política de redistribución de ingresos. En ese sentido se ha dicho que el Partido Socialista de Chile presentaba rasgos populistas, y Alain Touraine afirma que la caída de la Unidad Popular en 1973 marca el fin del populismo en la política chilena. Hay algo de cierto en esta apreciación. El peronismo corresponde, en su primer período y en su concepción ideológica, a esta definición parcialmente justa. En cambio, los historiadores del Brasil no la aplicarían al getulismo en sus comienzos. Aunque el debate sobre esto dista de haber concluido, parece que entre 1930 y 1945 los sueldos de los obreros no aumentaron, a pesar de la ley del salario mínimo, sino todo lo contrario.[4] ¿Cómo tener una visión más clara del fenómeno, descartando

[1] Mires, F.: "Le populisme", *Les Temps modernes*, junio de 1979.

[2] Para un estudio histórico y sociológico de esta calificación, véase Waldmann, P.: *El peronismo (1943-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1981; y en cuanto a la polémica, Sebreli, J. J.: *Los deseos imaginarios del peronismo*. Buenos Aires, Legasa, 1983.

[3] Véanse sobre todo los trabajos de Germani, G.: *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Paidós, 1971; "El surgimiento del peronismo, el rol de los obreros y de los migrantes internos", *Desarrollo económico*, 13 (51), oct.-dic. de 1973, y los comentarios de Peter Smith y Tulio Halperín Donghi, en la misma revista, ediciones de julio-sept. y enero-marzo de 1975. Véase también Murmis, M. y Portantiero, J. C.: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

[4] Rowland, R.: "Classe operaria e Estado de compromisso (origenes estruturais de legislação trabalhista e sindical", *Estudos Cebrap*, San Pablo, abril-junio de 1974, págs. 5-40.

la asimilación del populismo a los "partidos de masas" (*mass politi*... los sistemas políticos movilizadores del Tercer Mundo en general? Si todos los partidos populares multiclasistas de América Latina, de la democracia cristiana chilena a la Acción Democrática de Venezuela, pertenecen a la categoría de populistas, cabe concluir entonces que ésta no tiene la menor utilidad. Lo cual, a juicio del autor de estas líneas, no es correcto. Para conocer un fenómeno en su coherencia es necesario aprehender su contexto histórico concreto y su ubicación política.

A pesar de la variedad de experiencias nacionales, la era de los populismos se sitúa históricamente dentro de límites fáciles de determinar: de 1930 hasta mediados del decenio de 1950. Getulio Vargas domina la vida política brasileña desde su arribo al poder como presidente provisional en 1930, hasta 1954. Derrocado en 1945 después de siete años de presidencia y ocho de dictadura, es elegido democráticamente en 1951 y gobierna hasta su muerte. Perón llega al poder en el marco del golpe militar de 1943, es elegido presidente en 1946 y derrocado por los militares en 1955. Su segundo, tumultuoso, retorno al poder en 1973 no es populista en el sentido estricto del término. Velasco Ibarra, cinco veces presidente, dictador por primera vez en 1936, a pesar de un breve *comeback* en 1960 y en 1972 cuando ocupa la presidencia durante algunos meses, figura en la política ecuatoriana esencialmente de 1934 a 1956. La etapa presuntamente populista de la revolución mexicana es, según todos los autores, la que está comprendida entre 1930 y 1940, aunque algunos la reducen a la presidencia de Lázaro Cárdenas. Conviene detenerse en esta concentración temporal.

El populismo corresponde aparentemente a una coyuntura, la de las décadas de 1930 y 1940, en la que se produce tanto la desorganización de las corrientes comerciales tradicionales como la crisis de los sistemas agroexportadores. A causa de estos dos fenómenos estrechamente ligados, resulta difícil en todas partes mantener el esquema de dominación oligárquica vigente hasta entonces. En los países más desarrollados, el fortalecimiento del sector industrial y las modificaciones en los equilibrios sociales, en función del nuevo polo dinámico de la economía, crean una situación de vacío político y de disponibilidad de las clases populares, nuevas o viejas, que escapan a los controles tradicionales. En la Argentina, el crecimiento del proletariado urbano se estrella contra la ceguera de las clases poseedoras y las elites conservadoras. En el Brasil, la urbanización galopante de este período y la "movilización social" –en el sentido que le da Karl Deutsch y los teóricos de la modernización– inducida por ella coinciden con las luchas interoligárquicas que culminan en la destrucción de la "vieja república" reclamaba por las clases medias emergentes. En el Ecuador las migraciones internas provocadas por la gran crisis engrosan las filas de

les marginales que, luego de escapar al control clerical-conservador de la Sierra, no caen bajo la égida de los liberales, que los temen y desconocen. A partir de la reacción conservadora de 1932, el subproletariado de Guayaquil, conformado en gran medida por grupos expulsados del sector rural tradicional, constituye el grueso de las tropas y la base de Velasco Ibarra. Según algunos autores,[5] el populismo mexicano, con sus reformas sociales y su retórica obrerista, tuvo por objeto conjurar una verdadera revolución social. Fue una política "contrarrevolucionaria" destinada a frenar el movimiento campesino independiente generado por la revolución, incorporando para ello a los sectores obreros.

Estos regímenes llamados populistas aparecen, pues, como sistemas de transición que buscan incorporar las clases populares al orden político y social existente por medio de una acción voluntaria del Estado. En este sentido se puede hacer hincapié en el aspecto de colaboración de clases de estas fórmulas políticas y en la subordinación o, al menos, la falta de autonomía de las organizaciones obreras; cabe destacar también el papel de "vacuna antirrevolucionaria" que cumplen en esos regímenes las políticas sociales, la retórica popular y el reconocimiento de los sindicatos y las organizaciones campesinas bajo la égida del Estado. Pero lo más notable, lo que constituye el meollo de esos regímenes singulares, es su función contradictoria: convocan a la movilización de las clases peligrosas y al mismo tiempo —casi se podría decir por ese medio— tratan de perpetuar el modelo de dominación. Al sustituir los métodos pasivos y tradicionales de obtención del consentimiento de las clases subordinadas, estos regímenes no practican la exclusión por la fuerza, pero tampoco los mecanismos internos y voluntarios propios de las democracias liberales.

De allí proviene, sin duda, ese aire de psicodrama ruidoso y a veces incomprensiblemente caótico que caracteriza a la ideología populista. La violencia verbal está a la orden del día. Se invoca con frecuencia la "muerte simbólica" de las oligarquías, incluso de los capitalistas y las empresas extranjeras. Es el "caos en nombre del orden". En realidad, los intereses de los grupos en cuestión no se ven afectados. Las muy escasas reformas estructurales nunca superan el estado embrionario. Desde luego, es necesario introducir algunos matices. El velasquismo no es lo mismo que el cardenismo. No se puede confundir la concepción ética y cristiana de la vida social cultivada por el individualista conservador Velasco Ibarra con el vigoroso reformismo de la revolución mexicana bajo Cárdenas, que nacio-

[5] Véase sobre todo Córdova, A.: *La formación del poder político en México*. México, Era, 1975, págs. 29-33.

nalizó el petróleo en 1938 e impuso un ritmo relativamente acelerado a la reforma agraria. Sin embargo, esos hombres y regímenes no carecen de aspectos comunes. El poder providencial y personalista es el elemento de semejanza más espectacular, pero no el decisivo ni, por cierto, el central. Por lo demás, se trata de un rasgo frecuente en América Latina, incluso en las democracias presidenciales, por no hablar del resto del mundo en desarrollo. Por el contrario, la integración/cooptación de los trabajadores urbanos y los campesinos, no contra las oligarquías sino contra la autoorganización de las clases populares, constituye el meollo de la lógica populista. Esta política de "ceder algo para no perderlo todo", según la cínica fórmula de Perón en sus discursos de 1945-1946, ha sido expresada de distintas formas que resumen sus objetivos y métodos. Se trata, según sus exégetas brasileños, de "hacer la revolución antes de que la haga el pueblo"; los mexicanos, más prácticos y prosaicos, hablan de "perder un centavo para ganar un peso". Estas "revoluciones desde arriba", que cambian todo para que nada cambie, efectúan sobre todo "reformas autoritarias y preventivas". En ese proyecto, la institución clave no es el presidente ni el partido, si es que existe, sino el Estado. La ideología común a todas estas experiencias es el nacionalismo "popular".

La estatización de las organizaciones socioprofesionales y la transferencia de lealtades hacia el Estado, identificado o no con un hombre, gracias a la satisfacción de pequeñas reivindicaciones y, sobre todo, a un reconocimiento social inédito, sirven de marco para un estilo de gobierno paternalista y autoritario, basado en un dispositivo cuyo engranaje esencial es el clientelismo burocrático de masas. El Estado defiende a los trabajadores, se apoya en ellos, a la vez que los mantiene bajo libertad vigilada. La ideología popular oficial concibe al "pueblo" como la comunidad nacional en su conjunto, dotada de ciertos intereses comunes, de los que sólo están excluidas las minorías (el antipueblo) vinculadas con el enemigo externo. La "conciencia de masas" impera sobre la conciencia de clase. El nacionalismo solidario contribuye a la integración política de las capas subordinadas y las masas urbanas.

Semejante sistema tiene sus límites. Como régimen transitorio, sucumbe a la modernización de las sociedades. La transformación de una sociedad de masas en sociedad de clases suele ser fatal para sus mecanismos de control. Con su prédica popular y su impulso a la organización de los trabajadores, el Estado populista contribuye paradójicamente a crear una conciencia colectiva entre los obreros urbanos. En su dinámica ambidextra, que oscila entre la movilización popular y la manipulación de las masas, triunfa entonces la primera, y sus agentes tratan de romper el cascarón estatista que los envuelve. En este sentido es significativa la caída

corporativismo populista en el Brasil, bajo el presidente Goulart (1961-1964). Allí, el aparato sindical integrado al Estado parecía funcionar en un sentido diametralmente inverso a aquel para el cual se los había programado, al punto tal que el espectro de una república sindicalista turbaba el espíritu de la oposición. En la Argentina del segundo peronismo (1973-1976), los sindicatos burocratizados, en el apogeo de su poder, se vieron desbordados por la combatividad obrera que se ejercía a expensas suyas. El carisma populista no bastaba para contenerla. Esas instituciones de encuadre social que funcionan en otros contextos históricos y políticos, ¿no son meras supervivencias del pasado? La historia de las próximas décadas en el Brasil y la Argentina dará la respuesta.

El "desarrollismo" y la modernización capitalista sacralizada

El término "desarrollismo" es poco elegante, pero tiene el mérito de que, a diferencia del populismo, fue acuñado por sus creadores y partidarios. Las expresiones más acabadas de esa corriente política aparecieron en el Brasil, donde una institución, el Instituto Superior de Estudos Brasileiros (ISEB), ayudó a difundir y defender sus tesis, mientras que en la Argentina, a principios de la década de 1960, cuando la producción estaba en [illegible], el desarrollo de la ideología aparentemente predominaba sobre la ideología del desarrollo. Los principales ejecutores de las ideas desarrollistas fueron el presidente brasileño Juscelino Kubitschek (1956-1960) y su colega argentino Arturo Frondizi, que gobernó de 1958 a 1962.

Sus tesis son sencillas, por no decir simplistas. Sacralizan de alguna manera el crecimiento industrial, al que identifican con el progreso o la "civilización". En los países más adelantados de América Latina, el frenesí del desarrollo, muy difundido entre los técnicos y la burguesía comercial e industrial durante los decenios de 1950 y 1960, se injerta en el nacionalismo populista. El México del "desarrollo estabilizador" no escapa a esta corriente de pensamiento caracterizada por su agresivo optimismo. La alianza de los productores, en el sentido saintsimoniano del término, con el pueblo de los populistas, debe sentar las bases de una industrialización a marcha forzada que resolverá los problemas del país. En aras de este gran [illegible] industrial hacia adelante y los imperativos de la producción se pueden rechazar cualquier intento de reforma y criticar las políticas redistributivas. En los países donde el estancamiento rural se debe evidentemente a la concentración de la tierra en pocas manos, la reforma agraria es rechaza-

da por arcaica y perimida: hay que tecnificar el campo. Así, ese neocapitalismo dinámico, sólo secundariamente social, no se opone en absoluto a los intereses tradicionales, a los que les pide apenas que se modernicen un poco. Los partidarios de este nuevo culto del progreso conciben la alianza de clases indispensables para su proyecto como la subordinación del enfrentamiento entre patrones y trabajadores a los objetivos comunes del desarrollo.

El objetivo último de esta "desviación empresarial del mito del desarrollo" es la grandeza de la nación por medio de la industria y la técnica. Pero esta ideología, nacionalista en cuanto a sus fines, no hace distinción de medios. A diferencia de otros nacionalismos más frecuentes, no le preocupa el origen de los capitales invertidos; nacionales o extranjeros, lo mismo da. El capital es bueno si contribuye al "progreso". Esta ideología de la sucursalización voluntaria es antiideológica en el sentido de que rechaza la distinción derecha/izquierda, no sólo en nombre de la indispensable unidad nacional, sino también en función de otra antinomia, entre la modernidad y el arcaísmo. Las mayores expresiones de este voluntarismo industrialista, con su culto a la tecnología y su optimismo sin límites temporales ni espaciales, son el lema de Kubitschek, "cincuenta años en cinco años", y el plano en forma de arco diseñado por Lucio Costa para la utopía saintsimoniana que es Brasilia, la nueva capital del Brasil, construida bajo la misma presidencia.

Juscelino Kubitschek no es sólo el hombre de la *Nova Cap* (nueva capital), erigida en el desierto de Planalto, en el centro de un país regionalmente desequilibrado. También pone en marcha una política de industrialización activa que introduce al país en la era de los bienes de consumo duraderos y de la producción de bienes de equipo. Para la industria brasileña hay un antes y un después de JK, como se lo llama familiarmente. Al convocar al capital extranjero en el marco de un ambicioso "plan de metas" (*plano de metas*), Kubitschek se aparta paradójicamente de la orientación nacionalista de la última presidencia de Vargas, caracterizada por la instauración del monopolio petrolero estatal, a pesar de contar con el apoyo de los partidos Trabalhista Brasileiro (PTB) y Socialdemócrata (PSD), creados ambos por Vargas. Período eufórico, de confianza ciega en el porvenir radiante del país, durante la presidencia *desenvolvimentista* de Kubitschek el crecimiento industrial alcanza una tasa cercana al diez por ciento anual gracias a una política de grandes gastos por parte del Estado para horror de los monetaristas, que prevén la catástrofe, y también de las clases de menores recursos, porque el nuevo modelo de desarrollo implica una redistribución regresiva de los ingresos a fin de crear un mercado para los bienes de consumo duraderos. La entrada del Brasil en la era d

automóvil es también una época de fuerte concentración de los ingresos en función del desarrollo.

En la Argentina, Arturo Frondizi, émulo de JK, no tuvo tanto éxito como el maestro. Llega al poder en 1958 gracias al apoyo electoral del peronismo proscrito, pero no logra conservar el apoyo, ni siquiera la neutralidad benévola de los sindicatos y las clases populares. Éstas se ven golpeadas duramente por un plan de estabilización elaborado según las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional, cuya ayuda es solicitada para restablecer un equilibrio económico muy comprometido. Aunque la presidencia frondicista no lograr generar el clima eufórico del mandato de Juscelino en el Brasil, también se produce una apertura al capital extranjero y se crean industrias de bienes de consumo duraderos. Se desarrolla la industria automotriz en Córdoba y las empresas petroleras extranjeras empiezan a explotar los yacimientos argentinos, ante las airadas protestas de los nacionalistas. Los organismos de desarrollo tecnológico, tanto agrario como industrial, reciben un impulso sin precedentes. Pero el primer gobierno civil posperonista, amenazado desde el día de su asunción, atrapado entre los militares y los sindicatos, es asfixiado por sus propias maniobras de supervivencia. Su ambicioso plan se reduce a una industrialización desordenada, anárquica y espontánea, en la que las empresas extranjeras se establecen con fines más especulativos que productivos, beneficiándose con barreras aduaneras que protegen sus operaciones. A pesar de su habilidad para maniobrar, Frondizi es derrocado en marzo de 1962 por un golpe de Estado militar. El ejército lo acusa de favorecer el comunismo y a la vez de mostrar una benevolencia excesiva hacia los peronistas.

El "nacionaldesarrollismo" de Kubitschek y Frondizi aparece como una manera original de compatibilizar un nacionalismo capaz de canalizar las tensiones sociales y la dependencia respecto de los capitales extranjeros, considerados indispensables para alcanzar un grado superior de desarrollo industrial. Esta ideología orienta la economía mexicana en el decenio de 1960. Regresa a la Argentina bajo una forma autoritaria, sin la menor retórica populista, durante el gobierno del general Onganía (1966-1970). Aunque no siempre se advierte su presencia, opera también en el Brasil de 1969 a 1984; subyace debajo del "milagro brasileño" y el ambicioso plan de desarrollo del general Geisel (1974-1978). Esta estrategia conservadora de desarrollo, que recurre sobre todo a los capitales extranjeros, parece formar parte del esquema defensivo de las elites tradicionalistas más esclarecidas para mantener su sistema de dominación. Su éxito se debe, sin duda, a este hecho.

El socialismo no es una idea nueva en América Latina, pero antes de 1961 ningún estado de ese continente se había declarado marxista-leninista. Todo comienza con Cuba. Desde entonces, todo lo que sucede en ese terreno gira alrededor de la gran isla del Caribe y del hombre que la gobierna como encarnación de su régimen socialista. El castrismo en su primera manifestación, antes de normalizarse a partir de 1968, es a la vez una estrategia y un fenómeno continental. Las otras variedades de socialismo criollo y los movimientos revolucionarios se definen en relación con él.

Analizar la ideología castrista en su originalidad y su práctica no significa describir los cambios sufridos por la sociedad cubana desde 1959, seguir la evolución del gobierno revolucionario cubano ni, menos aún, reseñar las variadas experiencias marxistas-leninistas vividas en el continente. Se trata de ver cómo durante sus primeros seis años —antes de la adopción del modelo soviético—, y tal vez también posteriormente, la revolución cubana ha presentado al conjunto de los movimientos revolucionarios de la región una clave, una serie de tácticas de transformación sociopolítica, y el impacto que éstas pudieron tener.

Ante todo conviene recordar algunas fechas y sucesos. En enero de 1959 se derrumba el régimen del dictador Batista. El "ejército rebelde" comandado por Fidel Castro hace su entrada en La Habana. Comienza una revolución: un proceso popular encabezado por un movimiento de liberación nacional que oficialmente no se inspira en el marxismo sino en Martí, el "apóstol de la independencia cubana". Esta revolución, autodenominada "humanista", es ante todo agraria y antiimperialista, vale decir antinorteamericana. Cabe recordar que Cuba es en ese momento una suerte de protectorado de los Estados Unidos y una prolongación tropical y dependiente de su economía. La fecha de la conversión de Fidel Castro al marxismo-leninismo es materia de discusión. ¿Evolución o hipocresía? ¿Toma de conciencia o táctica? La discusión alrededor de estos interrogantes no ha cesado. Más conocida es la adhesión tardía (¿1958?) del Partido Socialista Popular, el partido comunista ortodoxo cubano, a la lucha de los guerrilleros de Sierra Maestra. Ese partido había apoyado a Batista, que en 1942 había incluido a dos de sus miembros en su gobierno. Luego del asalto al cuartel Moncada en 1953, había tachado a Fidel Castro y sus compañeros de golpistas y "pequeñoburgueses". Más adelante, uno de los líderes del PSP reconocerá que "la revolución cubana es la primera revolución socialista no realizada por un partido comunista". No será la última en el mundo ni en el continente. Sea como fuere, debido a un conjunto de cir

...tancias condicionantes, entre las que se destaca la durísima reacción de los Estados Unidos ante la política de nacionalización de las nuevas autoridades, Cuba rompe relaciones con Washington y se proclama socialista en abril de 1961. Nace un estado socialista a menos de ciento cincuenta kilómetros de la costa norteamericana. La Unión Soviética demorará oficialmente su reconocimiento de ese socialismo no patentado, pero a partir de julio de 1960 comienza a brindar una ayuda económica muy activa que le permitirá al régimen sobrevivir a las sanciones de los Estados Unidos. Sin embargo, desde 1962 –el año de la "crisis de los cohetes", que provoca no sólo el enfrentamiento de los dos "grandes" (Kruschev y Kennedy) sino, sobre todo desde el punto de vista cubano, el retiro de los misiles soviéticos sin consulta previa con el gobierno de La Habana– hasta 1968 las relaciones cubano-soviéticas serán tensas y conflictivas.

Durante el conflicto chino-soviético, que entra en su etapa más aguda, Cuba no toma partido sino que, a pesar de la ayuda soviética, vuelve la espalda a los dos bandos. En enero de 1966, durante la conferencia Tricontinental de La Habana, parece surgir un nuevo eje revolucionario tercermundista y no alineado, que una a Vietnam del Norte, Corea comunista y Cuba. Ni la Unión Soviética ni China tienen representantes en los organismos de dirección de la conferencia.

Aparte del bloque económico y el intento frustrado de invasión en Bahía de los Cochinos por una fuerza mercenaria, los Estados Unidos aprovechan el gran temor que suscita el castrismo en América Latina para impulsar la expulsión de Cuba de la OEA durante la reunión de enero de 1962 en Punta del Este. Marginada de la comunidad de naciones latinoamericanas, Cuba replica mediante la "Segunda Declaración de La Habana", que define la vía cubana al socialismo e impulsa la iniciativa revolucionaria en todo el continente. Cortadas las relaciones diplomáticas con todos los estados latinoamericanos excepto México, Castro expondrá la revolución, según él la concibe, brindando ayuda y entrenamiento a los grupos revolucionarios que reinvindican su experiencia. En 1967 aparece *Révolution dans la révolution*,* elaboración teórica de la vía cubana realizada por Régis Debray. En agosto del mismo año comienza la Conferencia de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), una internacional dominada por Cuba, creada contra los partidos comunistas ortodoxos que han elegido la vía "reformista", pacífica o parlamentaria y "no quieren hacer la revolución" según la terminología castrista. Es la proclamación solemne del compromiso revolucionario internacional cubano. Pero es también el canto del cisme de ese activismo armado y heterodoxo. La muerte del

* Edición en castellano, *Revolución en la revolución*. (N. del T.).

Che Guevara en octubre de 1967, en el paraje boliviano de Ñancahuazú, marca de manera simbólica la derrota de una lucha armada continental no aprobada por la Unión Soviética. Debatiéndose entre graves problemas económicos, Cuba inicia un período de repliegue y de alineamiento con Moscú, tanto en lo externo como en lo interno, donde el modelo soviético de colectivismo centralizado reemplaza la espontaneidad desordenada de la primera etapa. Para algunos analistas, Castro ha dejado de ser castrista. A fines de 1968, La Habana aprueba la invasión a Checoslovaquia por los ejércitos del Pacto de Varsovia.

Más allá de la aureola de romanticismo que rodea a la isla caribeña que desafía al gigante norteamericano, o al "primer territorio libre de América", el castrismo es ante todo una estrategia revolucionaria que rechaza espectacularmente las tácticas contemporizadoras de los partidos comunistas del continente. Esta estrategia se basa en la lucha armada de una vanguardia revolucionaria. El socialismo nace del fusil. Pero el primer paso es la constitución de un foco de guerrilla rural, no la lucha de las masas campesinas organizadas ni una larga marcha realizada bajo las órdenes del partido. Además, el ejército guerrillero tiene precedencia sobre el partido. El poder revolucionario se irradia a partir del foco guerrillero. La Acción precede al Verbo. No es necesario esperar que estén reunidas las condiciones objetivas para la Revolución: la sublevación armada puede crearlas. "El deber de todo revolucionario es hacer la revolución". Por eso se rechaza la estrategia de alianzas de las fuerzas tradicionales de la izquierda. De acuerdo con el análisis castrista, las burguesías latinoamericanas son meros agentes del imperialismo y la etapa democrática burguesa ha quedado atrás. Si el castrismo de la primera etapa humanista reivindica a Martí, héroe de la emancipación cubana, su proselitismo regional niega las fronteras y la soberanía de los estados en nombre de la "patria grande" bolivariana y de un ideal de unidad continental que ninguna corriente política, ni siquiera el APRA de los años veinte, había enarbolado con tanta seguridad en la victoria. La estrategia castrista es, además, continental. Se arrojan consignas provocadoras al rostro del imperialismo y sus aliados: "crear el mayor número de focos guerrilleros", "por dos, tres, muchos Vietnam", "la cordillera de los Andes será la Sierra Maestra de América Latina". En realidad, fue la tumba del Che y de las esperanzas revolucionarias de Cuba.

La teoría del atajo revolucionario, latinoamericanista, espontaneísta de la acción pura, tuvo cierta repercusión en el continente. Ese "voluntarismo revolucionario" que despreciaba tanto las circunstancias nacionales como las coyunturas políticas halagaba la impaciencia de la juventud como el hastío de ciertos viejos militantes. La mística militarista y el romanticismo de la metralleta suscitarán un optimismo revolucionario inédito en

la izquierda latinoamericana que se prolongará durante un decenio. Casi todos los partidos leninistas se opondrán a ese corto circuito aventurerista que, según la frase de Lenin, "hacía de la impaciencia un argumento teórico". Todos los partidos comunistas ortodoxos, con dos excepciones, condenarán la lucha armada sin abandonar su solidaridad con Cuba. El PC venezolano –aunque el país es una democracia desde 1958– se lanzará a la insurrección armada, no sin expresar importantes diferencias tácticas con Castro. Militarmente diezmado, fuera de la ley, el PC venezolano llega al borde de la desaparición como partido político. El PC uruguayo expresa su simpatía por la estrategia castrista, pero no la adopta; se limita a capitalizar la popularidad de Castro al presentarse a las elecciones de 1966 con un frente de izquierda llamado FIDEL (Frente de Izquierda de Liberación). En Chile, el Partido Comunista se aferra a la política de organización de las masas urbanas y las alianzas parlamentarias amplias, mientras el Socialista, fiel a su ideología de liberación continental y revolucionaria, apoya la línea cubana, aunque sin aplicarla. Asiste a la conferencia de la OLAS en La Habana. Se crea una rama local de la OLAS en Santiago, bajo la presidencia del secretario general del PS. La mayoría de los grupos guerrilleros que se lanzan a la lucha nacen como escisiones de los partidos izquierdistas o populares, o bien surgen espontáneamente a partir de grupos estudiantiles radicalizados como el MIR chileno, o de jóvenes militares golpistas como el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR 13) guatemalteco. Los MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) del Perú y Venezuela surgen de la ruptura del ala izquierda de partidos socialdemócratas o de centro izquierda: el APRA rebelde y el ala izquierda de la Acción Democrática, el partido del presidente Betancourt, respectivamente. Aparecen focos de guerra rural de tipo castrista en la Argentina, el Brasil, Colombia, Guatemala, el Perú y Venezuela y todos fracasan por igual. Una serie de derrotas sangrientas, que inscriben en el panteón revolucionario los nombres del Che Guevara y del cura guerrillero Camilo Torres, entre otros, viene a demostrar el carácter excepcional del modelo cubano, así como la imposibilidad de repetirlo bajo la vigilancia contrarrevolucionaria del decenio de 1960.

La guerrilla rural, castrista o no, que en muchos casos sutituye a las guerrillas liberales de la época de la "violencia", se perpetúa en Colombia bajo distintas formas hasta hoy; en cambio, desaparece de casi todos los demás países, sea porque es destruida o porque se repliega a la espera de una oportunidad mejor. Resurgirá alguna que otra vez, de manera aislada, para sufrir siempre la misma suerte desastrosa. En 1974, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) argentino, formado por trotskistas disidentes, instala un foco guerrillero en la selva subtropical de la provincia de Tucu-

mán, en el Norte del país; el ejército tardará más de un año y medio en ani-
quilarla. No tuvo mejor suerte la guerrilla maoísta brasileña que en la dé-
cada de 1970 se instaló en Araguaia, en los confines de Pará, Goiás y
Mato Grosso. En la misma época, el sueño "guevarista" se encarna en la
guerrilla urbana. En el Brasil, Carlos Marighela, miembro disidente del co-
mité central del PC, pasa a la acción directa con un esquelético Ejército de
Liberación Nacional. Cae bajo las balas policiales en noviembre de 1969.
En el Uruguay, el clandestino Movimiento de Liberación Nacional Tupa-
maros realiza actos de violencia simbólica para denunciar los escándalos,
la corrupción y la penetración económica extranjera. Pero cuando esos
"Robin Hood" nacionalistas y respetuosos pasan a la guerra revoluciona-
ria y al enfrentamiento con las fuerzas del orden, la escalada de la lucha ar-
mada les resulta fatal. La ofensiva militar encargada de eliminar el contra-
poder de los Tupamaros también pone fin a la endeble democracia urugua-
ya en 1973. En la Argentina, contemporáneamente con el ERP, los Mon-
toneros, ubicados en un peronismo revolucionario, después de haber con-
tribuido al retorno de Perón al podre por medio de sus atentados bajo el ré-
gimen militar, vuelven a la clandestinidad en septiembre de 1974, tratan-
do de arrastrar consigo a la juventud peronista y al ala izquierda del mo-
vimiento. Se inicia entonces una implacable guerra secreta entre la dere-
cha peronista con sus "escuadrones de la muerte" y la izquierda con los
Montoneros. El desenlace es conocido. El 24 de marzo de 1976, los mili-
tares vuelven al poder. Instauran un Estado que pretende atacar las raíces
de la subversión mediante la detención y el asesinato o desaparición no só-
lo de los guerrilleros, sino también de sus simpatizantes, los opositores y,
en general, los sindicalistas e intelectuales malpensantes.

Las razones de la victoria del Frente Sandinista de Liberación Nacio-
nal nicaragüense, que derrocó la dictadura de los Somoza en julio de 1979,
derivan en parte de la crítica de las experiencias anteriores. Los sandinis-
tas tardaron dieciocho años en tomar el poder. Significa que rechazaron la
impaciencia y el "inmediatismo" de las guerrillas foquistas. Abandonaron
también el militarismo y el radicalismo sectario que habían provocado el
asilamiento de otros guerrilleros, al separarlos de las masas entre las que
no se movían como peces en el agua, fuese porque no había agua –como
en muchos parajes andinos donde se formaron focos–, fuese porque no se
había realizado el menor "trabajo" político para obtener el apoyo y la com-
plicidad de las capas populares. Con sus invocaciones a los sentimientos
nacionales y a referencias locales, exaltando la figura heroica de Sandino,
trataron de establecer amplias coaliciones con todas las tendencias, grupos
sociales y organismos que compartieran sus grandes objetivos, evitando
espantarlos inútilmente con proclamas maximalistas o marxistas-leninis-

En el plano internacional, la búsqueda de apoyos en países no revolucionarios resultó de importancia decisiva. La victoria sandinista le debe más a Costa Rica que a Cuba.

Las oposiciones armadas de El Salvador y Guatemala, que aparecieron mucho antes de 1979, siguen un camino similar. Así como Cuba no se pudo repetir debido precisamente al triunfo de los *barbudos*, es dudoso que la victoria sandinista se pueda reproducir en las mismas condiciones. Pero en los dos países mencionados se observa la misma voluntad de evitar los escollos simétricos de la vía revolucionaria, "el pueblo sin las armas o las armas sin el pueblo", crear frentes amplios y obtener apoyo internacional de los más diversos sectores. Es ejemplar en este sentido el caso de El Salvador, donde el Frente Democrático Revolucionario (FDR) agrupa a partidos políticos y también "organizaciones de masas" civiles –sindicatos, asociaciones campesinas– y donde cada uno de los cinco movimientos guerrilleros unificados en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN)[6] está ligado a una de las organizaciones que cumplieron un papel político destacado antes del estallido de la guerra civil en 1981. Así, el Bloque Popular Revolucionario (BRP) nacido en 1975 corresponde a las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) creadas en 1970; la Liga Popular 28 de Febrero responde al ERP. ¿Significa entonces que el partido dirige el fusil y que los políticos tendrán la última palabra? Es dudoso, considerando que ni Cuba ni Nicaragua pudieron evitar una desviación militarista nacida en los montes y magnificada tanto por la legitimación heroica de la revolución como por la agresión exterior. Cualquiera que fuese el verdadero papel de Cuba en el surgimiento, fortalecimiento y mantenimiento de los movimientos armados, es evidente que la referencia castrista jamás está ausente. Quien no imita al hermano mayor triunfante, al menos no dejará de compararse con él. Si el castrismo ha muerto en América Latina, en todo caso dejó muchos y vigorosos nietos. Por otra parte, la lucha armada revolucionaria es una constante en el continente desde 1956.

[6] Farabundo Martí (1893-1932), como Sandino o José Martí, es un héroe nacional, a la vez que fundador del Partido Comunista Salvadoreño y uno de los dirigentes de la insurrección campesina de 1932, en la que perdió la vida.

Avec Douglas Bravo dans les maquis vénézuéliens, Paris, Maspero (« Dossiers partisans »), 1968.
Brandi (Paulo), *Vargas, da Vida a historia*, Rio de Janeiro, Zahar, 1983.
Caroit (Jean-Michel), Soulé (Véronique), *Nicaragua. Le modèle sandiniste*, Paris, Le Sycomore, 1981.
Cueva (Augustin), « Interpretación sociológica del velasquismo », *Rev. mexicana de sociología*, mai-juin 1970.
Cuvi (Pablo), *Velasco Ibarra*, el último caudillo de la oligarquia, Quito, Universidad Central, 1977.
Debray (Régis), *Révolution dans la révolution ? Lutte armée et lutte politique en Amérique latine*, Paris, Maspero (« Cahiers libres »), 1967.
— *La Critique des armes*, Paris, Éd. du Seuil, 1970.
Debrun (Michel), « Nationalisme et politique du développement au Brésil », *Sociologie du travail*, nos 3 et 4 (64), juill.-sept./oct.-nov. 1964.
Detrez (Conrad), *Pour la libération du Brésil* (en collab. avec Carlos Marighela), Paris, Éd. du Seuil, 1970.
Evans (Ernest), « Revolutionary Movements in Central America: The Development of a New Strategy », in Wiarda (Howard J.), *Rift and Revolution. The Central America Imbroglio*, Washington, American Entreprise Institute for Policy Research, 1983, p. 167-193.
Gillespie (Richard), *Soldiers of Perón. Argentina's Montoneros*, Oxford, Oxford Clarendon Press, 1982.
Ionescu (Ghita), Gellner (Ernest), *Populism, its Meaning and National Characteristics*, London, Weidenfeld and Nicholson, 1969.
Jaguaribe (Helio), *O Nacionalismo na atualidade brasileira*, Rio, ISEB, 1958.
Sémidei (Manuela), *Les États-Unis et la Révolution cubaine (1959-1964)*, Paris, Julliard (« Archives »), 1968.
Van Niekerk, *Populism and Political Development in Latin America*, Rotterdam, Rotterdam University Press, 1974.

Obras literarias

Vargas Llosa (Mario), *Historia de Mayta*, Barcelona, Seix Barral, 1984

TERCERA PARTE

Problemas del desarrollo

1. Las etapas de desarrollo y los procesos de industrialización

Los problemas del desarrollo latinoamericano son difíciles de tratar en conjunto debido a la gran disparidad de riquezas, estructuras y modelos económicos. Junto con países de "menos desarrollo relativo", según la nomenclatura del Pacto Andino, hay un PMA —Haití—, pero varios países semiindustrializados, algunos clasificados entre los *New Industrial Countries* (NIC), otros como "de industrialización avanzada". La mayoría de las economías son de tipo mixto, con una importante participación del Estado, pero no faltan las políticas económicas abiertas, ultraliberales, ni un sistema de economía estatal centralizada. Estas diferencias se esfuman un poco si se aborda el desarrollo industrial desde el ángulo histórico, en cuyo caso los paralelismos son notables. Por el contrario, al pasar revista a los recursos mineros o energéticos de cada país, se podría pensar que las diferencias se desprenden de la naturaleza y la evolución, determinadas por las potencialidades nacionales. Pero no es así, como se verá a continuación. Nuevamente, en este terreno los hombres disponen. Ni la riqueza natural es garantía segura del despegue industrial, ni la falta de un recurso crítico impide en forma absoluta el desarrollo.

Las fases del desarrollo

Historiadores y economistas coinciden generalmente en que las economías latinoamericanas en su conjunto han pasado por tres fases, tres grandes etapas. Y que a cada fase corresponden formas de industrialización definidas o, al menos, poseedoras de una lógica propia. Esta periodización puede parecer arbitraria, pero sin duda es útil para determinar las modalidades dominantes del proceso de cambio económico. Este tríptico clásico

está integrado por las hojas siguientes:

1. Crecimiento extravertido: aproximadamente de 1860 a 1930, un poco más tarde en los países de menor desarrollo.

2. Industrialización nacional o desarrollo hacia el interior: 1930 a 1960, aproximadamente.

3. Internacionalización del mercado interno a partir de 1960, acompañada en algunos casos por pretensiones de "sustitución de exportaciones" en el último período.

En cuanto al primer estadio, se habla generalmente de crecimiento más que de desarrollo, incluso de crecimiento sin desarrollo. Los países latinoamericanos se integran al mercado mundial como proveedores de materias primas, productos mineros o agrícolas. En el caso de los primeros, su explotación perpetúa la economía colonial. Después de la decadencia de las minas de plata de Potosí, se descubren en Bolivia ricos yacimientos de estaño, que hacen del país uno de los grandes productores mundiales. En 1971, el estaño constituía casi el cincuenta por ciento de las exportaciones del antiguo Alto Perú. Por su parte, las economías agroexportadoras se benefician con el progreso del transporte marítimo y la alta demanda de los países europeos en proceso de industrialización. Este tipo de crecimiento se produce en el marco de una división internacional del trabajo presidida por Gran Bretaña, primera potencia industrial y financiera del mundo hasta 1930. Las naciones latinoamericanas se especializan en bienes primarios y adquieren productos manufacturados en virtud de la teoría de las "ventajas comparativas", es decir, de los costos comparados: la producción de carne vacuna y trigo es más barata en la Argentina, así como el azúcar de caña es más económico que el de la remolacha. Gracias a estas teorías fundadas en la economía e inspiradas por los intereses de las clases dirigentes, tanto "metropolitanas" como de las sociedades latinoamericanas, el pacto neocolonial entre los dos sectores exportadores complementarios provoca, al menos en un primer momento, la destrucción de la incipiente industria local. Frente a la competencia europea y las virtudes del librecambio, la pequeña industria artesanal se debilita hasta morir. Es el caso de los textiles. La manta confeccionada en el telar local es reemplazada por la frazada industrial de Manchester, más barata y de mejor calidad. Aparece en menor escala el fenómeno de sustitución impuesto en la India por la dominación británica:[1] una vigorosa industria de telas de algodón fue destruida deliberadamente por la potencia colonizadora. Sin llevar el paralelismo demasiado lejos, el librecambio es una de las causas de

[1] Véase al respecto el *Discurso sobre el librecambio*, de Carlos Marx (1848).

lo que luego se llamará el subdesarrollo por comparación con la situación de las economías "centrales".

Otros factores obstaculizaron el surgimiento de la industria moderna en la misma época. En primer lugar, apenas una fracción de la población del siglo XIX se integró al mercado. La inmensa mayoría vivía en una economía de subsistencia o semisubsistencia. Mucho más adelante la urbanización acelerada, anterior a la industrialización, modificará esa situación y creará el mercado indispensable para una economía moderna. Vale acotar que la victoria de los librecambistas no fue fácil y en muchos casos se obtuvo por medio de la violencia, al cabo de enfrentamientos, verdaderas guerras civiles, entre los partidarios de la libertad sin límites, liberales o unitarios, y los conservadores o federales, dueños de las economías locales y provinciales del interior. Es verdad que la relación de fuerzas internacionales siempre favoreció a los liberales. Aparte de la dictadura autárquica y jacobina del doctor Francia en el Paraguay (1814-1840), siempre se impuso el intercambio impulsado por Gran Bretaña.[2]

No obstante, el dinamismo propio de la economía de exportación fomentó la industria por muchas razones. Primero, la transformación y elaboración de los productos agrícolas son actividades verdaderamente industriales. Los mataderos frigoríficos, el descortezado y secado del café y el cacao, los ingenios que reemplazan a los arcaicos trapiches azucareros constituyen el núcleo inicial de la actividad industrial. La infraestructura indispensable para el crecimiento dirigido al exterior —puertos, ferrocarriles, producción de gas y electricidad— inducen a toda una serie de actividades paraindustriales o cuasiindustriales: la aparición de talleres de reparación de máquinas importadas conduce con frecuencia a su fabricación parcial o total. En general, estas obras de infraestructura son financiadas por capitales extranjeros, que dan un impulso decisivo a la industria en sus primeros pasos. Por otra parte, como se vio en un capítulo anterior, los inmigrantes extranjeros, sobre todo en el Río de la Plata, a falta de tierras para comprar, se concentran en las ciudades y se dedican a la artesanía, el comercio y luego la pequeña industria. El desarrollo natural de la producción para la exportación y de todo el entorno económico que ella requiere incrementa la mano de obra asalariada y las capas medias urbanas. Así nace un verdadero mercado interno para el cual trabajan empresas fabricantes de los bienes de consumo corrientes a precios —y con frecuencia,

[2] Sobre la extraña dictadura autocrática y estatizante del doctor Francia, véase el estudio del historiador cubano Sergio Guerra Vilaboy, "El Paraguay del Dr. Francia", *Crítica y Utopía*, 1981, nro. 5, págs. 93-125.

calidad— inferiores a sus equivalentes importados en los rubros de ali-
mentación, bebidas (y sus envases, entre ellos el vidrio), muebles, textiles
y metalurgia liviana. La protección natural que significó la desorganiza-
ción de los intercambios internacionales durante la Primera Guerra Mun-
dial (1914-1918) provocó la reactivación y expansión de esas industrias de
productos de consumo corriente. La supresión transitoria de la competen-
cia europea fue un acicate para las industrias existentes y estimuló el sur-
gimiento de otras, mientras que la caída de los ingresos en divisas muchas
veces impedía la importación. La guerra no tuvo ese efecto milagroso so-
bre la industrialización que le atribuyen algunos autores, pero tampoco se
puede subestimar su impacto. Sea como fuere, el número de empresas in-
dustriales en el estado de San Pablo se decuplicó con creces entre 1907 y
1920, mientras que el valor de la producción se multiplicó por ocho.[3]

Pero este conjunto de actividades de tipo industrial es frágil: atomiza-
das y sin relaciones coherentes entre sí, están condicionadas por el
comercio internacional. Como señalaron algunos autores, la actividad ex-
portadora es industrializante y al mismo tiempo fuertemente "antiindus-
trializante".[4] La dinámica del crecimiento inicial extravertido hace de la
industria un sector periférico y dependiente del sector productor de bienes
para la exportación. La transferencia de ingresos hacia las actividades es
siempre provisoria, revocable y subordinada a otros factores. Con todo,
aunque se concibe a las economías latinoamericanas como mercados pa-
ra los productos manufacturados en los países centrales y fuentes de ma-
terias primas, desde principios de siglo aparece una industria estable y du-
radera. La aparición de algunos polos de crecimiento industrial, cuya
expansión no se limita a los intersticios que deja abiertos el sistema agro-
exportador, obedece a causas todavía no suficientemente aclaradas, deri-
vadas de circunstancias tanto objetivas como subjetivas de carácter local.
Ya se han mencionado algunos de estos antiguos polos. La aparición de
fundiciones en la ciudad mexicana de Monterrey se debería en parte al
efecto disuasivo de una nueva tarifa aduanera sobre las importaciones de
mineral de hierro mexicano en los Estados Unidos y el consiguiente flujo
de capitales norteamericanos. En Medellín, capital del distrito colombia-
no de Antioquia, el florecimiento de una pequeña industria metalúrgica
coincide con la crisis del café a principios de siglo y el deseo de los cafe-

[3] Datos tomados de Warren, D.: *A industrialização de São Paulo. San Pablo*, DIFEL, 1977, pág. 99.

[4] Véase Salama, P.: "Au-delà d'un débat: quelques réflexions sur l'articulation des États-nations en Amérique latine", en Salama, P. y Tissier, P.: *L'Industrialisation dans le sous-développement*. París, Maspero, 1982, págs. 48-49.

…nos de diversificar sus actividades económicas. La disponibilidad de capitales que exige el cultivo del café y la frontera agraria permanente creada por él son factores presentes tanto en Medellín como San Pablo. La presencia de inmigrantes europeos, no sólo como mercado sino también como portadores de técnica y capitales, cumplió un papel importante en la industrialización paulista. Pero también fue decisivo el papel del Estado y la protección aduanera. Estos fenómenos de industrialización primitiva autogenerada permiten aprehender fácilmente la lógica de la segunda fase de la industrialización.

La industrialización nacional

La importación de bienes manufacturados permitió de alguna manera el surgimiento del mercado interno. La fabricación local de bienes hasta entonces importados estimulará la industrialización. En la primera etapa, esta sustitución se efectúa por medio de empresas de capitales nacionales, al principio de escasa concentración de capital y tecnología relativamente primitiva. Son períodos de crisis del movimiento comercial internacional que, al poner en tela de juicio el esquema de cambio dominante, crea condiciones propicias para la expansión y aceleración del desarrollo industrial. La gran depresión de la década de 1930 y la guerra mundial de 1939-1945, con la consiguiente reducción de la capacidad de importación, obligan a las economías nacionales a producir localmente lo que no pueden comprar. Este desarrollo muy vulnerable al restablecimiento del comercio internacional se mantiene y prosigue en muchos casos gracias al apoyo del Estado y las políticas proteccionistas. ¡Sin la prótesis estatal, el "desarrollo introvertido" difícilmente habría sobrevivido a las circunstancias excepcionales que permitieron su despegue! Asimismo, las políticas de ampliación del mercado interno mediante el fomento del consumo popular favorecieron el crecimiento sostenido del aparato industrial. Es comprensible que los regímenes llamados populistas coincidan en el tiempo con este tipo de industrialización.

Es un proceso gradual, de lo simple a lo complejo, en función de las necesidades en materia de capital y tecnología. Los primeros pasos de la industria abarcan el área de los bienes de consumo no duraderos de bajo valor agregado, cuya fabricación requiere generalmente una materia prima abundante en el país o de fácil obtención. Es el caso de los textiles de algodón o lana, la alimentación, el mobiliario, cueros y pieles y sus deriva-

dos finales... El paso siguiente lo constituyen en general los bienes de equipo sencillos, herramientas y máquinas para la fabricación de bienes exportables. Finalmente aparece la producción de bienes intermedios, sobre todo la química tradicional y la industria pesada, casi siempre por impulso del Estado. El surgimiento y desempeño de la siderurgia merecen un párrafo aparte.

Durante este período, los altos hornos simbolizan la industrialización clásica a la manera del siglo XIX. Considerada una de las banderas de la independencia nacional —de ahí la participación militar en su ejecución—, la siderurgia posee una dimensión política. Es una etapa decisiva en la larga marcha del desarrollo. Por otra parte, es notable la cantidad de países del subcontinente capaces de producir acero. Los desfases en el tiempo, la naturaleza de los obstáculos superados y la identidad de los actores principales en la instalación de las acerías reflejan la diversidad de los procesos de industrialización.

En el Brasil, cuando las grandes empresas siderúrgicas extranjeras, sobre todo la US Steel, se niegan a construir una acería, el gobierno de Vargas emprende la tarea en 1941. Los sectores empresarios norteamericanos y sus agentes locales, ganados por el liberalismo, expresan su franca hostilidad hacia un proyecto que consideran contrario a la naturaleza de las cosas: ¿acaso el Brasil no es un país agrario y una reserva de materias primas? ¡Que los brasileños exporten su mineral de hierro en lugar de producir, a un costo antieconómico, un acero que no sabrán utilizar![5] Se ha discutido mucho sobre los motivos que condujeron, a pesar de los obstáculos, a la creación de la Compañía Siderúrgica Nacional y luego a la instalación de la gran acería de Volta Redonda sobre el eje Río-San Pablo, a 145 kilómetros de la capital. ¿Nacionalismo del *Estado novo* "getulista", razones de seguridad nacional, presiones militares? Sean cuales fueren, lo cierto es que los Estados Unidos en guerra, necesitados de las bases en el Nordeste brasileño, ayudaron a realizar el proyecto mediante un préstamo del Eximbank; otro motivo sería que de esa manera evitaron que Vargas acudiera a Alemania en busca de los recursos para poner en marcha su proyecto de industria pesada. Roosevelt otorgó las facilidades necesarias para la colaboración de las empresas norteamericanas y el transporte de los equipos necesarios. Volta Redonda, el fruto de este "regateo internacional", comenzó a funcionar en 1947, con una producción de un millón de toneladas de acero que después se elevó a 1,4 millones. Para muchos autores

[5] Véase al respecto el estudio de Luciano Martins en el capítulo 5 ("La sidérurgie et l'étatisme") de su libro *Pouvoir et développement économique. Formation et évolution des structures politiques au Brésil*. París, Anthropos, 1976, págs. 164 y sigs.

Volta Redonda es un hito en el desarrollo brasileño; gracias a los múltiples efectos de la acería se habría roto el modelo de dependencia vigente en el marco del crecimiento "hacia afuera". Aparte de la absorción de tecnología requerida por su puesta en marcha, Volta Redonda abrió la posibilidad de crear una industria metalmecánica nacional, sobre todo la automotriz. Pero la siderurgia nacional sirvió para impulsar no sólo las industrias hacia arriba (construcción, mecánica) sino también hacia abajo (explotación minera). Vargas obtuvo un éxito impresionante: en la década de 1950, el Brasil era en buena medida autosuficiente en acero, tanto laminado como en lingotes, y con ello ahorraba divisas.

Desde entonces la siderurgia brasileña ha aumentado su capacidad productiva, y el Estado ha cumplido el papel principal en ese proceso. En 1953 se funda la Compañía Siderúrgica de San Pablo (COSIPA), controlada por el gobierno en un 98 por ciento, y en 1956 la USIMINAS de Minas Gerais, también con mayoría estatal pero con una fuerte participación japonesa. Las dos empresas, cuya capacidad instalada llegó últimamente a los 3,5 millones de toneladas cada una, indican que a pesar de la recesión mundial del mercado del acero, las autoridades brasileñas miran con confianza hacia el futuro. Otra prueba de ello es el proyecto nipo-ítalo-brasileño Kawasaki-Finsider en Tubarao (Espirito Santo), que producirá anualmente tres millones de toneladas de productos semimanufacturados para la exportación. En cuanto al complejo de laminación de veinte millones de toneladas de Açominas, en Minas Gerais, en el que participan empresas británicas, la demora de su puesta en marcha demostraría que convertirse en uno de los cinco primeros productores mundiales de acero no es tan fácil como pensaba Brasilia a fines del decenio de 1970. La producción brasileña de acero fue de cinco millones de toneladas en 1970, más de once millones en 1977, quince millones en 1980, de los cuales dos millones fueron destinados a la exportación. El plan siderúrgico nacional, con cierta tendencia a la megalomanía, preveía para 1980 veinticinco millones de toneladas, es decir, el equivalente del total de la producción latinoamericana de 1970, o de la producción china actual y una cifra cercana a la que colaban las acerías francesas o británicas antes de la crisis. La producción real estuvo muy lejos de esa cifra y retrocedió a trece millones en 1983. En el moroso ritmo internacional de la década de 1980 era difícil mantener la tasa de crecimiento del once por ciento anual que conoció la siderurgia brasileña entre 1970 y 1979. Pero el Brasil, uno de los mayores productores mundiales de mineral de hierro, posee una treintena de empresas siderúrgicas privadas y nueve públicas coordinadas por el holding estatal Siderbras, cuyas previsiones desde ahora hasta el fin del siglo están impregnadas de un optimismo típicamente brasileño.

La producción siderúrgica mexicana no es en sus orígenes, como la brasileña, el fruto de una política voluntarista del Estado. La tradición empresaria siderúrgica se remonta a principios de siglo, con la creación en Monterrey, de la Fundidora, que en 1904 producía los primeros rieles ferroviarios en América Latina. El sector privado está bien representado hoy por la compañía Hylsa (Hojalatas y Láminas), perteneciente al grupo Alfa de Monterrey, que produce 1,5 millones de toneladas, y TAMSA (Tubos y Aceros de México) en el estado de Veracruz. A principios de la década de 1980, el holding estatal Sidermex controlaba más del sesenta por ciento de la producción, y en vista de los programas de expansión de la siderurgia pública ese porcentaje deberá aumentar. Los dos proyectos más importantes son Altos Hornos de México en Monclova (Coahuila), en el norte del país, y sobre todo el gran complejo Lázaro Cárdenas-Las Truchas en el estado de Michoacán, sobre la costa del Pacífico. Este último, creado en 1972 con el objeto de eliminar el déficit de acero nacional, se encuentra sobre un puerto cerca de un yacimiento de mineral de hierro. La empresa pública SICARTSA, que lo administra, previó una capacidad de producción de 1,3 millones de toneladas anuales en la primera etapa, que concluyó en 1976, 3,6 millones en la segunda y diez millones para 1990. La puesta en marcha de ese programa ambicioso fue más difícil y lenta de lo previsto. México, que llegó a los 4,7 millones de toneladas de acero en 1973 y nueve millones en 1977, en la época del *boom* petrolero no pudo responder a la demanda de productos planos y tubulares de la PEREX y sus subsidiarias, y se vio obligado a importar entre el quince y el veinticinco por ciento de su necesidad. Hoy, en medio de la recesión, con una capacidad instalada de doce millones de toneladas, parece que el país deberá buscar compradores externos. En ese caso, los proyectos públicos y privados de las acerías de Altamira, nuevo polo de desarrollo sobre la costa del golfo, se verían comprometidos, en especial el proyectado complejo estatal de más de cinco millones de toneladas.

En la Argentina, a diferencia de México, el peso del sector agroexportador y la ideología liberal han frenado la industrialización, sobre todo la pesada. La siderurgia argentina nace impulsada por el Estado, sobre todo por los militares, que desde 1941, fecha de creación de Fabricaciones Militares, controlan una gran parte de las empresas nacionalizadas cuya producción está destinada al mercado civil. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial comienza a funcionar el primer alto horno en Zapla, provincia de Jujuy. Situado cerca de un yacimiento de mineral de hierro, es operado por el ejército y se alimenta a madera. Alcanza las cuarenta mil toneladas en 1954. Posteriormente la empresa mixta Somisa, con participación mayoritaria del Estado, construye en San Nicolás, sobre el

do Paraná, un complejo siderúrgico moderno que tardará muchos años en despegar. El proyecto data de 1947, la primera colada de acero de principios de los años sesenta. La producción supera los tres millones de toneladas en la década de 1970, pero después se reduce a 2,5 millones, lo que, períodos de recesión aparte, no alcanza a cubrir una demanda estimada en 4,6 millones de toneladas. Un plan siderúrgico optimista de fines de la década de 1970 preveía elevar la producción a ocho millones de toneladas anuales, pero fue necesario reducir la cifra.

El acero no es privativo de los tres grandes semiindustrializados. La clase media continental también participa de la epopeya de los altos hornos. La lírica industrial tiene su sitio privilegiado. Paz del Río en Colombia, Chimbote en el Perú, Huachipato en Chile, Siderúrgica del Orinoco (SIDOR) en Venezuela son nombres que hacen vibrar el orgullo nacional. Poner fin a las importaciones de acero, conquistar la independencia comercial y tecnológica en ese sector neurálgico con los objetivos de unas acerías que producen para mercados relativamente pequeños. El valor agregado del sector manufacturero de cada uno de esos cuatro países oscila entre la mitad y un tercio del argentino (unos trece mil millones de dólares); entre la quinta y la octava parte del mexicano (treinta a cuarenta mil millones de dólares). Para algunos autores, esos intentos de sustitución de importaciones mediante la utilización directa de las riquezas del subsuelo no serían sino gastos ostentosos, destinados a afirmar la soberanía. A pesar de sus planes ambiciosos —como el que debía permitirle al Perú, con ayuda japonesa, superar los dos millones de toneladas en 1982—, ni ese país ni Colombia y Chile alcanzan las quinientas mil toneladas anuales cada uno. En Venezuela, donde la consigna "sembrar petróleo" para cosechar riquezas duraderas orienta la política económica, la SIDOR, creada en 1957 y en plena expansión hasta 1980, empleando los precedimientos más modernos (acero eléctrico), triplicó su producción entre 1978 y 1981 para alcanzar los 1,8 millones de toneladas.

El simbolismo del acero hunde sus raíces en la historia, pero su fascinación tardía suscita el temor de que los países en vías de desarrollo traten de emplear los medios de las revoluciones industriales de ayer. Sin embargo, América Latina no carece de medios naturales para afrontar el desafío industrial. Posee los recursos indispensables para una industrialización diversificada, coherente y acumulativa.

Se ha dicho a propósito de distintos países latinoamericanos, sobre todo del Perú y Bolivia, que son como "un mendigo sentado en un trono de plata". En efecto, no es la ausencia o insuficiencia de minerales y energía lo que frenó el desarrollo. Por otra parte, como se sabe, muchos de los países industrializados de hoy nunca tuvieron mineral de hierro ni hulla, y entre los siete grandes son muy pocos los que poseen petróleo. América Latina es desde su descubrimiento el continente minero por excelencia, pero la distribución de sus riquezas, así como de sus recursos energéticos, es muy desigual.

El continente es rico en metales no ferrosos. El subsuelo contiene cinc, plomo, níquel, platino, molibdeno, cadmio, mercurio y urano. El Perú y México producen un tercio de la plata mundial, Bolivia y algunos países más la cuarta parte del antimonio. América Latina, si se le suman Jamaica, Surinam y Guyana, produce el cuarenta por ciento de la bauxita, del quince al veinte por ciento del estaño y más del veinte por ciento del cobre: la mina de Chuquicamata en Chile es la más grande del mundo y el país produce un millón de toneladas anuales (1980) frente a 350.000 del Perú. Brasil es el segundo productor mundial de manganeso (más de 2,5 millones de toneladas anuales). México posee dieciséis millones de toneladas de reserva de ese mineral. Finalmente, el oro, "metal fabuloso" asociado con la conquista del continente, tiene su lugar. El Perú, México y Chile extraen seis toneladas anuales cada uno; el Brasil, a partir del descubrimiento del gran yacimiento de Serra Pelada, estado de Pará, en 1980, quince toneladas.

El continente está muy bien provisto de mineral de hierro de alto tenor, sobre todo, pero no exclusivamente, en el Brasil y Venezuela. En el Brasil, donde a partir del siglo XVIII se descubren nuevos recursos mineros constantemente, las reservas de hierro ocupan el primer lugar entre las riquezas del país. Este mineral ocupa el segundo puesto entre las exportaciones del país después del café o la soja, según el año, desde 1970 en adelante. El yacimiento principal es el triángulo ferrizo de Minas Gerais, con seis mil millones de toneladas de reservas de muy alto tenor. Pero el descubrimiento del nuevo Eldorado minero de la serra de Carajas ha modificado las perspectivas. Situada en el estado de Pará, cerca de Araguaia, en los límites con Goiás y Maranhao, Carajas contiene hierro (diecisiete mil millones de toneladas de reservas) y además bauxita, manganeso, estaño y oro, en una cuenca hidráulica de gran potencialidad energética. Esta situación, además de la proximidad de Belem y de São Luiz do Maranhao,

significa que el Brasil podría convertirse en el primer exportador mundial de mineral y tal vez de acero, bauxita y aluminio. Si se efectúan las necesarias inversiones faraónicas, Carajas será, según afirmó el ex presidente Figueiredo, "la redención del Brasil". La empresa estatal Companhia Vale do Rio Doce (CVRD), que explota el mineral de hierro, proyecta extraer [illegible] millones de toneladas anuales. El Brasil ya produce más de cien millones de toneladas de mineral (110 millones en 1981), la mitad de las cuales provienen de la CVRD, y exporta las tres cuartas partes de esa cantidad.

Venezuela es el segundo "gigante" del hierro, con 2,1 mil millones de toneladas de reservas. La producción, en baja, no supera los dieciséis millones de toneladas anuales en la década de 1980, contra veinte millones durante el decenio anterior. Las exportaciones mantienen un nivel estable de alrededor de doce millones de toneladas. México y el Perú se encuentran en el mismo nivel de producción con cuatro a cinco millones de toneladas por año. Este último es un importante exportador, aunque en baja, mientras que el primero experimentó un aumento notable de la producción durante el *boom* de la década de 1970. Chile es otro productor importante de mineral de hierro, pero en baja, porque su producción descendió de 15,6 millones de toneladas en 1968 a 8,5 millones en la actualidad. Es verdad que la abundancia de hierro no es condición indispensable para la creación de una industria siderúrgica, como lo demuestra el caso de la Argentina, que a pesar de sus reservas no explotadas en la Patagonia, produce apenas entre doscientas y trescientas mil toneladas de mineral e importa lo que requiere su producción de acero.

En el área energética, el continente presenta una serie de particularidades. Las disparidades entre las naciones son muy fuertes. La región está mal provista de carbón (apenas el 0,3 por ciento de los recursos mundiales), lo cual evidentemente no explica su retraso industrial. El Brasil posee algunas reservas, de mala calidad, en los estados meridionales de Santa Catarina y Rio Grande do Sul. Las reservas son de veintidós mil millones de toneladas; para fines de la década de 1980 se proyectaba la cifra de setenta millones de toneladas, es decir, el seis por ciento de la energía consumida por el país; pero en 1980 la producción fue de apenas 3,4 millones de toneladas. México y Chile producen 1,5 millones de toneladas anuales de hulla. La Argentina no supera las quinientas mil toneladas, a pesar de los proyectos que intentan triplicar esa cifra. La gran esperanza del continente es Colombia, con su gigantesco yacimiento de El Cerrejón, en la Guajira, a treinta kilómetros de la frontera con Venezuela; su explotación a cielo abierto, que requirió enormes inversiones, permitirá superar los veinte millones de toneladas en 1990.

Excepciones aparte, el carbón es poco abundante; en cambio, el continente está bien provisto de hidrocarburos. Casi todos los países tienen reservas de petróleo más o menos abundantes. Las prospecciones, ligadas al nivel de los precios, modifican anualmente el mapa petrolero. Así, México pasó por un período importador después de dos etapas exportadoras. El Brasil, cuya situación parecía desesperada hasta 1983, podría convertirse próximamente en el tercer productor de la región. El Ecuador, hoy miembro de la OPEP, producía en 1960 apenas 360.000 toneladas anuales de crudo: constituyó el 61,4 por ciento de sus exportaciones en 1981, frente al 0,6 por ciento diez años antes.

México, el gran exportador de petróleo de principios de siglo, no ha podido superar los obstáculos comerciales y financieros creados por la nacionalización de las empresas petroleras en 1938. La mayor parte de los yacimientos tradicionales se agotaron antes de 1950. A principios de la década de 1970, la triplicación del precio del barril condujeron a la explotación de yacimientos descubiertos poco antes en Chiapas y Tabasco. El país, con cuarenta mil millones de barriles de reservas comprobadas, ocupa el sexto lugar en el mundo. A pesar de las medidas tomadas por los poderes públicos para resistir la "maldición del oro negro" e impedir la "petrolización" de la economía nacional, la parte del petróleo en las exportaciones saltó del treinta al sesenta y cinco por ciento entre 1977 y 1981. En 1981, la producción alcanzó los 2,3 millones de barriles diarios. La caída de los precios no frenó la producción, pero el país tuvo algunas dificultades para conservar su parte del mercado mundial. Los esfuerzos de las autoridades mexicanas por diversificar su clientela no resistieron la crisis. Los Estados Unidos son el primer cliente, una boca de expendio privilegiada para ese país petrolero, geográfica y políticamente próximo, que no es miembro de la OPEP.

Venezuela, uno de los fundadores de la OPEP, es desde hace mucho tiempo el primer productor continental y tercero mundial. Pero al ritmo de extracción actual, si no se descubren nuevos yacimientos, sus reservas de veinte mil millones de barriles durarán apenas veinticinco años (contra setenta para México). En efecto, Venezuela produce unos tres millones de barriles diarios, es decir, algo menos de ochocientos millones por año, que en sus cinco sextas partes se exportan en crudo o como productos de refinería, porque el país se ha dotado de una importante capacidad de refinación, en el marco de una política de industrialización voluntarista y con frecuencia dispendiosa.

La Argentina prácticamente se autoabastece en materia de hidrocarburos desde hace unos veinte años, a pesar de las discontinuidades de una política petrolera sometida a los azares de la inestabilidad política crónica,

pero el gran exportador agrario espera poder convertirse en exportador petrolero gracias a sus reservas patagónicas todavía mal explotadas. El Brasil, en cambio, fue durante mucho tiempo un "carenciado en petróleo". La escasez de la producción, a pesar de los esfuerzos de exploración de la empresa nacional Petrobrás, tenía como contrapartida el peso aplastante de la factura de importación, sobre todo a partir del primer "shock petrolero". En 1982, la suma de las compras de petróleo ascendía a diez mil millones de dólares, lo que equivalía al 52 por ciento de las importaciones y el cincuenta por ciento de los ingresos por exportación. El petróleo parecía ser el talón de Aquiles del gigante brasileño y su acelerado desarrollo industrial. El peso de la dependencia en ese terreno sería una de las causas del viraje hacia el Tercer Mundo y la activa política árabe de los gobiernos de Brasilia. Pero el estrangulamiento energético origina, sobre todo, el ambicioso "plan alcohol", de sustitución del carburante automotor por una mezcla de gasolina y alcohol de caña de azúcar, con el consiguiente compromiso de las fábricas automotrices de adaptar los motores. Aparentemente, todo cambia a partir de 1983. Al comenzar la explotación de un gran yacimiento *offshore* frente a Río de Janeiro, la producción de hidrocarburos pasa de 170.000 barriles diarios a 500.000 en 1984-1985. El Brasil, que consume un millón de barriles por día, se autoabastece en un cincuenta por ciento. Según Petrobrás, se podría alcanzar el autoabastecimiento en 1990, salvo que la caída de los precios internacionales motive una revisión de esta perspectiva optimista.

A todos estos recursos de la región es necesario agregar el enorme potencial de producción hidroeléctrica de los grandes sistemas fluviales sudamericanos. Las grandes distancias entre los lugares de producción y de consumo frenó durante mucho tiempo el equipamiento hidroeléctrico de algunos países, pero el aumento de los costos petroleros a partir de 1973 influyó en sentido contrario. La proporción de energía hidroeléctrica en el balance energético de los países latinoamericanos, petroleros o no, aumenta sin cesar. En el Brasil, antes de la puesta en marcha de las últimas grandes represas a principios del decenio de 1980, la energía de origen hidroeléctrico representa el 92 por ciento del total (contra el 67 por ciento para el continente en su conjunto). Debido a su escasez de hidrocarburos y carbón, el país efectuó grandes esfuerzos para reducir la parte de la energía térmica mediante una política audaz de construcción de represas. Itaipú, sobre el Paraná, construido juntamente con el Paraguay, será una de las represas más grandes del mundo, con una capacidad instalada de doce mil megavatios. Su embalse, inaugurado en octubre de 1982, cubre 2200 kilómetros cuadrados. Las primeras turbinas entraron en servicio en 1983. La represa de Tucurui, sobre el río Tocantins en Pará, proporcionará la

energía para la explotación de Carajas y los proyectos de elaboración de bauxita. Representa una capacidad instalada de 7,9 millones de kilovatios. Durante un período de fuerte demanda energética en la década de 1970 la Argentina y el Brasil tuvieron un enfrentamiento sobre el tema del aprovechamiento hidroeléctrico del Paraná. La "guerra de las represas" provocada por el uso de un río común se ha enfriado, sobre todo debido al retraso de los proyectos argentinos. La construcción de Yaciretá (dos mil megavatios de capacidad instalada) comenzó, después de muchas vacilaciones, en 1983, cuando Itaipú ya estaba terminada. Otros grandes proyectos, como Paraná Medio, río abajo de Itaipú, se verían comprometidos por la recesión de la economía argentina, con una menor demanda de energía y problemas financieros difíciles de superar. Esta incertidumbre se extiende a algo más que la política energética argentina: muchos analistas se preguntan si la construcción de grandes represas iniciada en un período de optimismo económico no ha superado las necesidades del Brasil. Una mejoría de la coyuntura bastaría para disipar esa inquietud.

América Latina no carece de los recursos básicos para el desarrollo industrial. Los países del continente, con sus reservas de materias primas agrícolas y mineras, poseen ventajas culturales como pocas regiones del Tercer Mundo: elites científicas y técnicas de calidad, nivel de educación relativamente elevado en las zonas urbanas, acceso directo a los conocimientos y la tecnología occidentales. Las demoras, dificultades y distorsiones de la industrialización no obedecen a carencias físicas. Es en otra parte donde se debe buscar el origen de las vacilaciones y los límites del desarrollo latinoamericano.

\rnaud· (Pascal), *Estado y Capitalismo. Casos de Mèxico y Argentina*, Mexico, Siglo XXI, 1981.

IIII), *Progrès économique et social en Amérique latine*, Rapport 81-82, Washington.

(ai doso (F.H.), Faletto (Enzo), *Dépendance et Développement en Amérique latine*, Paris, PUF, 1978.

I urtado (Celso), *Politique économique de l'Amérique latine*, Paris, Sirey, 1970.

Martinière (G.), *Les Amériques latines. Une histoire économique*, Grenoble, Presses universitaires de Grenoble, 1978.

ONU-CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, 1970 et 1981, ONU, Santiago du Chili.

Padil Cadis (Pedro) (sous la direction de), « L'Amérique latine après cinquante ans d'industrialisation », *Tiers Monde*, oct.-déc. 1976.

2. Niveles y modelos de desarrollo

El desarrollo de las economías latinoamericanas es muy dispar, por lo que no es fácil comparar su nivel de industrialización. Por otra parte, existe un paralelismo evidente en las evoluciones, y las economías de todos los países enfrentan desafíos similares y padecen debilidades idénticas. Frente a estas limitaciones, en nombre de valores indudablemente antagónicos, se han buscado soluciones en la aplicación de nuevos modelos, ultraliberales o colectivistas, o en procesos regionales concertados. Los escasos éxitos de estos planes, la gravedad de la crisis financiera externa en la que se debate la mayoría de los países del continente en el decenio de 1980 y el contexto de marasmo o de recesión en que se encuentran casi todos hacen pensar a ciertos analistas que América Latina, a pesar de sus recursos, sería tal vez el "continente que jamás se desarrollará". Este diagnóstico pesimista no es difícil de hallar, aunque no siempre se lo expresa de manera tan brutal. Antes de hacer una estimación de conjunto de las posibilidades de desarrollo, conviene pasar revista a los hechos.

Tipos y niveles de desarrollo

Es sabido que los indicadores globales de la riqueza nacional dan una imagen distorsionada del grado de desarrollo, como lo demuestra el hecho de que los emiratos petroleros encabezan todos los *rankings* de PBI per cápita. No obstante, en América Latina, a pesar de las distorsiones petroleras, el indicador no carece de valor. El pelotón de vanguardia del PBI por habitante (en dólares de 1970) mostraba en 1982 la existencia de tres grupos: más de mil dólares, la Argentina, el Uruguay, Venezuela y México, este último en primer lugar. Más abajo, entre ochocientos y mil dólares, el Brasil, seguido por Chile, Colombia y Costa Rica. En el fondo de la esca-

la, con trescientos dólares o menos, Haití (el último de todos), El Salvador, Bolivia, Nicaragua. Dejando de lado al Brasil, éste es un mapa bastante confiable del desarrollo continental, pero para obtener un cuadro más exacto de la industrialización se pueden emplear criterios de clasificación relativamente sencillos que permiten orientarse mejor. En este sentido, dos indicadores complementarios son particularmente valiosos: la participación de la industria manufacturera en el PBI y la estructura interna del sector industrial. Evidentemente, estos indicadores se basan en datos nacionales y no tienen en cuenta las disparidades regionales.

Aplicando el primer criterio (participación de la industria manufacturera en la composición del PBI), aparecen tres grupos de países. El primero está por encima del veintidós por ciento (la media continental) e incluye a los tres grandes, la Argentina, México y el Brasil. Este último ocupa el primer puesto desde 1982, con el veintisiete por ciento, es decir, la cifra que había alcanzado la Argentina en 1975, antes de la contracción de su aparato industrial. Entre el dieciséis y el veintidós por ciento: Chile, el Uruguay en descenso, Ecuador en alza, el Perú, Colombia, El Salvador, Nicaragua, Venezuela. El tercer grupo, por debajo del quince por ciento, comprende los países menos industrializados del Caribe, de Centroamérica, y también el Paraguay y Bolivia.

El indicador estructural permite corregir o precisar el índice global de industrialización. Según la CEPAL, se distinguen dos clases de industrias: las tradicionales, o de bienes de consumo no duraderos, y las industrias dinámicas, más "industrializantes" (bienes de consumo duraderos y de capital). Con este criterio también se distinguen tres grupos de países. En el primero, las industrias llamadas tradicionales ocupan apenas el cuarenta por ciento: la Argentina, el Brasil y México. El segundo grupo se sitúa entre el 45 y el 65 por ciento y comprende la clase media de las naciones del continente: Chile, Venezuela, el Perú, el Ecuador, el Uruguay. Más abajo se encuentran los demás países, con cifras que alcanzan el 86 por ciento (Guatemala, Bolivia) e incluso el 95 por ciento (Haití) de industrias "vegetativas". Entre los líderes incuestionables de la industrialización dinámica se observa que las industrias mecánicas y metalúrgicas tienen una participación muy alta. Casi el treinta por ciento en el caso de la Argentina (en 1975, último año para el cual la CEPAL nos brinda las series completas), aproximadamente el veintidós por ciento para el Brasil y México.

Estas cifras ocultan o simplifican situaciones complejas y fenómenos nacionales concretos. La Argentina, que según todos los indicadores encabeza la lista y a la que resulta difícil clasificar entre los países en desarrollo (en 1960, su disponibilidad de productos manufacturados per cápita era tres veces superior a la de México), constituye un caso patente de

despegue frustrado"[1] y decadencia económica. Este país, que presenta índices elevados de modernización similares a los de las sociedades industriales y un sector manufacturero importante, parece incapaz de crecer por sus propios medios debido a sus graves debilidades estructurales. País semiindustrializado, sí, pero no desarrollado, a pesar de los signos de un consumo de masas que a partir de 1929 la situaban delante de muchas naciones europeas. Asimismo, si el Brasil es hoy la octava potencia industrial, sus desequilibrios regionales, que rayan en el dualismo sectorial, explican sus índices contradictorios. Es el país del subcontinente cuyas exportaciones incluyen el porcentaje mayor de productos manufacturados (más del cuarenta por ciento en 1982), pero ocupa un lugar relativamente bajo en cuanto a la disponibilidad de productos manufacturados por habitante. El Brasil es, en efecto, un país del Tercer Mundo en el cual existen una sociedad y una economía desarrolladas. El triángulo industrial del Centro-Sur (Río-San Pablo-Belo Horizonte) concentra en el once por ciento de la superficie brasileña el 63 por ciento del ingreso nacional, el ochenta por ciento del ingreso industrial. El estado de San Pablo —la "locomotora paulista"— aporta más del 55 por ciento de la producción industrial nacional. Celso Furtado compara su país con el Imperio Británico de la época victoriana; otro economista le aplica el calificativo feroz de Belgadesh, contracción de Bélgica y Bangla Desh. Esta metáfora geográfica es aplicable a México, que presenta distorsiones igualmente significativas.

La conclusión de esta suerte de tipología sumaria es que en América Latina existen dos categorías de países: los que poseen los elementos para una industrialización y los otros. Para éstos, la industria se limita generalmente a los productos alimenticios, sea para el consumo local o la exportación. En este último caso, la elaboración inicial realizada *in situ*, generalmente por empresas de cultivo extranjeras, aparece como prolongación de la actividad agrícola. Sus efectos industrializantes son sumamente limitados. Tampoco la producción alimenticia destinada al mercado nacional modifica el paisaje económico. La empresa artesanal conserva un peso importante. Las empresas que emplean hasta cinco personas constituyen el 75 por ciento del sector manufacturero centroamericano y más del sesenta por ciento del colombiano.

Los países de industrialización más desarrollada presentan ciertas características comunes en cuanto a las dimensiones de las empresas y la índole de los capitales invertidos. En los países más industrializados del

[1] Según Lambert, D.: *19 Amériques latines. Déclins et décollages*. París, Económica, 1984, pág. 76.

mundo, los establecimientos de más de cien personas ocupan entre el [illegible] y el 67 por ciento de los asalariados, pero esa cifra es del 10,7 al 13 por ciento del total de empresas industriales en la Argentina, el Brasil y México. El peso de la pequeña y mediana empresa (de cinco a veinte asalariados) es aún mayor en los tres países: más del cincuenta por ciento en la Argentina y México, más del setenta por ciento en el Brasil. Por el contrario, en las ramas más dinámicas (sobre todo mecánica y química), la mayor parte de la producción es realizada por empresas grandes. Por otra parte, en virtud de ciertas decisiones políticas o situaciones de hecho, los mercados nacionales que se desarrollaron tras el refugio de cómodas barreras aduaneras suelen ser monopolizados por una sola empresa. En esos países, la concentración oligopólica no es el resultado de la competencia. Más bien revela su ausencia. Así, no es extraño ver en un país de dimensiones importantes una sola marca de cerveza, una sola fábrica de jabón o de harina. Se trata, entonces, de un tejido industrial de escasa homogeneidad, formado por una multitud de microempresas y algunas sociedades grandes que contribuyen en algunos casos a la mitad o los dos tercios de la producción nacional.

Cabe agregar a ello que las empresas más grandes y los sectores más modernos son sucursales de sociedades extranjeras o bien empresas públicas. Parece incluso que la participación del sector privado nacional se reduce a medida que aumenta la magnitud de las empresas. Así, en México, el capital extranjero controla once de las veintiún empresas más grandes, otras cinco son públicas (principalmente química y siderurgia), seis pertenecen al sector privado (principalmente al denominado grupo de Monterrey). En la Argentina, las diez empresas más grandes son extranjeras (Ford, Fiat, Renault, Exxon, Shell) o públicas (YPF, SEGBA, SOMISA, Gas del Estado). El período 1976-1981, durante el cual se produjeron algunas distorsiones, sin duda provisorias, del aparato productivo,[2] no modificó estos datos. La mayor empresa privada, Molinos Río de la Plata, del grupo multinacional argentino Bunge y Born, se dedica a las industrias tradicionales (molinos, productos alimenticios). El caso del Brasil es igualmente significativo. En 1973 éste era el origen de las veintidós empresas más grandes, que representan el 64,4 por ciento de la facturación de las 2345 empresas más importantes del país (véase el cuadro 1, pág. 275).

Siempre en el Brasil, si se clasifican las diez empresas más grandes de los principales sectores de la actividad industrial y comercial, se obtiene

[2] Véase Schvarzer, J.: *Argentina, 1976-1981. El endeudamiento externo como pivote de la especulación financiera*. Buenos Aires, CISEA (Cuadernos del Bimestre), 1983.

CUADRO 1

Porcentaje sobre el total de facturación de las 2345 empresas más importantes	*Origen del capital*		
2,9%	**Privada**	(2)	Varig Matarazzo.
20,4%	**Pública**	(6)	Petrobrás, Petrobrás distribuidora, CSN-Compañía Siderúrgica Nacional, Cía. Vale do Rio Doce, Electrobrás, RFF.
41,1%	**Extranjeras**	(14)	Volkswagen, Exxon, Shell, Light, General Motors, Ford, Mercedes, Texaco, Pirelli, Rhodia, Souza Cruz, Sambra, Atlantic, Nestlé.

FUENTE: *Visão* y *A opinião*, agosto-octubre 1973.

un panorama muy claro de la especialización según el origen del capital (véase el cuadro 2, pág. 276).

Como se ve, las sociedades extranjeras controlan las ramas modernas y dinámicas más rentables de la industria brasileña. En el sector de la producción, la preponderancia del capital foráneo es todavía más evidente: el cien por ciento de la producción de vehículos de motor, el cien por ciento de neumáticos, el ochenta por ciento de la farmacología, así como el 59 por ciento de las máquinas y el cincuenta por ciento de la química. En México, los capitales extranjeros representan el sesenta por ciento de la producción de bienes de consumo duraderos y el ochenta por ciento de la de materiales eléctricos. Esta dependencia se ve agravada en el caso mexicano por su menor diversificación con respecto al Brasil y la Argentina: el 78 por ciento de las inversiones extranjeras son norteamericanas. Estas características de la industrialización latinoamericana hacen a su fragilidad y sus limitaciones.

CUADRO 2

Grandes sectores	*Públicos*	*Privados nacionales*	*Extranjeros*
Bienes de capital	—	3	7
Bienes de consumo duraderos	—	—	10
Bienes de consumo perecederos	1 (Petrobrás)	3	6
Bienes intermedios	4	1 (Brasileira de Aluminio)	
	9	—	1 (Light)
Comercio minorista	—	8	2 (Sears Roebuck, Hermes Macedo)

FUENTE: *Quem é quem na Economia Brasileira*, Visão, 1973, *A opinião*, 8/10/1973.

Los límites de la industrialización latinoamericana

Los cuadros precedentes ponen de relieve la debilidad de la inversión industrial nacional. La carencia relativa de inversores privados, incluso en los países dotados de una fuerte burguesía industrial, obedece a una serie de razones históricas derivadas de la conducta de las clases dirigentes. Los gastos improductivos y el gusto desenfrenado por el consumo ostentoso, mencionados con frecuencia, son sólo la expresión de un clima económico en el que la especulación y el depósito a corto plazo siempre han prevalecido. La dependencia industrial no se debe tanto a los factores técni-

lógicos como a cierta tendencia a no inmovilizar el capital.

La importancia del Estado en el desarrollo de las economías latinoamericanas no deriva solamente de esta debilidad estructural o de las tendencias propias del capital privado nacional. Por otra parte, no es característica exclusiva del continente ni aparece únicamente durante los comienzos penosos de la industrialización. Es conocida la acción anticrisis del Estado para regularizar el mercado de materias primas durante la gran depresión de 1929 e incluso antes, en el caso del café brasileño. A partir de 1930, varios países del continente ponen en práctica políticas voluntaristas del estímulo público a los grandes establecimientos industriales. Así, aparecen instituciones destinadas a financiar el desarrollo, como la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) chilena, nacida bajo la presidencia del radical Pedro Aguirre Cerda en 1938; la Nacional Financiera mexicana, creada por Cárdenas, y más adelante, en 1952, la BNDE brasileña. No obstante, a pesar de estos esfuerzos concertados de los poderes públicos, no se puede decir que el desarrollo en América Latina haya sido un proceso armonioso y racional tendiente a multiplicarse en función de las necesidades del país.

La segunda observación que se impone es que, a pesar de la retórica de los desarrollistas, la industrialización tal como se produjo en América Latina no fue en absoluto un factor de independencia nacional. En algunos casos modificó la dependencia para volverla insalvable: hoy se ha vuelto estructural e intangible bajo pena de crisis mayúsculas. Dicho de otra manera, si en la época del crecimiento extravertido era posible reducir las importaciones, en la actualidad es imposible disminuir, ni qué hablar de suprimir, la importación de maquinarias e insumos indispensables para la industria, pagados mediante la exportación de bienes primarios. La característica principal del modelo de sustitución de importaciones adoptado deriva de que se produce principalmente bienes terminales de consumo final. Por consiguiente, una de sus principales deficiencias es la del sector de bienes intermedios y de industrias de equipo.

La dependencia externa en bienes semiterminados y de capital generalmente es fuerte e impide el crecimiento autónomo y sostenido. La pirámide industrial carece de base de sustentación, como lo demuestran algunas cifras. En el Brasil, las industrias mecánicas representan alrededor del veintidós por ciento de la producción industrial, pero menos del cuarenta por ciento de éstas fabrican bienes de equipo. En el mismo país, la producción nacional abastece la demanda interna de automóviles en un 99 por ciento, la construcción naval en un 97 por ciento, pero las construcciones mecánicas en general en menos de un treinta por ciento a mediados del decenio de 1970. En el Perú, según cifras del Ministerio de Economía del 7

de marzo de 1985, el servicio de la deuda para ese año ascendía a [illegible] mil millones de dólares, los ingresos por exportaciones no superaban los [illegible] mil millones, en tanto las importaciones mínimas indispensables de insumos industriales para mantener el nivel —bajo de por sí— de la actividad económica, sumaban 1,2 mil millones de dólares.

El problema central del desarrollo latinoamericano es el de su modelo. Lo que algunos analistas han llamado el "subdesarrollo industrializado"[3] para subrayar la ausencia de dinámica autónoma se ve reforzado por la subordinación multiforme con respecto a las sociedades industrializadas que entraron anteriormente en la competencia industrial. Lejos de extraer las lecciones de sus fracasos y éxitos, a la manera del Japón y los países del sudoeste de Asia, las naciones latinoamericanas se limitan a adoptar pasivamente determinadas conductas y procedimientos, sin tener en cuenta el interés ni las potencialidades nacionales.

La debilidad de la industria latinoamericana se debe en primer término a sus objetivos originales y su historia. Como su nombre lo indica, la industrialización por sustitución de importaciones produce bienes de acuerdo con un modelo de consumo exógeno. Su adopción sufre los efectos de demostración de las economías centrales que alienta la continuidad cultural con Occidente. Así, a imitación de los países más avanzados, se instalaron producciones poco adecuadas a las necesidades fundamentales de la mayoría de la población y destinadas a grupos sociales relativamente estrechos y privilegiados. Más aún, ese tipo de industrialización estuvo acompañado por políticas económicas de redistribución regresiva de los ingresos con el fin de crear un mercado concentrado para esos productos. El automóvil particular, la "línea blanca" de los electrodomésticos, la televisión son los sectores dominantes de este tipo de desarrollo fuertemente dependiente que engendra las paradojas o los contrastes más flagrantes.[4] La deformación "consumista" del aparato productivo desvía el capital y la mano de obra calificada hacia sectores que no contribuyen al equipamiento de otras ramas de la economía ni al crecimiento autónomo ni, por consiguiente, a la superación del subdesarrollo. La mala asignación de las inversiones es patente en las economías más desarrolladas. En el Brasil, durante la década de 1970, el ochenta por ciento de las inversiones se dirigía a las industrias mecánicas y eléctricas. La elección del automó

[3] Según la fórmula de Bresser Pereira, L.C.; véase su artículo en la revista *Tiers Monde*, [illegible] dic. de 1976.

[4] Por ejemplo, se publicitan lavajes odontológicos norteamericanos muy avanzados en un país donde, según su presidente, la mayoría de los ciudadanos aprende a usar el cepillo de dientes durante el servicio militar.

vil como vehículo principal de transporte de cargas y pasajeros, coherente con la lógica del modelo económico adoptado, era particularmente antieconómica en un país escasamente dotado de petróleo. El sector automotor lleva la irracionalidad de ese tipo de industrialización hasta un grado caricaturesco. El Brasil y la Argentina llegaron a tener una decena de constructores. En este último país, en los comienzos de la instalación de las fábricas, se llegó a ofrecer veintitrés modelos de automóviles particulares para un mercado de 250.000 unidades.

Los efectos perversos de la integración de las clases medias latinoamericanas al tipo de consumo de los países centrales también constituyen un gran obstáculo para cualquier transformación del aparato económico que quiera tener en cuenta las necesidades y los medios de la comunidad nacional y las mayorías no consumidoras. Una de las fuentes principales de conflictos sociales en Nicaragua a partir de 1979 proviene del empeño de las autoridades sandinistas en definir nuevas prioridades en la asignación de recursos que, al volver la espalda a los hábitos de consumo de una sociedad fuertemente influenciada por el modo de vida norteamericano, afecta las industrias de montaje y distribución dependientes de ellos.

La segunda limitación de esta industria deriva del modelo de producción, tal como se desprende de la elección del consumo (a menos que sea al revés). Las empresas más dinámicas, que dependen de sociedades extranjeras, utilizan las tecnologías de los países industrializados. Instalan producciones altamente capital-intensivas que absorben escasa mano de obra, la que es abundante y cuyo empleo podría significar una ventaja comparativa importante al ampliar el mercado interno de productos manufacturados. Sin entrar en el debate teórico sobre las "tecnologías apropiadas", es evidente que el mimetismo tecnológico se contradice con un desarrollo introvertido duradero y dinámico.

Por otra parte, esta subordinación provoca la inutilización de la producción tecnológica local. La creatividad científica se ve marginada en parte por las transferencias que realizan las sucursales de las empresas extranjeras. Las actividades de "investigación y desarrollo" de los países latinoamericanos son insignificantes (del 0,2 al 0,3 por ciento del PBI) en relación con las de los países industrializados (el dos por ciento en Europa) y no muestran señales de aumentar. Consecuencia directa de ello es la fuga de cerebros. El subdesarrollo, por lo menos en su forma latinoamericana, no proviene de la insuficiencia de la capacidad técnica y científica, pero la provoca. El *brain drain* es hoy uno de los problemas más graves que enfrenta América Latina. Si los gobiernos de los países en vías de industrialización son tan consumidores de tecnología importada, es sin duda porque ignoran su costo o bien porque olvidan que la asimilación tecno-

lógica no debe ser mecánica sino concertada y controlada a fin de que no produzca frutos envenenados.

El resultado más visible de todos esos factores es, con escasas excepciones, la baja competitividad de la industria. Los elevados costos de producción obedecen a varias causas. Una de ellas es la estrechez del mercado interno, lo que no permite producir en grandes cantidades. Otra, más importante, es la hiperprotección del aparato productivo. El despegue industrial sólo fue posible gracias a las fuertes barreras aduaneras, las que dieron lugar no sólo al surgimiento de monopolios y alianzas sino al desconocimiento del problema de los costos relativos. Una maquinaria obsoleta o en desuso, de renovación muy lenta, redunda en una productividad muy baja. A ello se agregan los costos adicionales de la dependencia tecnológica y la sucursalización. La industria compra permisos y licencias en el exterior, pero también repuestos, productos semielaborados y máquinas. Éstas suelen estar sobrevaluadas: es común que una sociedad venda a su filial de ultramar una máquina ya amortizada para la fabricación de modelos obsoletos. Las facturaciones de piezas o licencias dentro de una misma firma son prácticamente incontrolables. La sobrefacturación de las compras y la subfacturación de las ventas permiten burlar las leyes de repatriación de las ganancias y elevan los costos de producción.

Tomada en su conjunto, la producción industrial destinada al mercado interno, sobre todo la de alto valor agregado, es poco competitiva en el mercado internacional. Existen algunas excepciones notables, como son las industrias tradicionales que emplean materia prima local (conservas, cueros, textiles). La "sustitución de importaciones" parece una estrategia antagónica de la "sustitución de exportaciones" practicada por las "plataformas" industriales del sudeste de Asia. Existe una excepción, creada por circunstancias geográficas particulares: las "maquiladoras" mexicanas. Son industrias de montaje norteamericanas instaladas en la frontera de México. La producción en su totalidad es reexportada a los Estados Unidos. Realizan operaciones sencillas (electrónica, confección, juguetería) empleando una mano de obra bastante numerosa y casi exclusivamente femenina (unos ochenta mil puestos de trabajo). En realidad, son productos norteamericanos que reciben una plusvalía adicional en una zona de mano de obra barata, por lo que no corresponde calificarla de industria nacional. El éxito de la industria armamentista brasileña en el mercado internacional otra excepción aparente— obedece a otros criterios, de índole más bien política.

Se han visto algunas de las consecuencias de la dominación directa o indirecta de las firmas extranjeras sobre los sectores más modernos de la industria, en los cuales los capitalistas nacionales brillan por su ausencia. La

reducción de los puestos de trabajo industrial, la asfixia tecnológica, el fomento de las importaciones, entre otros, se compensan en principio mediante el aporte de capitales frescos. Es verdad que las inversiones extranjeras constituyen entradas de capitales que crean nuevas unidades de producción e introducen productos nuevos en el mercado. Pero no siempre sucede así, por lo menos en América Latina. Primero, porque una gran parte de la inversión extranjera se efectúa a partir del ahorro local o mediante la autofinanciación. Esta última, contabilizada para todos los fines como capital extranjero, puede ascender al 75 por ciento del total de las inversiones extranjeras (Brasil, 1957-1961). Por otra parte, estas inversiones se realizan con frecuencia a través de la compra de empresas nacionales existentes, operación que puede ser reversible. Pero en muchos casos, las empresas nacionales licenciatarias de marcas o patentes extranjeras, a fin de saldar sus deudas con los titulares de las licencias, se ven obligadas a permitirles una participación en el capital que puede llegar al control total. La concentración y desnacionalización de las industrias suele seguir este camino. En el Brasil, el 33 por ciento de las inversiones extranjeras entre 1956 y 1960 se efectuaron de esta manera, el 61 por ciento de 1979 a 1983. Más adelante se verá la incidencia de este factor sobre la balanza de pagos. Esta "desnacionalización" puede tener algunas consecuencias negativas para el control del proceso industrial: aparte del agravamiento del cuello de botella externo que constituye un freno serio para el crecimiento, obstaculiza los intentos de planificar el desarrollo. La verdad es que las decisiones económicas tomadas en las capitales occidentales en el marco de sus estrategias transnacionales escapan totalmente al control de los estados anfitriones. Por eso mismo, su efecto de arrastre sobre la economía nacional es tanto menor cuanto más se integra la unidad de producción en un dispositivo internacional y en la medida que su objetivo es ganar el mercado del país anfitrión, en detrimento de la exportación a la que aspiran los poderes públicos. El autor de estas líneas no comparte en absoluto las visiones tremendistas y unilaterales de la acción de las empresas transnacionales. Sin ellas, dada la carencia de inversores locales, el equipamiento industrial de los estados latinoamericanos sería sin duda mucho más reducido de lo que es. Pero los intereses de las firmas extranjeras poseen su propia lógica y corresponde a la política de los Estados frustrarla o plegarse a ella.

El aumento de la deuda externa latinoamericana se debe en parte a la transnacionalización de las economías. El pago de derechos elevados por la explotación de patentes y marcas no siempre se corresponde con una auténtica transferencia de tecnología sino que depende de fenómenos de moda o de asimetría tecnológica. Así, cuando en México se instala una cadena norteamericana de *fast food*, la sociedad matriz recibe un canon por cada sándwiche patentado. El poder financiero de las grandes empresas les permite eliminar la competencia local y recargar la balanza de pagos del país anfitrión. En México existían en 1960 casi mil fábricas de bebidas no alcohólicas y gaseosas. Los gigantes Pepsi Cola y Coca Cola absorbieron 698 de ellas en diez años y las demás quedaron prácticamente arruinadas debido a la contracción de su parte del mercado. Gracias a sus enormes presupuestos de publicidad y sus prácticas comerciales monopolistas, las internacionales de la gaseosa eliminaron del mercado los productos nacionales y ayudaron a acrecentar la deuda externa mexicana. Por ejemplo, la compra de botellas es una de las armas más efectivas de la Pepsi Cola para paralizar la competencia. En Ciudad Obregón, un representante local de esa empresa habría adquirido y "neutralizado" 43.200 botellas de competidores locales.[5]

El pago de *royalties* por productos superfluos o inútiles y el agravamiento de la desnutrición son los dos aspectos negativos de la integración de las sociedades latinoamericanas en el universo económico y comercial occidental. El tipo de desarrollo, el peso de las inversiones extranjeras e incluso las prácticas de las transnacionales han contribuido en buena medida al endeudamiento externo de los países del continente. El déficit crónico de las balanzas comerciales y de pagos que afecta a las economías de los países latinoamericanos más industrializados deriva en gran medida del modelo de industrialización y de las importaciones que éste requiere. En cuanto a las inversiones extranjeras directas, lejos de contribuir al enriquecimiento de los países que las reciben, los empobrecen y ejercen un gran peso sobre su equilibrio financiero externo. Cada dólar invertido en forma directa significa una salida promedio de tres a cinco dólares durante los diez años siguientes, contra 1,5 dólar si se trata de un préstamo a un inversor nacional: se comprende así que los beneficios obtenidos por las multinacionales hayan sido superiores al monto de sus inversiones. En México, el total de ganancias y *royalties* repatriadas por las empresas ex-

[5] Russel, P.: *Mexico in Transition*. Austin, Colorado River Press, 1977, pág 155.

tranjeras entre 1966 y 1969 fue casi el doble de las inversiones (465 millones de dólares contra 976).[6]

Si el endeudamiento externo de las economías latinoamericanas ha alcanzado proporciones tan dramáticas, es justamente porque el desarrollo acrecienta la dependencia financiera pública y privada. Los países más industrializados son los más endeudados: el Brasil, la Argentina y México concentran las tres cuartas partes de la deuda externa del continente. En 1983, ésta representaba más de la mitad de la deuda de los países en desarrollo no miembros de la OPEP: 340 sobre 668 mil millones de dólares. A fines de 1984, los tres "grandes" endeudados debían 239 mil millones de dólares. Esta deuda contraída en una coyuntura de euforia financiera y dinero fácil presenta características muy particulares. Cuando el aumento de los precios del petróleo en 1973 provocó una gran liquidez, los bancos se esforzaron por "reciclar" los petrodólares multiplicando los préstamos, en general a corto plazo, a países en desarrollo que de esa manera conocieron un período de expansión o aplicaron políticas que favorecieron a los capitales especulativos. Asimismo, a diferencia de períodos anteriores, esta deuda es esencialmente de origen bancario. Este tipo de crédito se multiplicó por seis entre 1965 y 1970, por dos entre 1975 y 1978. Entre 1977 y 1981, la deuda brasileña se duplicó, la mexicana se triplicó y la argentina se cuadruplicó (véase el cuadro 3).

El peso del servicio de la deuda es enorme y generalmente supera con amplitud la capacidad financiera de los países deudores. En muchos de ellos, la deuda es equivalente o incluso superior al PBI per cápita (véase el cuadro 4).

Durante los años gordos, que terminan en 1981 (crisis polaca) y sobre todo en 1981 (crisis de pagos mexicana), los servicios de la deuda adquieren un peso enorme. El pago de los intereses consume el veintidós por ciento de los ingresos por exportaciones de Latinoamérica en 1970, más del 35 por ciento en 1983, el 51 por ciento para la Argentina, casi el 45 por ciento para el Brasil. Pero en la década de 1970 la permanencia de un flujo financiero externo permitía hipotecar el futuro sin grandes dificultades. El endeudamiento es la indicación del crédito internacional del que dispone un país. El ministro de Economía del presidente brasileño Médici se vanagloriaba de ese signo exterior de riqueza: "somos el país del mundo que más pide prestado". Al volver a sus negocios después de la crisis, se limitó a señalar que el Brasil estaba protegido de la bancarrota por su endeudamiento, porque si le sucedía ese mal, el castillo de naipes se vendría abajo: "no hay agujero tan grande como para tragarse al Brasil." Mientras los

[6] Russel, ob. cit., pág. 71.

CUADRO 3

Deuda total y participación bancaria (1977-1981)

País	*deuda total (miles de millones de U$S)* 1977	1981	*participación de la deuda bancaria %* 1977	1981
Argentina	7,8	30,8	62,4	80,7
Brasil	33,1	65,3	76,5	80,7
Chile	5,2	15,5	37,2	83,8
Colombia	3,9	8,4	45,1	65,0
México	26,1	73,7	77,8	85,5
Perú	6,1	8,5	56,4	53,7
Venezuela	10,8	28,9	84,1	93,2
Haití				
Jamaica	2,9	3,8	62,6	34,2
Nicaragua				
Otros países	**104,6**	**241,5**	**69,7**	**80,4**

FUENTE: French-Davis, R.: *Antecedentes sobre el problema de la deuda externa latinoamericana*. Santiago de Chile, CERC, abril de 1984.

nuevos préstamos permitían refinanciar sin problemas las deudas vencidas, los riesgos parecían menores. Pero a fines de 1982, después del agosto negro en México, el flujo de créditos internacionales destinados a América Latina bajó de 11,7 a 0,3 mil millones de dólares: el edificio económico del continente se estremeció. La crisis era producto de varios factores: recesión en los países de la OCDE, deterioro de los términos de intercambio y sobre todo de los precios del petróleo, alza de las tasas de interés norteamericanas que afectaban a países endeudados a muy corto plazo. A pesar del aumento de los precios de hidrocarburos después de su relativa consolidación a su nivel de 1975, los demás productos exportados por América Latina sufrieron caídas espectaculares: los términos de intercambio disminuyeron en un quince por ciento para todos los países del continente, incluso los exportadores de petróleo, y en un 31 por ciento para los no petroleros (-42 por ciento para el Brasil) entre 1979 y 1983.

CUADRO 4

Deuda y PBI per cápita

País	en dólares U$S *Deudas*	*PBI*
Venezuela	2372	4893
Panamá	1712	2202
Costa Rica	1635	1506
Chile	1619	1819
Argentina	1554	2202
Uruguay	1527	1866
México	1230	2033
Ecuador	794	1453
Brasil	734	1788
Perú	686	862
Bolivia	612	1020
Honduras	531	733
Colombia	427	1378
Guatemala	234	1143
RFA	1963	10.618
Francia	1743	9576

FUENTE: *The Wall Street Journal*, 28/6/1984.

El pago de la deuda representa un desafío inédito para el sistema financiero mundial. Los Bancos comerciales y las instituciones financieras internacionales imponen a los países deudores unas condiciones de refinanciación que equivalen a una real programación de la recesión. En efecto, aparte de la reducción drástica de los gastos públicos, los países deudores se ven obligados, ante la falta de flujo financiero, a lograr un superávit comercial importante a fin de afrontar sus obligaciones externas. La única vía para obtenerlo es mediante la reducción drástica de las importaciones, lo que no sólo afecta la actividad económica de los países latinoamericanos sino que frena la recuperación de la economía mundial, con la consiguien-

te pérdida de miles de puestos de trabajo en los Estados Unidos y Europa. Las importaciones latinoamericanas disminuyeron en un veinte por ciento en 1982, en un treinta por ciento en 1983. El PBI de los países del continente cayó en un 3,3 por ciento en 1983, después de un retroceso del uno por ciento el año anterior. Aumenta el desempleo, mientras los programas de asistencia social son recortados o suprimidos: la agitación provocada por la desesperación económica es un factor esencial en esta situación peligrosa. El aumento de la producción parece ser la única vía para que los países deudores salden sus cuentas con los acreedores, pero la ortodoxia del Fondo Monetario Internacional y los bancos contribuye a empobrecer las economías nacionales. Existe el riesgo de que una nación, arrastrada por una oleada de nacionalismo, se niegue a cumplir sus compromisos financieros; por otra parte, la entrada de un país en cesación de pagos podría ocasionar el *crack* de todo el sistema. Los dirigentes latinoamericanos de todo el espectro político coinciden en que la lógica del mercado no es capaz de resolver por sí sola este problema espinoso.

En las conferencias de Quito (enero de 1984) y Cartagena (junio del mismo año), los gobiernos de los países endeudados, solidarios frente a los bancos y los gobiernos de los países ricos, formularon una serie de propuestas razonables que les permitieran aliviar el peso de la deuda y a la vez evitar las demostraciones de fuerza y las conmociones incontrolables. Propusieron sobre todo que las políticas de ajuste no fueran adoptadas de manera unilateral y que todas las partes (deudores y acreedores) asumieran su parte de responsabilidad por las políticas de la época de prosperidad y dinero fácil. Pidieron una reducción importante de las tasas de interés (cada uno por ciento de aumento de las tasas representa 1,5 mil millones de dólares adicionales en concepto de intereses a escala continental y una disminución adicional de las importaciones en el orden del uno al cinco por ciento, según el país), plazos de pago y equilibrio entre los servicios de la deuda y el nivel de exportaciones a fin de evitar la asfixia económica. Perú fijó un techo equivalente al diez por ciento de sus exportaciones a partir de julio de 1985.

Estas propuestas coyunturales se enmarcan en la reivindicación de los países en vías de desarrollo, de un nuevo orden internacional, el que ganó terreno durante los decenios de 1960 y 1970 en los foros internacionales como el CNUCED, el grupo de los 77 y las reuniones Norte-Sur.

Los dos grandes ejes del New Deal internacional son la estabilidad de los precios y/o los ingresos de exportación de productos primarios y el acceso libre de los productos industriales provenientes de los países en desarrollo a los mercados de los países ricos. Esta segunda reivindicación aparentemente originó las políticas económicas de inspiración liberal en

yo objetivo era lograr una reorientación total del proceso de industrialización, y por consiguiente de toda la economía nacional, rompiendo con el modelo vigente de sustitución de importaciones.

Las políticas económicas neoliberales y la nueva división internacional del trabajo

La crítica liberal de la sustitución de importaciones no carece de peso ni fundamentos. Sostiene que las industrias dirigidas al mercado interno, desarrolladas en el marco de un proteccionismo rígido, dieron lugar a producciones costosas, ineficientes e incapaces de afrontar la competencia internacional. Esas industrias constituyen un factor de debilidad del sector externo y por añadidura una causa de la inflación. Por consiguiente, la racionalización del aparato productivo pasa por la canalización de recursos hacia los sectores que presentan ventajas comparativas y serán competitivos en los mercados extranjeros. Para llegar a ese fin, sería necesario liberar la importación de productos manufacturados a fin de que la competencia elimine a los productores menos aptos para sobrevivir. Estas políticas van acompañadas de medidas de "desregulación" y "desprotección" en el terreno social que, según las experiencias, fueron aplicadas con mayor o menor espíritu sistemático y dogmático. Moderadas en Colombia y el Perú bajo gobiernos democráticos, esas experiencias adquirieron formas extremas bajo dictaduras militares que pretendieron silenciar la política para liberar la economía: Chile, el Uruguay, la Argentina.

En Colombia, bajo la presidencia de López Michelsen (1974-1978), el esquema neoliberal, que comprendía principalmente la apertura a las importaciones y un plan de estabilización con reducción gradual de los salarios reales, no lograron el objetivo de transformar el país en el Japón de América Latina. No obstante, es innegable que las exportaciones colombianas aumentaron de manera sostenida desde entonces hasta 1981: se quintuplicaron entre 1970 y 1980, se duplicó la proporción de productos manufacturados y la deuda del país fue una de las más bajas del continente. Distinta fue la experiencia peruana, donde el presidente Belaúnde (1980-1985) no obtuvo resultados convincentes con la misma receta. Su política se resumía en la consigna "exportar o perecer", pero el valor de las exportaciones peruanas disminuyó de cuatro mil millones en 1979 a 3,1 mil millones de 1982.

Pero fue en Chile, el Uruguay y, hasta cierto punto, la Argentina don-

de se aplicaron los tratamientos más violentos. Regímenes autoritarios fuertemente coercitivos trataron de poner en práctica las políticas liberales dogmáticas inspiradas por los discípulos de Milton Fridman y la escuela de Chicago. Después del golpe de Estado de 1973, el régimen militar uruguayo liquidó el Estado-providencia instaurado en la década de [illegible] El nuevo modelo económico preveía una reducción drástica de los gastos del Estado. La apertura de las fronteras a las importaciones y la especialización en ramas de la industria en las que el país podía aspirar a la competitividad en el mercado internacional mediante la reducción de los salarios reales fueron los grandes ejes de un plan económico basado en la concentración de ingresos. Según el Banco Central, el índice de salarios reales bajó de 100 en 1968 a 69 en 1977. Pero el nuevo modelo económico y de estabilización financiera golpeaba directamente a las industrias que producían para el mercado interno. Ni siquiera se perdonó al sector ganadero, base de la economía nacional. Víctima de una presión fiscal selectiva, su producción disminuía sin cesar. Los grandes beneficiarios de la ayuda fiscal, las primas a la exportación y las facilidades bancarias fueron las industrias exportadoras: carnes, cueros y pieles, textiles y calzado. Las "primas a la exportación", que se llevaban una buena parte del presupuesto estatal, permitieron aparentemente un crecimiento de las exportaciones no tradicionales en el período 1974-1975. No obstante, la destrucción del sistema económico y social tradicional no bastaron para convertir a la "Suiza sudamericana" en un Hong Kong de la región, como lo deseaban ciertos "monetaristas" acérrimos. Porque en ese continente, las inversiones extranjeras gravitan generalmente hacia los mercados nacionales en expansión. En realidad, el "modelo", al volcarse de preferencia a la demanda externa, acrecentó la dependencia del país.

Chile fue, durante algunos años, el laboratorio privilegiado de los *Chicago boys*, discípulos del gurú monetarista de Illinois. El régimen del general Pinochet aspiraba a asegurar un "futuro sin incertidumbres ni temores" mediante el exterminio final de los demonios del colectivismo por medio del "dios Mercado". A fin de restablecer los mecanismos del mercado y crear un nuevo polo de crecimiento —las exportaciones no tradicionales— se liberaron los precios y se suprimieron las restricciones que "pesaban" sobre las relaciones laborales. Mientras aumentaban los impuestos indirectos y se eliminaban las subvenciones al consumo popular, el gasto público, sobre todo en el área social, sufría un recorte brutal. Los derechos aduaneros disminuyeron del cien al diez por ciento y se sobrevaluó el peso con respecto al dólar a fin de fomentar las importaciones y provocar así una reestructuración de la industria. Más importante aún, en 1976 Chile se retiró del Pacto Andino con el fin de eliminar las limitaciones y

prohibiciones comunitarias que obstaculizaban el ingreso de capitales extranjeros. La supresión de la mayor parte de los controles estatales, la desnacionalización de las empresas socializadas por el régimen de la Unidad Popular (1970-1973) y la contrarreforma agraria completaron ese tratamiento de *shock* que supuestamente daría lugar a un "milagro chileno". Es verdad que se logró una disminución relativamente espectacular de la inflación, cuando el aumento de los precios se redujo del quinientos por ciento en 1973 al treinta por ciento en 1978. Pero el costo fue considerable. El PBI per cápita de 1978 fue inferior al de 1970. La recuperación económica es innegable, con tasas medias de crecimiento superiores al siete por ciento anual entre 1976 y 1980, pero la inversión se estanca en niveles inferiores a los años 1960 a 1980. Disminuye la parte de la industria en la producción global, en tanto el noventa por ciento de las inversiones extranjeras gravita hacia el sector minero. Chile se subdesarrolla en nombre de las ventajas comparativas. En el plano social, la contracción de los gastos de solidaridad nacional y de los gastos públicos tiene consecuencias espantosas: se agrava la desnutrición en la ciudad y el campo a la vez que, debido a la concentración de los ingresos, la importación de productos suntuarios aumenta en forma vergonzosa. En 1978, la importación de confitería aumenta en un dieciséis por ciento, la de whisky en un ciento sesenta por ciento. Aunque el ingreso de capitales a corto plazo y el *boom* de ciertas exportaciones no tradicionales (madera, fruta) fueron un aparente acicate para esta economía frágil, el "milagro" resultó efímero, y el castillo de naipes ultraliberal se derrumbó bruscamente en 1983, dejando una economía debilitada por mucho tiempo, un aparato industrial resquebrajado, tal vez directamente destruido por la política de apertura indiscriminada de fronteras practicada hasta 1982 y, una balanza comercial más tradicional, por consiguiente más vulnerable, de lo que cabía esperar, porque depende en un cincuenta por ciento del cobre y sus fluctuaciones. Con una tasa de desempleo que afecta a la tercera parte de la población activa, una deuda externa cuyos intereses absorben desde 1983 la mitad de las divisas obtenidas por las exportaciones —cuando apenas el cinco por ciento de la deuda contraída a partir de 1974 sirvió para reforzar el aparato productivo del país—, el modelo chileno presenta grietas por todas partes y pone en tela de juicio la validez de la poción mágica ultraliberal.

Las experiencias neoliberales y su estruendoso fracaso requieren ciertas observaciones. En economías cuyo aparato industrial fue construido conforme a las recetas tradicionales del proteccionismo, es difícil sustituir el modelo clásico de sustitución de importaciones por el de sustitución de exportaciones. Dicho de otra manera, no es fácil para los países recientemente industrializados hacerse un lugar en la división internacio-

nal del trabajo, distinto al que ocuparon siempre. Un aparato industrial moldeado por el mercado interno no se puede reorientar hacia el exterior por decreto. No existen atajos hacia la prosperidad.

La vía no capitalista y el socialismo dependiente

Son muy escasas las experiencias que se han hecho en América Latina de enfrentar la dependencia y los problemas del desarrollo mediante un modelo no capitalista. La vía chilena al socialismo no tuvo éxito desde el punto de vista económico por distintos motivos, que no son todos exteriores ni de exclusiva responsabilidad de la CIA. El gobierno militar peruano presidido por el general Velazco Alvarado (1968-1975) pretendía no ser socialista ni capitalista. Impulsó profundas reformas estructurales (reforma agraria e industrial) y el crecimiento y la diversificación del sector público, pero su dirigismo no fue una política coherente y desprovista de ambigüedades.

En cuanto a la Nicaragua sandinista, oficialmente partidaria de la economía mixta, el pluralismo político y la no alineación, su orientación socialista inconfesa deriva tanto del hostigamiento militar al que la someten los Estados Unidos como de las convicciones leninistas de sus comandantes. En cambio, el caso cubano ofrece una imagen más clara del socialismo criollo.

El régimen revolucionario cubano transformó la economía de acuerdo con un modelo de planificación centralizado y autoritario, que impuso después de un período de vacilaciones. La economía monoproductora cubana, de recursos energéticos limitados en un territorio de escasa dimensión, se orientó hacia el socialismo siguiendo políticas contradictorias, mal controladas y con frecuencia caracterizadas por la improvisación y el amateurismo. Así fue por lo menos durante la primera etapa, que se podría llamar la de la "república utópica". En efecto, de 1960 a 1963 se desarrolla el período de las grandes ilusiones revolucionarias: reforma agraria, predominio de los estímulos morales y gratuidad de los servicios son algunas de las decisiones del voluntarismo castrista. Durante ese primer período, las autoridades revolucionarias tratan de diversificar la agricultura y acrecentar la autonomía económica de la isla por medio de una industrialización acelerada. El plan fracasó, y a partir de 1964 Fidel Castro resolvió desarrollar la producción de azúcar a un ritmo sin precedentes. Pero el objetivo propuesto, de diez millones de toneladas anuales a partir de 1970 —volunta-

nismo obliga—, jamás fue alcanzado. Entonces se viró hacia una estrategia más ortodoxa de construcción del socialismo.

Mientras Cuba se acercaba a la Unión Soviética, su economía se sovietizaba. Se rehabilitaron los "estímulos materiales" y se utilizó los precios como instrumento de regulación, a la vez que se introdujo el racionamiento de varios productos. Como miembro del COMECON, Cuba establece relaciones económicas privilegiadas con la URSS y a partir de 1979 ésta le compra azúcar a un precio superior y le vende petróleo a un precio inferior al del mercado mundial. De esa manera, la Unión Soviética subvenciona la economía cubana. El costo del apoyo a esta experiencia socialista *in partibus* ha sido estimado en varios millones de dólares diarios. Y aunque Cuba jamás renunció del todo a la ambición de diversificar su comercio exterior, el peso de los países socialistas en su economía no ha dejado de aumentar, aparentemente en forma paralela al deterioro del mercado mundial del azúcar. Las exportaciones cubanas fueron absorbidas por la Unión Soviética en un 56 por ciento en 1975, proporción que llegó al 71 por ciento en 1977, mientras que las importaciones de origen soviético, que aumentaron en el mismo período del 40 al 54 por ciento, se acrecentaron aun más durante el embargo comercial norteamericano.

A pesar de sus éxitos notables en el área de los servicios y los bienes colectivos (sobre todo la educación y la salud), los logros de la revolución cubana en el área económica han sido más bien modestos. La "segunda independencia" proclamada por Castro no se ha producido. Una dependencia reemplazó a otra. Una metrópoli, lejana por cierto, sustituyó el protectorado del vecino omnipresente. Cabe preguntarse entonces si la subordinación económica no es una fatalidad.

Integraciones regionales e industrialización

El nacionalismo continental, así como la aspiración de paliar la estrechez de los mercados nacionales, llevaron a la creación de conjuntos comerciales regionales o subregionales y a la iniciación del proceso de integración económica. Según la intención de sus promotores, la integración regional debía permitir la sustitución de importaciones en mejores condiciones. Un mercado más grande, una escala económica que permitiría reducir los costos de producción y el mayor intercambio entre los países de la región, tenderían a reducir la dependencia del mercado mundial y, por consiguiente, abrir el cuello de botella externo.

A partir del tratado de Montevideo en 1960, con la creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), se intentaron varias experiencias de integración o de librecambio. Este acuerdo entre las naciones sudamericanas y México, como su nombre lo indica, no tenía por objeto crear un mercado común. Sus objetivos, relativamente poco ambiciosos, consistían en liberar progresivamente el intercambio, negociando producto por producto a través de complejos mecanismos en los que abundaban las cláusulas de salvaguarda. Porque las desigualdades de desarrollo y el peso de las economías industrializadas del Brasil, la Argentina y México, que demostraron rápidamente ser los principales beneficiarios de la asociación, introdujeron dificultades en las negociaciones, frustradas en algunos casos por acuerdos bilaterales. No obstante, entre 1970 y 1979 el comercio entre países de la ALALC se multiplicó por siete, se liberaron veinte mil productos y se firmaron veinticinco acuerdos de complementaridad industrial. En 1980, un nuevo tratado de Montevideo transformó la ALALC en ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración), la que, teniendo en cuenta los numerosos bloqueos que padecía el organismo original, nació bajo el signo del pragmatismo y la flexibilidad a fin de tener en cuenta la profunda heterogeneidad de las economías afectadas.

Para superar las deficiencias y la lentitud de la ALALC, en 1969 se creó, por medio del tratado de Cartagena, el Grupo Andino. Los estados firmantes (Colombia, el Perú, el Ecuador, Chile, Bolivia y, veinte años más tarde, Venezuela) aspiraban a algo más que una unión aduanera: querían un verdadero mercado común. Los países miembros tenían dos características comunes: voluntad política nacionalista y nivel de industrialización intermedio (salvo el Ecuador y Bolivia, que se beneficiaron con cláusulas de salvaguarda acordes con su menor desarrollo relativo). Los objetivos del grupo eran ambiciosos. Se aplicarían mecanismos automáticos e irreversibles de desarme aduanero que debían conducir a la libertad de intercambio en 1980, acelerando así el comercio entre los miembros. Los dirigentes del Pacto Andino se fijaron como objetivo a mediano plazo una tarifa exterior común y el comienzo de la "planificación conjunta" de las radicaciones industriales, pero los mecanismos de control de las inversiones extranjeras no sobrevivieron al cambio de coyuntura económica y política. La "decisión 24", que otorgaba un estatus común a los capitales extranjeros, preveía la "andinización" progresiva de algunas ramas de la producción y las ventajas tarifarias selectivas para los productos fabricados por empresas andinas o mixtas. Esta política nacionalista, que apuntaba a crear reglas de juego estables y rigurosas evitando el afán de emulación nacional de la política neoliberal, fue una verdadera prueba para los estados. Su solidaridad desapareció juntamente con la de los gobiernos de tendencia

nacionalista que habían elaborado el pacto. El gobierno militar chileno instaurado por el golpe de Estado de septiembre de 1973 objetó el código de inversiones y se retiró del pacto en 1976. El Perú y Colombia declararon rápidamente que las medidas relativas a los capitales extranjeros eran demasiado restrictivas. La tarifa exterior común nunca se llegó a adoptar. Así, en 1983 el Pacto Andino parecía sumido en una *impasse*. A fin de evitar las decisiones unilaterales, que eran otras tantas puñaladas al contrato común, los países andinos reunidos en junio de 1983 en Caracas resolvieron poner su reloj en hora, adoptando políticas más pragmáticas e imponiéndose ambiciones más modestas. Cabe pensar que la homogeneidad recuperada de los regímenes políticos de los miembros y el paralelismo de sus aspiraciones pueden dar nuevo aliento al más riguroso de los procesos de integración latinoamericana.

El Mercado Común Centroamericano y la Comunidad del Caribe (CARICOM) son experiencias poco concluyentes, con objetivos muy distintos. Los cinco países de Centroamérica fueron los primeros en instaurar, a partir de 1961, un espacio comercial común. El propósito era armonizar sus políticas económicas e integrar su desarrollo industrial. Por medio de infraestructuras comunitarias como el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE) se debían radicar "industrias de integración" a fin de crear una trama industrial equilibrada. Al tropezar con este punto, el MCCA se rompió. El aumento del intercambio regional fue un hecho real desde los primeros años y sobrevivió a la crisis (hasta el punto de que se quintuplicó entre 1970 y 1979); en cambio, la integración industrial sólo benefició a los más ricos entre ellos: a El Salvador y Guatemala les correspondió la parte del león. Honduras se consideró víctima del mercado común y se retiró en 1969, al cabo de su guerra con El Salvador, lo que paralizó durante varios años no sólo el proceso de integración sino inclusive el comercio interzonal.[7] En la actualidad, a la profunda crisis institucional causada por la disparidad de equipamiento industrial, se agrega una grave crisis política causada por la victoria sandinista en Nicaragua. Un grupo de países condenados a la coexistencia, impulsados hacia el entendimiento por toda una serie de factores —historia común, permeabilidad del espacio, estrechez de los mercados—, excesivamente preocupados por sus convulsiones internas y los problemas internacionales que los separan, desperdiciaron así una oportunidad histórica de realizar la federación centroamericana por la que clamaban sus libertadores.

[7] Véase nuestro artículo "Honduras - El Salvador. La guerre de cent heures: un cas de désintégration régionale", *Revue française de science politique*, diciembre de 1971, págs. 1290-1395.

La Comunidad del Caribe, que agrupa desde 1973 a once estad... glοparlantes de la región, ha tenido hasta ahora como objetivo pri... unificación de las relaciones exteriores de sus miembros y la present... de una posición común frente a los Estados Unidos, México y ... cooperación entre los mini-estados no ha avanzado a pesar de la ... de instituciones comunitarias.

Como se ve, a pesar del entusiasmo inicial y la retórica de cir... cias, los procesos de integración latinoamericana han logrado av... muy limitados. Por cierto que cabe preguntarse si existen en el ... integraciones realizadas y mercados comunes prósperos. En realidad, la integración regional no ha sido una panacea y, además, los países ... dientes no la deciden en forma autónoma. Mejor dicho, aparte de ... ras voluntades políticas y coincidencias ideológicas a merced de un cam... bio de régimen, hasta ahora la racionalización industrial regional sólo ... ha podido realizar... ¡en el marco de la estrategia de las empresas tran... cionales!

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Carraud (Michel), *L'Intégration des pays andins*, Paris, Economica, 1983.

Centre d'études européennes (Université catholique de Louvain), *Nouvelles Perspectives de l'intégration latino-américaine*, Louvain, Vander, 1981.

French-Davis (Ricardo), *Antecedentes sobre el problema de la deuda externa latinoamericana*, Santiago de Chile, CERC, avril 1984 (multigr.).

Lambert (Denis-Clair), *Le Mimétisme technologique des tiers mondes*, Paris, Économica, 1983.

ONU-CEPAL, *Cuba, estilo de desarrollo y políticas sociales*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1980.

ONU-CEPAL, *Preliminary Overview of the Latin American Economy during 1983*, Santiago, 29 décembre 1983 (multigr.).

« Politiques économiques, libéralisme, monétarisme et endettement », in *Problèmes d'Amérique latine*, 4e trimestre 1982 (La Documentation française).

3. Problemas agrícolas y cuestión agraria

La agricultura cumplió un papel decisivo en el crecimiento extravertido de la mayoría de las economías latinoamericanas, pero hoy se advierte que el sector agrario está en crisis o directamente constituye un freno al desarrollo de casi todos los países. Es verdad que las situaciones varían de un país al otro, pero pocos escapan a las consecuencias negativas de la concentración terrateniente y la heterogeneidad de las estructuras agrarias o las modalidades de explotación. El arcaísmo de la técnica o, más generalmente, la baja productividad agrícola, no siempre van de la mano con un excedente de mano de obra rural que la industria de alta intensidad de capital no logra absorber, sino que el escaso dinamismo del agro tiene consecuencias sociales y económicas que pesan con fuerza sobre el crecimiento del aparato productivo. Desde la revolución industrial en Inglaterra, se dice que no hay industrialización sin agricultura moderna. Si la revolución agrícola es la condición previa para la industrialización sostenida, las posibilidades de desarrollo del continente son más bien dudosas.

Por otra parte, la multiplicidad de formas de aprovechamiento y la crisis de las estructuras agrarias redundan en conflictos sociopolíticos que ningún país latinoamericano ha sabido remediar. Las reformas agrarias más drásticas no son la panacea, como no lo son las improbables y elitistas "revoluciones verdes".

Tipos de agricultura y modalidades de explotación

La concentración de la propiedad terrateniente no es un mito. La pareja maldita latifundio/minifundio predomina en todas partes. E incluso las desigualdades se agravan constantemente. La conquista de nuevas tierras para la agricultura, cuando es posible, no las disminuye sino todo lo contrario. Se multiplican los microfundios. En el Brasil, los establecimientos

rurales de menos de diez hectáreas, que eran el 34,5 por ciento de las uni-dades agrícolas en 1940, representaban en 1980 más del cincuenta por ciento de las propiedades pero apenas el 2,5 por ciento de las superficies. Por otra parte, en el mosaico agrario aparecen yuxtapuestas unidades de producción muy diversas. En función de la apropiación de la tierra, el destino de la producción y la situación de los productores se pueden distinguir muchos tipos de agricultura. Los tractores de cabina climatizada y las cosechadoras-trilladoras controladas por computadora se codean con los palos de escarbar de la agricultura chamicera. La roza coexiste con los abonos nitrogenados y las semillas híbridas. Esta "simultaneidad de lo no contemporáneo", que no es exclusiva de la agricultura, da lugar a conflictos particularmente graves.

La distinción clásica entre establecimientos grandes y pequeños no alcanza para explicar el calidoscopio rural. La pequeña propiedad, que según el país o la región significa unidades productivas de pocas áreas hasta veinticinco hectáreas, encubre sistemas de aprovechamiento tanto directo como indirecto. En el primer caso, el agricultor explotador puede ser pequeño propietario independiente, el miembro de una comunidad indígena, tal vez el beneficiario de un proyecto oficial de colonización de tierras o, por el contrario, un ocupante ilegal que trabaja la tierra. El aprovechamiento indirecto está en principio ligado a la gran propiedad, pero comprende una gran cantidad de casos muy distintos: agricultores a la europea, como los argentinos, algunos de los cuales son verdaderos empresarios del campo; distintas clases de aparceros; las múltiples formas de "colonato" (es decir, el usufructo temporario de una parcela minúscula a cambio de prestaciones en trabajo); finalmente, los "precarios" (por ejemplo, los *posseiros* brasileños), ocupantes sin derecho de tierras aparentemente sin dueño. La gran propiedad no es siempre sinónimo de agricultura o ganadería extensivas. La moderna plantación mecanizada de cacao, banano, algodón o café, los establecimientos agroindustriales intensivos, irrigados o no, de caña de azúcar, vid, fruta u hortalizas exportables suelen ser de grandes dimensiones. Lo mismo sucede con las estancias de ganadería de pedigrí en el Río de la Plata.

Los campos latinoamericanos constituyen, pues, un verdadero muestrario de regímenes de propiedad de la tierra. La situación de los trabajadores refleja la superposición de los modelos de explotación. Asalariados y semiasalariados, trabajadores permanentes y estacionales, coexisten con la mano de obra familiar, la semiservidumbre de las prestaciones en labor y las formas más arcaicas de trabajo comunitario y ayuda mutua (el *minga* andino, el *mutirão* brasileño). En un mismo territorio, campesinos sin tierra se dividen y separan en jerarquías sutiles, según traten directamen-

o no con el patrón, alquilen o subalquilen tierras de la hacienda o queden excluidos de los "beneficios" del sistema latifundista: *inquilinos* y *afuerinos* en Chile, *arrendires*, *allegados* o *habilitados* en el Perú, son otras tantas categorías desiguales de trabajadores rurales.

El destino de la producción suele ofrecer un contraste mayor que en el Viejo Mundo. La agricultura de subsistencia sólo destina al mercado una parte ínfima de la producción y según modalidades bastante antieconómicas: sea que un acaparador se apropie de los excedentes al precio que le conviene, sea que éstos se vendan en el mercado de la aldea —feria del hambre más que muestra de abundancia—, donde el campesino obtiene, al cabo de horas de transporte, el único ingreso en metálico del que dispone. La agricultura comercializada para el mercado interno —policultivo, cereales o ganadería lechera— presenta diversos grados de prosperidad, de acuerdo con su nivel de integración comercial o industrial. Pero el sector dominante es la gran especulación exportadora, a la cual se sacrifican los cultivos alimenticios. Predominan los productos destinados al mercado internacional como el banano, el café, el algodón y, más recientemente, la soja. Los cultivos de exportación, incluso cuando abundan en un mismo país, acaparan las mejores tierras. Al proveer a la economía de divisas indispensables, ocupan posiciones de privilegio. Este predominio suele introducir deformaciones muy marcadas en el aparato productivo. Así, El Salvador, país agroexportador provisto de tierras fértiles y bien irrigadas, hasta hace poco dedicadas exclusivamente al café, importa de Guatemala las frutas y legumbres para consumo de los habitantes de las ciudades. Pero el café en El Salvador, como el banano en Honduras, son mucho más que cultivos. "Nacionales" aquí, "extranjeros" allá, esos productos excluyentes son todo un sistema económico. Del sembrador al exportador, pasando por los "beneficiadores" y los dueños del crédito, el café ha determinado el modelo de sociedad durante casi un siglo. En el país vecino, la United Fruit poseía no sólo las mejores plantaciones de banano sino también la infraestructura económica y financiera. El poder agrario va más allá de la agricultura.

Problemas agrícolas, estructuras agrarias y desarrollo

Las naciones del continente son o han sido, con escasas excepciones, países agrícolas extravertidos. Su porvenir económico y su estabilidad social dependen principalmente del sector agrario. Por eso las claves del de-

CUADRO 1

Rendimiento comparado de distintos cultivos
América Latina/Resto del mundo
kg/ha-1978-1980

Producto	*País*			*Principales productores*	
Caña de azúcar	Brasil 55.001	México 66.731		Estados Unidos 82.123	
Habas	Brasil 484	México 556	Colombia 625	Uganda 701	
Maíz	Brasil 1481	Argentina 2944		Estados Unidos 6317	Francia 5217
Trigo	Brasil 850	Argentina 1621		Francia 4991	Estados Unidos 2220
Soja	Brasil 1394	Argentina 1987	México 1670	Canadá 2231	

FUENTE: FAO: *Annuaire; Problèmes d'Amérique latine*, nro. 65 (1982) y nro. 68 (1983).

sarrollo latinoamericano se sitúan con frecuencia en el campo. El progreso económico tropieza con la productividad agraria. Las estructuras de propiedad, que frenan la expansión del mercado interno, lo vuelven precario. La extraversión productiva multiplica las contradicciones que pesan tanto sobre el equilibrio social como la balanza comercial.

La baja productividad es el problema principal de la agricultura latinoamericana. Impide vender los excedentes necesarios para importar bienes de equipo o industrias y provocar un cambio en la economía. Provoca un grave déficit de productos alimenticios y obliga a aumentar las importaciones. La baja productividad, relativa o absoluta, afecta a todos los países, incluidos los agroexportadores que conocieron una etapa de modernización agraria como la Argentina y el Uruguay. En un nivel continental, las dos

quintas partes de la población activa dedicadas a la agricultura aportan apenas el 10,4 del producto bruto interno global. Es verdad que esa diferencia entre la población activa dedicada a la agricultura y la parte del PBI que representa el sector varía marcadamente de un país a otro. La relación es relativamente satisfactoria en la Argentina y Colombia, cuya mano de obra agrícola es bastante diferente en cuanto a números (el catorce y el treinta por ciento de la población activa, respectivamente), pero no en el Brasil y México, donde el cuarenta por ciento de la población activa, dedicada a la agricultura, aporta apenas el diez por ciento del PBI. Pero incluso los países agrarios más dinámicos —salvo para algunos productos nuevos, como la soja— distan de alcanzar un rendimiento similar al de los países adelantados, sobre todo en el rubro de los cereales (véase el cuadro 1). El aumento de la productividad registrado en los últimos veinte años en los Estados Unidos y la CEE no se refleja en absoluto en América Latina, cuya participación en las exportaciones agrícolas mundiales se reduce constantemente. Como consecuencia de ello, la situación alimentaria del continente ha sufrido un fuerte deterioro a pesar de sus inmensos recursos y de un crecimiento relativamente sostenido de la agricultura. Mientras el consumo de calorías y proteínas per cápita se ha reducido a escala continental durante los últimos diez años, la importación de cereales en la mayoría de los países (con excepción de la Argentina y el Uruguay, naciones exportadoras) se triplicó entre 1968 y 1979 a la vez que disminuyeron las tasas de autoabastecimiento. En 1980, México y Centroamérica importaron más del veinte por ciento de su consumo de cereales, los países andinos el cuarenta por ciento. México compró doce millones de toneladas de granos en 1979, 8,5 millones en 1983. Algunos países muestran una involución notable. Proveedor de trigo a California a fines del siglo XIX, Chile importa hoy ese cereal además de carne, oleaginosas, azúcar y lana, productos que se podrían obtener en el propio país. Las importaciones agrícolas, que constituyen el sesenta por ciento del déficit de la balanza comercial del país, absorben un tercio de las divisas obtenidas por exportación.

Se puede atribuir esta crisis a muchos factores no relacionados con el crecimiento demográfico acelerado que ha afectado a la casi totalidad del continente. La división de las tierras en unidades de producción demasiado pequeñas, la gran propiedad con escasa inversión y la combinación de ambas cumplen un papel decisivo. Cabe señalar que las unidades medianas de explotación familiar alcanzan récords de productividad. En la Argentina, la productividad de los establecimientos de veinticinco a cien hectáreas duplica la de los de mil hectáreas y casi triplica la de los de 2500 hectáreas o más. Gran parte de la producción, incluso la exportable, corresponde a ellos. En el Brasil, la agricultura "familiar" produce el cuarenta por

ciento del café, el treinta por ciento del cacao. En el Ecuador, los campesinos producen el 65 por ciento del cacao. La escasa tecnología se debe a las particularidades de la propiedad. Casi no hay mecanización salvo en el sector medio de la agricultura familiar. En el Brasil, los establecimientos de diez a cien hectáreas, que ocupan el 17,5 por ciento de las tierras, poseen el 43 por ciento de los tractores; las de cien a diez mil hectáreas, que el veintinueve por ciento de las superficies cultivadas, ocupan el [illegible] por ciento del parque de tractores. Tres países (el Brasil, México y la Argentina) poseen más de cuatro quintos del total de maquinaria agrícola de todo el continente. A pesar de avances recientes en el uso de fertilizantes y pesticidas y la siembra con semillas seleccionadas, el aumento de la producción agrícola latinoamericana es totalmente insuficiente a la luz de la explosión demográfica y la urbanización desenfrenada. La "seguridad alimenticia" continental sigue siendo un ideal lejano, aunque muchos países latinoamericanos ocupan el primer lugar mundial como productores o exportadores de café, azúcar, cacao y otros productos alimenticios.

La segunda distorsión grave de la agricultura latinoamericana deriva justamente del carácter extravertido de las economías. La producción alimentaria debe competir con los productos de exportación. La ausencia de políticas alimentarias concertadas y la atracción que ejercen los beneficios de exportación sobre el capital privado, pero también, y principalmente, sobre el Estado estimulan la expansión de los productos destinados al mercado externo, mientras los bienes alimenticios requeridos por el interno [illegible]

CUADRO 2

Rendimientos comparados de productos alimenticios y exportables del Brasil (índices)

Productos	*1964-1966*	*1973-1975*	*1982*
Soja	100	1.604	2.721
Naranja	100	213	470
Cacao	100	131	200
Arroz	100	107	147
Habas	100	105	136
Mandioca	100	106	98

FUENTE: Thery, H.: *Le Brésil*. París, Masson, 1985, pág. 162.

estancan. La agroexportación, beneficiaria de todos los cuidados gubernamentales, se moderniza y se desarrolla, mientras los cultivos alimenticios, obtenidos con métodos arcaicos, muestran un rendimiento muy bajo. Así, en el Brasil, la escasez recurrente de poroto negro (*feijão preto*) y de arroz, bases de la dieta popular, tiene mucho que ver con la política de ayuda técnica y financiera selectiva, que favorece netamente a la soja. En 1976 hubo grandes disturbios en Río de Janeiro debido al aumento de los precios de dos productos de primera necesidad cuyo rendimiento era muy bajo (véase el cuadro 2).

Sin duda, el desarrollo está ligado a la exportación, pero la lógica del crecimiento no coincide necesariamente con los intereses de la mayoría de la población.

Conflictos agrarios y movimientos campesinos

En muchos casos la gran propiedad se forma mediante la usurpación de las tierras de las comunidades indígenas, la expropiación de los campesinos arruinados o endeudados y la apropiación de las tierras públicas por particulares con la ayuda o el consentimiento del Estado.

Las tensiones sociales son un factor permanente de la vida en zonas de alta densidad campesina. En los Andes, el Nordeste brasileño, Centroamérica y México, los campesinos desposeídos y explotados, cuando no son controlados por medios paternalistas o coercitivos, tratan de recuperar u ocupar tierras baldías o subexplotadas. Las "invasiones" de grandes propiedades y su ocupación colectiva o individual forman la trama del drama rural latinoamericano. Esta sed de tierras, que algunos consideran irracional y que es histórica, es la expresión de una cultura campesina y la cara opuesta del acaparamiento y la concentración de la propiedad. Basta que se agraven los desequilibrios, o se presente una coyuntura política propicia, para llegar al umbral del estallido, en el que aparece el movimiento campesino. La toma de conciencia de una injusticia secular se transforma en organización. La tradicional pasividad cede ante la explosión, el motín o la reivindicación revolucionaria.

Así se plantea la cuestión agraria. Está presente a lo largo de toda la historia latinoamericana, desde las sublevaciones de las comunidades indígenas andinas en el siglo XVIII hasta los enfrentamientos actuales entre los *posseiros* de Maranhão y Pará en el Brasil y los ejércitos privados (*grileiros* y *jagunços*) de grandes empresas capitalistas propietarias de vastas ex-

tensiones de tierras incultas.[1] No hay escasez de ejemplos. Pero es preferible analizar algunos mecanismos del movimiento campesino a fin de mostrar cómo se pone en marcha y cómo actúa.

En el período contemporáneo, el detonante de la revuelta campesina es en general la penetración del capitalismo en el campo, con un proceso de modernización que despoja al campesinado de sus derechos adquiridos. El modelo del proceso es la revolución mexicana en su aspecto agrario. Como lo demuestra el movimiento zapatista en el estado de Morelos, el despojo agrario originó la gran conmoción revolucionaria de 1910. La apropiación de las tierras comunales por las grandes empresas azucareras, versión mexicana de las *enclosures*, provocó una sublevación al grito de "tierra y libertad", cuyo eco resuena en México aún hoy. En términos generales, la crisis política mexicana de 1910 se convirtió en revolución cuando el campesinado se movilizó contra la expropiación de los "baldíos" (tierras comunes de las aldeas) y reclamó la abolición del "peonaje", situación de semiservilismo de los campesinos desposeídos. La concentración de tierras bajo el régimen porfirista alcanzó proporciones desmesuradas, dignas de la fantasía de un García Márquez. En el estado de Hidalgo, una línea ferroviaria atravesaba una sola propiedad a lo largo de ciento veinte kilómetros. En Chihuahua, Luis Terrazas poseía más de 2,5 millones de hectáreas. En 1911, había en México novecientos grandes hacendados y nueve millones de campesinos sin tierra. Cuando la movilización campesina se injertó en luchas civiles que duraron muchos años, el México "revolucionario" se dotó de una legislación de vanguardia y promulgó un programa de redistribución de tierras. No siempre sucede así: a veces, por astucia de la historia, un movimiento agrario puede convertirse en instrumento de la modernización capitalista. Es así como algunos autores interpretan el fenómeno de la violencia en Colombia.

Más allá de los enfrentamientos entre conservadores y liberales que desgarraron el país entre 1948 y 1953, la guerra civil rural denominada "la violencia" estalla justamente cuando los peones beneficiarios de una ley de estabilidad laboral son expulsados de las haciendas. Al cabo de las convulsiones internas, la pequeña propiedad campesina se reduce en las regiones más afectadas. Aparentemente una de las consecuencias de la violencia fue la de acelerar la concentración de la propiedad y, en algunas regiones, la brusca expansión del capitalismo agrario. En zonas como el norte de Valle del Cauca, donde casi todos eran propietarios o agricultores estables , el ochenta por ciento de los campesinos perdieron sus tierras

[1] Se habla de una "verdadera guerra civil agraria" en el caso de las conmociones que asolaron los estados de Maranhão y Para en 1985, con un saldo de unos ciento cincuenta muertos, en su mayoría campesinos pobres.

entre 1950 y 1960. Se trata sin duda de un caso extremo y paradójico que escapa a todas las definiciones del movimiento campesino. No obstante, debido a las conmociones sociales provocadas por el malestar rural y luego la guerra abierta, el problema de la tierra ocupa aún hoy el centro de la vida política y social colombiana.

Con frecuencia, los movimientos campesinos conducen, si no a revoluciones, al menos a la realización de reformas agrarias. Esta transformación, anhelada por algunos grupos sociales, temida por otros, pero siempre dramática, encubre realidades muy diversas.

Las reformas agrarias

La redistribución de la propiedad de la tierra es siempre una respuesta a la sed de tierra del campesinado. Pero esas reformas, que en algunos casos son verdaderos cambios de estructuras, en otros son remedios homeopáticos con los que se busca desactivar las tensiones sociales. Las reformas agrarias mexicana y boliviana se enmarcan en movimientos revolucionarios globales con una participación decisiva del campesinado. En 1968 en el Perú, en 1967 y 1970 en Chile, las reformas agrarias tratan de resolver males endémicos en medio de una coyuntura política favorable. Los gobiernos no toman las decisiones obligados por la agitación campesina ni bajo la presión de las circunstancias sino fríamente, con la intención de instaurar un modelo agrario nuevo. Las reformas más profundas, las de Cuba y Nicaragua, se producen en una situación evidentemente revolucionaria, pero sus autores no son campesinos y toman sus decisiones en función de las nuevas sociedades que aspiran a construir. Estas reformas agrarias, además de dividir las grandes propiedades, crean formas complejas de explotación de la tierra, comunitarias o colectivas.

Muy distinta es la lógica de las seudorreformas agrarias, que en nombre de la productividad o del derecho de propiedad, se limitan a repartir las tierras públicas o colonizar las tierras vírgenes. La mayoría de éstas se inician a partir de 1962 y responden a consideraciones de táctica política más que a un ascenso del campesinado o a su capacidad de ejercer influencia sobre los centros de decisión. En la década de 1960, Colombia, Venezuela, el Ecuador, el Brasil y los países centroamericanos, cediendo a los deseos de los Estados Unidos y los criterios de la Alianza para el Progreso, inician programas de fomento agrario con nombres rimbombantes como "reforma" o "transformación agraria".

Las reformas agrarias del primer tipo, que denominaremos revolucionarias para distinguirlas de las otras, no son todas, ni mucho menos, de inspiración marxista. La primera y más prolongada reforma agraria del continente fue realizada por la revolución mexicana. La ley de la reforma quedó incorporada a la Constitución de 1917. Setenta millones de hectáreas fueron distribuidas de manera muy irregular, de acuerdo con la coyuntura y con la política agraria de cada presidente. Así, Cárdenas, el progresista (1934-1940) repartió dieciocho millones de hectáreas entre [illegible] beneficiarios. En 1947, el presidente Alemán decretó una pausa en la aplicación del artículo 27 de la Constitución e introdujo, por medio de una enmienda, la posibilidad de recurrir la expropiación de las tierras afectadas por la reforma. Bajo Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) se declaró que no había más tierras para repartir. Luis Echeverría (1970-1976) reconoció que sí las había; su sucesor López Portillo lo negó, pero no obstante distribuyó unas quince millones de héctareas, el noventa por ciento de las cuales carecían de valor agrícola.

Esta reforma preveía la desaparición de los grandes latifundios: las propiedades no podían superar las cien o doscientas hectáreas, según la calidad del terreno, y debían pasar a la comunidad bajo la forma del "ejido". Esta nueva propiedad colectiva o aldeana prevé la entrega en usufructo, a título individual e inalienable, pero transmisible, de parcelas generalmente muy pequeñas. Por consiguiente, crece el minifundio. La parcelación de las unidades económicas, la falta de asistencia tecnológica y financiera y la rigidez del sistema privan al ejido de capacidad productiva. Con frecuencia, el ejidatario, al que no se le provee de animales ni de fondo de operaciones, trabaja como jornalero. Se considera que el ochenta por ciento de los beneficiarios de la reforma son proletarios con tierra. Hace treinta años todavía se pensaba que el ejido era la "única salida" para lograr la paz social en México. Se suponía que frenaría el éxodo rural al atar al campesino a la tierra y distendería las relaciones sociales. La presión demográfica hizo que el ejido perdiera buena parte de sus funciones. El número de campesinos sin tierra aumentó en un cincuenta por ciento entre 1950 y 1960; habría hoy unas tres millones de familias en esa situación, cifra similar a la de 1930. La extensión del sector "ejidal" ya no actúa como garantía de paz social. Sobre todo porque junto a este sector "político", la gran propiedad no tardó en reconstituirse, a pesar de la legislación restrictiva, gracias a una serie de recursos legales que van desde la locación de ejidos hasta la división ficticia de las grandes propiedades. Diez mil propietarios (el 3,3 por ciento de los establecimientos) ocupan 83 millones de hectáreas, mientras que en medio siglo de reforma agraria se han distribuido apenas setenta millones de hectáreas. Los grandes establecimientos,

que en el léxico de la revolución se denominan "pequeñas propiedades", abarcan el 43 por ciento de las tierras cultivables, el 75 por ciento de las máquinas, el 69 por ciento de las tierras irrigadas y el 57 por ciento del capital constante. Producen el setenta por ciento de los alimentos agrícolas comercializados. Y no faltan los grandes latifundistas, generalmente políticos bien ubicados. En San Luis Potosí, un "cacique" local que fue expropiado por el presidente López Portillo, poseía el sesenta por ciento de las tierras irrigadas de ese estado; una sola de sus haciendas tenía 87.000 hectáreas. Mito o realidad, la reforma agraria inconclusa en México sigue dando pasto para la polémica política, la propaganda del gobierno y también sigue nutriendo las expectativas de las poblaciones campesinas.

La revolución agraria boliviana nace de la coincidencia de una sublevación política contra el "antiguo" régimen oligárquico y la lucha de los campesinos sin tierra de las comunidades indígenas. No se trata, como en México, de aldeanos despojados sino de campesinos cautivos, atados a la hacienda que además de usurpar sus tierras los ha convertido en prestatarios de servicios. Igualmente, a pesar del pasado, esos campesinos rechazan los proyectos colectivos y reclaman sus parcelas de tierra. En virtud de la reforma agraria de 1953, más de doscientas mil familias reciben tierras, se reparten unas diez millones de hectáreas de la meseta del altiplano, mientras que los valles tropicales de la "otra Bolivia" (Santa Cruz, Beni) escapan por completo al reparto. Los resultados económicos fueron poco alentadores. La disminución de la producción alimentaria provocó serias dificultades en el abastecimiento de las ciudades. Las consecuencias políticas fueron igualmente singulares, por cuanto el nuevo campesinado parcelario nacido en la revolución de 1952 se convirtió en la base de apoyo de las dictaduras militares que sufrió Bolivia a partir de 1964.

En el Perú, los militares que llegan al poder en 1968, decretan en 1969-1970 una reforma agraria profunda y prudente a la vez. La medida afecta las grandes plantaciones de algodón y azúcar de la costa, pero las transforma, con sus industrias correspondientes, en cooperativas en lugar de dividirlas. En la sierra, donde imperan relaciones sociales arcaicas, a fin de superar la heterogeneidad social y cultural del sector indígena andino, se crean sociedades agrícolas de interés social (SAIS). Éstas permiten integrar las comunidades indígenas a las transformaciones estructurales, conservando o acrecentando la productividad de las grandes propiedades, asentadas en la mayoría de los casos en las tierras de las que se había expulsado a los comuneros. Las SAIS asocian mediante un dispositivo ingenioso las haciendas expropiadas y las comunidades, agrupando en grandes cooperativas a ex obreros y aparceros preparados por técnicos con los campesinos indígenas, que reciben las rentas de los establecimientos pero no

recuperan sus tierras. En definitiva fueron pocas las propiedades fraccionadas, y los beneficiarios de la reforma son una ínfima minoría (aproximadamente un diez por ciento). Y la voluntad de no arruinar la economía agraria privilegiando las consideraciones sociales e incluso respondiendo a la sed de tierras de los campesinos más atrasados redundó en la creación de una gran burocracia cooperativista, que según algunos estudios es la principal beneficiaria de la reforma.

En Cuba, dos reformas agrarias —una en mayo de 1959 y otra en octubre de 1963— socializaron la agricultura por completo. Predominan los establecimientos estatales, mientras que los pequeños propietarios independientes se han visto sometidos progresivamente a los imperativos de la planificación e integrados al sector colectivizado. La situación es infinitamente más compleja en Nicaragua, que a pesar de lo que piensan muchos analistas, no siguió en ese terreno la vía cubana. Tras la caída de Somoza, en 1979, sus bienes agrarios —el veinte por ciento de las tierras cultivadas— quedaron bajo control del Estado como parte del Área de Propiedad del pueblo (APP), pero la primera ley de reforma agraria apareció apenas en 1981. Gran parte de las tierras están reservadas al sector cooperativo y

CUADRO 3

Transformación del modo de propiedad de la tierra

	Distribución de la superficie en porcentaje		
Modo de propiedad	*1978*	*1983*	*1984*
Individual	100	65	63
superior a 350 ha	37	14	12
de 140 a 350 ha	16	13	13
de 35 a 140 ha	30	29	29
de 7 a 35 ha	15	—	7
inferior a 7 ha	2	2	2
Colectiva	—	35	37
Cooperativas	—	14	18
Granjas del Estado	—	21	19

FUENTE: Ministerio de Desarrollo y de la Reforma Agraria de Nicaragua (MIDINRA), 1985.

la propiedad individual. Incluso se destaca el hecho (ilustrado por el cuadro 3) de que, después del primer impulso dado al colectivismo, disminuyó la proporción de establecimientos agrícolas estatales. Es verdad que la economía nicaragüense transita por el filo de la navaja entre la radicalización y el pragmatismo geopolítico, y no se puede prever el futuro. Pero en Cuba, después de seis años de revolución ya no cabían dudas: la proporción de la propiedad individual era insignificante. Con los sandinistas sucede lo contrario.

¿El fin de los campesinos?

Es común atribuir la baja productividad de la agricultura latinoamericana tradicional a su arcaísmo y carencia de bienes de capital. Con todo, la industrialización del agro y el desarrollo de la agroindustria, que van de la mano con el avance del capitalismo agrario, no parecen haber resuelto el problema de la subsistencia y del abastecimiento de los mercados internos. Igualmente se pensó que al modernizar el sector se podría paliar el déficit alimentario. Con ayuda del Banco Mundial se iniciaron programas de Desarrollo Rural Integral (DRI) a fin de frenar el éxodo rural y aumentar la producción agrícola y así, según el título del plan aplicado en Colombia, "cerrar la brecha" entre la gran agricultura capitalizada y el campesino autóctono. Gracias a los créditos y la asistencia tecnológica, con servicios de salud y educación, esos planes aspiraban a integrar las poblaciones marginalizadas del campo y reducir el contraste entre los sectores moderno y tradicional del mundo rural. En México, en ese mismo espíritu, el Sistema Alimentario Mexicano (SAM) de 1980 preveía fomentar la producción campesina de bienes alimenticios por medio de grandes subsidios y asistencia tecnológica y facilitar la integración económica de los agricultores marginales. Pero la ley de fomento agrario aprobada a fines de 1980 revelaba un profundo escepticismo con respecto a los objetivos del SAM. En efecto, la LFA preveía la asociación de los "pequeños propietarios" (es decir, según la fraseología "revolucionaria", los dueños de grandes extensiones) con los ejidatarios para formar unidades de producción coherentes. La alianza de "la paloma y el halcón" significó el golpe de gracia para la política agraria revolucionaria, al alentar la desaparición de los beneficiarios de la reforma agraria, considerados irremediablemente ineficientes.

Muchos analistas consideran que ni el DRI colombiano ni el SAM podían salvar al campesinado atrasado. Los planes de modernización sólo

afectan a la elite campesina más eficiente: los mejor dotados en ti[illegible] capitales. Esos programas tenían por lógica consecuencia fortale[illegible] campesinado medio, convirtiendo a los agricultores más pobres en ma[illegible] de obra de aquéllos. La kulakización consiguiente sólo servirá para [illegible] rar la "descampesinización por arriba y por abajo",[2] es decir, la prole[illegible] zación de un sector y el surgimiento de pequeños empresarios rurale[illegible] todo, algunos autores sostienen que la eliminación gradual del pequeño propietario y su inevitable proletarización es parte inevitable del desarro llo del capitalismo agrario.[3] Por consiguiente, la desaparición de los cam pesinos sería ineluctable. La polémica en torno de la descampesinización está en marcha. Sólo queda una certeza: el éxodo rural, fruto del movi miento campesino incoercible, sigue despoblando los campos. El fenóme no, expresión del descontento campesino y manifestación contra el *statu quo*, sirve de válvula de seguridad para las tensiones rurales, pero trasla da los problemas sociales a las ciudades. Más que un "proceso sutil de a[illegible] milación", el "voto con los pies" de los campesinos desarraigados sirv[illegible] para ruralizar las ciudades latinoamericanas y darles su fisonomía tan par ticular, última etapa de la desestructuración de los campesinados.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Barcelo (Ramón), « Changements techniques et paupérisation dans les campagnes. Dix ans d'agriculture en Amérique latine », *Amérique latine* nº 14, avr.-juin 1983, p. 14-20.

Brisseau-Loaiza (Jeanine), « Les limites de l'intégration des communautés paysannes depuis les réformes de 1969-1970 », *Problèmes d'Amérique latine,* nº 76, 2ᵉ trimestre 1985.

Chonchol (Jacques), « La revalorisation de l'espace rural, un axe fonda mental pour le développement de l'Amérique latine », *Amérique latine* avr.-juin 1984, p. 10-22.

Gros (Christian), le Bot (Yvon), « Sauver la paysannerie du tiers monde ' La politique de la Banque mondiale à l'égard de la petite agriculture. Le cas colombien », *Problèmes d'Amérique latine,* nº 56, avril 1980.

Musalem (Omar Lopez), « Voyage au pays de l'utopie rustique : le Mexi que paysan », *Amérique latine,* nº 7, automne 1981, p. 15-19.

Riding (Alan), *Vecinos distantes, un retrato de los Mexicanos.* México Joaquin Mortiz-Planeta, 1985.

Théry (Hervé), *Le Brésil,* Paris, Masson, 1985.

[2] La frase pertenece a Henri Favre, *L Etat et la paysannerie en Meso-Amérique et dans les Andes.* París, CREDAL-ERSIPAL (documento de trabajo mimeografiado), pág. 41

[3] Véase Feder, E.: "Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (pe ro no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado", *Comercio exterior*, 1977, nro 12 y 1978, nro. 1.

4. Problema urbano y marginalidad

Hiperurbanización y metropolización son dos características salientes de las sociedades latinoamericanas contemporáneas. Los rasgos principales del fenómeno urbano en el continente siguen siendo los mismos que resumieron los especialistas de la ONU reunidos en Santiago de Chile en 1959:[1]

1. La población urbana supera el nivel de productividad agrícola y no agrícola.

2. La rapidez del crecimiento de las ciudades no se debe tanto a la atracción de la ciudad como al conjunto de factores que contribuyen a expulsar a los habitantes del campo; además, la atracción de la ciudad es un hecho social más que económico.

3. El fenómeno de la urbanización es en gran medida independiente del de la industrialización.

4. La población urbana tiende a concentrarse en las ciudades más grandes, sobre todo en las capitales, que crecen con mayor rapidez relativa que las demás urbes.

El crecimiento de los centros urbanos y la hipertrofia de las capitales no son en modo alguno fenómenos exclusivamente latinoamericanos, pero alcanzan dimensiones espectaculares en el continente. No son, como en otras partes, consecuencia del crecimiento explosivo de la población. Las migraciones internas y particularmente el éxodo rural explican en gran medida la expansión de las ciudades pero también la degradación de la vida urbana, que es su corolario. En efecto, estas migraciones, cuyas modalidades conviene examinar, están relacionadas con la multiplicación del hábitat precario, bajo formas espontáneas o no, que constituye una de las características particulares del paisaje urbano en los países en vías de desarrollo. Las consecuencias económicas y políticas de esta realidad social son tan numerosas como mal estudiadas. Se las engloba con el término ge-

[1] ONU-CEPAL-UNESCO, *La urbanización en América Latina* (edición preparada por Philip M. Hauser), Buenos Aires, Solar-Hachette, 1962, págs. 82-84.

nérico y ambiguo de marginalidad, que lejos de aclarar las realidades com plejas, sólo aumenta la confusión. A continuación se tratará de determinar las relaciones entre la sobreurbanización irregular y la marginalidad en marcándolas en el conjunto de factores que las condicionan, desde las migraciones hasta las políticas urbanas, pasando por las movilizaciones populares nacidas de las limitaciones impuestas por la integración urbana

Hábitat irregular e integración urbana

En todos los países de América Latina se observan dos fenómenos masivos concomitantes. El desplazamiento de las poblaciones hacia las ciudades más importantes y la concentración de los habitantes más desposeídos de éstas en zonas de viviendas precarias. El hábitat espontáneo, ecológicamente marginado, es típico de estas concentraciones. Por ejemplo en 1979, el sesenta por ciento de la población limeña residía en zonas populares caracterizadas por la extrema precariedad de las viviendas. El veinte por ciento habita en los tugurios tradicionales de las zonas urbanas deterioradas, el dos por ciento en centros habitacionales construidos por los poderes públicos y más del 32 por ciento en barrios precarios, afuera del hábitat urbano regular.

Los sociólogos han planteado el problema de la naturaleza social de las poblaciones económicamente marginales. Se han preguntado si los "pobres de las ciudades" conforman un nuevo estrato social, imposible de asimilar a ninguna de las categorías habituales de las clases populares, la obrera en particular. Algunos han postulado que estos grupos no integrados o mal integrados poseen una cultura propia, la "cultura de la pobreza". Se trata de un problema en gran medida teórico y de importancia política —en el sentido táctico de la palabra— que excede los marcos de este ensayo. En una perspectiva más empírica, resulta útil describir las expresiones concretas del fenómeno a fin de circunscribir sus límites y componentes.

Se conocen las franjas de miseria que rodean las ciudades latinoamericanas. Ranchitos en las alturas de Caracas, villas miseria en los arrabales más pobres de Buenos Aires, cantegriles en Montevideo, callampas o poblaciones en Santiago de Chile, barriadas en Lima, a las que por razones de esperanza y eufonía se las ha rebautizado pueblos jóvenes: todos ellos proliferan en la periferia urbana. En algunas ciudades, como Caracas y Lima, algunos enclaves de viviendas precarias se cuelan entre los inters-

tacios de los barrios elegantes. Así sucede con las favelas de Río de Janeiro, construidas en los morros que se alzan sobre la arrogante opulencia de Copacabana e Ipanema. En general, estas chozas de chapa, cartón y desperdicios de las ciudades se asientan en terrenos blandos o insalubres, montañas de escombros, canteras, ciénagas o lagunas. Los *mocambos* construidos sobre pilotes en las alcantarillas de Recife ilustran el ciclo del cangrejo, atroz y simbólico, descrito por Josué de Castro.[2]

Los barrios de viviendas precarias crecen constante y masivamente, a pesar de las decisiones o las declaraciones de las autoridades. Sus características comunes son la construcción precaria realizada con las propias manos y el paisaje de miseria urbana, pero los materiales no son en todos los casos desechos tales como tambores de hojalata y cajas de cartón. Desafiando las clasificaciones urbanísticas y jurídicas, algunos barrios marginales ostentan construcciones de materiales sólidos, pero carecen de las infraestructuras más elementales. El barrio de latas mejorado tiene también sus ciudadelas. En las inmensas *favelas* de Vidigal y La Rocinha, en Río, las viviendas más cercanas a la vía asfaltada son verdaderas casas de piedra sillar, mientras que los habitantes más recientes, alejados de las comodidades urbanas que brinda la calle, se contentan con un cobertizo de cartón engrasado. En algunos casos surgen enormes aglomeraciones con instalaciones elementales, sobre lotes debidamente pagados con créditos del Estado. Sin embargo, el resultado no es muy distinto. Nezahualcoyotl, tercera aglomeración de México, cuyos 2,4 millones de habitantes ocupan el emplazamiento del lago Texcoco en las afueras de Ciudad de México, no es una villa de viviendas precarias, pero tampoco una ciudad. Las "colonias proletarias" de esta ciudad dormitorio donde los inmigrantes rechazados de la capital azteca han levantado sus viviendas constituyen un espacio inclasificable, con características de campo de refugiados y también de muladar. Ni villa precaria ni ciudad, Nezahualcoyotl es las dos cosas a la vez: la mitad de la población no tiene agua corriente ni desagües. Sus unidades habitacionales van desde las viviendas de emergencia construidas con fondos de bienestar social hasta las chozas de tablas y cartón, pasando por toda la gama de la construcción precaria de materiales tradicionales.

El fenómeno del hábitat precario es relativamente reciente en América Latina, pero adquirió una magnitud inusitada a partir del decenio de 1960. Algunas cifras lo demostrarán. En 1957, el 9,5 por ciento de los habitantes de Lima vivían en barriadas, cifra que aumentó al veintiún por ciento en 1961 y al 35 por ciento en 1984. El "pueblo joven" Villa El Sal-

[2] Véase Castro, J.: *Geografía del hambre*. Buenos Aires, Eudeba.

vador tiene más de trescientos mil habitantes. En el mismo país, las barria das comprenden el setenta por ciento de la población de Chimbote, el cuarenta por ciento de la de Arequipa y el 76 por ciento de la de Iquitos, capital de la Amazonia peruana. En el Brasil, las *favelas* proliferaron en Río antes que en San Pablo. En aquélla, las *favelas* comprendían el siete por ciento de la población —unas 170.000 personas— de 1950; el número de *favelados* llegó a 350.000, el 10,2 por ciento de la población, en 1960 y al 32 por ciento (dos millones) en 1980. En San Pablo el fenómeno es más reciente. En 1960, sólo el 0,6 por ciento de la población habitaba las *favelas*. Entre 1972 y 1982, esa cifra se multiplicó por catorce, para abarcar el doce por ciento del Gran San Pablo, o sea, casi un millón de personas.

Se han investigado los orígenes de los habitantes de los barrios "irregulares". Algunos estudios demuestran cierta coincidencia entre las migraciones internas y el auge de nuevas formas de vivienda popular. Un estudio de las barriadas limeñas realizado en 1956 indicaba que sólo el once por ciento de los jefes de familia habían nacido en la capital, el 89 por ciento eran provincianos y el 6 por ciento oriundos de la Sierra, la región más pobre, donde el problema de la tierra se plantea con agudeza secular. En Río, alrededor de la misma época, sólo el diecisiete por ciento de los *favelados* mayores de veinte años eran nativos de la ciudad; la mayoría venía de estados vecinos o del Nordeste. Sin embargo, sería erróneo considerar que la proliferación de estos barrios en las metrópolis latinoamericanas es una consecuencia directa y casi lineal del éxodo rural. Si bien la ruralización de las ciudades es un hecho innegable —¿qué visitante de Bogotá o de Lima no ha visto las vacas y cabras pastando en los terrenos baldíos?—, es una expresión de las distintas estrategias de supervivencia más que de la presencia de una tradición campesina. El barrio precario casi ha dejado de ser una etapa en la transición del campo a la ciudad. En la mayoría de los países, el hábitat irregular sigue proliferando aceleradamente, a pesar de la disminución del flujo migratorio. En sus comienzos, entre 1930 y 1950, el barrio de viviendas precarias fue un centro de concentración de los desarraigados del campo, una etapa en el proceso de integración a la ciudad, pero hoy ha dejado de cumplir esa función. No es más el peaje obligatorio para lograr el acceso a una vida plenamente urbana. Entre sus habitantes hay menos marginales no integrados que trabajadores afectados por la especulación inmobiliaria y el desempleo. En efecto, muchos habitantes de esos barrios provienen de la propia ciudad.[3] Es la pauperización de la población urbana la que provoca el crecimiento del hábi

[3] Una investigación sobre las poblaciones de Santiago de Chile realizada en 1970 revela un porcentaje bajo de residentes recientemente urbanizados; sólo el diez por ciento de los jefes de familia eran de origen rural.

tal precario. La construcción de la vivienda con las propias manos es un medio de defensa contra la inestabilidad laboral propia de ciertas ramas como la construcción y la gran industria. Expresa el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores no calificados a la vez que crea la ilusión de la autonomía: uno construye en la medida que lo permiten sus medios y no paga alquiler a nadie.

Históricamente, las clases pobres urbanas del siglo XIX y comienzos del XX ocupaban los edificios deteriorados de los viejos barrios del centro de las ciudades: *tugurios* en el Perú, *cortiços* en Río, *conventillos* en Buenos Aires y *casas de vecindad* en México.[4] Esos edificios miserables constituyen aún hoy una parte del hábitat popular. Pero en la mayoría de los casos son la primera residencia del inmigrante del campo. La siguiente es la vivienda precaria.

En cuanto a las categorías socioprofesionales que habitan los barrios marginales, conviene desconfiar de las ecuaciones facilistas. Generalmente se considera que el hábitat irregular corresponde al sector informal de la economía. Una economía paralela habría generado o desarrollado un tipo de vivienda precaria. Esta es apenas una verdad parcial. Es verdad que en esos barrios hay muchos representantes de los oficios menudos de la calle, los servicios parasitarios que disimulan la falta de empleo y permiten luchar contra la miseria absoluta. Pero el hábitat marginal no está reservado exclusivamente a los sectores marginales e improductivos de la economía. También expresan una crisis de la vivienda y el trabajo, más que un problema de integración a la vida urbana y al sector productivo.[5] Los estudios demuestran que no faltan obreros en los barrios. El estudio citado sobre las barriadas limeñas revela que el 58 por ciento de su población activa está empleada en el sector secundario en calidad de obreros o artesanos. En San Miguel Paulista, el barrio popular más pobre de San Pablo, el 44 por ciento de los habitantes son obreros industriales, el tres por ciento trabajan en la construcción. En una población del Gran Santiago, el treinta por ciento de la población activa está empleada en la industria, el dieciocho por ciento en la construcción. Por consiguiente, las conclusiones de los estudios refutan los análisis que consideran a los "marginales" de las ciudades como un estrato social "autónomo", no integrado al mundo de la producción. El concepto de marginalidad, que tuvo gran aceptación en

[4] El conocido estudio de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, está ambientado en uno de esos cuchitriles, no en una villa miseria.

[5] De ahí los comentarios escandalizados acerca de las antenas de televisión en los techos de las casas de las villas miseria. La televisión es un índice de la voluntad de integración en la sociedad global y el símbolo del rechazo a la degradación que entraña vivir en el infierno de la marginalidad ecológica.

América Latina durante la década de 1960, tanto en la izquierda como en la derecha, es más mito que realidad. La segregación ecológica no basta para definir un nuevo actor social. Esto no significa que los "pobres entre los pobres" que habitan los barrios precarios no padezcan problemas específicos, que afectan la evolución de las sociedades latinoamericanas.

Sobreurbanización marginal y problemas sociales

Si bien la marginalidad es un mito, la desocupación es una de las características principales de los habitantes de los barrios precarios. Se puede agregar que esto es así por definición. El hábitat espontáneo, aunque no siempre recoge de manera directa a los inmigrantes del campo, corresponde a una transferencia mediatizada del subempleo rural hacia las ciudades. El habitante típico es un obrero no calificado de la industria o la construcción, que trabaja de manera intermitente, mientras su esposa es empleada doméstica o vendedora ambulante. El aumento del desempleo urbano se debe en gran medida al flujo ininterrumpido de mano de obra proveniente del campo o de las regiones más atrasadas. La industria y los servicios productivos no pueden absorber a todos los nuevos residentes urbanos. Mil personas arriban diariamente a México. Seiscientos mil nuevos inmigrantes se instalan cada año en el Gran San Pablo. La abundancia de la oferta, agravada por el empleo generalizado de mujeres y niños, sobre todo en el servicio doméstico, arrastra hacia abajo los salarios de los sectores menos calificados, lo que entraña a su vez el aumento de los habitantes de los barrios precarios. Así se cierra el círculo. En Nezahuatlcoyotl, de cada cien personas en edad de trabajar, sólo cincuenta y cinco tienen empleo. Es la desocupación la que genera "marginalidad ocupacional" y no al revés.[6] El desocupado se convierte en *todero* o *biscateiro*, un trabajador manual dispuesto a aceptar cualquier trabajo. Se conoce el papel que cumplen los vertederos públicos y las actividades de reciclaje en la economía de los barrios. La organización misma del hábitat es propia del trabajo manual.

La falta de servicios colectivos y de un mínimo de infraestructura corresponde a la lógica del urbanismo salvaje. La administración urbana, por más que las autoridades lo deseen, no puede adaptarse a un crecimiento no

[6] Según el cómodo barbarismo utilizado por Muñoz, H., Oliveira, O. y Stern, C.: "Migration et marginalité occupationnelle dans la ville de Mexico", *Espaces et Sociétés*, julio de 1971, nro. 3.

programado, a veces brutal y sorpresivo. Las grandes metrópolis latinoamericanas, siempre al borde de la catástrofe presupuestaria, son impotentes para controlar el caos urbano. Las "invasiones" de terrenos donde se puede construir, simétricas a las ocupaciones de tierras fértiles en el campo, suelen originar nuevos espacios de hábitat popular. En 1954 tres mil personas levantaron en una noche una barriada en las márgenes del río limeño Rimac. En Santiago de Chile aparecieron barrios como hongos durante la década de 1980, lo que en muchos casos dio lugar a incidentes sangrientos.

Esos invasores, que en México se llaman "paracaidistas", tratan de hacer valer su derecho de ocupación y de impedir que los propietarios o los promotores inmobiliarios realicen las obras de urbanización previstas en el espacio conquistado. Por su parte, los poderes públicos tratan de desalojar a los invasores si no son muchos, si no es demasiado tarde y si la operación se puede llevar a cabo con discreción.[7] Las más de las veces, el tiempo da legitimidad a la "posesión" y la erradicación se vuelve imposible. ¿Cómo desalojar y reubicar a doscientos o trescientos mil habitantes? Si no se los puede expulsar, hay que regularizar la ocupación, con frecuencia a pesar del valor comercial de los terrenos invadidos, no siempre situados en la periferia.

Ante el hecho consumado, las autoridades no suelen reconocer los títulos de propiedad de los invasores, pero sí al menos la realidad colectiva del barrio. Es la política de los "pueblos jóvenes" en el Perú a partir de 1968. Se instalan algunas salidas de agua, un trazado de calles, teléfono público, en algunos casos un puesto sanitario, una escuela y una estación de policía. Las infraestructuras nunca son suficientes y su instalación es siempre tardía. El "sistema de la escasez" se transforma en una segunda cultura, aceptada por todos. Los servicios públicos no son gratuitos. El agua se vende en bidones, el cupo en la escuela se obtiene a cambio de una suma establecida e incluso el clero exige el pago de los sacramentos. Usureros de la miseria prestan sumas irrisorias a tasas exorbitantes a fin de financiar esta microeconomía. La falta de infraestructura y servicios no es una característica exclusiva de los barrios de invasión. Los "colonos" de Nezahualcoyotl cuentan con un solo hospital general para dos millones de habitantes y deben pagar la "mordida" para que sus hijos puedan asistir a la escuela.

[7] Los regímenes militares sin libertad de prensa ni oposición legal están mejor capacitados para ello que las democracias. La última dictadura argentina (1976-1983), con su megalomanía represiva y xenófoba, atacó las villas miseria de Buenos Aires donde suponía que residían inmigrantes bolivianos y paraguayos.

La construcción de viviendas sociales, solución al problema del hábitat precario demuestra rápidamente ser imposible o ilusorio en las sociedades latinoamericanas. Por un lado, los modelos de desarrollo adoptados desde hace veinte años ponen el acento en la demanda solvente y además la especulación inmobiliaria dificulta las construcciones a bajo costo. Pero por el otro, cuando se reúnen las condiciones jurídicas y financieras, y los poderes públicos ponen en práctica una política de viviendas populares, sólo resuelven el problema para una ínfima minoría de habitantes de los barrios precarios. La vivienda social, aun bajo una forma muy parecida a la construcción original realizada con las propias manos, es demasiado cara para trabajadores con ingresos escasos e irregulares. Por ejemplo, en Nezahuatlcoyotl, un programa de construcción bajo normas mínimas requería en 1973 un ingreso mensual de 3500 pesos, cuando el 63 por ciento de los habitantes tenían un ingreso familiar de 1200 pesos o menos, y apenas el 3,6 por ciento ganaba 3000 o más. Los resultados no fueron mejores en el Brasil, donde se había creado el Banco Nacional Hipotecario con ese fin.

Ante la ausencia de los poderes públicos y a fin de paliar la falta de servicios esenciales, los habitantes se organizan para volver tolerable la precariedad de su existencia y crear condiciones de vida relativamente urbanas. El trabajo comunitario permite trazar calles, cavar desagües, construir lavaderos y casas vecinales, tanto religiosas como laicas. La construcción privada, origen del hábitat espontáneo, se vuelve colectiva. La solidaridad de los marginales es una estrategia de supervivencia, que también sirve para ejercer presión sobre las autoridades a fin de regularizar la ocupación *de facto* de los terrenos invadidos o la creación de dispensarios, escuelas y salidas de agua. En el Brasil, la formación de *associaçoes de amigos de bairro* (asociaciones de amigos del barrio) ha cumplido un papel importante en la evolución de las relaciones entre los *favelados* y el Estado, así como en el resurgimiento de la sociedad civil bajo la dictadura militar después de 1964. Las comunidades eclesiales de base también asumen funciones de expresión de las reivindicaciones populares en la "esfera de la reproducción".

El fracaso de las políticas de vivienda social, las dimensiones del fenómeno de los barrios precarios así como las prácticas comunitarias de los habitantes de las zonas urbanas marginales han llevado a los poderes públicos y a ciertos organismos internacionales de ayuda al desarrollo a modificar su enfoque del problema. El gobierno peruano y su "desarrollo comunitario" de los "pueblos jóvenes" fue uno de los iniciadores de ese viraje, que consiste en considerar el hábitat espontáneo no como un problema sino como una solución al problema de la vivienda, en no tratar de erra

dicarlos sino de volverlos habitables para los seres humanos.[8] Es así como en muchos países los gobiernos, u organismos independientes, ayudan a los habitantes de los barrios a mejorar sus viviendas precarias, entregándoles (o vendiéndoles a precios irrisorios) los materiales de construcción. Se trata de volver habitable lo que no se puede eliminar. Esta política de *self-help*, que racionaliza y vuelve más productiva la construcción mediante la asistencia técnica y material de las municipalidades o de agencias especializadas, tiene algunas ventajas inmediatas, aunque la urbanización global de la ciudad se ve afectada. Solución provisoria como lo es el propio barrio precario, este enfoque empírico del problema se basa en la solidaridad y la autoorganización de los "marginales". Al mismo tiempo, eleva la dignidad colectiva de los habitantes de los barrios "irregulares".

Explosiones sociales y movimientos urbanos

En los países donde la planificación urbana es prácticamente imposible, las ciudades congestionadas e invadidas por nuevos inmigrantes son particularmente vulnerables. Las enormes diferencias sociales generan temor a la violencia urbana, que sólo la coerción parece capaz de controlar. No obstante, a pesar de las tensiones extremas que generan las condiciones de vida infrahumana para la gran mayoría y la provocativa proximidad de la gran riqueza, las explosiones urbanas son más temidas que frecuentes. Cuando se producen, pueden tomar distintas formas.

Las capitales o las grandes ciudades son con frecuencia el teatro de manifestaciones políticas o sociales que los conflictos urbanos, la marginalidad incontrolable o bien manipulada y la indigencia absoluta que no tiene nada que perder hacen degenerar en motines de considerable magnitud. Una catástrofe natural o una protesta pacífica pueden dar lugar a actos de pillaje hasta culminar en el saqueo de un barrio o una ciudad. El bogotazo de 1948 fue una sublevación urbana cuyo detonante fue el asesinato de Gaitán, un líder de la izquierda liberal colombiana y esperanza de los pobres. Bogotá fue sometida a sangre y fuego, y fue el comienzo de una guerra civil. Menos espectacular, debido a la propia configuración de la sociedad argentina a fines de la década de 1960, fue el cordobazo, que estalló en mayo de 1969 en el centro de la industria automotriz. Fue ante to-

[8] Según la fórmula de Michel Foucher en "L'habitat du grand nombre dans les villes d'Amérique latine", *Hérodote*, 4to. trimestre de 1980, pág. 152.

do una sublevación político-sindical contra el centralismo antipopular del régimen militar del general Onganía. Luego se desarrolló según los esquemas clásicos, con elementos tanto de motín como de guerrilla urbana. En 1968, el gobierno mexicano hizo ahogar en sangre una manifestación estudiantil en la Plaza de las Tres Culturas, del barrio capitalino de Tlatelolco: fue una medida preventiva frente a la confluencia de los obreros organizados y las clases peligrosas provenientes de las "ciudades perdidas" con la pequeña burguesía radicalizada.

Las explosiones populares circunscritas son más frecuentes. No se relacionan con las coyunturas políticas favorables o de envergadura nacional. Sus causas son las penurias de la vida cotidiana o los problemas propios de los marginados de las ciudades. Los más frecuentes son los enfrentamientos en defensa de los terrenos ocupados ilegalmente y las miserables casuchas erigidas en el lugar. A fin de resistir los ataques de la policía y reivindicar su derecho, si no a la vivienda al menos a vivir en la ciudad, los residentes se organizan, crean asociaciones, a veces eligen autoridades "municipales" incluso cuando las elecciones están prohibidas (como sucedió en varias "poblaciones" chilenas después de 1973).

Pero los "sentimientos" populares que revelan mejor la situación precaria de los "marginales" de las ciudades tienen por causa y objetivo el transporte público. Salvo los barrios "intersticiales", el hábitat marginal se sitúa en la periferia de las ciudades. Por lo general, están lejos de los lugares de trabajo. Los subproletarios de México o de San Pablo viajan más de tres horas para llegar a su trabajo. Ahora bien, los transportes públicos de las grandes metrópolis latinoamericanas, además de incómodos e insuficientes, son peligrosos por su vetustez y falta de mantenimiento. Debido a las características particulares del mercado de trabajo, llegar con retraso a la fábrica o el taller significa perder el puesto. Por eso, el drama de la vivienda trae aparejado el drama del transporte. En la mayoría de las metrópolis latinoamericanas, los transportes públicos de los trabajadores son absolutamente insuficientes. Cabe pensar que no se le atribuye al problema el carácter de una necesidad económica apremiante debido a la abundancia de mano de obra. A pesar de ciertas obras espectaculares de realización reciente, como el tren subterráneo de México, insuficiente y peligrosamente sobrecargado, el de San Pablo y el de Santiago, que por sus tarifas y trazados están reservados a las capas acomodadas, o al de Río, que une los barrios de la clase alta entre sí, los transportes urbanos populares de las capitales del continente son arcaicos y se encuentran en estado de abandono. Los ferrocarriles suburbanos, donde existen, no han renovado sus instalaciones desde la Segunda Guerra Mundial. Cuando el modelo de desarrollo adoptado pone el acento en la rentabilidad, la política de transpor

tes se orienta hacia las necesidades de la industria automotriz. En el Brasil, el Ministerio de Transportes dedicó el 87 por ciento de su presupuesto de inversiones entre 1960 y 1974 a la construcción de rutas y sólo el trece por ciento a los puertos y los ferrocarriles. En San Pablo, durante el mismo período, el número de transportes individuales se multiplicó por nueve, mientras que los colectivos quedaron muy atrás.

El resultado de tales políticas es lo que en el Brasil se llama la *quebra-quebra*. Un accidente que provoca la muerte de pasajeros (debido a la falta de espacio en el interior de los vagones, muchos se cuelgan de los estribos o las plataformas, de ahí el nombre de *pingentes*), un descarrilamiento o una detención por desperfecto significa para muchos la pérdida del empleo. Entonces, las multitudes enardecidas saquean las estaciones, destruyen vías e incendian vagones. Este fenómeno espontáneo es relativamente frecuente en Río y San Pablo desde hace unas cuatro décadas. Los sociólogos contabilizaron doce incidentes en 1979, diez en 1980.[9] Estas explosiones revelan la extrema tensión en la que viven los pobres de las grandes metrópolis latinoamericanas.

Política de la escasez y clientelismo

Los nuevos "malditos de la tierra" no tienen nada que envidiarles a sus antecesores europeos del siglo XIX. Al mismo tiempo, la inseguridad de las condiciones de vida vuelve a estos "olvidados" de la sociedad urbana elementos sensibles a cualquier expresión exterior de interés en su suerte. Es fácil advertir cómo un político astuto o una organización necesitada de una base social pueden sacar partido de esta situación. Si para los regímenes autoritarios el hábitat irregular significa ruidos molestos, desorden del espacio urbano, violación del derecho de propiedad y peligro social derivado de la pobreza acumulada, en cambio para algunas fuerzas políticas el barrio carenciado es una masa disponible, dispuesta a entregarse al mejor postor. En lugar de erradicar el hábitat, tratan de cooptar a su gente. Con ese fin, se ofrecen ventajas selectivas a los más desposeídos y se los organiza con el propósito de establecer relaciones sólidas de clientelismo. Algunos ejemplos, tomados de sistemas políticos muy diferentes, demues-

[9] Nunes, E.: "Inventario dos quebras-quebras nos trenes e omnibus em São Paulo e Rio de Janeiro, 1977-1981", en Moises, J. A. y cols.:" *Cidade, povo e poder*. San Pablo, CEDEC-Paz e Terra, 1982, pág. 93.

tran cómo la escasez y la indigencia absoluta se pueden convertir en instrumentos de movilización política.

El general Odría, presidente y dictador del Perú de 1948 a 1956, debió afrontar la colosal tarea de transformar la sociedad peruana en la inmediata posguerra. Su política frente al éxodo rural y el crecimiento desmesurado de las ciudades, en especial Lima, fue la de ejecutar grandes obras públicas para reducir el desempleo. Las finanzas del país se lo permitían. Aunque poco inclinado a la demagogia obrerista, este dictador austero logró una gran popularidad entre los habitantes de las barriadas. Para los subempleados de los barrios limeños fue un líder que ofreció seguridad y a quien se identificó con la relativa prosperidad de la década de 1950. Candidato presidencial en 1962, Odría creó los comités "María Delgado de Odría" —el nombre de su esposa—, que recorrían las barriadas para ofrecer dinero, ropa y víveres a cambio de votos. Esta transacción clientelista estaba envuelta en una propaganda antidemocrática destinada a los nostálgicos de la dictadura, con consignas tales como "la democracia no se come", "el arroz era menos caro" y "hechos, no palabras". Los resultados electorales estuvieron a la altura de los medios empleados.

Como máquina política, el partido oficial mexicano sin duda supera a todos en experiencia y habilidad. A través del PRI, con sus redes y líderes locales, los habitantes de los barrios de emergencia obtienen estabilidad, agua y electricidad. Cada barrio tiene su local del PRI y sus habitantes conocen los beneficios que derivan de la participación "espontánea" en las manifestaciones de masas organizadas por el partido-Estado. El "servicio político" es de alguna manera tan obligatorio como el militar. Además, aparte del PRI, ¿quién demuestra interés por ellos?

En un contexto completamente distinto, a principios del decenio de 1960, el Partido Demócrata Cristiano de Chile creó una red asistencial para los habitantes de las "poblaciones" a fin de asegurarse una base sólida en el sector más indigente del subproletariado. La política de la asistencia y el padrinazgo parte de una discutible concepción de la "marginalidad" inspirada en las teorías sociológicas dualistas de la época, según las cuales los marginales constituyen grupos sociales no integrados y no modernizados. La marginalidad sería ante todo un hecho cultural. A fin de paliar la situación, el Partido Demócrata Cristiano creó en las poblaciones los denominados "centros de madres" para difundir los principios de la higiene y "juntas de vecinos" donde los padres de familia asumían responsabilidades cívicas para mejorar sus condiciones de vida. Todas estas actividades eran dirigidas por militantes del partido en el marco de una política denominada de "promoción popular", la que dio sus frutos cuando el democristiano Eduardo Frei triunfó en las elecciones de 1964. Existían entonces

nueve mil centros de madres y 3870 juntas de vecinos, responsables en parte de la victoria de la Democracia Cristiana.

Los movimientos revolucionarios han disputado a los conservadores y a los reformistas moderados la captación política de las masas marginadas. En Chile, los guevaristas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) trataron de asentarse en las poblaciones y de movilizar a los "pobres de las ciudades" detrás de su proyecto revolucionario. La clase obrera, "engañada por los reformistas" del Partido Comunista y el Partido Socialista no los siguió. Bajo el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), trataron de transformar las poblaciones en campos fortificados con milicias de autodefensa. El golpe de Estado militar del 11 de septiembre los barrió implacablemente y sin disparar un tiro. Actualmente, en el Perú, los guerrilleros "polpotistas" de Sendero Luminoso tratan de movilizar los "pueblos jóvenes" sin obtener el mismo éxito que en las regiones más carenciadas de los Andes.

Durante mucho tiempo se discutirá si la miseria extrema conduce a la revuelta o al conformismo y la apatía. Sin duda, es cuestión de fe. Sin embargo, la experiencia parece confirmar la segunda hipótesis. Los "indigentes respetuosos" provocan un miedo que no guarda proporción con la amenaza real que significan para el orden establecido. Aparte de algunas explosiones esporádicas de violencia, reina la calma en los barrios precarios. La revuelta sólo se produce como estrategia de supervivencia y en pocas ocasiones. El sustituto más frecuente de la revolución es la delincuencia. Aunque mal integrados en el mundo urbano, los marginales son ganados por el orden establecido. A tal punto que algunos intelectuales latinoamericanos, más inspirados por Mao que por Castro, sostienen que la salvación revolucionaria sólo puede venir del campo, ya que las ciudades corruptas son incapaces de alzarse.

De la Rosa (Martin), *Nezahuatlcoyotl, un fenómeno*, México, Fondo de cultura economica, 1974.

Henry (Étienne), « Pérou : la dynamique des secteurs populaires », *Problèmes d'Amérique latine*, nº 63, 1er trimestre 1982, p. 119-146.

Kowarick (Lucio), « O preço do progresso : crescimento economico, pauperização e espoliaçáo urbana », in Moises (José Alvaro) *et al.*, *Cidade povo e poder*, São Paulo, CEDEC — Paz e Terra, 1981, p. 30-48.

Lewis (Oscar), *The Children of Sanchez. Autobiography of a Mexican Family*, London, Penguin Books, 1961.

Matos Mar (José), « Migración y urbanización. Las barriadas limeñas, un caso de integración a la vida urbana », in ONU-CEPAL-UNESCO, *La Urbanización en América Latina* (edición preparada por Philip M. Hauser), Buenos Aires, Solar-Hachette, 1962, p. 190-215.

Quijano (Anibal), « La formation d'un univers marginal dans les villes d'Amérique latine », *Espaces et Sociétés*, juillet 1971, p. 71-88.

Sachs (Céline), « The Growth of Squatter Settlements in São Paulo: a Study of the Perverse Effects of the State Housing Policies », *Social Science Information*, London, 22, 4/5, 1983, p. 749-775.

Singer (Paul), « Movimentos de bairros », in Singer (Paul), Caldeira Brant (Vinicius) *et al., São Paulo, o povo en movimento*, São Paulo, Vozes CEBRAP, 1981, p. 83-109.

CUARTA PARTE

América Latina en el mundo

Las relaciones interregionales y la hegemonía de los Estados Unidos

¿El fin de América Latina?

Aunque América Latina es un mosaico de estados heterogéneos, hasta una fecha reciente —posterior a la Segunda Guerra Mundial— parecía mostrar una fuerte homogeneidad externa. En la actualidad, esta imagen se ha atenuado. Las formas de la dependencia evolucionan y se diversifican. Pero sobre todo se diversifican las diferencias de poderío en función del desarrollo o incluso de la coyuntura y la demanda internacional. Entonces, cabe preguntarse si las similitudes entre países en cuanto a su situación exterior no están en vías de desaparecer. Dicho de otra manera, si no es el fin de América Latina como conjunto de naciones sometidas a presiones similares.

"América Latina es una abstracción", dijo con toda razón Henry Kissinger. El secretario de Estado del presidente Nixon quiso sin duda significar con ello que Washington no debía elaborar una política global con respecto al subcontinente sino mantener relaciones bilaterales con cada país. En los hechos, su observación táctica iba mucho más allá.

Las naciones latinoamericanas, después de haber constatado la imposibilidad de realizar la unión latinoamericana o iberoamericana, parecen haberse resignado a aceptar sus destinos singulares en un contexto más amplio que el "hemisferio occidental". Durante mucho tiempo se pudo decir que los estados del subcontinente, sometidos a poderosos factores externos, no eran actores sino sujetos pasivos en la escena internacional, que tenían políticas exteriores pero no política internacional; hoy, cabe preguntarse si algunos no empiezan a cumplir un papel extrarregional, incluso mundial, que modifica profundamente la realidad de las relaciones interamericanas.

Las confederaciones independientes formadas a partir de las antiguas colonias españolas estallan en pedazos entre 1830 y 1840. En 1826 Bolívar había convocado el Congreso "anfictiónico" de Panamá para crear la federación de las nuevas repúblicas. El fracaso fue estrepitoso. Poco antes de morir, el Libertador se quejaba amargamente de haber "arado en el mar". Sin embargo, no careció de émulos, cuyos esfuerzos se vieron coronados por el mismo fracaso tenaz que el de su ilustre antecesor. Durante todo el siglo XIX, varios congresos intentaron vanamente crear una unión de naciones hispano o iberoamericanas. La defensa solidaria de la independencia cultural y económica de los estados latinos de América no progresó en absoluto. Lo único que quedó de todo ello fue la nostalgia por una unidad imposible y una retórica nueva sobre la " madre patria" y las "repúblicas hermanas". Pero las hermanas, desunidas por razones tanto económicas como políticas, se dan la espalda. A partir de fines del siglo XIX, establecen vínculos más sólidos con Europa que entre sí. Sólo un federador externo podía reunirlas.

Hasta 1920 Gran Bretaña fue la gran potencia dominante en el continente. Primera potencia capitalista, es el primer cliente, proveedor y financista de los países latinos de América durante todo el siglo XIX y hasta la Gran Depresión. Sus intereses económicos en América Latina eran enormes. Los capitales británicos efectuaron un aporte decisivo para la construcción de la infraestructura que requería el crecimiento extravertido de las economías latinoamericanas: ferrocarriles y puertos atraían a los financistas de la City. Es verdad que el gobierno de Su Majestad participó activamente en la independencia de las colonias españolas, garantía del libre acceso de los productos británicos a mercados hasta entonces reservados a la metrópoli. Pero desde entonces, Gran Bretaña ha demostrado escaso interés diplomático-político por los estados de la región. Londres sólo demuestra un interés marginal por la vida de esas naciones, no impone políticas ni gobiernos, sólo vela por que se respeten sus intereses y, sobre todo, los principios del libre comercio. América Latina no forma parte del mundo político de Whitehall.

Distinta es la posición de los Estados Unidos. Antes de 1930, esta nación no era una potencia mundial con responsabilidades en todo el planeta. Pero antes de convertirse en un gran país industrial a partir de 1890, cuando sus intereses económicos a escala continental son relativamente menores, la gran república del Norte se vuelve hacia sus vecinos del Sur. A partir de la doctrina Monroe de 1823, Washington empieza a asumir

"responsabilidades particulares" con respecto al subcontinente. Por cierto que esta declaración circunstancial se inscribe en el marco de una activa solidaridad antieuropea con las colonias españolas en vías de emancipación. Con todo, esta advertencia dirigida al Viejo Mundo, a Rusia en forma directa, pero indirectamente a España, será el hilo conductor de la política continental norteamericana hasta la actualidad. Con el "corolario Roosevelt" de 1904, que otorga a Washington una suerte de derecho de policía internacional, la doctrina no sólo considerará cualquier intervención europea en la América española como un acto "hostil hacia los Estados Unidos", sino que al proclamar "América para los americanos" sentará las bases ideológicas del panamericanismo.

La época del panamericanismo (1889-1945)

Una vez concluida la conquista de su espacio interior al Oeste y al Sur, convertidos en una potencia industrial y comercial de primera fila, los Estados Unidos convocan la primera conferencia internacional de estados americanos, que se realiza en Washington en 1889. Ya comienzan a alentar proyectos coloniales que pondrán en práctica diez años más tarde, al término de la guerra con España.

Durante esta conferencia, los "americanos" —así se autodenominan a partir de entonces—, al despojar de alguna manera a sus vecinos del Sur de su identidad geográfica, tratan de imponer un tribunal de arbitraje permanente para resolver los conflictos regionales. También invitan a los países latinoamericanos a reducir sus tarifas exteriores y crear una unión aduanera que aseguraría a los Estados Unidos un gran mercado cautivo. Los países más vinculados con Europa, sobre todo la Argentina, se rebelan y frustran esos proyectos ingenuos de establecer una alianza desigual. El canciller Sáenz Peña, en representación de los "yanquis del Sur", rechaza la doctrina Monroe, oponiendo al "América para los americanos" un ecuménico "América para la humanidad".

Desde 1900 hasta la Gran Depresión, las relaciones interamericanas son dominadas por la política arrogante y dominadora de la república imperial. La *big stick diplomacy*, versión norteamericana de la política de la cañonera, alterna con la "diplomacia del dólar", menos espectacular pero no menos eficaz. Las principales víctimas son las pequeñas naciones del Caribe y Centroamérica, además de Panamá, donde los Estados Unidos ocupan una zona colonial alrededor del canal. El principio de intervención

norteamericana queda incorporado a la Constitución de Cuba, liberada del "yugo español". Las tropas norteamericanas sólo se retiran de la isla cuando ésta aprueba la enmienda Platt, cuyo artículo tercero prevé que "el gobierno de Cuba acepta que los Estados Unidos ejerzan el derecho de intervención para preservar la independencia de Cuba, mantener un gobierno capaz de asegurar el respeto por las vidas, los bienes, las libertades (y) las obligaciones internacionales". Los *marines* vuelven a ocupar la gran isla en 1906. Nicaragua en 1912, Haití en 1915, Santo Domingo en 1916 sufren la misma suerte que Cuba. La República Dominicana permanece bajo ocupación de 1916 a 1924, Nicaragua de 1912 a 1925 y nuevamente de 1926 a 1933. Los *marines* "protegen" Haití ininterrumpidamente desde 1915 hasta 1934.

A partir de 1933, cuando F. D. Roosevelt llega a la Casa Blanca, las relaciones interamericanas adquieren un cariz nuevo ante los peligros que acechan al mundo. Es la política de la "buena vecindad", que entraña el abandono táctico de la intervención directa a fin de reducir las tensiones. Washington pone fin a las intervenciones con el objeto de neutralizar el "antiamericanismo" y poder contar con aliados seguros en caso de necesidad. También quiere estar en condiciones de reunir alrededor de ella a sus vecinos meridionales cuando estalle la guerra en Europa. Tras una serie de reuniones de consulta con las cancillerías americanas, la entrada de los Estados Unidos en la guerra después de Pearl Harbor en 1941 debe arrastrar a los estados del continente.

Al entrar en la guerra, los Estados Unidos acrecientan su dominio sobre sus vecinos australes, esta vez mucho más allá del canal de Panamá. La alineación casi automática de los aliados renuentes con los Estados Unidos no es una mera fórmula diplomática. A los países del continente se les obliga a declarar la guerra a las potencias del Eje. Los estados más recalcitrantes, como la Argentina, sufren un verdadero bloqueo diplomático. Los Estados Unidos temen que el Reich hitleriano establezca una cabeza de puente en el continente aprovechando la existencia de colonias alemana activas y prósperas en el Brasil, la Argentina y Chile, o bien que los países más ligados a Europa, en lugar de abrazar la causa de las "naciones unidas", se aferren a una neutralidad antinorteamericana (y popular), pero sobre todo quieren compartir el esfuerzo bélico con sus vasallos. En nombre de la lucha contra el nazismo y por la libertad, los Estados Unidos establecen unilateralmente el precio de las materias primas y las pagan en dólares inconvertibles. Pocos países se beneficiarán con la situación. Sólo el Brasil del *estado novo* getulista, después de un breve coqueteo con Alemania, abraza con fervor la causa de las democracias. Envía una fuerza expedicionaria a Italia, que se incorpora al ajército norteamericano,

presta sus bases en el cabo del Nordeste a la fuerza aérea y obtiene a cambio un crédito del Eximbank para la creación de la siderurgia nacional.

Al cabo de la guerra, el "arsenal de las democracias" se convierte en el "país líder del mundo libre". La Europa en ruinas tardará años en volver a levantarse, mientras que la guerra ha acrecentado la dependencia económica y militar de los países del continente con respecto a los Estados Unidos, que reemplazan a las naciones europeas, incluso como proveedoras de capitales. Gran Bretaña desaparece. Sus inversiones en América Latina, de 754 millones de libras en 1938, caen a 245 en 1951. Los Estados Unidos, que en 1897 habían invertido apenas trescientos millones de dólares, llegan a los dos mil millones en 1920, a 3,5 en 1929, 4,7 en 1950. En 1914, las inversiones directas del Reino Unido en el continente triplicaban las de los Estados Unidos.[1] Antes de la guerra, las naciones sudamericanas no habían sufrido todo el peso de la dominación del Norte. Ligadas comercial y financieramente a Gran Bretaña, a Francia y Alemania en relación con el armamento y el adiestramiento militar, tributarias de la cultura francesa, habían diversificado sus socios externos y lejanos en grado suficiente como para evitar el avasallamiento. Después de 1945 cambia todo el panorama. La dependencia es acumulativa. El primer inversor extranjero, el primer cliente —para algunas economías latinoamericanas, el único—, ya no es un lejano país europeo sino una metrópoli situada en el mismo continente que sus vasallos, un gigante vecino. Porque los Estados Unidos es la primera potencia mundial tanto económica como militar, mientras que Europa, en plena reconstrucción, encuentra dificultades para afirmarse en los terrenos que dominaba hasta ayer. Por consiguiente, durante algunas décadas cada estado latinoamericano se enfrentará solo con su enorme tutor: un país que contiene el seis por ciento de la población mundial, pero consume casi la mitad de los recursos del planeta; el primer consumidor y el primer productor del mundo.

El sistema interamericano institucionalizado (1947-1965)

La idea rectora que inspirará la estructuración de un continente alrededor de la seguridad hemisférica fue resumida así bajo la presidencia de Truman: "un hemisferio cerrado en un mundo abierto". Universalismo,

[1] Según Organization of American States, Interamerican Economic and Social Council, Foreign Investments in Latin America. Washington DC, 1, 1967.

desde luego, pero no en la zona de intereses vitales de los Estados Unidos que se extienden hasta Tierra del Fuego. Es la hora de Yalta.

En realidad, la filosofía del sistema interamericano fue elaborada durante la guerra fría. Se trata de proteger al hemisferio del comunismo en nombre de la solidaridad geográfica. Con ese fin se crean dos instrumentos diplomáticos, uno militar y otro político. El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) se firma en Río en 1947. La Carta de la Organización de Estados Americanos, firmada en Bogotá en mayo de 1948, tiene dos objetivos: la solución pacífica de los diferendos regionales y la seguridad colectiva. La OEA, que admite en principio la igualdad jurídica de sus miembros, otorga a los Estados Unidos una mayoría automática basada en los supuestos intereses comunes de la "familia americana". Gracias a las presiones cuidadosamente aplicadas sobre los estados más vulnerables, los Estados Unidos dominan la OEA a un grado tal que Fidel Castro la ha llamado el "Ministerio de Colonias" norteamericano. La utilización de la OEA para justificar las invervenciones militares directas e indirectas de los Estados Unidos, que justamente la Carta debía impedir, han acabado por desacreditar la institución.

Durante todo el período en cuestión, las relaciones interamericanas se ven afectadas por crisis vinculadas con los enfrentamientos planetarios y con la voluntad de los Estados Unidos de "defender al continente del comunismo". La escena de la primera de estas crisis fue Guatemala en 1954. En ese país, que tenía un régimen democrático desde 1944, el presidente electo Arbenz legalizó al Partido Comunista, que le había proporcionado algunos cuadros. Promulgó una reforma agraria prudente, pero que lesionaba los intereses de las empresas agrocomerciales norteamericanas. Ello bastó para que los hermanos Dulles, desde el Departamento de Estado y la CIA, lanzaran una ofensiva para desestabilizar y derrocar el gobierno legal de Guatemala.

Una conferencia de la OEA reunida en Caracas en marzo de 1954, vota una resolución que condena al comunismo como una "ingerencia inadmisible en los asuntos americanos". Algunos meses más tarde, un ejército mercenario sale de Honduras y, con apoyo de la CIA, derroca el régimen democrático guatemalteco, que sufre la traición del ejército nacional. La OEA no interviene contra la flagrante violación de la soberanía de uno de sus miembros. Desde entonces, durante treinta y un años, Guatemala sufrió una sucesión casi ininterrumpida de dictaduras militares.

La crisis cubana fue de suma gravedad. Tuvo su fase aguda entre los comienzos de la década de 1960 —Fidel Castro y sus camaradas entran en La Habana en enero de 1959— y la crisis de los misiles en octubre de 1962, que enfrenta a Kennedy y Kruschev alrededor de la instalación de cohetes

nucleares en suelo cubano. El acercamiento de Cuba a la Unión Soviética y la adopción del modelo leninista por los "rebeldes" que habían derrocado al dictador Batista introducen al continente en la rivalidad Este-Oeste, desatando una intensa actividad de las instituciones interamericanas para "frenar el peligro comunista".

En agosto de 1960 se realiza una primera reunión de consulta en San José de Costa Rica. El documento aprobado no nombra a Cuba, pero condena la ingerencia de una potencia extracontinental —todos saben que se refiere a la Unión Soviética— y el totalitarismo. En abril de 1961 un lamentable intento de invasión a la isla por anticastristas entrenados por los Estados Unidos es derrotado en Playa Girón. La OEA es convocada nuevamente. En enero de 1962 la Conferencia de Punta del Este, en el Uruguay, consagrada a la "solidaridad americana", resuelve en medio de un clima muy tenso expulsar a Cuba del concierto interamericano. La medida es aprobada por estrecho margen gracias a los votos de los pequeños estados del mediterráneo americano, mientras que los grandes y la mayoría de los sudamericanos: el Brasil, la Argentina, Chile, México y también Bolivia y Ecuador, contrarios a la medida, se abstienen en la votación.

La crisis cubana, en la que el David comunista desafía al Goliat capitalista, aunque sin caer (o para quedar bajo la égida de la otra superpotencia), da lugar a dos iniciativas complementarias por parte de los Estados Unidos, que demuestran el dominio de Washington. La primera, la Alianza para el Progreso, se caracterizó por su retórica más que por sus resultados; la segunda, que algunos autores denominan el "viraje estratégico kennediano", tuvo consecuencias más graves y duraderas.

En marzo de 1961, frente al desafío castrista, el presidente Kennedy proclama solemnemente un plan de asistencia al desarrollo denominado Alianza para el Progreso. El programa prevé el otorgamiento de créditos a los países latinoamericanos que se comprometan a realizar reformas en un marco democrático a fin de permitir un crecimiento armonioso. El objetivo de este miniplan Marshall, de ayuda social más que económica, era ante todo propagandístico. Los responsables de tomar las decisiones en los Estados Unidos decían con él que conocían la raíz de los males que daban lugar a los golpes revolucionarios y el comunismo. Pero desde mediados del gobierno de Johnson, los Estados Unidos se empantanaron en Vietnam y olvidaron la Alianza. Paralelamente a esto, siempre en el marco de la lucha contra la subversión, el Pentágono reorientó la política de defensa del hemisferio. Se puso el acento en la seguridad interna a costa de la defensa de las fronteras. Se revisó la ayuda militar prestada a los ejércitos del continente. Los militares latinoamericanos asumieron a partir de entonces la misión de mantener el orden interno y combatir el comunismo;



buyendo así a la defensa del mundo libre. Desde esa perspectiva, los ejércitos del continente elaboran las doctrinas contrarrevolucionarias de la seguridad nacional, que condenan todo cambio, y se entrenan en actividades de contraguerrilla y de acción cívica, es decir, en proyectos no militares de utilidad social. Las consecuencias y las temibles repercusiones políticas de esta transformación son conocidas.

La tercera crisis que sacude a la OEA se produce en abril de 1965 en la República Dominicana. Ante los graves sucesos políticos en Santo Domingo, el espectro de una nueva Cuba conmociona al gobierno norteamericano. El presidente Johnson envía a los *marines*, que intervienen en un confuso conflicto interno a favor de los militares de derecha y en contra de las fuerzas políticas partidarias de la instauración de un régimen democrático. La OEA, en violación de su propia Carta, aprueba la intervención norteamericana. En 1965 comienza la descomposición irreversible de la organización regional. El mito de la "familia americana" ha muerto.

El fin de las "relaciones especiales": América Latina en el conflicto Este-Oeste

A partir de 1965, cuando aparentemente se desvanece el peligro de que Cuba exporte su revolución, el interés de Washington por América Latina decrece en la misma medida. Cuba parecía resignarse momentáneamente a construir el socialismo en un solo país. Los Estados Unidos aceptaban con renuencia una situación de coexistencia conflictiva con el régimen castrista y en consecuencia consideraban una política latinoamericana de costo menor. De hecho uno puede preguntarse si desde entonces los Estados Unidos elaboran políticas globales para el continente. El célebre *New Dialogue* que Nixon propone tardíamente a los latinoamericanos pone fin a la *special relationship* que Washington pretendía mantener con sus vecinos del Sur. Se acaban las proclamas rituales sobre una nueva era en las relaciones hemisféricas. Mientras Nixon y su sucesor, Gerald Ford, practican con respecto al continente el arte sutil del *benign neglect*, los expertos elaboran teorías sobre la falta de importancia de América Latina para Washington. Un informe presentado en 1970 ante el Council on Foreign Relations afirma: "En definitiva, América Latina carece de importancia estratégica, política, económica, ideológica o vital para los Estados Unidos [...]." Sin embargo, bajo esa aparente falta de interés, tan distante de los gestos espectaculares de la era Kennedy, se advierten los ejes de una

política. La llamada teoría de los "países clave", cara a Kissinger, es aplicada al Brasil. En 1971, una frase atribuida a Nixon sobre la identidad del porvenir de América Latina con el del Brasil,[2] provocaba indignación generalizada en la América hispana; luego, en febrero de 1976, Kissinger trataba de convencer a Brasilia de la conveniencia de crear instituciones de cooperación permanente. En todo el continente se hablaba del surgimiento de un "subimperialismo". Por otra parte, la aparente falta de interés frente al continente no le impidió a Nixon defender con implacable firmeza los intereses norteamericanos cuando los creyó amenazados por regímenes hostiles. De acuerdo con las recomendaciones del informe Rockefeller, publicado en 1969 bajo el título de *La calidad de vida en las Américas* y que ponía de relieve la función modernizadora positiva de las elites militares en el desarrollo del continente, el gobierno republicano no vaciló en intervenir indirectamente para desestabilizar gobiernos legales que le parecieran hostiles o sospechosos. La caída de Allende en septiembre de 1973 fue apenas el ejemplo más espectacular de esas prácticas discretas. El pragmatismo se imponía a los dogmas, pero, según el título en forma de fábula de un ensayo de Arévalo, predecesor del presidente guatemalteco Arbenz,[3] el tiburón siempre se siente cómodo entre las sardinas.

Con el arribo de Carter a la presidencia en 1976, muchos creyeron que se volvía a la época de Kennedy. Desde su primer día en la Casa Blanca, el demócrata manifestó gran interés por América Latina, como lo demuestran sus numerosos viajes y los de su esposa Rosalyn. Pero no se volvió a la "relación especial" ni se elaboró ninguna política específicamente regional. En América Latina, como en otras partes del mundo, la política de Carter, que muchos consideraban ingenua, incoherente e inspirada en principios religiosos más que en criterios de eficiencia, tenía por objeto principal crear una imagen más atractiva de los Estados Unidos después de Vietnam y, sobre todo, después del golpe de Estado en Chile. Sus afanes moralizadores no eran gratuitos. La política de derechos humanos, aunque aplicable en América Latina, no estaba dirigida al continente. Formaba parte de un vasto plan —frustrado, por otra parte— de ofensiva contra el campo soviético. La política de defensa selectiva de los derechos humanos, que nunca tuvo en cuenta a Irán hasta la caída del sha, apuntaba a las dictaduras latinoamericanas precisamente porque el continente tenía esca-

[2] Durante una visita del presidente brasileño Medici a Washington, Nixon habría dicho: "América Latina irá donde vaya el Brasil." Esta frase, a la que se puede atribuir el significado que se desee, provocó un escándalo, ya que los vecinos miraban al Brasil con suspicacia.

[3] Arévalo, J. J.: *Fábula del tiburón y las sardinas. América Latina estrangulada.* Buenos Aires, Palestra, 1956.

sa importancia estratégica para los Estados Unidos. Las presiones moralizadoras sobre los regímenes militares no tuvieron otro resultado que distanciar a Washington de sus mejores aliados. Es así como Carter recibió una fría recepción oficial en Brasilia, pero fue saludado con calidez y simpatía por la oposición. Ningún presidente norteamericano había sido objeto de semejante trastrueque de papeles en una visita al sur del río Bravo. Nixon, que estuvo varias veces a punto de recibir una pedrada durante su calamitosa gira latinoamericana de 1958, podría certificarlo.[4]

Es verdad que Carter no se limitó a ello. Siguiendo las recomendaciones del muy "liberal" informe de Saul Linowitz (1974), al principio de su gestión trató de suprimir los factores de tensión entre su país y América Latina. Algunos efímeros gestos hacia Cuba y la voluntad de mejorar las relaciones con estados sospechosos de albergar tendencias socializantes, como Guyana o la Jamaica de Michael Manley, contribuyeron menos a la nueva imagen de los Estados Unidos que la firma y la ratificación de los nuevos tratados sobre el canal de Panamá, que al poner fin a una situación colonial y reconocer la soberanía de los panameños sobre la vía transoceánica, aportaba una solución razonable a un problema muy "delicado" para todos los latinoamericanos. Sin duda, la actitud del gobierno Carter frente a la crisis de Nicaragua y la dinastía de los Somoza fue original y audaz en su ruptura con la tradición diplomática norteamericana. Por primera vez, aunque en medio de gran confusión y con muchas vacilaciones que incluyeron desde el "somocismo sin Somoza" hasta una imposible solución centrista, Washington negó su apoyo a una dictadura amiga contra una oposición armada y revolucionaria. Precisamente a partir de la caída de Somoza y la irresistible conquista del poder por los sandinistas, la política de Carter se endureció y volvió a los imperativos geopolíticos y los criterios de seguridad subestimados hasta entonces. La crisis de los rehenes de Teherán, el recalentamiento de la guerra fría con la invasión a Afganistán, el miedo al contagio castrista en el Caribe tras la instauración de un régimen marxista en la isla de Grenada, las preocupaciones suscitadas por la orientación antinorteamericana y anticapitalista del gobierno sandinista de Managua, así como la guerra civil en El Salvador, fueron los factores que provocaron el fin de una breve distensión, un período paradójico y atípico de calma en las relaciones interamericanas.

El muy conservador republicano Ronald Reagan no se limitó a seguir las huellas del "segundo" Carter con una política pragmática y bilateral de defensa de los intereses permanentes de los Estados Unidos. Mientras una Sudamérica madura dejaba de ser causa de preocupación para los Estados

[4] Nixon, R.: *Six Crises*. Nueva York, Doubleday, 1962.

Unidos, Centroamérica y el Caribe se convertían en una dimensión esencial de la acción global de Washington contra el "imperio del mal", la Unión Soviética. Así como Carter se había esforzado por dejar atrás los *dirty tricks* de Nixon y los horrores del apocalipsis indochino, Reagan, que lo consideraba culpable de haber "perdido" Nicaragua y permitido la humillación de la bandera norteamericana, redescubrió la teoría del dominó y el *containment* para aplicarla al "coto de caza" centroamericano. A fin de demostrarle al mundo que a pesar de la derrota en Vietnam —negada con desesperación—, los Estados Unidos no habían perdido su fuerza ni la fe en su destino manifiesto, el gobierno de Reagan resolvió hacer una demostración de su firmeza anticomunista en el comienzo mismo de su gestión. Se eligió a El Salvador como campo de prueba. Allí, según el general Haig, ese secretario de Estado robusto y vociferante, Washington debía "arrojar un dardo" para "derrotar" la subversión. El ensayo no resultó satisfactorio, y las organizaciones guerrilleras estuvieron a punto de tomar el poder en 1983. Con esa clase de pruebas, los Estados Unidos no podrían tranquilizar a sus aliados ni atemorizar a sus enemigos. Para dar el gran golpe, se eligió a Grenada y sus cien mil habitantes como experiencia piloto de intimidación simbólica. Los *marines* la invadieron el 25 de octubre de 1983 y la "liberaron" del comunismo. Los Estados Unidos habían recuperado su orgullo. Pero aun restaba Cartago, es decir, Nicaragua, que Washington consideraba se había sovietizado y, como enlace de Cuba, servía a la subversión en la región. Bloqueo diplomático, minado de puertos, apoyo financiero a la oposición armada contrarrevolucionaria: todos los medios eran buenos para provocar la asfixia del país y el derrocamiento de los "nueve dictadorzuelos de Managua". Es decir, todos menos aparentemente la intervención armada directa. "Ni nueva Cuba ni nuevo Vietnam": fórmula estricta en verdad. Pero el costo político de una intervención de los *marines* era tan alto, que convenía pensarlo dos veces. La época de la cañonera y el corolario Rossevelt había quedado atrás. Nicaragua no era Grenada. Y América Latina se había abierto al mundo: 1986 no era 1954. El hemisferio no estaba cerrado. Era difícil invocar la defensa de la democracia. —¿cuál democracia?— para convencer a europeos y sudamericanos que el *backyard* sólo necesitaba una soberanía limitada y que era legítimo considerar a Centroamérica como "la Europa Oriental de los Estados Unidos" según la frase de Zbigniew Brzezinski. Las generosas propuestas de la comisión bipartidista presidida por Kissinger (1984) sobre el porvenir de Centroamérica y los pretextos de la Caribbean Basin Initiative que debían abrir el mercado norteamericano a los productos de la región no cambiaron en absoluto la situación.

¿Y la OEA? Despúes de tantos años de servicios, y a pesar de los nu-

merosos intentos de reforma que soslayaron cuidadosamente el fondo del problema (la presencia norteamericana), la organización regional hizo gala de su farragosa inutilidad e impotencia burocrática. Incluso para los Estados Unidos se había vuelto una herramienta defectuosa. Así, durante la asamblea extraordinaria reunida en Washington en junio de 1979 para estudiar la situación nicaragüense, se rechazó por mayoría el proyecto del secretario de Estado, Cyrus Vance, de enviar una "fuerza de paz" para interponerse entre la guardia somocista y el FSLN. Pero la organización tampoco responde ya a las expectativas de las naciones latinoamericanas. No ha podido intervenir en ninguno de los grandes y graves problemas que las conmovieron en los últimos años: ni la deuda externa ni la solución de los conflictos centroamericanos pasan por ella. Debido a la oposición de los Estados Unidos, las cláusulas de la seguridad colectiva de la Carta de Bogotá y el TIAR no les fueron aplicadas a Gran Bretaña cuando su cuerpo expedicionario atacó a un estado del continente, la Argentina, para reconquistar las islas Malvinas (abril-junio de 1982). Las instituciones interamericanas quedaron totalmente desacreditadas por mucho tiempo. Y los Estados Unidos enterraron la doctrina Monroe al demostrar un evidente partidismo por la intervención de un país europeo contra un estado americano.

En diciembre de 1985 se hizo un nuevo intento de salvar a la OEA en Cartagena, Colombia. Por iniciativa de un nuevo y dinámico secretario general brasileño, y a pesar de los esfuerzos desesperados del secretario de Estado norteamericano Schultz para obtener la condena, incluso la expulsión, de Nicaragua por ayudar al terrorismo en América Latina, los ministros "americanos" votaron que la organización quedaba abierta a todos los estados del continente. La medida permitiría que Cuba regrese algún día al seno de la "familia latinoamericana".

¿Se convertirá algún día el "Ministerio de Colonias" norteamericano en el "foro de los países del Sur"? Es probable que las restricciones administrativas y financieras no lo permitirán, y la decadencia de la organización seguirá su curso. Porque el panamericanismo que la animaba ha muerto.

Bitar (Sergio), Moneta (Carlos), *Política económica de Estados Unidos en América Latina. Documentos de la administración Reagan*, Buenos Aires, Grupo Editor latinoamericano, 1984.

Connel-Smith (Gordon), *The United States and Latin America. An Historical Analysis of Inter-American Relations*, London, Heinemann, 1974.

Cotler (Julio), Fagen (Richard), *Latin America and the United States. The Changing Political Realities*, Stanford (Cal.), Stanford University Press, 1976.

Jaguaribe (Helio) *et al.*, *La Política internacional de los años 80. Una perspectiva latinoamericana*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

Levinson (Jerome), de Onis (Juan), *The Alliance that Lost its Way. A Critical Report on the Alliance for Progress*, Chicago, Quadrangle Books, 1970.

Mols (Manfred), *El Marco internacional de América Latina*, Barcelona, Editorial Alfa, 1985.

Muñoz (Heraldo), Tulchin (Joseph) *et al.*, *Entre la autonomía y la subordinación. Política exterior de los paises latinoamericanos*, Buenos Aires, Grupo Editor latinoamericano, 1984.

Roger (William), « The United States and Latin America », *Foreign Affairs*, 1985, 3, p. 560-580.

Rouquié (Alain), « La présidence Carter et l'Amérique latine. Parenthèse ou mutation ? », *Problèmes d'Amérique latine*, nº 60, 1981, p. 49-57.

Selser (Gregorio), *Informe Kissinger (Introducción, comentarios y epílogos por...)*, México, El Día, 1984.

2. "América Latina entra en escena": Nuevas solidaridades y potencias emergentes

La decadencia del sistema interamericano formal no ha suprimido las obligaciones geopolíticas. A pesar del mayor poderío de algunos países y las brechas abiertas en el continente por el conflicto Este-Oeste del que los Estados Unidos han podido preservar su "patio trasero", el despertar de solidaridades horizontales entre países del Sur frente al Norte industrializado han ayudado a abrir el hemisferio. Esta separación no se debe tanto al choque de intereses o ideologías como a la negligencia más o menos benévola manifestada en muchas ocasiones por la metrópoli con respecto al subcontinente.

Aunque el sueño bolivariano de unidad dista de ser una realidad, en la búsqueda de su independencia Latinoamérica ha dado vía libre a su creatividad. Con fortuna diversa pero siguiendo una tendencia que parece irreversible. El hecho de que el "fin de América Latina" coincida con la aparición de una verdadera conciencia latinoamericana no es la menor de las paradojas del continente.

Conciencia latinoamericana y cooperación regional

Es imposible poner fecha exacta a los primeros índices de la aparición de una conciencia activa sobre los intereses comunes de los países latinoamericanos. Resulta más fácil señalar cuáles son las iniciativas o instituciones que expresan el nuevo estado de ánimo. Se considera que la fundación de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana (CECLA) en 1963 marca la aparición de un subsistema latinoamericano.[1] Este orga-

[1] El concepto de "subsistema latinoamericano" empleado aquí está tomado de Mols, M.: "Condiciones de surgimiento y funcionamiento de un subsistema latinoamericano", en *El marco internacional de América Latina*. Madrid, Alfa, 1985, pág. 77.

nismo, del que los Estados Unidos no forman parte, fue creado en el marco de la OEA y se convirtió rápidamente en una suerte de foro regional. En mayo de 1969 los cancilleres de los diecinueve países miembros de la CECLA, reunidos en Chile, elaboran el "Consenso de Viña del Mar", que propone nuevas bases de cooperación con los Estados Unidos teniendo en cuenta la "personalidad propia de América Latina" y las necesidades de su desarrollo. El documento final de la reunión menciona el "derecho soberano de cada país a disponer libremente de sus recursos naturales" y la igualdad de los estados. El sentimiento unitario, que poco antes no era sino retórica cultural hueca de los discursos diplomáticos, se vuelve operativo. Expresa los intereses económicos comunes y las relaciones de dependencia. El Consenso de Viña del Mar es un punto de partida pero sobre todo una culminación. Al cabo de un largo camino y como resultado de circunstancias nuevas se ha pasado de una colaboración sumisa y dispersa con la potencia tutelar a una gestión colectiva que requiere la solidaridad hacia adentro y un cierto nivel de confrontación hacia afuera.

En el decenio de 1950, los sentimientos ampliamente compartidos por las elites dirigentes de los estados latinoamericanos afloran a la luz del día. El primero es que los Estados Unidos, con la ingratitud propia de los pueblos fuertes, descuidan a sus vecinos del Sur, a pesar del apoyo diplomático y político sin desmayos que éstos les brindan en la Segunda Guerra Mundial, en la ONU y en el conflicto Este-Oeste. Es así como Colombia y el Perú envían batallones a Corea, mientras los demás estados, incluso aquellos que, como la Argentina de Perón, tienen tendencia a rebelarse, apoyan al campeón del mundo libre en el conflicto del Extremo Oriente. Los latinoamericanos sostienen con cierta razón que los Estados Unidos sólo miran hacia Europa, la que se beneficia con la generosidad del plan Marshall. En 1954, los estados latinoamericanos que acaban de condenar el comunismo en Caracas, obtienen a cambio una conferencia económica interamericana consagrada a los problemas de la región. Los Ministros de Economía del continente se reúnen en Quintadinha, Brasil, sin obtener resultado práctico alguno. Pero al menos los Estados Unidos han aceptado conversar con sus vecinos sobre problemas de desarrollo. En 1958, el presidente brasileño Kubitschek propone avanzar un paso más. Su proyecto de un nuevo tipo de cooperación, llamado "Operación panamericana", caerá en oídos sordos hasta que Kennedy, temeroso de la extensión continental del castrismo, lanza la Alianza para el Progreso.

El segundo sentimiento está vinculado de alguna manera con la maduración de las economías latinoamericanas y la coyuntura. El desarrollo pasa a ser un imperativo que da lugar a políticas voluntaristas. La industrialización requiere el mayor aprovechamiento de los recursos naturales de

cada país, su nacionalización si es necesario. A fin de la década de 1960, aires nacionalistas recorren el continente. Sus causas son diversas: las necesidades del modelo de industrialización por sustitución de importaciones —ya que el proteccionismo hace buenas migas con la afirmación nacional—, la indiferencia de los Estados Unidos, hundidos en el avispero vietnamita, y la distensión continental generada por el repliegue cubano. Este período de deshielo interamericano es propicio a la expresión desembozada de los intereses nacionales.

Es por ello que en el subcontinente, al mismo tiempo, con distintas formas y modalidades, llegan al poder varios regímenes que, siguiendo el precedente mexicano de 1938, revisan las concesiones de riquezas nacionales a empresas extranjeras, a pesar de la extensa gama de sanciones con que los Estados Unidos amenazan a los países que expropien sus bienes sin la indemnización adecuada. Esta oleada nacionalista se expresa de distintas formas en los distintos países. Algunos no rechazan la posibilidad de llegar a una confrontación limitada o radical con los Estados Unidos. Otros prefieren negociar acuerdos con el gobierno de Washington y las empresas norteamericanas que lo acepten para recuperar sus riquezas naturales.

Entre los moderados cabe mencionar al presidente chileno Frei (1965-1970), democristiano, y al señor Carlos Andrés Pérez, jefe de Estado socialdemócrata de Venezuela (1974-1979). El primero inicia el proceso de "chilenización" del cobre imponiendo la participación nacional mayoritaria en la propiedad de las minas. El segundo promulga la ley de "recuperación petrolera" para poner fin antes de término a las concesiones otorgadas a las grandes empresas extranjeras. En el otro extremo, la Unidad Popular chilena de 1971 nacionaliza las minas de cobre con el acuerdo unánime del Parlamento, pero en el marco de un proceso de transición al socialismo. Entre los dos, ambiguo y selectivo, se encuentra el Perú de los "revolucionarios uniformados" que, bajo el general Velasco Alvarado, nacionaliza simbólicamente la International Petroleum Company y la Cerro de Pasco Mining Corporation a la vez que abre la puerta a las inversiones extranjeras en el sector minero.

Cabría pensar que la nueva conciencia de la identidad latinoamericana, así como la reticencia a presuponer que existe una armonía natural de intereses entre los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas guardan relación con el retorno a cierta fluidez internacional. El deshielo continental en la era "post-Che Guevara" y el "multicentrismo" planetario fomentan la autonomía de los estados latinoamericanos. La desaparición de la homogeneidad relativa de los sistemas políticos y la diversidad de las vías de desarrollo adoptadas a partir del decenio de 1960 alejan a las naciones del continente de los mitos y ritos de la "familia latinoamericana".

En realidad, los requerimientos y las necesidades de la economía conducen en muchos casos a la autonomía de los países de la región. A medida que las sociedades se industrializan, se reduce la complementaridad con respecto al primer mercado consumidor de bienes primarios. Tanto más por cuanto la competencia de los productos manufacturados latinoamericanos suscita la hostilidad de los productores y sindicatos de los Estados Unidos, que reclaman medidas proteccionistas. Por ejemplo, el *trade bill* de 1974 provoca una miniguerra económica con los países más adelantados del Sur. La dificultad de penetrar al mercado norteamericano conduce a la búsqueda de nuevas salidas, a la vez que las divergencias de intereses se vuelven más tajantes.

El crecimiento del comercio internacional es una de las causas, más que una consecuencia, de la nueva solidaridad latinoamericana. Aunque las "industrias de integración" creadas en el marco de acuerdos regionales no siempre han sido rentables, los protocolos de complementaridad sectorial entre países vecinos han conducido a acercamientos fructíferos a pesar de las diferencias políticas.

Un cierto alejamiento comercial de la potencia hegemónica abrió la puerta al fortalecimiento —tal vez cabría decir al nacimiento— de la cooperación regional y a las relaciones comerciales con todos los países del mundo, al menos por parte de los estados grandes. Así, entre 1979 y 1980, los países de la Comunidad Europea y los Estados Unidos absorben las exportaciones latinoamericanas en proporciones casi idénticas: un veintisiete y un veintinueve por ciento respectivamente. Esto significa que se ha producido una fuerte penetración de productos latinoamericanos en los mercados europeos y una cierta contención de la participación norteamericana, como lo demuestra claramente el ejemplo del Brasil:

CUADRO 1

Comercio exterior del Brasil con los Estados Unidos y la CEE

	1967	*1974*	*1980*
Importaciones			
Estados Unidos	35,4%	24,3%	17,8%
CEE	20,1%	24,3%	15,2%
Exportaciones			
Estados Unidos	33,2%	21,8%	17,4%
CEE	27,3%	30,6%	25,1%

FUENTE: IBGE/Fundación Getulio Vargas, 1983.

El Japón se convierte en un socio comercial importante. Las exportaciones niponas a América Latina aumentan de 1187 millones de dólares en 1970 a 10,5 mil millones en 1980, mientras las importaciones de productos latinoamericanos por ese país aumentan de 1270 millones de dólares en 1970 a siete mil millones en 1980. Pero la presencia comercial más sorprendente y que mejor expresa el grado de autonomía de los países de la zona es la de la Unión Soviética. En 1975, la URSS absorbe el 9,7 por ciento de las exportaciones peruanas, el 7,5 por ciento de las uruguayas y el 4,6 de las brasileñas. Haciendo caso omiso al embargo cerealero decretado por Carter ante la invasión a Afganistán, la Argentina de los militares extiende su comercio con la URSS, hasta el punto de que ésta se vuelve su primer cliente. Este comercio, que en 1975 representaba el tres por ciento de las exportaciones argentinas, absorbe en 1981 más del 33 por ciento de éstas y el 75 por ciento de la cosecha de granos.

En verdad, la política latinoamericana de los presidentes Nixon y Ford es particularmente propicia para esta diversificación del comercio exterior. Con su divisa *trade not aid*, están diciendo que son los intereses privados los que definen la política de Washington hacia esas naciones. Pero la coyuntura favorable anterior a 1980 ha servido de estímulo, mientras que la crisis de la deuda externa, que estalla en 1982, devuelve a los Estados Unidos, el primer acreedor, su lugar de privilegio en las relaciones comerciales del subcontinente. Ese mercado absorbe el cuarenta por ciento de las exportaciones latinoamericanas de 1982, el 44 por ciento de las de 1983. El México del *boom* petrolero, resuelto a no convertirse en la "estación de servicio" de los Estados Unidos, bruscamente se ve obligado a enviar su producción al vecino del Norte. Pero la afirmación de un cierto grado de autonomía latinoamericana logra sobrevivir a la coyuntura nacionalista de la década de 1970. La solidaridad regional ha creado sus propias instituciones y se expresa por medio de instrumentos diplomáticos duraderos.

Así, el Pacto Andino preveía la imposición de controles y limitaciones a las inversiones extranjeras, así como la "andinización" progresiva de determinadas ramas de la producción. Pero esta "decisión 24", que expresaba la desconfianza comunitaria respecto de los intereses extrarregionales, no sobrevivió al cambio de coyuntura y las divergencias entre los miembros que se produjeron a partir de 1973.

Más permanente ha sido la defensa del mar territorial, una de las grandes causas de la diplomacia colectiva latinoamericana. Desde la declaración de Santiago de 1952, firmada por Chile, el Ecuador y el Perú, muchos países del continente han extendido sus aguas territoriales hasta doscientas millas para proteger sus riquezas marítimas. En 1970 la conferencia de

Montevideo reunió a partidarios de las "doscientas millas" tan diversos como El Salvador, el Uruguay, Panamá y el Brasil. En otra área, la creación en 1973 de la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE) tuvo por objeto ayudar a coordinar la política energética del subcontinente.

De alcances más vastos y ambiciosos que la CECLA, el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), creado en octubre de 1975, es un organismo de cooperación regional que agrupa a veinticinco estados de América Latina y el Caribe; su función es definir posiciones comunes en las reuniones internacionales y actuar como un frente homogéneo ante terceros países. Otro objetivo del organismo, impulsado por los presidentes Luis Echeverría, de México, y Carlos Andrés Pérez, de Venezuela, es contribuir a la "autosuficiencia regional con fines de desarrollo".[2] Con ese fin se han creado comités de acción sectorial en las áreas críticas que en algunos casos se han convertido en multinacionales latinoamericanas, por ejemplo en la comercialización de fertilizantes.

El reconocimiento de la asimetría de las relaciones económicas y tecnológicas con los países industriales es el origen de estas acciones e iniciativas. La teoría del desarrollo de la CEPAL y de su prestigioso secretario general Raúl Prebisch ha constituido un aporte decisivo en este sentido. La comisión de la ONU para América Latina, al poner el acento en la oposición centro-periferia y el deterioro de los términos de intercambio contribuyó a poner de manifiesto las divergencias de intereses Norte-Sur y el carácter falaz de las solidaridades verticales.

Las nuevas solidaridades horizontales se expresan con mayor claridad en los intentos de solución de las dos crisis principales que afectan a los latinoamericanos en el decenio de 1980. La OEA ha demostrado su impotencia frente a los conflictos centroamericanos y la deuda externa. Son países latinoamericanos los que han tomado la iniciativa de proponer, con prescindencia —según algunos analistas, con la oposición— de los Estados Unidos, los procedimientos de concertación y arbitraje.

En enero de 1983 México, Panamá, Colombia y Venezuela, países situados en la periferia de los conflictos centroamericanos, se reúnen en la isla panameña de Contadora para elaborar un tratado de paz que someterán a la firma de los cinco estados "beligerantes" antes de que las hostilidades fronterizas o intestinas se extiendan al conjunto del istmo. El 7 de septiembre se presenta un proyecto de acuerdo. Aceptado por Nicaragua, suscita la oposición enérgica de los Estados Unidos y sus aliados del grupo de Tegucigalpa, es decir, Honduras, El Salvador y Costa Rica. Los nor

[2] Véase Huidobro, R. : "Primer decenio latinoamericano", en la revista del SELA, *Capítulos SELA*, nro. 10, Caracas, diciembre de 1985, pág. 55.

teamericanos se oponen sobre todo a la limitación de las maniobras conjuntas con terceros países y a la prohibición de brindar ayuda militar a las fuerzas de la guerrilla, porque para ellos es de importancia primordial contar con tropas y bases en Honduras y ayudar a los grupos contrarrevolucionarios para someter a los sandinistas a su voluntad. Desde entonces, se han desarrollado discusiones interminables, con resultados limitados pero positivos, como la firma de un acuerdo fronterizo entre Nicaragua y Costa Rica en febrero de 1986. Pero la firma del acta se estrella contra la hostilidad de los Estados Unidos, que ve en ella el reconocimiento del *statu quo* y, por consiguiente, del régimen revolucionario nicaragüense, y contra la de Nicaragua que, considerándose agredida por Washington, exige que éste dé garantías. Para "sacar a Contadora de la *impasse*" e impedir lo peor, es decir, la intervención norteamericana, las nuevas democracias sudamericanas crearon un "Grupo de Apoyo", como señaló el ministro argentino Dante Caputo, un estallido en Centroamérica se convertiría en un "problema interno que desestabilizaría las frágiles democracias sudamericanas". El "Grupo de Apoyo" origina las propuestas del mensaje de Caraballeda (enero de1986), que invita a los Estados Unidos a dialogar con Managua y a todos los protagonistas a tomar las medidas necesarias para restablecer la confianza antes de firmar el acta de Contadora. El 10 de febrero de 1986, los cuatro de Contadora y los cancilleres del Grupo de Apoyo (Brasil, Argentina, Perú, Uruguay) transmitirán al titular del Departamento de Estado en Washington que no aprueban la ayuda norteamericana a los contras. En vano. Así nació el "grupo de los ocho".

Los países latinoamericanos tratan de resolver sus propios problemas contra la voluntad del poderoso vecino del Norte. A pesar de la *impasse*, Contadora y el grupo de los ocho expresan la madurez política de sus miembros, ninguno de los cuales desea el enfrentamiento con los Estados Unidos. Las ocho naciones firmantes aparecen en su mayoría como democracias moderadas que mantienen buenas relaciones con Washington.

Esta madurez política expresada en la consigna de "entregar América Latina a los latinoamericanos" se manifiesta también en el tratamiento colectivo del problema de la deuda. Los países grandes del subcontinente, que son también los más endeudados, se han visto perjudicados por las políticas de ajuste recesivas y antipopulares del Fondo Monetario Internacional, que además hacen peligrar la democracia recientemente restaurada en muchos de ellos (Brasil, Argentina, Uruguay, Perú). Los sectores más radicalizados de la opinión pública de esos países presionan a sus gobiernos para que formen un "cartel de deudores" y opongan un frente único a los acreedores o directamente para que repudien la deuda. Por el contrario, los once países más endeudados, en sus reuniones cumbre de Quito y Carta-

gena (enero y junio de 1984), propusieron una negociación general y un tratamiento político del problema, con la elaboración de medidas técnicas que les permitirían cumplir sus compromisos financieros sin ahogar sus perspectivas de desarrollo.

En el terreno diplomático, la apertura del diálogo entre Europa y Centroamérica es un acontecimiento simbólico cuya envergadura no se debe subestimar, aun cuando sus repercusiones económicas parezcan a veces modestas a los beneficiarios. El encuentro histórico que dio lugar a esta nueva cooperación se produjo el 28 y 29 de septiembre de 1984 en San José de Costa Rica. Allí se reunieron los cancilleres de la Europa de los Diez, los de los futuros miembros España y Portugal, con los de los cinco países centroamericanos y los cuatro de Contadora. De más está decir que se puso el acento en la necesidad de encontrar soluciones políticas a los problemas del istmo y el carácter no discriminatorio de la ayuda europea a los países centroamericanos.[3] La continuación de la conferencia de los veintiún cancilleres tuvo lugar en Luxemburgo en noviembre de 1985. La resolución política aprobada entonces ratificó el apoyo al proceso de Contadora, la condena a toda intervención en los asuntos de las naciones soberanas, la defensa de las democracias y los derechos humanos. En esa ocasión, el discurso del canciller de Colombia expresó los sentimientos de todos al afirmar: "Las reuniones de San José y Luxemburgo señalan la decadencia de la doctrina Monroe entendida como afirmación del aislamiento del continente americano y su sometimiento a las decisiones de una sola potencia."

Las nuevas solidaridades internacionales

Si América Latina ha perdido sus ilusiones sobre su pertenencia a la "familia americana", sus dirigentes saben a partir de ahora que forman parte de un mundo en desarrollo, el conjunto de los "países del Sur". Por ello, paralelamente con el nacimiento de una conciencia latinoamericana y el inicio de una cooperación regional activa, estas naciones descubren la comunidad de su destino con los demás países no industrializados. Los presuntos anexos de Europa o los Estados Unidos advierten que forman parte del Tercer Mundo. Los latinoamericanos empiezan a cumplir un papel activo en las instituciones internacionales donde se discuten los problemas

[3] "Comunicado político conjunto de la Conferencia de Luxemburgo", en *CE-EUROPA*, Caracas, diciembre de 1985.

de los países "periféricos". Militan en el seno del "grupo de los 77" por un nuevo orden internacional más justo para sus materias primas y más accesible para sus productos industriales. América Latina hace oír su voz cuando se discute sobre desarrollo. Mejor aún, las reuniones se realizan en las capitales latinoamericanas, como la ONUDI en Lima (1975) y la Conferencia sobre Derecho Marítimo en Caracas en 1976. En la conferencia Norte-Sur realizada en París en 1975, se presentan seis países latinoamericanos junto a seis asiáticos y africanos y se elige a Venezuela para llevar la voz del Tercer Mundo.

A propuesta de los países latinoamericanos, la iniciativa presentada por el presidente Echeverría en la Tercera Conferencia de la CNUCED (Santiago de Chile, abril de 1972) se convierte en "Carta de derechos y deberes económicos de los estados", aprobada por la Asamblea General de la ONU en diciembre de 1974. Entre los derechos que comprende la Carta se incluyen los de reglamentar las inversiones extranjeras, controlar las empresas multinacionales, expropiar bienes extranjeros mediante indemnización y formar asociaciones de productores.

La conciencia de la divergencia de intereses con los países occidentales industrializados y sobre todo con el "líder del mundo libre", así como el rechazo de la política de bloques, ha provocado el acercamiento de ciertos países latinoamericanos al Grupo de los No Alineados. En 1955, cuando veintinueve estados de África y Asia reunidos en Bandung rechazan la opción Este-Oeste en favor de sus propios intereses, ningún estado latinoamericano está presente. En la Conferencia de Argel de 1973, algunos asisten como miembros (el Chile de Allende, la Argentina de Perón), otros en calidad de observadores. Cuando el Movimiento cae en la confusión o la contradicción política —un grupo de países satélites o prosoviéticos trata de convencer a los demás que su destino es alinearse con el "campo socialista"—, el único factor de cohesión que resta es la defensa de los intereses económicos del Tercer Mundo. Es entonces que muchos países latinoamericanos, miembros de otros carteles económicos internacionales, ingresan al Movimiento de los No Alineados. Si la elección de Cuba a la presidencia del Movimiento constituye una victoria para este país y la Unión Soviética —pero no para América Latina—, la Conferencia de La Habana en septiembre de 1979 señala la creciente conciencia tercermundista de los estados del continente, como lo demuestra la lista heterogénea de los once miembros latinoamericanos (Argentina, Bolivia, Nicaragua, Panamá, Guyana, Perú, Grenada, Jamaica, Surinam, Trinidad-Tobago) y los observadores (Uruguay, México, Brasil, Ecuador y Colombia).* A par-

* Colombia ingresó al Movimiento en marzo de 1983, durante la cumbre de Nueva Delhi.

tir de entonces se convierte en una coalición de países en vías de desarrollo, donde los latinoamericanos encuentran su lugar.

Las nuevas solidaridades se expresan también a través de la participación latinoamericana en carteles de países productores, de los cuales el más célebre es la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), creada en 1960 por Venezuela y los países árabes. El Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre (CIPEC) incluye en sus filas a Chile y el Perú, mientras que Surinam y Jamaica forman parte de la Asociación Internacional de la Bauxita. Panamá ha hecho un gran aporte a la creación de la UPEB, el cartel de los productores bananeros, del cual forman parte Honduras y Colombia.

Contra el trasfondo de estas nuevas solidaridades, en el marco de orientaciones regidas por la economía del desarrollo, se diseñan políticas internacionales individuales, mientras el poderoso ascenso de algunos países lleva a la aparición de nuevos actores en la escena internacional.

Potencias emergentes y actores nuevos

Las votaciones en la ONU dan la medida de la firmeza y autonomía crecientes de los estados latinoamericanos en la escena internacional. Los países grandes expresan divergencias cada vez mayores con los Estados Unidos. Por ejemplo, ciertos votos desfavorables a Israel han provocado tensiones entre Washington y Brasilia o México. Pero dejando de lado los estados vasallos del Mediterráneo americano, cuya única opción es someterse a la potencia tutora o separarse de ella por su cuenta y riesgo, cabe preguntarse cuáles son los alcances y las modalidades de esta emancipación y en qué medida es reversible.

En el caso de México es espectacular y a la vez limitada: la oposición legalista, con frecuencia platónica, a las políticas de las grandes potencias y en particular a las de su vecino limítrofe y primer cliente es una constante histórica, señal de cierto aislacionismo más que de un espíritu de confrontación. México jamás reconoció al gobierno franquista instaurado en 1939 ni rompió sus relaciones diplomáticas con Cuba en 1962, como lo hicieron los demás países del continente, pero tampoco se adhirió a la OPEP para no provocar las iras de Whashington. En cuanto a la Argentina, su política de hacer rancho aparte no data de los últimos años. Más vinculada con Europa que con los Estados Unidos, mal integrada a América Latina hasta fecha reciente, no conoció un viraje brusco de sus gravitaciones

diplomáticas ni repentinas veleidades independentistas. No se puede decir lo mismo del Brasil, aliado privilegiado de los Estados Unidos desde 1964, quizá desde el barón de Rio Branco a principios de siglo. A partir de 1974 revisó su panamericanismo y, en aras de sus propios intereses nacionales, abandonó la divisa de "lo que es bueno para los Estados Unidos es bueno para el Brasil".[4] Al abandonar la doctrina de la seguridad nacional, ideología oficial del régimen militar, tomó distancia de Washington. El gobierno de Carter sirvió de impulso a ese viraje con su política de derechos humanos y su hostilidad activa hacia los regímenes militares. Pero los motivos esenciales derivan del lugar que ocupa el país en el mundo: como nueva nación industrial, su economía ha dejado de ser complementaria de la de los Estados Unidos para competir con ella. Lanzados a la aventura del desarrollo, sus gobernantes consideran que el conflicto Este-Oeste es menos decisivo para ellos que las contradicciones Norte-Sur. Es así como desde 1974 el Brasil practica una política exterior ecuménica que el presidente Geisel y sus colaboradores califican de "pragmatismo responsable". El ministro de Relaciones Exteriores del general Figueiredo, sucesor de Geisel, resume así sus grandes lineamientos: no ingerencia, rechazo de "alineamientos automáticos" que no reconocen la "personalidad individual de las naciones", "cooperación solidaria", "ampliación de la presencia internacional del Brasil" como "objetivo antihegemónico" y "sin intenciones de preponderancia", "diversificación y pluralismo en las relaciones regionales" que no "se deben ver contaminadas por la lógica de la confrontación Este-Oeste".[5]

En la práctica, esta nueva política se traduce a partir de 1975 en una serie de decisiones en áreas muy diferentes, pero todas son contrarias a la política de los Estados Unidos. La firma de un importante acuerdo nuclear con la República Federal de Alemania, el reconocimiento inmediato de la independencia de Angola y Mozambique por impulso de movimientos de liberación prosoviéticos, el voto proárabe sobre el sionismo en la ONU son otras tantas iniciativas diplomáticas al servicio del desarrollo. La búsqueda de mercados en África, los problemas energéticos y el establecimiento de relaciones privilegiadas con el mundo árabe, especialmente con Irak, han tenido un peso decisivo. Pero la falta de petróleo en la octava potencia del mundo capitalista sólo explica en parte la política mundialista y autónoma del Brasil, que con prudencia y sin gestos espectaculares avanza hacia una posición de potencia intermedia en el mundo.

[4] Frase atribuida al ministro de Relaciones Exteriores del general Castelo Branco, primer presidente del régimen militar de 1964.

[5] Saraiva Guerreiro, R.: "Linhas básicas de implementação de politica externa brasileira", *Revista brasileira de estudos politicos*, Belo Horizonte, enero de 1982, págs. 7-18.

Los Estados Unidos han intentado una y otra vez detener esa tendencia tercermundista, con la oferta de devolverle al Brasil su lugar como aliado privilegiado. En el marco de la política de los países clave, Kissinger propuso la creación de mecanismos de consulta norteamericano-brasileños. Este trato lisonjero, reservado a las grandes potencias occidentales, fracasó cuando el gobierno de Carter, invocando grandes principios y el peligro de la proliferación nuclear, se dirigió al gobierno de Bonn sin consultar a Brasilia para tratar de impedir o limitar el acuerdo nuclear germano-brasileño. En 1982 el presidente Reagan propuso la creación de comisiones técnicas bilaterales sobre problemas delicados (armamentos, energía nuclear, informática) para acercar los puntos de vista. La iniciativa se frustró rápidamente, cuando el Brasil adoptó su controvertida política de protección de su mercado interno de informática y por otra parte se convirtió en el quinto exportador mundial de material militar.

Si la falta de petróleo contribuyó en cierta medida a la mundialización de la política brasileña fueron éste y el auge repentino de los hidrocarburos entre 1973 y 1979 los que proyectaron a Venezuela al plano internacional. Fundador de la OPEP, el viejo rentista petrolero se encontró de golpe con una fortuna inmensa que su sistema político democrático y estable le permitió poner al servicio de una proyección externa limitada pero eficaz. La Venezuela del decenio de 1970, cortejada por el mundo entero, aprovechó sus nuevos excedentes para proyectar una política regional activa en Centroamérica y el Caribe. Firmante con México del acuerdo de San José para abastecer de petróleo a los países de la región en condiciones especiales, creador del SELA, mediador en las disputas centroamericanas desde el Grupo de Contadora, protector de los países democráticos del istmo, Venezuela parece haber encontrado un papel a su medida; un cambio en la coyuntura modificó su estilo, pero no su contenido.

Pero el caso más espectacular de promoción internacional es sin duda el de Cuba, al asumir un papel mundial. Cuba proclama su liderazgo sobre el Tercer Mundo desde la presidencia de los No Alineados (1979) y últimamente sobre los problemas de la deuda. Este no es un hecho totalmente nuevo. En la Conferencia Tricontinental de 1966, el "primer territorio libre de América" apareció como vanguardia de la revolución mundial. Lo más notable a partir de noviembre de 1975, cuando arriban las primeras tropas cubanas a Luanda, es la política africana de la gran isla. Veinte mil cubanos combatieron en Angola a partir de 1975-1976; otros miles ayudan al gobierno del MPLA a combatir las guerrillas de la UNITA y las incursiones sudafricanas. Los "internacionalistas" cubanos impidieron también que la Etiopía revolucionaria del coronel Mengistu fuera derrotada militarmente por Somalía.

Miles de colaboradores civiles y militares se encuentran en la Nicaragua sandinista; tampoco estaban ausentes de Grenada bajo el régimen de Maurice Bishop y el New Jewel Movement, como lo demostró su resistencia a la invasión norteamericana.

Este proceso de movilidad internacional ascendente es absolutamente excepcional para un país pequeño que aparentemente sacudió la tutela norteamericana sólo para colocarse bajo la dependencia económica y política de la Unión Soviética. Algunos autores consideran que la militancia mundial de Cuba se debe menos al mesianismo revolucionario de sus dirigentes que a la obligación de cancelar su gran deuda con Moscú. "Super cliente", "brazo armado y mercenario de la Unión Soviética": tales interpretaciones no tienen debidamente en cuenta la singularidad cubana. La isla participa tanto del eje Este-Oeste como de las relaciones Norte-Sur. Esto le permite adherirse a tres universos distintos: la comunidad socialista, América Latina y el Movimiento de los No Alineados. Por ello cabe preguntarse si su internacionalismo proletario no obedece a las necesidades de supervivencia frente a la negativa de los Estados Unidos a reconocer la existencia de una nación comunista a cien millas de la costa de la Florida.

¿Acaso al mundializar su política exterior Cuba intenta afirmar la seguridad de la revolución? Su militancia planetaria, ¿no sería un medio de presionar a la Unión Soviética para que se comprometa a defender la independencia de la isla, después del fracaso de la estrategia guevarista de crear una red de gobiernos revolucionarios en el Tercer Mundo? ¿El complejo de abandono de Cuba no sería el móvil principal de su conducta internacional, en la cual la vocación revolucionaria coincide con las necesidades imperiosas de la seguridad? Tal vez el ascenso cubano sea el revés de su vulnerabilidad: ¿qué otro "satélite" de la Unión Soviética ha desplegado semejante actividad política internacional, hasta el punto de alcanzar la categoría de actor internacional de primera fila?

Aun dejando de lado este caso especial, desde 1970 se advierte una tendencia general a la desaparición de los alineamientos automáticos con la política de los Estados Unidos. Esta autonomía creciente se expresa hoy en el Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo constituido por cuatro democracias sudamericanas. Los que se afirman son los gobiernos centristas o moderados. En este caso se puede hablar de independencia en la interdependencia, paralela a la conciencia creciente de sus intereses comunes y su lugar en el mundo.

Bitar (Sergio), Moneta (Carlos J.), *Crisis financiera e industrial en América Latina*, Buenos Aires, Grupo Editor latinoamericano, Cuadernos del Rial, 1985.
Blasier (Cole), *The Giant's Rival. The USSR and Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983.
Cornell-Smith (Gordon), *The United States - Latin America. An Historical Analysis of Inter-American Relations*, London, Heinemann, 1974.
Hirst (Monica) *et al.*, *Brasil-Estados Unidos na transição democrática*, Sao Paulo, 1985.
Jaguaribe (Helio) *et al.*, *La Política internacional de los años 80. Una perspectiva latinoamericana*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.
Lowenthal (Abraham F.), « Threat and Opportunity in the Americas », *Foreign Affairs*, n° 11, 1986.
Mende (Tibor), *L'Amérique latine entre en scène*, Paris, Éd du Seuil 1954.
Muñoz (Heraldo), Tulchin (Joseph) *et al.*, *Entre la autonomía y la subordinación. Política exterior de los paises latinoamericanos*, Buenos Aires, Grupo Editor latinoamericano, 1984.
Pierre (Andrew J.) *et al.*, *Third World Instability : Central America as an European-American Issue*, New York, Council on Foreign Relations 1985.
Rogers (William D.), « The United States and Latin America », *Foreign Affairs*, 3, 1985.
Rouquié (Alain), « Cuba dans les relations internationales : premiers rôles et vulnérabilité », *Problèmes d'Amérique latine*, 64, 2e trimestre 1982.
Selser (Gregorio), *De la CECLA â la MECLA*, Buenos Aires, Carlos Samonta, 1972.
Varas (Augusto), *Soviet - Latin-American Relations under United States Regional Hegemony*, Washington, Wilson Center, Latin-American Program, 1984 (multigr.).

Conclusión

> "Usted nos habla de América Latina. No es importante. Nada importante puede venir del Sur. No es el Sur el que hace la historia, el eje de la historia va de Moscú a Washington, pasando por Bonn. El Sur no tiene importancia."
>
> Henry Kissinger a Gabriel Valdés, en Hersh, S.: *The Price of Power. Kissinger in the Nixon White House*. Nueva York, 1983.

En otras épocas se acostumbraba concluir una obra sobre América Latina con encendidos pronósticos sobre un porvenir de grandeza. Hoy, el panorama del subcontinente presenta más sombras que luces, más incertidumbre que seguridad de mañanas radiantes. Estudios recientes de la ONU (1986) revelan que más de un tercio de la población latinoamericana (unos ciento setenta millones de personas) viven en condiciones de extrema pobreza. ¿Quién creerá que "Dios es brasileño" o, como dicen los argentinos, criollo, es decir, latinoamericano? El Nuevo Mundo fue al principio una gran esperanza. ¿Se asiste ahora a la erosión, incluso a la decadencia de esa promesa? ¿Ese futuro prodigioso que prometían sus lejanas riberas no será solo un recuerdo? ¿Eldorado se habrá convertido para siempre en "tristes trópicos" y "geografía del hambre"?

La tierra prometida de miles de inmigrantes europeos está acechada hoy por la "cultura de la pobreza", mientras la tan anunciada segunda independencia se hace esperar y el desarrollo marcha al azar de las fluctuaciones de la economía internacional.

La opulencia de la América septentrional arroja un desafío a la cara de la América desgraciada ofreciéndole un modelo inaccesible. Crece la brecha tecnológica con las naciones industrializadas, y la posibilidad de dar alcance a las economías más desarrolladas del Norte parece más lejana que nunca. Desde hace más de un siglo los observadores tratan de descubrir el porqué de los destinos divergentes de las dos partes del hemisferio occi-

dental. Durante muchos años se acusó al catolicismo y la latinidad iberica. Cuando se produjo la independencia del Caribe, los autores serios rechazaron definitivamente la hipótesis del "mal latino", y mientras, la rudimentaria psicología de los pueblos dejó su lugar a la historia y el análisis de la economía. Las modalidades de la colonización y el tipo de inserción en la economía mundial echan más luz sobre las particularidades del Extremo Occidente que los enfoques culturalistas, reveladores sólo de los prejuicios de sus autores. El punto extremo de nuestra geografía es, debido a su cultura, principalmente occidental por sus expectativas y su modelo de consumo. Su producción y su comercio la sitúan en la periferia del universo desarrollado. Al punto tal que es lícito preguntarse si este Tercer Mundo singular no ha sido frenado en su crecimiento por su propio carácter de hijo ilegítimo.

Occidente contra las Américas

Borges solía decir —y la frase sólo es paradójica en apariencia— que "los verdaderos europeos somos nosotros, porque en Europa se es ante todo francés, italiano, español...". La continuidad cultural con Europa crea enormes facilidades para la transferencia científica y tecnológica. Al mismo tiempo constituye una suerte de "atajo" que frena el crecimiento. Al estimular un modelo determinado de industrialización, la adhesión a Occidente ha segregado sin duda la forma más sutil de la dependencia. En efecto, la industrialización tardía de América Latina no es signo de la mutación autónoma y espontánea de la revolución industrial ni del desarrollo defensivo dirigido por el Estado sin modificar el modelo de consumo, a la manera japonesa o rusa. El desarrollo del subcontinente latinoamericano es inducido desde el exterior. Esta "vía directa de acceso" comenzó por el consumo de acuerdo con los modelos —y los productos— provenientes de las economías centrales. La etapa de "sustitución de importaciones" siguió el mismo camino mimético. Este tipo de crecimiento provoca distorsiones múltiples: vulnerabilidad, dependencia exterior, endeudamiento y también heterogeneidad de las sociedades y desigualdad creciente. A tal punto que un hombre reflexivo y moderado como Raúl Prebisch pudo escribir: "Este capitalismo de imitación, al pretender desarrollarse a la manera de los países centrales, no puede subsistir a la larga si no es con el naufragio de los derechos humanos y la consagración de las desigualdades sociales. Es necesario contemplar la transformación del sistema [...],

resolver el problema de la acumulación y el de la distribución". [1] Frases amargas, escritas durante la larga noche de las dictaduras militares, pero a la vez un diagnóstico lúcido de la "modernidad sin desarrollo" o el "subdesarrollo industrializado" del que pocas economías latinoamericanas logran salir. La promoción de las exportaciones no ha operado milagros, a pesar de los anhelos de las clases dirigentes, que no ven otra salvación que la transformación de su país en una plataforma industrial con sus puertas abiertas de par en par. Pero América no es Asia. Sólo los grandes mercados latinoamericanos han logrado exportar bienes industriales sin provocar la transformación definitiva de su comercio. Y muchos países del subcontinente siguen siendo esencialmente "productores de postres".

Identidad nacional y soberanía

Si ser latinoamericano hoy no es, como pensaba friamente Borges antes de que la dictadura peronista lo llevara a descubrir su "destino sudamericano", pertenecer a una prolongación ultramarina de Europa, ¿qué es? La imagen de la Patria Grande y el sueño bolivariano no resisten las molestias que sufre en cada frontera el viajero internacional en esta América que sin embargo es fraternalmente latina. ¿Occidente inconcluso? ¿Tercer Mundo imperfecto? En Asia y en África lo imitativo y lo foráneo sólo afectan la civilización material. Un meollo religioso o cultural resiste todos los espejismos que tratan de despojarlo de su mundo. Por el contrario, en el "continente deducido" todo es de segunda mano. Los dioses y las palabras. La imitación espiritual cotidiana no siempre evita el "malinchismo" original, cooperación complaciente con el conquistador. [2] Prueba de ello es el éxito de las "escuelas norteamericanas" en todo el continente. Los países de Centroamérica no son los únicos donde las familias festejan ingenuamente el *Halloween o Thanksgiving Day* como si fueran festividades locales. El protestantismo y el *American Way of Life* prosiguen su avance devastador en países que conocieron el capitalismo "posnacional" antes de haber construido el Estado nacional. Miami es hoy la capital de las economías dolarizadas de un nuevo mundo incierto.

[1] *Crítica y Utopía*. Buenos Aires, nro. 1, 1981.

[2] La Malintze (Malinche), hija de un alto funcionario azteca, se convirtió en la intérprete y amante de Cortés durante la conquista. En la historia simbólica mexicana, representa la traición frente al invasor y a la vez la fusión de razas que dio lugar a la nación mestiza.

Sin embargo, aunque las elites afrontan temibles crisis de identidad, todos los países latinoamericanos poseen una fuerte personalidad nacional. Nadie puede dudarlo. Pero en los hechos también se le asocia el desarrollo imitativo. Por eso algunas capas de la población se integran al universo de los países ricos. La difusión de modelos complejos de consumo es la causa fundamental de una heterogeneidad social que, por haber existido siempre, es más masiva que antes y se asemeja a veces a una situación colonial. Los beneficiarios de una redistribución regresiva del ingreso nacional viven a la par de las metrópolis, a años luz de sus conciudadanos menos favorecidos y del país profundo. El Brasil no es el único estado que, paradójicamente, toma sus símbolos de las capas y razas dominadas de la población. Humillados y ofendidos en casi todas partes, el negro y el indio son los portaestandartes de la identidad nacional. Esta tensión social y racial es tanto expresión de una crisis como una característica esencial del perfil de las sociedades latinoamericanas.

El florecimiento espectacular de la novela durante la década de 1960 está relacionado con este desgarramiento. El *boom* latinoamericano expresa el talento multiforme y la creatividad de las sociedades, pero también, y sobre todo, la angustia de los intelectuales que buscan sus raíces. Es, de alguna manera, el anti-Miami.

La novela latinoamericana, telúrica o mágica, de Sabato a García Márquez, de Vargas Llosa a Benedetti, expresa la conciencia intranquila de una generación que trata de cerrar la brecha entre la cultura popular y las elites. Que busca un arraigo más allá de la frivolidad folklórica. Algunos autores, hartos de estar suspendidos en el vacío, ven en la "revolución" y su ilusión lírica la solución que reconciliará al pueblo con la cultura y forjará la nación. Pero todos saben que les corresponde evitar la disolución de la personalidad nacional en una mediocridad mercantil y cosmopolita disfrazada de modernidad.

Mientras las perspectivas de desarrollo económico y sobre todo social enfrentan obstáculos mayores, también la autonomía nacional tiene sus límites. Entre los tres grandes desafíos que enfrentan hoy los países del subcontinente, sólo la cuestión política muestra perspectivas favorables.

Democracia y geopolítica

En la época de la marea negra de las dictaduras militares, algunos se resignaron a pensar, desengañados, que los países tienen los regímenes que

se merecen.[3] La oleada simétrica de restauración democrática que se inició en 1979 despertó un poco de optimismo. En 1989 sólo Paraguay y Chile vive en la época militar. Se responderá que en 1961 el general Stroessner era el único portaestandarte del poder marcial. Los aires de desmilitarización que soplan por todo el continente serían el fruto de una alternancia perversa o de una evolución pendular. Sin embargo, otra señal corrige esta primera impresión. La tartamudez de la historia no es, quizás, una fatalidad. En el decenio que va de 1976 a 1986, ningún cambio de gobierno se produjo por medio de un golpe de Estado militar. No han faltado tentativas, todas frustradas. Por consiguiente, al finalizar el decenio de 1980 parece comenzar un período inédito. Como prueba adicional de madurez, el golpe de Estado es ahora un delito y los generales deben responder ante los tribunales por su gestión y los abusos cometidos. Los líderes electos de las nuevas democracias son en general centristas moderados, conscientes de los límites imperiosos que la geopolítica y la historia imponen a los cambios cuando el objetivo mayor es la democracia. Prudentes y hábiles, no atacan los intereses norteamericanos ni coquetean con el Este.

La oleada de redemocratización obedece a causas múltiples. La crisis económica disuadió a los generales de permanecer en el poder para administrar la bancarrota. Las clases poseedoras comprendieron que la peor democracia favorecía más sus intereses que la mejor dictadura. Por no hablar de las tendencias estatistas y las locuras nacionalistas de los partidos militares. La aventura antioccidental de los generales argentinos en el Atlántico Sur asustó a más de un poseedor. Pero, simétricamente, el fracaso sangriento de las guerrillas y su responsabilidad en la instauración de los terrorismos de Estado rehabilitaron los valores democráticos a los ojos de la izquierda. Condición necesaria para asegurar la estabilidad del orden representativo, cabe preguntarse si la "desmilitarización" de los civiles basta para contener a unos ejércitos que no han olvidado nada, y que de su paso por el poder sólo conservan el ansia misma de poder.

La democracia liberal es ciertamente la ideología dominante en la región. Los militares, que no conciben legalidad mayor que la de las urnas, cayeron en algunos casos en las trampas legales tendidas por ellos mismos. Fue el caso de los generales uruguayos en 1980. Pero no es casual, por cierto, que el crepúsculo de las legiones coincida con una verdadera cruzada continental de los Estados Unidos a favor de los sistemas pluralistas representativos. Iniciada bajo la presidencia de Carter en nombre de los derechos humanos, prosiguió paradójicamente bajo la de Reagan al servicio de

[3] Montaner, C.A. : "¿Tiene arreglo la América Latina?", *La Nación*, San José, diciembre 22 de 1985.

su política de contención del comunismo en Centroamérica. El papel de los Estados Unidos en la caída del presidente vitalicio de Haití, Duvalier hijo, y en la salida al exilio del dictador filipino Marcos, permitiría llegar a la conclusión de que esta política norteamericana no es regional ni táctica, sino que responde a una verdadera conversión de los responsables de las decisiones en Washington. Los Estados Unidos, que durante muchos años apoyaron e incluso fomentaron dictaduras antipopulares porque eran pronorteamericanas, tal vez comprendieron que le allanaban el camino al comunismo que pretendían combatir. Si es así, si el apoyo a los regímenes democráticos se ha convertido en el arma preferida de Washington —aleccionado por los precedentes de Cuba y Nicaragua— para luchar contra la "subversión" y la "agresión marxista", se puede suponer que a la democracia le aguarda un período de florecimiento en Latinoamérica.

¿Significa, entonces, que el tipo de régimen de las repúblicas del Sur depende estrictamente de la política de Washington? ¿Más aún, que el condicionamiento geopolítico rige los destinos del subcontinente?

De ninguna manera. Pero la actitud de los Estados Unidos crea condiciones favorables para el poder civil electo o la intervención militar. Dentro de estos límites los estados son soberanos y los ciudadanos hacen la historia con mayor o menor autonomía, en función de las variables constitutivas de cada entidad nacional.

¿Mañana las Americas?

Sin duda se le reprochará a esta conclusión su tono pesimista, tan alejado del lirismo obligado y cortés que suelen despertar estas Américas. ¿De qué sirve confundir la extensión con la grandeza, la tabla rasa con el porvenir glorioso? No es un insulto decir que este subcontinente conquistado y mimético no tiene todos los triunfos en la mano. La lucidez es un homenaje, la lisonja sólo oculta un desprecio condescendiente. Los desastres del pasado reciente que conocieron algunas naciones —y no las menos ricas en recursos materiales y humanos— provenían del desconocimiento de los obstáculos y los cuellos de botella señalados aquí o de su indiferencia hacia ellos. No se reinventan la historia ni la geografía. La "fatalidad implacable" sólo está constituida por desafíos a afrontar y objetivos a lograr. La "raza cósmica" evocada por Vasconcelos no se ha afirmado aún. El espejismo de los Estados Unidos y Europa —en síntesis, de Occidente— le impide asumir su invalorable bastardía. Las mayores sociedades

pluriétnicas del mundo parecen yuxtaposiciones de náufragos nostálgicos. Estas Américas todavía no han salido del laberinto de la soledad.

¡Pero qué camino han recorrido estas naciones adolescentes en poco tiempo y qué avances espectaculares en medio de los contratiempos! Cuídense los europeos de juzgar el mundo desde la perspectiva de sus mil años de historia. ¿Quién habría creído hace cinco años que la opinión pública y las nuevas democracias optarían por el régimen representativo y por presidentes que no son populistas ni revolucionarios? ¿Quién habría dicho hace veinte años que la Argentina y México se asociarían con Grecia, Suecia, la India y Tanzania para condenar la guerra nuclear y la carrera armamentista, que ocho países del continente se esforzarían, al margen de la OEA y contra los Estados Unidos, por encontrar soluciones latinoamericanas a las conmociones del istmo central, que once de ellos propondrían un riguroso plan económico a sus acreedores para enfrentar el problema de la deuda externa, que el Brasil, octava potencia industrial, se convertiría en un socio mayor del África negra y Cuba un actor militar obligado en la solución de los conflictos del África austral? América Latina no sólo ha entrado en escena con sus métodos de concertación y sus actores nacionales, sino que en el subcontinente, parafraseando a Toynbee, "la historia está nuevamente en marcha". Olvidarlo sería un error.

Índice

Agradecimiento 7
Prefacio 9
Introducción 15

PRIMERA PARTE

Características generales de los Estados latinoamericanos

1. Los marcos geográficos y el asentamiento humano 35
2. La ocupación del espacio y el poblamiento 49
3. La herencia de la historia 69

SEGUNDA PARTE

Poderes y sociedades: actores y mecanismos de la vida política y social

1. Poder y legitimidad 95
2. Burguesías y oligarquías 111
3. Las clases medias 131
4. Los obreros y el movimiento sindical 153
5. Las fuerzas armadas 177
6. La Iglesia y las Iglesias 199
7. Estilos de autoridad y mecanismos de dominación: caudillos, caciques y clientela 221
8. Las ideologías: populismos, "desarrollismo", castrismo 237

TERCERA PARTE

Problemas del desarrollo

1. Las etapas de desarrollo y los procesos de industrialización 255
2. Niveles y modelos de desarrollo 271
3. Problemas agrícolas y cuestión agraria 295
4. Problema urbano y marginalidad 309

CUARTA PARTE

América Latina en el mundo

1. Las relaciones interregionales y la hegemonía de los Estados Unidos 325
2. "América Latina entra en escena"; Nuevas solidaridades y potencias emergentes 339

Conclusión 353